



pensamiento
crítico

pensamiento crítico

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director
Fernando Martínez

Consejo de Dirección
Aurelio Alonso
José Bell Lara
Jesús Díaz
Thalia Fung

Diseño y empaque
Balaguer

suscripción anual \$ 4.80
40 centavos

Redacción / Calle J No. 556, Vedado, Habana, Cuba. Telf. 32-2343
O Precio del ejemplar / 0.40 centavos O Circulación / Distribuidora Nacional de Publicaciones, Neptuno 674. Teléfono 7-8966 O SUSCRIPCIONES O En el territorio nacional a / Distribuidora Nacional de Publicaciones / Neptuno 674, teléfono 7-8966, La Habana / precio de la suscripción anual: \$4.80 O En el extranjero a / Departamento internacional del Instituto del Libro / 19 No. 1002 Vedado / La Habana Cuba O Precio de la suscripción anual / correo marítimo 5.00 dólares canadienses / Correo aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares canadienses / para Europa: 25.00 dólares canadienses.



índice

- Fidel Castro** 3 LLAMAMIENTO DE LA HABANA
- Fidel Castro** 5 DISCURSO CLAUSURA DEL CONGRESO CULTURAL DE LA HABANA
- Régis Debroy** 28 LO QUE PIDO A MIS AMIGOS
- Camilo Torres** 40 POR LA REVOLUCION COLOMBIANA
- Peter Weiss** 79 CHE GUEVARA
-
- 86 INDEPENDENCIA O MUERTE, LIBERTAD O MUERTE, PATRIA O MUERTE
-
- Luciano García** 103 EL ANALISIS MATEMATICO DE LOS CONFLICTOS SOCIALES
- Hamza Alavi** 120 VIEJO Y NUEVO IMPERIALISMO
- León Rozitchner** 151 LA IZQUIERDA SIN SUJETO
-
- Crítica de Libros
- 185 LA DURA CASCARA DE LA SOLEDAD
- 200 LIBROS RECIBIDOS
- 201 LOS AUTORES



Llamamiento de la Habana

—En una época en que el número y el papel de los intelectuales en los procesos sociales son radicalmente diversos de lo que fueron hasta no hace mucho, y ello tanto en el plano de las ciencias y las técnicas, de la producción material y de la gestión, de la formación e información de los hombres, como en el de la creación cultural; en una época en que, objetivamente, se encuentran más y más en las posiciones de las clases trabajadoras y de los movimientos de liberación nacional, y adquieren mayor conciencia de este hecho; en una época en que el imperialismo norteamericano hace pesar sobre la vida misma de los pueblos y sobre el porvenir de la cultura el peso de una amenaza universal;

NOSOTROS

Intelectuales venidos de 70 países y reünidos en Congreso en La Habana, proclamamos nuestra activa solidaridad con todos los pueblos en lucha contra el imperialismo, y muy particularmente con el heroico pueblo de Viet Nam.

Convencidos de que dichos pueblos han de hacer frente a una empresa global dirigida por el imperialismo norteamericano, secundado éste de diversos modos por todos los demás, y que tiende a mantenerlos o a volver a hundirlos, en un estado de sujeción y subdesarrollo económico, social y cultural; convencidos asimismo de que el imperialismo, encabezado por los Estados Unidos, para desarrollar su dominación, extiende o refuerza la agresión militar, política, económica y cultural, particularmente en Corea, Laos y Camboya, en el Congo (K), en el mundo árabe, en las colonias portuguesas de Africa, en Venezuela, Bolivia y así como en otros países;

convencidos por otra parte de que los trabajadores de los países capitalistas son objeto de una explotación sustentada en el mismo sistema económico; comprobamos que dicha empresa de dominación se despliega bajo todas las formas, de las más brutales a las más insidiosas, y que se sitúa a todos los niveles: político, militar, económico, racial, ideológico y cultural. Se apoya en medios financieros gigantescos y dispone de oficinas de propaganda enmascaradas como instituciones culturales.

El imperialismo intenta hacer prevalecer, mediante las técnicas más variadas de adoctrinamiento, el conformismo social y la pasividad política; al mismo tiempo, un esfuerzo sistemático tiende a movilizar a los técnicos, hombres de ciencia e intelectuales en general, al servicio de los intereses y los objetivos capitalistas y neocolonialistas. Así, talentos y habilidades que podrían y deberían participar en una obra de progreso y de liberación se ven convertidos en los instrumentos de la comercialización de la cultura, de la degradación de los valores, y del mantenimiento del orden social y económico impuesto por el sistema capitalista.

El interés fundamental, el imperioso deber de los intelectuales exigen de éstos que resistan y respondan sin vacilar a dicha agresión: se trata de apoyar las luchas de liberación nacional, de emancipación social y de descolonización cultural de todos los pueblos de Asia, Africa y América Latina, y la lucha contra el imperialismo, en su centro mismo, sostenida por un número cada día creciente de ciudadanos negros y blancos de los Estados Unidos. Se trata, para los intelectuales, de participar en el combate político contra las fuerzas conservadoras, retrógradas y racistas, de desmistificar su ideología, de afrontar las estructuras que la sustentan y los intereses a que sirve.

Por todo ello, desde La Habana, en medio del pueblo revolucionario de Cuba, y después de una confrontación de ideas caracterizada por la libertad de expresión tan indispensable para las batallas y las tareas de hoy, como para la nueva sociedad que de ellas surgirá, llamamos a los escritores y hombres de ciencia, a los artistas, a los profesionales de la enseñanza, y a los estudiantes, a emprender y a intensificar la lucha contra el imperialismo, a tomar la parte que les corresponde en el combate por la liberación de los pueblos.

Este compromiso debe reflejarse en una toma de posición categórica contra la política de colonización cultural de los Estados Unidos, lo cual implica el rechazo de toda invitación, toda beca, todo empleo o todo programa cultural o de investigación, en la medida en que dicha aceptación constituyera una colaboración en la política mencionada.

Discurso de clausura del Congreso Cultural de la Habana

FIDEL CASTRO

Señores delegados al Congreso Cultural de La Habana;

Compañeras y compañeros:

Es obligado expresar la impresión recogida entre numerosos participantes en el Congreso de que este primer evento internacional de esta índole ha sido un éxito completo.

Algunos aseguraban que la celebración de un congreso de esta naturaleza constituía una tarea difícil y que tal vez resultaría imposible llevar a cabo una asamblea internacional de esta índole con la participación de un contingente tan numeroso de trabajadores intelectuales, procedentes nada menos que de 70 países, que hablan gran número de diferentes idiomas, cuyas ideas en muchos órdenes pueden diferir, y que, por tanto, podría convertirse el Congreso Cultural en una especie de lugar de polémicas de toda índole, de incomprensiones, y que les sería muy difícil a los trabajadores intelectuales arribar a conclusiones prácticamente unánimes.

Tal vez esto pueda obedecer a diversas razones, entre ellas lo que tienen por lo general los trabajadores intelectuales de en ocasiones ser excesivamente individualistas: las circunstancias — analizadas en el propio Congreso — de lo mucho que influyen en los hombres de cualquier sociedad, independientemente de sus posiciones, las ideas, los hábitos y las condiciones de vida del mundo donde se desenvuelven; y posiblemente también entrañe esa suposición una subestimación de los trabajadores intelectuales. Y nosotros debemos pensar qué factores son los que han hecho realmente posible este Congreso, qué factores son los que han inspirado este Congreso, qué factores son los que han inspirado las discusiones de este Congreso,

qué factores son los que han contribuido a darle una tónica profundamente revolucionaria, una tónica revolucionaria que en verdad puede afirmarse que excedió a las predicciones más optimistas. El factor que hizo posible este Congreso y determinó sus resultados es la conciencia universal que se desarrolla hoy día, la conciencia universal acerca de los problemas más profundos del mundo contemporáneo, la conciencia universal acerca de las graves amenazas que se ciernen sobre los pueblos todos del mundo, la conciencia universal de lucha, la conciencia universal de justicia que se expande por el mundo:

Y lo curioso es que los hombres y mujeres aquí reunidos no vinieron como militantes de ninguna organización política. Congresos han tenido lugar en muchas partes y en muchas épocas, entre organizaciones de militantes similares, de partidos similares, pero sin embargo este Congreso se ha caracterizado por el hecho de su amplitud en la representación de las procedencias tan diferentes, de las actividades tan diferentes que desempeñan cada uno de sus participantes, y que, sin embargo, una serie de cuestiones, una serie de principios fundamentales fueron recogidos con extraña unanimidad.

Trabajadores intelectuales de las más diversas ramas, trabajadores intelectuales de las más diversas concepciones filosóficas, de las más diversas concepciones científicas y artísticas, de las más diversas opiniones políticas, y sin embargo una coincidencia general se podía apreciar. Y esto creemos verdaderamente que ha de constituir un motivo de preocupación para los enemigos de la humanidad.

Y esta conciencia universal, ¿qué es lo que la determina? ¿Es acaso un sentimiento idealista de los que se reunieron en este Congreso? ¿Es acaso emanación simplemente de un sentimiento altruista, de un sentimiento noble y generoso? Aunque evidentemente esos sentimientos abundan en este Congreso, es indiscutible que el factor que crea esa conciencia universal es precisamente el peligro, las amenazas de agresiones y las agresiones reales que diversos pueblos del mundo, que prácticamente el mundo entero está sufriendo. El desarrollo de esa conciencia universal ha crecido parejo con el espíritu agresivo, con los actos de opresión y vasallaje, con las amenazas que se ciernen sobre toda la humanidad. Lo que hay que decir es que los hombres y mujeres aquí reunidos, sin duda, constituyen esa vanguardia, ese núcleo que es capaz de penetrar más a fondo, que es capaz de comprender, primero, cuál es la naturaleza y la índole y la grave-

dad de los problemas contemporáneos que está sufriendo y están amenazando a la humanidad.

Nosotros hemos leído todas las Resoluciones sobre los distintos temas que se abordaron. Y se puede afirmar que los problemas fundamentales que hoy afronta la humanidad, los peligros más serios, fueron abordados, y fueron abordados de una manera, a nuestro juicio, muy correcta.

Hay algunos hechos acerca de los cuales nadie que tenga un poco de conciencia, acerca de los cuales nadie que tenga sentimientos humanos, sentimientos de justicia, puede permanecer indiferente ni puede permanecer indolente.

Es así cómo, por ejemplo, la agresión a Viet Nam, ese hecho insólito en nuestros tiempos, ese acto de genocidio que salvajemente lleva a cabo el imperialismo yanqui contra aquel pueblo, injustificable desde todos los puntos de vista, con empleo de medios de guerra y de actos de salvajismo, que a todos los que tuvieron oportunidad de vivir o conocer de cerca o de lejos, o leer acerca de los hechos del nazismo en Europa; les recuerda incuestionablemente aquellos hechos; les recuerda incuestionablemente, por ejemplo, todos aquellos actos que después constituyeron crímenes de guerra por los cuales fueron sancionados, y en algunas ocasiones ejecutados, muchos menos de los que debieron serlo, pero sí algunos de los principales responsables de aquellos hechos.

La política imperialista yanqui nos recuerda hoy a la política de Hitler, nos recuerda los actos de barbarie del nazismo, pero con una diferencia: y es que el imperialismo ha logrado reunir recursos técnicos y recursos por lo tanto también militares, ha logrado reunir un poder de destrucción y de muerte incomparablemente superior a lo que jamás pudieron soñar los nazifascistas.

Y es lógico que la humanidad tenga que preocuparse cuando ve que tan tremendas fuerzas avanzan por ese camino.

Pero a la vez también, no sólo contribuye a formar esa conciencia la naturaleza de los crímenes que se cometen, sino que contribuye, aun en un grado más alto, la admiración que sentimos hacia el pueblo heroico que tan valerosamente, tan exitosamente, tan increíblemente se enfrenta a esas fuerzas poderosas, combate duramente contra ellas y es capaz, además, de derrotarlas.

La indignación por un lado, el odio por un lado y la admiración por otro, con relación a los hechos que se suceden en Viet Nam, han contribuido de una manera notabilísima, quizás más que ningún otro hecho

en estos tiempos, a crear esa conciencia de justicia y de moral universal que se ha evidenciado en este Congreso.

Pero es que al mismo tiempo la humanidad cada vez ve con más claridad que estos hechos no constituyen, ni mucho menos, accidentes aislados, sino que estos hechos constituyen los frutos de toda una concepción, de todo un sistema que se trata de aplicar a todo el mundo.

Esa extraordinaria unanimidad con que hoy se condenan los actos del imperialismo yanqui, lógicamente constituye el resultado de toda una cadena de hechos similares que tienen lugar en el mundo en los últimos tiempos. Porque esos mismos imperialistas que asesinan y matan bárbaramente en Viet Nam, son los mismos imperialistas que invadieron y ocuparon el territorio de Santo Domingo; son los mismos imperialistas que participan en la represión de los movimientos revolucionarios en todo el mundo; son los mismos imperialistas que impulsaron los hechos que culminaron en el asesinato de Lumumba; son los mismos imperialistas que llevan a cabo sus actos de agresión y de provocación a Corea, que intervienen en Laos, que amenazan a Camboya, que mantienen en Formosa a un títere desprestigiado, que mantienen con su apoyo, con sus armas y con sus recursos a los gobiernos oligárquicos de América Latina, a las tiranías, a los sistemas arcaicos que prevalecen en este continente; son los mismos que mantienen el colonialismo portugués en Africa; son los mismos que apoyan no ya los golpes de estado en América Latina —cosa tan cotidiana—, los golpes de estado en Africa —cosa tan de moda en los últimos tiempos—, sino que incluso en la misma Europa apoyan el golpe de estado militar reaccionario de Grecia y alientan las agresiones contra los pueblos árabes.

—Es decir, que no hay que mencionar a Cuba, porque ya nuestro caso deja de ser un caso aislado para convertirse en un caso más. Nuestra experiencia acerca de las actividades y de la conducta del imperialismo la hemos aprendido demasiado bien. Pero es que a nuestro pueblo hoy día ya no es precisamente la agresión imperialista contra nosotros lo que mueve su actitud y su indignación y su odio al imperialismo, es la comprensión del papel que ese imperialismo juega en todo el mundo.

No hay un solo continente hacia donde se mire, no hay un solo país del mundo, no hay un solo pueblo, no hay un solo problema contemporáneo en que no se vea, en que no se sienta, en que no se palpe la actividad del imperialismo; no hay una sola causa infame en el mundo que el impe-

rialismo no apoye, como no hay una sola causa justa en este mundo contemporáneo que el imperialismo no combata.

Y ya no es que el imperialismo se cebe y agreda a lo que se ha dado en llamar el Tercer Mundo o el mundo subdesarrollado o el mundo en desarrollo, como otros lo llaman. Y eso de mundo en desarrollo, es un concepto verdaderamente mal aplicado, porque si nos atenemos a la realidad de ese mundo, más que mundo en desarrollo desde el punto de vista técnico, desde el punto de vista económico, más que mundo en desarrollo, pudiéramos calificarlo, como consecuencia de las condiciones que el imperialismo ha impuesto a ese mundo, mundo en retroceso.

Y no es que las garras y los actos del imperialismo atenten sólo contra esa región del mundo; los actos y los hechos de ese imperialismo atentan cada vez más seriamente también contra los intereses de los países llamados desarrollados. Y en este concepto entre desarrollados y subdesarrollados existen discrepancias terminológicas, porque se dice que a veces un país muy desarrollado industrial y económicamente es a la vez un país subdesarrollado política y socialmente; y que un país subdesarrollado económicamente, está política y socialmente más desarrollado.

Nosotros no nos ofendemos, ni mucho menos, si nos incluyen entre los países subdesarrollados. Porque el desarrollo de la conciencia, nuestro desarrollo social y nuestro desarrollo cultural general, se va convirtiendo en un prerequisite de nuestro desarrollo económico e industrial. En este país, al igual que debe ocurrir en cualquier otro país en condiciones similares a nosotros, el desarrollo del pueblo en la política y en la conciencia se vuelve requisito «sine qua non» para ganar la batalla del subdesarrollo económico.

Pero el imperialismo como fenómeno universal, el imperialismo como mal universal, el imperialismo como lobo universal, no puede existir sino a condición de actuar como lobo en todo el mundo y de actuar contra los intereses de todo el mundo. Y ese imperialismo actúa igualmente contra los intereses del resto del mundo llamado desarrollado, el resto del mundo industrializado.

Hoy día se suele, en la terminología política, hablar de imperialismo encabezado por Estados Unidos. Y es que en la realidad contemporánea sólo hay un imperialismo verdaderamente poderoso; en la realidad contemporánea el sostén del imperialismo, el imperialismo en esencia, es el imperialismo norteamericano. Los demás imperialismos poderosos ayer, son

hoj extraordinariamente débiles con relación al imperialismo yanqui. Y es por eso comprendido cada vez más por el mundo entero, que el esfuerzo, que la lucha, se concentra contra el imperialismo yanqui, que es el sostén de todos los gobiernos reaccionarios, es el sostén de todas las malas causas del mundo.

Y ese imperialismo amenaza devorarse incluso, y en cierta medida va devorando también, a las demás potencias imperialistas. Sería innecesario argumentar acerca de este punto. Acerca de este punto se discutió en el Congreso, acerca de este punto se expresaron brillantes ideas y se hicieron proposiciones. El análisis presentado en el Congreso en una de las ponencias con relación al fenómeno de penetración imperialista yanqui en Europa, al fenómeno de la sustracción de capitales —ya no la exportación de capitales sino a la sustracción de capital que actualmente el imperialismo yanqui realiza en el mundo subdesarrollado, avalado con cifras—, la explicación del drenaje de técnicos que tiene lugar en todo el mundo por parte del imperialismo yanqui; y esos hechos que expresan este fenómeno contemporáneo del monopolio de la ciencia y de la técnica, de la utilización que los imperialistas dan a los grandes avances de la ciencia y de la técnica moderna, eso fue brillantemente expuesto en el Congreso, como la idea de que actualmente los imperialistas yanquis cuando hacen inversiones en Europa no tienen que llevar más que el 10% del valor del total de esas inversiones, y cómo movilizan en la propia Europa los restantes recursos.

Y nosotros sabemos hasta qué grado llega la penetración del imperialismo yanqui en Europa. Y debemos decir seriamente que en un grado quizás más alto de lo que los propios europeos se imaginan, el imperialismo yanqui gobierna en Europa.

Y nosotros lo sabemos, tenemos una constante prueba de ello. Porque contra nosotros, por ejemplo, realiza el imperialismo una actividad incesante de sabotaje económico, de bloqueo económico, hace todo lo posible para evitar que nosotros podamos adquirir cualquier cosa útil en cualquier parte del mundo. Y lo peor es que en numerosas ocasiones, en numerosísimas ocasiones, los imperialistas sabotean e impiden las gestiones que nosotros hacemos en países que se consideran muy independientes, muy soberanos y muy desarrollados.

Porque los imperialistas poseen acciones mayoritarias en incontables empresas europeas; los imperialistas poseen el control de numerosas patentes que se emplean en Europa. Y si nosotros vamos a adquirir cualquier

máquina que está fabricada de acuerdo con una patente americana, o que parte de la máquina está fabricada con una patente americana, nosotros no podemos adquirir la maquinaria o la técnica. A veces nos venden una parte de una fábrica, pero no nos pueden vender el proceso completo porque la patente es americana. En muchas ocasiones, aunque no se trate de una patente americana o de una fábrica con participación financiera del capital norteamericano, pues tampoco podemos adquirir lo que queremos porque son clientes importantes de esa industria y se disgustan si esa industria nos vende algo a nosotros; por esa vía presionan y sabotean e impiden nuestras gestiones económicas.

De manera que gobiernan en Europa, bien como dueños de las empresas, bien como dueños de las patentes, o bien como clientes importantes, o bien como aliados de algunos gobiernos de Europa; valiéndose de sus influencias para sabotear las actividades económicas de Cuba.

Y parece increíble hasta qué grado y hasta qué minuciosidad llegan en esa actividad. De manera que nosotros, que no somos europeos, sabemos hasta qué grado la economía de Europa está gobernada por Estados Unidos. Y el problema que esa Europa —incluso esa Europa capitalista— tiene por delante, es saber si existe alguna manera de dominar, de contener esa penetración económica; si existe alguna manera de resistir esa penetración, y si acaso existe dentro de la concepción capitalista, dentro de las leyes capitalistas no importa cuánto se protejan con tarifas y con derechos arancelarios, el potencial financiero y el potencial técnico de Estados Unidos es tan grande que en muchas ocasiones puede vender a precios inferiores, y algunos productos incluso a precio de dumping, sobrepasando cualquier tipo de barrera arancelario. Y en ocasiones no tienen que vencer ninguna barrera, porque sencillamente compran las empresas europeas.

A nosotros nos han ocurrido incluso cosas como éstas: comprar en una firma europea determinado número de camiones, y después que hemos recibido los camiones, llegar los hombres de negocio norteamericanos, comprar aquella fábrica, y a partir de ese momento no poder contar nosotros con una sola pieza de repuesto para aquellos camiones.

A veces tenemos la impresión de que se apoderan vorazmente de todo, y en ocasiones tenemos incluso la impresión de que cuando cualquier industria europea nos abastece de algunos productos que puedan ser importantes para nuestro desarrollo, no paran hasta que compran la industria. Afortunadamente, no lo han podido hacer con todas las industrias; afortuna-

dámente las contradicciones se manifiestan; y afortunadamente a pesar de eso, y producto de esas contradicciones, y producto de esa penetración, producto de la competencia que el imperialismo yanqui le hace a Europa, en medio de todas las dificultades, el intercambio comercial entre Cuba y Europa va en incremento.

Nosotros tenemos también un índice de hasta qué grado la resistencia de los industriales europeos y de los gobiernos europeos es cada vez mayor, o la preocupación cada vez mayor, o la angustia cada vez mayor, con relación a la penetración económica y al apoderamiento de la economía europea por Estados Unidos, que algunas cosas que años atrás resultaban para Cuba muy difíciles de adquirir, actualmente no resultan tan difíciles. El crédito de nuestro país —y perdónenme esta disquisición— y el número de ofertas a nuestro país crece.

De manera que en estos hechos nosotros vemos la contradicción, en estos hechos vemos la tremenda influencia que tienen en Europa los imperialistas yanquis y a la vez vemos la creciente preocupación en los propios círculos capitalistas de Europa acerca de este fenómeno que tiene lugar en Europa en estos tiempos.

De manera que hay un enemigo que sí se puede llamar universal, y si alguna vez en la historia de la humanidad hubo un enemigo verdaderamente universal, un enemigo cuya actitud y cuyos hechos preocupan a todo el mundo, amenazan a todo el mundo, agreden de una forma o de otra el mundo, ese enemigo real y realmente universal es precisamente el imperialismo yanqui. Y en la misma medida en que la humanidad toma conciencia de este problema, la humanidad se moviliza; en la misma medida en que toma conciencia de este problema, la humanidad empieza de una forma o de otra a actuar.

A veces hemos oído en los propios intelectuales, en los propios científicos y artistas, la autocrítica de que tienen una relación distante con los problemas. No me refiero en este caso a los trabajadores intelectuales del Tercer Mundo —por llamarlo de alguna forma—, me refiero sobre todo a los trabajadores intelectuales de Europa. La autocrítica de que tienen una relación lejana —a veces la califican de paternalista, etc.— con relación a los problemas del mundo. ¿Cómo veremos nosotros esta cuestión?

Nos parece que seríamos ilusos, pecaríamos de idealistas, si quisiéramos que de la noche a la mañana esta conciencia de que hablábamos surgiera en un despertar apoteósico.

Nosotros no nos detenemos a analizar el grado en que los trabajadores intelectuales se movilizan en el mundo en favor de las causas justas; nosotros nos detenemos más bien a considerar que cualquiera que sea el grado de ese desarrollo, cualquiera que sea la eficacia de esa solidaridad, el hecho cierto es que ese movimiento está en ascenso, el hecho cierto es que ese movimiento está en desarrollo, el hecho cierto es que ese movimiento crece.

¡Y nosotros, a fuer de sinceros, podríamos decir que muchas veces hemos visto cómo determinadas causas que más afectan al mundo de hoy, cómo determinadas agresiones, cómo determinados crímenes, han encontrado más apoyo, más eco, más protesta y más combatividad en grupos de trabajadores intelectuales que en organizaciones de tipo político de las cuales era de esperarse la mayor combatividad! ¡En ocasiones hemos visto supuestas vanguardias en lo más profundo de la retaguardia en la lucha contra el imperialismo!

Y de veras que no está en nuestro ánimo al venir a esta tribuna ni ofender a nadie ni herir a nadie. Además, no nos gusta ofender o atacar por vía indirecta. Y digo esto como obligada alusión a una verdad que nosotros hemos palpado —y al fin y al cabo ésta es la visión de los agredidos, la visión de los combatientes revolucionarios de un país que lucha contra el imperialismo y de un país que, si no en la primera trinchera, porque la primera trinchera es incuestionablemente Viet Nam, es un país que ocupa un modesto puesto de combate, pero que lo defiende firmemente y resueltamente.

Y nosotros cuando vemos a un hombre de vanguardia o que suponemos de vanguardia en la vanguardia, nos parece lo más natural del mundo; pero cuando hemos visto en la vanguardia de la protesta y de la lucha a quienes no se tenían por vanguardia, nos admira. ¡De manera que no nos ponemos a medir el grado con que combaten, sino que vemos y palpamos el hecho de que cuando las banderas justas no hay quien las recoja en algunos países, hay hombres dignos que recogen esas banderas! Y no son pocos los ejemplos que tenemos de estos fenómenos.

En el curso de estos años de revolución hemos aprendido mucho, y entre otras cosas hemos aprendido a distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre una actitud revolucionaria y una consigna revolucionaria, entre las palabras y los hechos, entre los dogmas y las realidades.

¿Podrá alguien considerar que no constituyó para nosotros una inolvidable experiencia la experiencia de la Crisis de Octubre? No nos gusta hablar

de aquel episodio, pero incuestionablemente que nuestro pueblo vivió momentos de grandes peligros. Y nadie debe interpretar como una manifestación de orgullo el expresar aquí que nuestro pueblo se portó con dignidad, con entereza y con valor. Pero sí expresar a la vez, que desde hace mucho tiempo, desde que éramos casi adolescentes, veníamos oyendo hablar de la gran campaña en favor de la paz. Y no critico con esto a los hombres que han luchado por la paz, a los hombres que honestamente de una manera o de otra han agarrado la bandera de la lucha por la paz y en la medida de sus fuerzas han enarbolado esa bandera.

Lo que nos llamó realmente la atención fue el hecho de que cuando verdaderamente la paz estuvo en peligro, de que cuando verdaderamente el mundo estuvo al borde de una guerra nuclear, no vimos en Europa —y es de suponer que en Europa habría guerra también; si hay guerra nuclear es de suponer que en un encuentro entre las grandes potencias nucleares, Europa, atada por pactos militares a una de esas potencias, el imperialismo yanqui, habría sufrido las consecuencias de esa guerra, habría estado dentro de la guerra—, no vimos grandes movilizaciones de masa. Y en verdad que si las hubo no nos enteramos; si las hubo, grandes o pequeñas, no lo supimos. Y tuvimos la real sensación, la impresión —que si resulta una falsa impresión agradeceríamos profundamente a quien borrara de nuestros ánimos esa profunda impresión— de que aquella consigna no había sido más que una consigna, un entretenimiento, y que aquella consigna no fue capaz de movilizar ninguna masa, que aquella consigna no fue capaz ni de despertar el instinto de conservación de las masas.

¿Dónde estaban las vanguardias? ¿Dónde estaban las vanguardias revolucionarias?

Pero es que nosotros tenemos un ejemplo reciente, muy reciente, que nos tocó de muy cerca, y fue cuando la muerte del heroico compañero Ernesto Guevara.

Será difícil encontrar un hombre igual que él; será difícil encontrar un revolucionario más puro que él, más consecuente que él, más íntegro que él, más ejemplar que él. Y cuando se nos quiera poner un ejemplo de lo que es y lo que debe ser un revolucionario, ¿acaso puede haber un ejemplo mejor que el suyo?

Sin embargo, ¿quiénes fueron los que enarbolaron su bandera? ¿Quiénes fueron los que agitaron en todo el mundo? Pero sobre todo, ¿quiénes fueron los que enarbolaron su nombre en Europa, los que levantaron

y enaltecieron su ejemplo? ¿Quiénes fueron los que se movilizaron, pintaron letreros y organizaron actos en toda Europa? ¿En qué sector fue donde más profundo impacto tuvo la muerte de Che Guevara? ¡Fue precisamente entre los trabajadores intelectuales! No fueron organizaciones, no fueron partidos. Fueron hombres y mujeres honestos, sensibles, los que tuvieron la actitud de asimilar, de comprender, de admirar, de hacer justicia; frente a los que son incapaces de comprender y que no comprenderán jamás por qué murió, ni serán capaces jamás de morir como él, ni de ser revolucionarios como él.

Y nosotros sabemos cómo ese hecho dolió en los corazones de los verdaderos revolucionarios en todo el mundo. Y, sobre todo, sabemos cómo ese hecho dolió a los más ejemplares combatientes de esta época, que son los combatientes vietnamitas.

Hemos sabido de muchos pésames, de pésames verdaderos y de pésames formales. Y hablamos de pésame porque no hay otra palabra, aunque desde luego que la muerte de un combatiente no es motivo de luto, si creemos como hemos creído siempre, como hemos creído en nuestro pueblo y como han creído los revolucionarios en todas las épocas, que ningún hombre verdadero, ningún revolucionario verdadero muere en vano. Y de ello nos dan pruebas irrefutables nuestros propios enemigos, de ello nos dan pruebas los propios que no respetando su condición de combatiente herido, imposibilitado de seguir peleando, porque hasta el arma le había sido destruida, lo asesinaron cobardemente. Y no sólo lo asesinaron cobardemente, sino que además lo desaparecieron más cobardemente todavía.

En estos días pasados las agencias cablegráficas han estado divulgando noticias, han estado hablando de canje de contrarrevolucionarios presos en Cuba por Regis Debray. Desde luego que nosotros estamos seguros —porque hemos visto la actitud de Debray, porque hemos visto su formidable defensa, porque hemos visto la serenidad, el valor y la entereza con que desenmascaró a los que lo juzgaban—, estamos seguros de que Regis Debray no aceptará jamás semejante canje. Pero nosotros no rehúimos el reto del «gorila» Barrientos. Si quiere liberar contrarrevolucionarios, si quieren cabecillas contrarrevolucionarios, nosotros decimos y planteamos: ¡Devuelva los restos del Comandante Guevara y pondremos cien cabecillas presos en libertad! No un cabecilla contrarrevolucionario, ¡cien cabecillas contrarrevolucionarios, escogidos por la CIA y por el Pentágono, ponemos inmediatamente en libertad si tiene el valor de devolver los restos del Comandante Guevara!

Porque ellos son los que tienen que demostrar si es verdad o no que temen al Che todavía más muerto que vivo.

¡Formidable ejemplo de lo que es el ejemplo! ¡Formidable ejemplo de que las ideas no pueden ser destruidas! ¡Formidable ejemplo de que las causas revolucionarias, las causas justas no pueden ser aplastadas, cualesquiera que sean los golpes y las pérdidas! Porque por algo somos humanos, por algo somos hombres, y en el hombre sus ideas son valores que están por encima de ninguna otra cosa y, por supuesto, muy por encima de su vida.

Nosotros hemos vivido estas experiencias, y es por ello que, sin ánimo ni mucho menos de halagar, pero sí con absoluta sinceridad, expresamos qué sentimientos han suscitado en nosotros, cuando hemos visto cómo los trabajadores intelectuales en número cada vez más creciente se unen y se convierten en formidables abanderados y defensores de las causas justas.

Mencioné el ejemplo del Che, pero hemos visto la fuerza que cobra en todo el mundo el movimiento de apoyo y de solidaridad hacia Viet Nam; hemos visto un número cada vez mayor de trabajadores intelectuales en Estados Unidos enarbolando la bandera de la lucha contra la salvaje agresión a Viet Nam; hemos visto a los trabajadores intelectuales del mundo brindar un apoyo cada vez mayor al movimiento negro en Estados Unidos, hemos visto a los trabajadores intelectuales del mundo cómo en todas partes enarbolaron la bandera de lucha contra el encarcelamiento de Régis Debray; y hemos visto en los hechos que ocurren en los últimos tiempos, en acontecimientos que son definitivos, cómo crece el movimiento de solidaridad entre los trabajadores intelectuales de todo el mundo. ¡Y nosotros sabemos apreciar hondamente ese fenómeno!

No quiere esto decir que debemos ser conformistas, no quiere esto decir la apreciación de que se haya hecho el máximo ni mucho menos, no quiere esto decir que ese movimiento tenga la fuerza que debe tener; quiere decir sencillamente que nos sentimos optimistas porque ese movimiento, movimiento de conciencia, movimiento de justicia, crece y se desarrolla. Y no cabe duda que seguirá creciendo y seguirá desarrollándose, porque en la misma medida que un enemigo universal se hace cada vez más agresivo, en la misma medida en que sus crímenes son cada vez más repugnantes, en la misma medida en que sus garras son cada vez más amenazantes, ese movimiento, esa fuerza, crecerá.

Y al decir que el imperialismo yanqui es poderoso, al decir que el imperialismo yanqui ha acumulado grandes recursos financieros y técnicos,

grandes medios de destrucción y de muerte, no aceptamos jamás que esa amenaza a la humanidad, que todas las fuerzas acumuladas por ese imperialismo puedan ser más poderosas que la humanidad. Y nos lo demuestra una vez más Viet Nam, una parte pequeñísima de la humanidad, ¡cómo se enfrenta, cómo combate y cómo derrota a ese superpoderoso imperialismo! Un imperialismo que trata de amedrentar al mundo, que trata de chantajear al mundo y que sólo consigue levantar más la conciencia del mundo, levantar más la indignación y el espíritu de lucha del mundo, en la misma medida en que sus actos son más repugnantes, en la misma medida en que sus actos son más criminales y más aborrecibles; ese enemigo que todo lo quiere resolver con las armas, que todo lo quiere resolver con su oro, que lo mismo asesina que soborna, que lo mismo oprime por la fuerza que oprime por la corrupción y que penetra en todos los campos, que penetra en todas las actividades. Y es lógico que los trabajadores intelectuales hayan tenido que sentirse repugnados por el hecho de ver cómo las mejores creaciones del hombre, cómo los más extraordinarios productos de la inteligencia humana, cómo los más extraordinarios productos de la inteligencia humana, cómo las creaciones de los hombres de ciencia y de técnica, cómo todos esos medios que el hombre ha desarrollado para el bien del hombre, se emplean hoy en matar, en destruir, en oprimir, en corromper. Lo mismo los adelantos de la física que de la química, que de la electrónica, que de la biología, porque fabrican desde bombas que se fragmentan en miles de pedazos hasta venenos, medios químicos de destrucción, medios biológicos y, en fin, todo cuanto los hombres de ciencia han creado.

Y es lógico que los trabajadores intelectuales del mundo se sientan de una manera o de otra víctimas de ese despojo, se sientan de una manera o de otra agredidos, de la misma manera que se sienten agredidos con esa política de comprar cerebros, de saquear técnicos, esa política encaminada a monopolizar la ciencia, encaminada a reclutar los científicos de todo el mundo, lo mismo de un país llamado desarrollado que de un país llamado subdesarrollado. Esa cosa clara que se sabe, que se conoce, cuyos datos se publican en los propios Estados Unidos, de manera que el país que tiene una técnica más desarrollada practica —como decíamos el día 2 de enero— ese saqueo de las inteligencias, ese saqueo de los técnicos.

¿Qué tiene, pues, de extraño ante estas realidades que se reúnan aquí hombres y mujeres, trabajadores intelectuales de las más variadas posicio-

nés filosóficas, de las más variadas posiciones políticas o apolíticas, de las más variadas militancias?

Y debemos decir que hay algunas cosas en este Congreso que han resultado verdaderamente impresionantes. Y una de ellas es esa universal conciencia de lo que es el imperialismo y de lo que representa, y esa universal conciencia de que los problemas que el mundo moderno plantea no pueden ser resueltos a través de sistemas sociales obsoletos, abolidos por el desarrollo de la ciencia y de la técnica y abolidos también por el desarrollo de la conciencia humana. Y cómo de manera unánime se expresaban los criterios, tanto de trabajadores intelectuales del Tercer Mundo como de los países desarrollados, de que era imposible superar los profundos problemas de cualquier país moderno, sea desarrollado o subdesarrollado. Los desarrollados para alcanzar o superar las profundas contradicciones que subsisten en el capitalismo, para superar una sociedad que está prácticamente abolida por la historia, y en el caso de los países subdesarrollados como único camino, porque de qué otra forma un país cuya brecha se abre cada vez más y más con respecto al resto del mundo puede alcanzar un ritmo de desarrollo acelerado, pasando por el viacrucis del desarrollo capitalista bajo las condiciones de la dominación del imperialismo.

Pero, en fin, estas cosas eran cuestiones de elemental conocimiento, de elemental convicción de los que participaron en este Congreso.

Sin embargo, hay algunas cosas, particularmente una cosa, que a nosotros nos impresionó mucho, a decir verdad, porque evidencia la amplitud que cobra el movimiento revolucionario en el mundo, y que fue la ponencia de un grupo de sacerdotes católicos que participaron en el Congreso. No voy a decir sus nombres porque no he consultado con ellos, pero sí voy a leer la ponencia para nuestro pueblo, suponiendo que ustedes conocen esta ponencia, y que dice así:

«Nosotros, sacerdotes católicos, delegados al Congreso Cultural de La Habana, convencidos:

«De que el imperialismo constituye en la actualidad y particularmente en el Tercer Mundo un factor de deshumanización que destruye los fundamentos de la dignidad individual, atenta contra la libre manifestación de la cultura, impide las formas auténticas del desarrollo humano y propicia situaciones de subdesarrollo cada día más agudos y oprimentes;

«De que pese a las divergencias existentes entre el cristianismo y el marxismo sobre la interpretación del hombre y el mundo, es el marxismo el que

proporciona el análisis científico más exacto de la realidad imperialista y los estímulos más eficaces para la acción revolucionaria de las masas;

«De que la fe cristiana implica amor traducido en servicio eficaz a todos y cada uno de los hombres;

«De que el sacerdote Camilo Torres Restrepo, al morir por la causa revolucionaria dio el más alto ejemplo de intelectual cristiano comprometido con el pueblo.

«NOS COMPROMETEMOS

con la lucha revolucionaria antimperialista, hasta las últimas consecuencias, para lograr la liberación de todo el hombre y de todos los hombres.

«POR TANTO

«Condenamos el bloqueo económico y cultural que el imperialismo norteamericano tiene establecido a la República de Cuba, primer territorio libre de América; Codenamos la guerra de los Estados Unidos al Viet Nam, como el atentado más monstruoso del imperialismo contra la libertad de un pueblo situado en el área del Tercer Mundo;

«Rechazamos cualquier forma de colonialismo y neocolonialismo, por ser producto del imperialismo alienante y deshumanizante.»

Esta ponencia evidencia cómo las ideas revolucionarias, de una forma o de otra, se extienden, se expanden, y cómo incluso en sectores religiosos penetran estas ideas y cómo surge dentro de esos sectores un número cada vez mayor de combatientes revolucionarios.

En días recientes leíamos uno de los tantos cables que aquí llegan, de una de las tantas agencias yanquis, y hablaban de este movimiento, preocupados por el movimiento que se desarrolla dentro del clero católico en América Latina. Y ciertamente decían que ése era un movimiento ligado con Cuba, ligado con la Revolución Cubana, ligado con Castro, etc., y acusaban incluso al Nuncio Apostólico. Acusaban al Nuncio Apostólico de Cuba y acusaban al Nuncio Apostólico canadiense, que había venido a darle las insignias de obispo al Nuncio Apostólico de Cuba.

Hubo una recepción, y nosotros asistimos a esa recepción. Y desde luego, para los imperialistas, para la gusanera y para los reaccionarios, tal vez para la CIA, aquéllo había sido un conciliábulo conspirativo. Es indiscutible que los reaccionarios están cada vez más asustados, viven con miedo, ven conspiraciones por todas partes, ven fantasmas por todas partes, ven subversiones por todas partes. ¡Y es verdad, es verdad!, los fantasmas que

ellos han creado, las rebeldías que ellos han desatado y la conspiración universal de los hombres dignos de la humanidad que han concitado.

Es incuestionable que estamos ante hechos nuevos, ante fenómenos nuevos; es incuestionable que los revolucionarios, los que nos consideramos revolucionarios, y dentro de los que nos consideramos revolucionarios los que nos consideramos marxistas-leninistas, estamos en la obligación de analizar estos fenómenos nuevos. Porque no puede haber nada más antimarxista que el dogma, no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles.

Tuvo el marxismo geniales pensadores: Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, para hablar de sus principales fundadores. Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria.

Estas son las paradojas de la historia. ¿Cómo cuando vemos a sectores del clero devenir en fuerzas revolucionarias vamos a resignarnos a ver sectores del marxismo deviniendo en fuerzas eclesiásticas?

Esperamos, desde luego, que por afirmar estas cosas no se nos aplique el procedimiento de la «Excomunió» y, desde luego, tampoco el de la «Santa Inquisición», pero ciertamente debemos meditar, debemos actuar con un sentido más dialéctico, es decir, con un sentido más revolucionario. Es necesario que los fenómenos contemporáneos los analicemos, los estudiemos profundamente. Naturalmente que el análisis, las concepciones, cada vez más tendrán que ser la obra de equipos de hombres más que de hombres individuales. De la misma manera que en la ciencia el investigador aislado ya prácticamente no existe ni puede existir, en la política, en la economía, en la sociología, los investigadores aislados, el surgimiento de hombres geniales en las condiciones modernas se hace cada vez más imposible.

Y hay un cierto subdesarrollo, hay en realidad un cierto subdesarrollo en el campo de las ideas políticas, en el campo de las ideas revolucionarias. Y de ahí se deriva la enorme confusión que existe hoy en el mundo, la enorme crisis que existe en el campo de las ideas, es decir, en el campo de las doctrinas, en el momento en que precisamente las actitudes y los sentimientos revolucionarios del mundo crecen. Nadie puede decir que tiene toda la verdad; nadie puede declarar hoy, en medio de la enorme complejidad del mundo, que tiene toda la verdad. Nosotros tenemos nues-

tras verdades aquí, surgidas de nuestra experiencia, aplicables a nuestras condiciones; y tenemos nuestras deducciones y nuestras conclusiones; pero nunca hemos pretendido ser catedráticos, nunca hemos pretendido ser monopolizadores de las verdades revolucionarias.

Sin embargo, hemos visto cómo las verdades revolucionarias se van encontrando, cómo las verdades revolucionarias van surgiendo como resultado del análisis, del esfuerzo de muchas inteligencias.

Y no hay duda de que ésa es la impresión que dejan los Acuerdos del Congreso. Y eso es, a nuestro juicio, lo más extraordinario: cómo se ha llegado a conclusiones tan unánimes, cómo se han unificado los puntos de vista, y cómo se han dicho un puñado de verdades, cómo se han expresado un puñado de sentimientos incuestionablemente revolucionarios y humanos. Y esa impresión tendrá que dejar en todos los que lean el Acuerdo de este Congreso.

Los imperialistas, ¿qué dirán, qué pensarán? Dirán tal vez que esto es un Viet Nam en el campo de la cultura; dirán que han empezado a aparecer las guerrillas entre los trabajadores intelectuales; es decir, que los trabajadores intelectuales adoptan una posición cada vez más combativa. Y no tenemos la menor duda de que los imperialistas se preocuparán profundamente de este evento y de las Resoluciones de este evento, del tono revolucionario de este evento.

Y el pensamiento de los imperialistas es cada vez más claro, sus intenciones cada vez más inequívocas. Hoy, por ejemplo, se recibieron en Cuba dos cables de dos grandes oligarcas del imperialismo: uno, el de un general, jefe del Estado Mayor del Ejército norteamericano; otro, informando acerca de unas declaraciones del señor Rusk. ¿Son acaso diferentes de las declaraciones que hacen siempre? No. No son diferentes. ¿Son acaso diferentes de muchos pronunciamientos citados en el Congreso? No. Pero son reveladores de la certeza y de la claridad de los trabajadores intelectuales y de sus Resoluciones.

Veamos qué dicen —cualquiera de los dos, el que ustedes prefieran—. El señor Rusk habló, y en algunas declaraciones se refirió entre otras cosas a la Crisis de Octubre, diciendo que «la Crisis en Cuba de 1962, en la que Estados Unidos guardó considerable moderación, ha servido de advertencia seguramente para varias potencias grandes y pequeñas, señaló ante la prensa norteamericana el Secretario de Estado de Estados Unidos, Dean Rusk, agregando que muchos países aprendieron la lección».

¡He aquí el vulgar lenguaje del vulgar chantaje!

Pero bien: lo más importante. Dice: «Otro problema, continuó, lo constituye el de las agresiones tales como la de Viet Nam», dijo —¡las agresiones de Viet Nam!—, «agregando que una vez frenadas las llamadas guerras de liberación» —¡que una vez frenadas las llamadas guerras de liberación!— «el mundo podría gozar de una larga época de paz». ¡La paz romana!

Y luego inmediatamente: «Hablando de la explosión demográfica, Dean Rusk subrayó la apremiante necesidad de solucionarla antes de que este peligro haya llegado al extremo de originar el estallido de una guerra nuclear.

«Las ciencias y la técnica tendrán que superar estos problemas que en los años ochenta adquirirán por lo menos un carácter tan explosivo como la cuestión de las armas nucleares, concluyó».

Y el General, ¿qué dijo el General?

«El general Harold K. Johnson, Jefe de Estado Mayor del Ejército norteamericano, declaró hoy que la experiencia de este país en la República Dominicana y Cuba demuestran que la guerra en Viet Nam es necesaria para poner fin a la proliferación del comunismo.

«En un discurso que pronunció en esta ciudad, el general Johnson afirmó que «la proliferación del comunismo terminó cuando nuestro país inició su asistencia directa en la resistencia a la implantación del sistema».

«Agregó el militar que «aun en nuestro hemisferio, cuando nos confrontamos con los comunistas pronta y vigorosamente, como ocurrió en la República Dominicana, éstos detienen su marcha».

«Pero —dijo Johnson— cuando Estados Unidos no supo reconocer un golpe comunista, como fue el caso en Cuba, el tumor echó raíces y ha intentado propagarse».

«El general Johnson, que volvió hace una semana de su novena gira de inspección por Viet Nam, negó que los comunistas hayan tomado la iniciativa en la actual guerra o que el proceso bélico haya caído en un punto de estacionamiento».

Dos declaraciones, el mismo día, de un general con muchas derrotas y una eminencia gris del imperialismo.

Todo esto, todas estas expresiones que tan desfachatadamente expresan los voceros del imperialismo, generales y civiles, ¿qué quieren decir? ¿Acaso disfrazan de alguna manera sus intenciones y sus propósitos?

Este habla de que «el comunismo deja de proliferar cuando vigorosamente lo combatimos». He ahí el caso de Cuba, «ese tumor» —ese tumor sin

extirpar posiblemente quería decir—, ¿cómo se detiene? «Y por eso intervenimos en Santo Domingo a sangre y fuego», «para asistir en la resistencia». ¡Allí asistieron a los gorilas! ¿Resistencia? ¡No habrían podido resistir media hora al pueblo dominicano!

Y que por eso intervienen en Viet Nam; dicen con toda claridad que en Viet Nam se proponen aplastar al movimiento revolucionario, dar una lección definitiva para liquidar los movimientos de liberación. En toda la terminología del esbirro internacional.

Y, desde luego, se lamenta de que este «tumor» no haya sido extirpado.

¿Y el otro qué dice? Pues dice lo mismo: que «cuando cesen las luchas de liberación habrá paz». Pero es que no se queda ahí. No basta, no, con que cesen las luchas de liberación: hay que controlar la natalidad, hay que controlar el aumento de la población, porque no importa que cesen las luchas de liberación; si la humanidad sigue desarrollándose habrá explosiones más poderosas y más peligrosas que las armas nucleares. ¡La ciencia, la técnica, vengan en auxilio del imperialismo! ¡Venga la educación sobre la natalidad, venga el control de la natalidad!

Las soluciones del imperialismo son sencillísimas. Las dos terceras partes de la humanidad pasan hambre; para cesar la situación de hambre, para salir de la miseria, tienen obligadamente que hacer revoluciones. ¡Ah!, pero revoluciones no. ¡Las revoluciones serán reprimidas a sangre y fuego! Y habrá paz sólo si no hay revoluciones. Pero, además, aunque no haya revoluciones, ¿qué va a pasar en esas dos terceras partes de la humanidad que se multiplican como curieles? Cuando hablan de los problemas de la población y de la natalidad, de ninguna manera se inspiran en un concepto que tenga algo que ver con los intereses de la familia o de la sociedad. ¡No! Parten del principio de que la humanidad se morirá de hambre si sigue multiplicándose, y ciertamente nada menos que en estos tiempos, que no son los tiempos de Malthus ni los tiempos de Matusalén. Cuando la ciencia y la técnica logran increíbles éxitos en todos los campos, se acude a la técnica para reprimir las revoluciones y se pide el auxilio de la ciencia para impedir el crecimiento demográfico. En dos palabras: ni los pueblos deben hacer revoluciones, ni las mujeres deben parir. A eso se resume y se sintetiza la filosofía del imperialismo.

Pero a la vez revelan las contradicciones insalvables de ese imperialismo, la inseguridad, el temor al futuro. Aquí se evidencia que esa oligarquía, sentada sobre cañones, sentada sobre pilas de oro, vive intranquila, vive desconfiada, vive atemorizada ante el porvenir.

Y a eso se reduce el pensamiento político hoy en esencia del imperialismo, de la oligarquía que gobierna en Estados Unidos y que a pesar de sus feroces represiones, de sus recursos técnicos y militares, se siente insegura. Porque ellos saben que sin revolución ninguno de esos países saldrá del subdesarrollo.

Ellos admiten, ellos comprenden —ellos lo saben— que no hay ninguna fórmula para pasar del feudalismo al progreso. Los imperialistas saben que sin revolución no hay desarrollo, y se sienten impotentes frente a la realidad de que el mundo crece, de que el mundo se desarrolla, aumenta la población y aumenta inevitablemente —como un fenómeno natural e inevitable— la conciencia revolucionaria.

Los imperialistas saben que la brecha entre el mundo desarrollado y el mundo subdesarrollado crece; esos datos incesantemente se publican por los organismos de las Naciones Unidas. Se sabe, por ejemplo, que en 15 años el producto bruto en Estados Unidos aumentará de 400 mil millones aproximadamente en 1960 a 800 mil millones de dólares en 1975; que en el Mercado Común Europeo el producto bruto aumentará en el mismo período, aproximadamente, de 200 mil millones de dólares a 400 mil millones para 1975. Todos los economistas y todos los que trabajan en los problemas de intercambio comercial saben que los productos industriales se venden cada vez más caros al mundo subdesarrollado, y que los productos de ese mundo se compran cada vez más baratos.

Un oligarca latinoamericano decía recientemente que con la misma cantidad de un producto con que su país compraba hace 10 años tres jeeps, ahora sólo podía comprar un jeep.

Y mientras los niveles de vida crecen en una parte del mundo, los niveles de pobreza crecen en el resto del mundo, el desbalance crece, la explotación crece.

Según esos mismos cálculos, el desbalance en el intercambio del mundo subdesarrollado con el mundo desarrollado fue de 4 mil millones de pesos en 1960, y en 1970 será de aproximadamente 20 mil millones de pesos. Mientras el producto bruto crece, mientras el ingreso per cápita crece en una parte del mundo, en la parte más numerosa del mundo el producto per cápita decrece; el desbalance crece; los precios de los que tienen mejores niveles aumentan, los precios de los que tienen peores niveles decrecen; los recursos, además, de despilfarran por los señores feudales en muchas ocasiones y por los oligarcas; las sustracciones de recursos monetarios aumentan.

Y ése es sencillamente un problema insoluble, un problema que no tiene solución; ése es un hecho real. Por eso ellos, que utilizan la Cibernética y hacen cálculos, suman, restan, multiplican y dividen, parece que han consultado a las computadoras y les han dicho que eso no tiene remedio, que esa situación es insostenible.

Entonces, bien: ¿cuál es el remedio de los imperialistas? Guerras represivas contra las revoluciones, y habrá paz cuando no haya revoluciones; cesen de crecer las poblaciones, porque si no cesan de crecer las poblaciones habrá estallidos y habrá guerras nucleares.

¡En ninguna época anterior de la historia del hombre se habían escuchado semejantes bárbaras, genocidas, brutales manifestaciones contra la humanidad!

Ese es el hecho real, ese es el hecho indisimulable, eso es lo que contribuye a crear la conciencia universal revolucionaria; ese hecho es el que los ha reunido a ustedes aquí, esos hechos incuestionables son los que le dieron la tónica revolucionaria a este Congreso.

Y es verdad que en el campo de la cultura hay muchos problemas por resolver, hay muchas cuestiones por dilucidar; y nosotros no disimulamos ni mucho menos que hay montones de cosas todavía a las que dar respuesta, hay problemas nuevos no resueltos. Y esos problemas los tenemos los revolucionarios, sobre todo cuando, como revolucionarios, en condiciones especiales, nos vemos obligados a invertir una inmensa parte de nuestro esfuerzo para sobrevivir, para defendernos y avanzar.

Hay, sin embargo, la intención incuestionable de encontrar la respuesta adecuada, las soluciones mejores, a incontables problemas que surgen en el desarrollo de la sociedad. Soluciones por encontrar, problemas por resolver existen y no hay por qué negarlos; pero las soluciones las encontraremos. Y creemos verdaderamente que este Congreso es una contribución para nosotros y para los movimientos revolucionarios.

Pero, sin embargo, ha sido aleccionador cómo los trabajadores, intelectuales en este Congreso, agarraron los problemas fundamentales, agarraron las cuestiones esenciales, las cosas que más preocupan al hombre en el momento actual, y alrededor de estas cuestiones trabajaron, alrededor de estas cuestiones se unieron y alrededor de estas cuestiones llevaron adelante el Congreso. Múltiples problemas podrían debatirse en el seno del campo revolucionario acerca de los problemas de la cultura, porque esos problemas son reales.

Sin embargo, eso tal vez era lo que esperaban los imperialistas: la atención, el esfuerzo se centró en las contradicciones fundamentales, en las contradic-

ciones decisivas, que no son las contradicciones en el seno del movimiento revolucionario, no son los problemas de la cultura en el seno del movimiento revolucionario, sino las contradicciones y los problemas de la cultura con el imperialismo.

No creemos que en este Congreso, ni mucho menos, se hayan solucionado todos los problemas, se hayan aclarado todas las cuestiones, pero sí creemos que ha sido un extraordinario paso de avance, sí creemos que ha sido altamente positivo, y creemos que los temas que se trataron son esenciales y que las preocupaciones acerca de la sociedad revolucionaria fueron importantes y esenciales; los problemas, sobre todo, relacionados con el hombre nuevo.

Y afortunadamente, en esta cuestión del futuro tenemos el magnífico folleto que nos dejó el Che, donde de manera tan clara y tan brillante analizó algunos de estos problemas con la sinceridad, la honestidad y la franqueza que lo caracterizaron siempre, y cómo expresó su idea de cómo debe ser el hombre nuevo, cómo debe ser el hombre del mañana, cómo debe ser el hombre del siglo XXI.

Y nosotros hemos visto cómo esas inquietudes se recogieron en el Congreso. Hemos visto también cómo el ejemplo del Che, su actitud, su conducta, su honestidad, su limpieza, presidían, inspiraban, muchas de las resoluciones de este Congreso.

Y para nosotros este evento exitoso, cuyo resultado supera las más optimistas predicciones, será algo inolvidable. Es verdad que nuestro pueblo vive horas, días y meses, sumergido de lleno en el trabajo, venciendo los obstáculos, dando su batalla por el desarrollo de la economía en condiciones difíciles, frente a un imperialismo agresivo y junto a un socialismo con muchas limitaciones en todos los campos; y en esta batalla, en esta lucha titánica, en este esfuerzo que se acrecienta día a día, sumergido en el trabajo, pudiera parecer que haya estado al margen del Congreso, pero realmente no es así. Realmente nuestro pueblo ha adquirido una extraordinaria sensibilidad, una extraordinaria sensibilidad, una extraordinaria percepción, que ustedes tuvieron oportunidad de apreciar en algunos actos de masa la rapidez, la agilidad de nuestras masas para captar cualquier problema; el grado de politización de nuestro pueblo, su espíritu revolucionario, su espíritu internacionalista, que se ha desarrollado; el sentimiento solidario que se ha creado en la propia lucha y que se ha inspirado y ha recibido el aliento de todo el mundo. Y en cada evento, bien en una Conferencia Tricontinental, bien en una Conferencia de organizaciones revolucionarias latinoamericanas,

bien en eventos como éste, ha ido ampliando cada vez más sus conocimientos, su información, sus horizontes revolucionarios.

Y para nosotros huelga decir que ha sido un altísimo honor la presencia de ustedes entre nosotros. Esperamos que nuestro pueblo les haya expresado de mil formas distintas su calor, su reconocimiento y sus simpatías.

Alto honor para nosotros que hayan compartido estos días, hombres y mujeres de valer, de prestigio, cuyas obras, cuyos trabajos conocen en un grado más alto tal vez de lo que ustedes mismos puedan imaginar. ¡Y ese alto honor lo recordaremos siempre! Y por eso este sentimiento, que expresa el sentimiento del Gobierno Revolucionario, el sentimiento de nuestro Partido y el sentimiento de nuestro pueblo. Con estos sentimientos de la amistad, de confraternidad y de afectos quedamos que damos por terminado este Congreso.

Muchas gracias a todos ustedes. ¡Y tengan la seguridad de que este esfuerzo de avance en todos los campos, en el de la economía, en el de la cultura, en el de la lucha revolucionaria, en la construcción de una sociedad superior, en el desarrollo de un hombre mejor, no cesará, y que nuestra revolución no defraudará la confianza y las esperanzas que ustedes puedan poner en ella!

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

Lo que pido REGIS DEBRAY a mis amigos*

Aunque no pertenezco a ninguna organización comunista, pertenezco en pensamiento y en acción a un movimiento revolucionario de conjunto que descansa en la lucha clandestina. Tengo por lo tanto responsabilidades de militante, me atengo a una disciplina colectiva y, como parte de un conjunto, debo aplicar las instrucciones recibidas y respetar el plan de organización de la lucha. La paradoja es que, en un asunto que se ha hecho, sin yo saberlo, escandalosamente publicitario, no puedo comportarme de la manera que convendría para utilizar eficazmente esa publicidad (reconociendo, por ejemplo, una responsabilidad cualquiera en la organización de la guerrilla), sin ser llevado simultáneamente a comprometer a cosas y personas más importantes para la buena marcha de la revolución que la publicidad y sin caer en el tablero de la propaganda enemiga, que trata de presentar a la guerrilla boliviana, según las buenas tradiciones reaccionarias, como un complot fomentado desde el exterior por extranjeros.

¿Por qué dos meses de incomunicación? Para dejar a la CIA —en la persona de puertorriqueños, de exiliados cubanos o de panameños, que hablan igualmente bien el inglés y el español, pero hábiles en no descubrir jamás su identidad ni su nacionalidad— el tiempo para cumplir su misión.

Al llegar a Choreti al tercer día de mi detención, es tal vez la CIA la que me ha salvado la vida(!). Yo estaba entonces, ciertamente en el suelo, al

* Mensaje enviado por Regis Debray a la revista chilena *Punto Final*, publicado el 21 de noviembre de 1967. (N. de R.)

final de mi resistencia, y la excitación de los oficiales que desahogaban sobre mí su rencor había llegado a su colmo, puesto que ya se divertían tirándome entre las piernas y al lado de la cabeza. Esos señores de la CIA interrumpen todo eso, llaman a un médico y me tratan, al principio, con cortesía. Traen un grueso expediente sobre mí, un *curriculum vitae*, mis movimientos en el curso de los dos últimos años, listas de amigos, etc. De la guerrilla misma, ya lo saben casi todo. Ya tienen tres prisioneros, entre ellos dos desertores, documentos dejados en un campamento abandonado (el diario de un guerrillero); al cabo de tres semanas, inclusive exhiben fotos del «Che».

No es por tanto la realidad física del «Che» o su presencia en Bolivia en esa época lo que se halla en el fondo de los interrogatorios: éstas son conocidas desde hace largo tiempo. Es el contexto, la manera de nuestras entrevistas, los planes, los contactos, lo que interesa a esos señores. Ahora bien, periodista, no tengo por qué conocer la organización de la guerrilla, ni los planes del «Che», ni los contactos nacionales e internacionales. Por lo tanto, la investigación patina. Porque en esta fase, no es a Debray, a quien se acusa, es a Cuba, a través de Debray. En dos meses, no se me ha acusado una sola vez de ser un guerrillero. Los investigadores saben muy bien, por conocer mis antecedentes y las condiciones mismas de mi detención, que yo me dirigía hacia La Paz, y que si tenía alguna responsabilidad, no era tal vez más que como encargado de una misión. ¿Pero cuál? ¿Por qué? El gobierno boliviano me deja entre las manos de la CIA con la esperanza de obtener por medio de ella la confesión sensacional que me acreditaría como «el enviado de Fidel», «el espía internacional al servicio de Cuba» y otras tonterías.

Tal confesión permitiría montar una bella exhibición contra Cuba, contra Fidel y los servicios cubanos. Van hasta Guatemala, hasta Venezuela, para hacer testimoniar a presos contra mí, para arreglar lo que he dicho, pero nada de esto sirve, no hay pruebas. El ritual de interrogatorio, de la bofetada al por mayor, del chantaje con la amenaza del asesinato al chantaje con el paquete de cigarrillos, se agota en la repetición de interminables recitaciones de mi *curriculum vitae* y de mi historia de periodista enviado por Maspero. Por lo tanto, el proceso contra Cuba fracasa, hay que resolverse a hacer un proceso contra Debray, a falta de poder los elementos materiales determinantes o de obtener la «confesión» esperada.

A FALTA DE UN «AGENTE» UN «GUERRILLERO»

Cuba no está para nada en mi venida aquí. Simplemente es en Cuba donde he recibido, de manos de un desconocido, una carta del «Che», invitándome a entrevistarle sin decirme dónde, e indicándome a Maspero como intermediario. El fiscal, en sus conclusiones, hablará por lo tanto de «franco-cubano» y de «consignas de su patrón Fidel». Pero (él, o el redactor de sus conclusiones) tiene que tomar prestadas sus fórmulas de las «Selecciones del Reader's Digest» y no del expediente mismo, en el que no figura absolutamente nada que legitime, con hechos, tales afirmaciones. Habrá que atenerse a un proceso ideológico o de intenciones contra Cuba.

Al hacer circular rumores sobre un intercambio de prisioneros anticastristas (¡50 ó 100!) contra mi humilde persona, haciendo gestiones en este sentido ante los exiliados, Barrientos continúa la misma maniobra política. Se trata de hacer creer que Cuba está en beligerancia con Bolivia y que yo soy un «enviado de Cuba». De ahí mi insistencia en afirmar mi calidad de ciudadano francés y en reclamar la protección de la embajada de Francia. Mi caso compete, estricta y oficialmente, al gobierno francés. Y esto es lo que más molesta a Barrientos y a sus patrones yanquis. Tal «intercambio» sería una gran victoria de propaganda para ellos.

Por lo tanto, en dos meses, no se ha podido probar que yo era un «agente». Se va entonces, para la opinión pública, a tratar de probar que soy un «guerrillero» y, mejor todavía, un «responsable», un «jefe». Al principio, cuando esos cuentos fueron lanzados en público por Barrientos, se trataba de una maniobra provisional de diversión. Se sabía bien que eso era falso, pero se esperaba algo mejor. Los servicios de información que han llevado la investigación, saben perfectamente que esa historia no es cierta, que si realmente yo hubiera estado incorporado como combatiente al E.L.N. (Ejército de liberación nacional de Bolivia), estaría allí todavía y no habría salido más que con los pies por delante. Como han fallado el golpe, me remiten al brazo secular, boliviano y oficial, que me había confiado a ellos para hacerme confesar mis pretendidos pecados.

A falta de confesión, se inventará esta historia de «criminal» para el consumo público. Es la solución de repuesto, y es un castigo, porque el rencor subsiste. De ahí, todavía hoy, las vejaciones y las ofensas del Segundo buró boliviano, patrocinado por los servicios norteamericanos, que no se ocupan

jamás de los otros inculcados. Por ejemplo, el uso del uniforme de presidiario 001 con el cual, al decir de Echeverría y de Hurtado, debía presentarme ante el tribunal.

A fines de junio, antes de la visita del hipócrita obispo norteamericano, me he preguntado por qué no me habían liquidado. Es que ignoraba todo lo que pasaba en el exterior, las intervenciones a mi favor, el ruido que había hecho este asunto. Creo ahora poder contestar. Inmediatamente después de mi detención, era demasiado pronto: todavía no había «hablado». Como me dijo entonces «el doctor González», misterioso director de juego de la CIA, sin duda puertorriqueño y en contacto diario con la embajada yanqui y con Barrientos: «usted les interesa más vivo que muerto». Pero al final, cuando estuvo claro que yo no hablaría como se esperaba, y que nada impedía ya el funcionamiento de la «ley de fuga», era demasiado tarde, la opinión pública se había removido demasiado. Y, en el curso de los traslados de celda, demasiados testigos me habían visto con vida, y hubiera sido necesario liquidar también a mis codetenidos, Bustos, y sobre todo Roth, cuya muerte hubiera sido completamente inmotivada. Hoy, mi liquidación es bastante improbable, sin que se pueda descartar sin embargo, después del proceso, un accidente, a instigación de la CIA y de la «segunda sección» que funcionan, como se sabe, en redes paralelas con las autoridades públicas y militares, las cuales, como para Jorge Vázquez, confirmarían y cubrirían todo en seguida.

Se llega así al mes de julio. Nos sacan a los tres de nuestra caja. Descubro entonces, y muy imperfectamente, que existe un «asunto Debray»; que los periodistas se interesan en él y que se hace de mí, no solamente un guerrillero, sino «el autor intelectual» de la guerrilla. Esto es mucho para un solo hombre, y es tanto más increíble porque esta cuestión jamás había sido abordada por los investigadores en los dos meses precedentes porque los militares, según lo que me decían, sabían a qué atenerse.

Espontáneamente, y sin poder tomar en serio este tipo de acusación, me defiendo por lo tanto de ser un guerrillero. Esto es desagradable para mí, y lo es profundamente. Incorporarme a la guerrilla correspondía a mis intenciones y a mis planes desde hacía largo tiempo. Todavía ahora, mientras el mundo sea lo que es, espero no tener que morir en la cama. Pero el «Che» decide que no ha llegado la hora para eso, y que por el momento, es mejor informar en el exterior. En consecuencia, participo de la vida diaria del campamento (vida doméstica, a veces incluyendo turnos de guardia), porque la situación militar se precipita y me impide salir rápi-

damente como se había previsto, pero no participo en ningún combate, con el fin de no comprometer mi salida haciéndome ver de los prisioneros o de los oficiales. Por otra parte, el E.L.N. tiene sus propios comisarios políticos (uno de ellos ha muerto, Coco Peredo), nombrados desde hace largo tiempo, mucho antes de mi llegada. «Revolución en la revolución», ha sido leído en un campamento de espera, en su ausencia y en la mía, por iniciativa personal de un recién llegado que lo tenía en su mochila. Es a esta lectura a la que han asistido los dos desertores y Choque Choque, coínculpado. Pero si bien el libro expresa las ideas del «Chc», no ha jugado ningún papel en la organización de la guerrilla. El «Che» no lo conoció en su versión definitiva hasta abril.

Me defiendo por tanto de haber sido guerrillero porque no lo he sido, aunque hubiera pasado a serlo si me hubiera quedado un poco más de tiempo (un informe de una reunión del grupo de dirección del ejército dice, por otra parte, a este propósito «que si Bustos y yo no podíamos salir, nos quedaríamos como combatientes»: ¡y me pregunto si la acusación se servirá de este documento!).

Niego igualmente haber sido comisario político, porque no lo era, y menos todavía responsable militar, porque no lo era. Todo esto, el ejército lo sabe perfectamente. Ha tenido por lo tanto que montar la farsa del proceso para condenarme, llegar a la alucinación de ver un M-1 y 200 cartuchos en dos fotos (tomadas sobre un total de mil, que el ejército posee, según Bustos, que las ha visto todas) que muestran lo contrario (tomando como cartuchera una manta de campaña, una bolsa de efectos de higiene personal, carnet y lápiz, espejuelos, etc., enganchados por comodidad a un cinturón); y a tener que presentar, como no dejará de hacerlo, falsos testigos que afirman haberme visto en las emboscadas. Así demostrará que Debray es «un guerrillero».

Sé que denegaciones respecto a esta cuestión pueden prestarse a equívoco. La prensa burguesa, alimentada por equivocadas declaraciones de mis padres, presenta la declaración de un hecho por la afirmación de un derecho o de una imposibilidad por naturaleza: el derecho para un «hombre de pluma» de no tomar el fusil, la exención, para un intelectual revolucionario, del servicio revolucionario, y la imposibilidad para «un escritor», de mancharse las manos tomando un arma. Lo que da, poco más o menos: Mi hijo no es un bandido, ¿por quién lo toman ustedes?: «Es un muchacho honesto»... etc. Esto es pura y simplemente ridículo. Cuando se escribe lo que yo he escrito, se debe necesariamente, por una

necesidad teórica y moral, llegar a convertirse un día u otro en simple combatiente. Sin fusil, mala pluma, sin pluma, mal fusil. No se puede hacer de mí una buena alma, soñadora por naturaleza, extraviada en la montaña por su «generosidad». No es una decisión de mi parte, son las necesidades de la lucha y una división momentánea del trabajo lo que me impide combatir e incorporarme definitivamente al E.L.N. Me atengo al hecho, no al derecho inexistente de exención.

Aunque no sea más que por respecto a los guerrilleros: ¿desde cuándo un guerrillero cuando apenas comienzan los combates, abandona la zona de combate, con un saco de viaje en la mano, con el pasaporte en el bolsillo, sin siquiera un revólver para defenderse?

Un guerrillero cae con las armas en la mano (Coco Peredo), o es hecho prisionero herido y sin defensa (Vázquez). Ni siquiera los expulsados del E.L.N. podían bajar a la ciudad vestidos de civil. Si pudiera hablar en nombre del E.L.N. como combatiente capturado en el combate, lo haría con alegría, y sería un honor para mí. En el contexto que he escogido, el único enrolamiento riguroso y digno es el de combatiente por completo. Para mi desgracia, no lo he sido. No puedo por lo tanto regalar una mentira a los jueces militares para facilitar su tarea.

No pretendo, sin embargo, de ningún modo, un estatuto de inocencia, la inmunidad del intelectual, y no trato de lavarme las manos de la sangre derramada. Si escribir es un acto, y un compromiso, si Brasillach es responsable de haber justificado la colaboración, yo soy responsable de haber justificado y preconizado la guerra de guerrillas, y acepto esta responsabilidad como un favor. Pero pido ser condenado por ella, por el análisis que he hecho de la lucha armada en América Latina y tanto mejor si puede ser útil a los guerrilleros, tanto mejor si ese análisis ha podido servir. Pero como esta responsabilidad de orden moral, que acepto de muy buena gana, no cae bajo los golpes del código penal, se me ha forjado con todas sus piezas un estatuto de «ladrón» y de «criminal» —es así como esos señores, que tienen la muerte de más de un minero, de más de un estudiante, sobre la conciencia, llaman a los guerrilleros. Se pretende, sin temor al ridículo, que «Revolución en la Revolución» ha puesto en pie a la guerrilla boliviana para condenarme de conformidad con las leyes. Cuando digo que no he cometido ningún delito que me haga caer bajo el peso de las leyes penales existentes, cuando rechazo todos los cargos actualmente formulados contra mí, no trato de despojarme de mis responsabilidades o de invocar que soy ajeno al manejo de armas, lo que

contradeciría la teoría a la que adhiero mi propia vida desde hace algunos años; expreso solamente un estado de hecho, del que no extraigo ninguna satisfacción particular.

Tengo más que nunca al «castrismo», como la única estrategia realista y justa, emanando de las condiciones reales, en la mayor parte de los países de América del Sur. A la luz de la experiencia de los camaradas bolivianos, y de mis últimas conversaciones con el «Che», yo modificaría sin duda «Revolución en la revolución» sobre algunos puntos importantes, en los que no estoy completamente de acuerdo con él, reforzaría otros abundando en su sentido (la condenación de los P.C. por ejemplo, que el «Che» encuentra demasiado timorata en mi libro). Pero sería necesario en las dificultades atravesadas por el movimiento guerrillero en Bolivia, tener en cuenta imponderables, —traiciones de hombres (imprevisibles) y de partido (esta última previsible, pero no hasta ese punto ni con tantas ardidés)— y la propia concepción de la lucha revolucionaria, puesta en obra con intransigencia. Es a los que han vivido esta historia en todos sus detalles a los que corresponderá hacer el análisis.

Llego al punto doloroso: la lamentable, la innoble publicidad con que la prensa burguesa y las revistas de gran tirada han rodeado mi situación deformándola y disimulando su verdadero sentido, que sería indicar una situación histórica y no personal.

En el calabozo durante dos meses, he dedicado tiempo, mucho tiempo, a descubrir en medio de qué circo se me hacía hacer el payaso; a medida que se me permitió leer los periódicos bolivianos primero, luego tener noticias de mis padres, de sus declaraciones y conferencias de prensa, y recibir los recortes de la prensa francesa. Como se dice en español, «no era para tantos». Recuerdo que la puerta de mi celda se abre desde el exterior y que los guardianes no me preguntan mi opinión para dejar entrar una cuadrilla de fotógrafos, por sorpresa: ídem cuando voy al servicio, cuando hago los cien pasos en el patio o cuando encuentro a mi madre, en público, por primera vez. Todo esto es más que indecente. No estaba entrenado para suponer que la menor frase lanzada sin desconfianza a un periodista sería tan amasada, triturada y repercutida.

Esta notoriedad de mala ley, esta repugnante exhibición de buenos sentimientos a que ha dado lugar mi detención, es una maniobra, espontánea o no, poco importa, de nuestros adversarios, que hay que frustrar y denunciar. Esto permite simplemente no ocuparse de la lucha de clases, ni de Bolivia, ni de lo que yo hago aquí. Sé también que esta maniobra es un

gesto burlón del destino. Que yo me haya beneficiado en Francia con un reflejo de solidaridad burguesa para salvar a un hijo perdido pero al que se desearía pródigo, es injusto y es innegable. Que se haya convocado, con la complicidad activa de mi familia, que juzgaba al hijo perdido en peligro de muerte física, la próscripción de las «relaciones sociales» y la efusión sentimental, de las lágrimas en los ojos y de lo patético para porteras, es vergonzoso y es incontrolable, sobre todo cuando esto pasa a espaldas de uno. Es duro poner sordina al ridículo, cuando se alimenta con los mejores y más irrepresibles sentimientos, pero creo que esto se ha hecho, por lo menos de este lado, con tres o cuatro meses de retraso, es verdad. Y del lado comercial, he aquí que un editor obedece al mismo fenómeno de inflación, al mismo desprecio del rigor, al publicar dos textos de boy-scout y de mocosos, impublicables en su tiempo, el de la adolescencia. Otro gesto de burla del pasado.

Pido por lo tanto a mis amigos que rectifiquen el timón. En lugar de que el «asunto Debray» sirva de espejo a las buenas conciencias indignadas o de fuente de ingresos para los comerciantes de emociones semanales, habría que servirse de él para despertar un poco la opinión sobre los problemas generales de América, de la lucha revolucionaria, del nuevo fascismo yanqui, como lo ha hecho por ejemplo F. Maspero en un número de «Le Nouvel Observateur», a fines de julio. Que no se hable tanto de Debray, bien vivo por el momento, y más ametrallado, en su banquillo de acusado, que una prostituta de *Cinecité*, sino de los guerrilleros bolivianos y de los otros, de los que han muerto en combate y de los que sobreviven y pelean en un terreno espantosamente difícil. Que se cuente la historia de los mineros, de su silicosis y de su masacre. La aplicación de las ideas de Fidel y del «Che» —varios Viet Nam para salvar a Viet Nam y abatir de una vez por todas a los hacedores de Viet Nam— no exige superhombres sino de cada uno de nosotros mucha abnegación: renunciación a todo y tal vez a la vida, resistencia, tenacidad y un estómago que soporte el permanecer vacío durante semanas.

Es de esto, de estos, de lo que hay que hablar, y no de un condenado entre mil, que tiene seguro el dormir y comer a su satisfacción durante un buen número de años. Con la Grecia de los coroneles, la América Latina de los generales, el Viet Nam de Westmoreland, mi caso debería ser tan anodino e incontrable como una aguja en un pajar. Si existe todavía un «Comité por Debray», valdría la pena reducir su variedad para cambiar su carácter y convertirlo en un «Comité para la revolución

americana», o algo que se le aproxime. No faltan las tareas concretas. Trataré en otra ocasión de escribirlas.

Lamento enormemente no haber podido conversar con Lallemand y Badiou, y que no hayan podido participar en mi defensa como esperaban. Ciertamente, lamento todavía más no poder asumir mi defensa yo mismo. Tengo todas las razones para temer que el tribunal no me permitirá abordar el debate fundamental, ni me deje hablar, salvo para la tradicional declaración final. Esta defensa no puede evidentemente ser personal y de procedimiento sino la de la guerrilla en su conjunto, de sus actos de guerra legítimos y necesarios, legítimos porque son necesarios. Hay que ir al detalle, y esto no es fácil. Frente a las acusaciones de homicidio, de banditismo, asimilando la emboscada no a un «combate leal», sino a un asesinato a traición —acusación desgarbada e inepta, pero que hay que tomar al pie de la letra para mostrar su ineptitud— habría que exponer una moral de la guerra revolucionaria, hoy, en América Latina. Esta defensa que yo no puedo pronunciar, cuento con redactarla por escrito y divulgarla después fuera. Si la batalla de la propaganda puede ser ganada, lo será por lo menos con efecto retardado.

«LA MUERTE DEL CHE GUEVARA NO MARCA EL FIN
DE LA LUCHA ANTIMPERIALISTA, SINO SU PRINCIPIO»

El 12 de octubre último, cuarenta y ocho horas después de conocida la muerte de Ernesto Guevara, Régis Debray dirigió de su puño y letra esta carta abierta a los integrantes del Consejo de Guerra que lo juzgó por los supuestos delitos de «asesinato, heridas graves, rebelión, robo y otros». No pasaría mucho tiempo antes que la acusación, y la propia prensa boliviana, intentaran presentar el documento como una «confesión» de Debray. Lejos de eso, para quien sepa leerla, esta conmovedora carta significa una entrañable y dolida despedida al combatiente caído y, quizá, el mejor homenaje que podía rendirle un hombre que paga con prisión la «culpa» de ser revolucionario: una posición de principios y el reclamo de una responsabilidad moral, por encima de las consecuencias personales que esa posición y ese reclamo puedan atraer sobre su vida y su libertad.

Después de la muerte heroica del hombre que el porvenir y todos los pueblos del mundo harán figurar entre los más grandes libertadores de América, en el estado de duelo en el cual se encuentra hoy todo revolu-

cionario, ha llegado para mí el momento de definir algunos puntos de principio que podrán ser de interés para el tribunal. Aclararé antes que la muerte del Che Guevara no marca el fin de la lucha antimperialista, sino su principio, a la vez que le ha dado, en forma irreversible, su bandera. Porque el Che no es de los que mueren: ejemplo y guía, él es propiamente inmortal, porque va a vivir en cada uno de los revolucionarios. Un Che murió. Otros están por nacer, surgiendo de la acción, otros están ya en acción o entrarán mañana mismo en escena, aquí y en otros puntos del continente. En cuanto al Che que acaba de morir aquí, la historia y los revolucionarios se encargarán de enjuiciar a los que lleven la responsabilidad de su muerte, de cualquier lado que estén.

A esta altura de los acontecimientos, una nítida definición de mi situación frente a ustedes no puede ya perjudicar a nadie ni a nada. Mi abogado, el doctor Novillo que me ha honrado al aceptar defenderme y que quiero ratificar pública y formalmente como defensor mío sabrá demostrar que los cargos concretos que me hace el acta de acusación —inducción, dirección y ejecución de los llamados delitos que motivan el presente proceso— carecen de toda fundamentación real. Pero ahora, dejando a un lado las cuestiones penales, quiero ir a lo esencial, es decir al aspecto político y moral, que para un revolucionario andan unidos.

1) Sin entrar en los detalles de mi actuación, quiero recalcar que por compartir totalmente los ideales de los guerrilleros bolivianos, yo mismo he pedido, al llegar al campamento central, compartir todas las obligaciones y las fatigas de la vida guerrillera, haciendo de centinela dentro y frente al campamento, ayudando a la cocina, a la casa, y demás tareas de la vida cotidiana. Pedí a este efecto que se me diera un número de orden, como a cualquier otro, correspondiente a mi orden de entrada, porque no podía ni quería, como revolucionario, aceptar ser considerado como un simple visitante acomodado en un hotel, quedando los brazos cruzados y durmiendo bien, mientras mis camaradas se agotarían trayéndome comida y vigilando mi sueño. Esto duro hasta que yo pude entrevistarme con el Che, el 20 de marzo. A pesar de haber venido como simple periodista, yo mismo pedí al Che Guevara, en aquel entonces, hacer venir a otra persona para realizar mi tarea, poner fin a mi condición de visitante y que aceptara incorporarme a la guerrilla, después de consultar a los guerrilleros bolivianos. Pero rechazó mi solicitud, dándome a entender que la misión mía de informar en el exterior sobre su presencia aquí y sus propósitos era tan importante como la de combatir. Entonces se

resolvió que yo tenía que salir lo antes posible de la zona, y que si bien podía y debía seguir compartiendo las tareas ordinarias del campamento no podía ni debía combatir ni ser considerado como guerrillero. Por eso, después de varios intentos de salida, he salido con Bustos y Roth de la zona con destino a La Paz y a Francia, en la forma que se conoce, lo que nunca habría intentado si hubiera sido incorporado a la guerrilla, y lo que ningún guerrillero tampoco hizo hasta el día de hoy, quiero decir ningún guerrillero digno de este nombre.

2) Para facilitar la tarea del fiscal, aclaro que esta misión mía, la de divulgar los fines de la guerrilla en el exterior, es parte integrante del trabajo revolucionario. No puede realizar semejante tarea de solidaridad el que no se siente enteramente solidario de los actos de los guerrilleros. Hay varias formas de combatir. La difusión y la explicación es una forma de combate también, que no excluye las otras sino en el tiempo. En este sentido, no solamente afirmo sino reclamo que el tribunal tenga la benevolencia de considerarme, en lo moral y en lo político, como corresponsable de los actos de mis camaradas guerrilleros, de cuya legitimidad estoy convencido y en los cuales hubiera podido participar de haber sido otra la decisión del Che. Si no puedo desgraciadamente reclamar el honor de haber sido un combatiente, al menos reclamo el honor de ser considerado como solidario con ellos.

En cuanto a la calificación de estos actos —actos de una guerra justa e incontenible— como crímenes y asesinatos, y de los guerrilleros como bandoleros y cobardes, sería insultar la memoria del Che Guevara entrar a considerar, a dos días de su desaparición, semejantes insultos. Los rebatiremos en otra y mejor oportunidad, con argumentos, con detalles y con recuerdos históricos. No es la primera ni la última vez, en la historia de Bolivia y del mundo entero, que un revolucionario es llamado delincuente y criminal por los representantes del desorden establecido.

Lo que quería dejar sentado aquí es que estos llamados crímenes, aunque hayan hecho correr sangre inocente y que merece compasión, como cualquier acto de insurrección popular, son, en mi concepto, glorias y deber cumplido. La insurrección popular, de la cual la guerra de guerrillas es un ejemplo y una variante, está reconocida como un derecho por la última encíclica del papa Pablo VI, y como un deber sagrado por cualquier amante de la justicia. Si no he tenido participación en ellos, no es por ningún privilegio o derecho del intelectual a no llevar sus ideas hasta sus últimas consecuencias, sino por una simple cuestión de hecho, de disci-

plina y de repartición de los deberes revolucionarios. Al despedirme del Che el 20 de abril, sentí esta separación como una dolorosa necesidad: la de tener que cumplir con mis deberes de militante revolucionario en el exterior y fuera de los combates, como él mismo me lo había pedido. Y ahora que esta separación se ha vuelto definitiva o irreversible, mi mayor dolor, hoy en día es no haber muerto a su lado.

Eso es todo, señores oficiales.

POR LA REVOLUCION COLOMBIANA

CAMILO TORRES

Pensamiento Crítico dio a conocer en Cuba a Camilo Torres científico, con el trabajo «La violencia y los cambios sociales».

Hoy presentamos a Camilo Torres dirigente político. Para el revolucionario no hay una mera relación intelectual entre los fenómenos sociales y el conocimiento científico; siente en sí los padecimientos del pueblo, de ahí que el conocimiento se traduzca en acción para cambiar las estructuras sociales.

Ambos se complementan, el Camilo científico y el Camilo combatiente guerrillero, y es que ambos son uno solo: el Camilo revolucionario. Por eso su obligación científica no acaba en la comprensión de la dinámica social sino que incluye el quehacer práctico para cambiar las estructuras de explotación. Como señalara Marx, «el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas».

En él se funden el intelectual y el hombre de acción, el estudioso y el organizador, el agitador revolucionario y el unificador de los sectarismos estériles. Fiel intérprete de las necesidades y las ansias populares, mostró la inoperancia de la vía electoral y dirigió sus esfuerzos a canalizar el movimiento de masas a su forma más alta de lucha: la lucha armada.

No resulta imposible, por tanto, al estudiar el pensamiento y la acción de hombres como Che y Debray: comunistas; encontrar junto a ellos a Camilo Torres, «cura guerrillero», para ir conformando, en la lucha, la verdadera imagen del combatiente americano.

El Padre Camilo Torres pide que lo releven de sus obligaciones y se lanza a la lucha política

DECLARACION A LA PRENSA*

Quando existen circunstancias que impiden a los hombres entregarse a Cristo, el sacerdote tiene como función propia combatir esas circunstancias, aún a costa de su posibilidad de celebrar el rito, eucarístico que no se entiende sin la entrega de los cristianos.

En la estructura actual de la Iglesia se me ha hecho imposible continuar el ejercicio de mi sacerdocio cristiano en los aspectos del culto externo. Sin embargo, el sacerdocio cristiano no consiste únicamente en la celebración de los ritos externos. La Misa, que es el objetivo final de la acción sacerdotal, es una acción fundamentalmente comunitaria. Pero la comunidad cristiana no puede ofrecer en forma auténtica el sacrificio si antes no ha realizado, en forma efectiva, el precepto de amor al prójimo.

Yo opté por el cristianismo por considerar que en él encontraba la forma más pura de servir a mi prójimo. Fui elegido por Cristo para ser sacerdote eternamente, motivado por el deseo de entregarme tiempo completo al amor de mis semejantes.

Como sociólogo, he querido que ese amor se vuelva eficaz, mediante la técnica y la ciencia. Al analizar la sociedad colombiana me he dado cuenta de la necesidad de una revolución para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo.

Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal. Solamente por ella, en las circunstancias concretas de nuestra patria podemos realizar el amor que los hombres deben tener a sus prójimos.

Desde que estoy ejerciendo mi ministerio sacerdotal, he procurado por todas las formas que los laicos, católicos o no católicos, se entreguen a la lucha revolucionaria. Ante la ausencia de una respuesta masiva del pueblo a la acción de los laicos he resuelto entregarme yo, realizando así parte de mi labor de llevar a los hombres por el amor mutuo al amor de Dios. Esta actividad la considero esencial para mi vida cristiana y sacerdotal, como colombiano. Con todo es una labor que actualmente riñe con la disciplina de la Iglesia actual.

* Publicado en El Tiempo, Bogotá, junio 25 de 1965. (N. de R.)

No quiero faltar a esta disciplina, ni quiero traicionar mi conciencia. Por eso he pedido a Su Eminencia el Cardenal que me libere de mis obligaciones clericales para poder servir al pueblo, en el terreno temporal. Sacrificio uno de los derechos que amo más profundamente: poder celebrar el rito externo de la Iglesia como sacerdote para crear las condiciones que hacen más auténtico el culto.

Creo que mi compromiso con mis semejantes de realizar eficazmente el precepto de amor al prójimo me impone este sacrificio. La suprema medida de las decisiones humanas debe ser la caridad, debe ser el amor sobrenatural. Correré con todos los riesgos que esta medida me exija.

PLATAFORMA PARA UN MOVIMIENTO DE UNIDAD POPULAR¹

A todos los colombianos, a la clase popular, a la clase media, a las organizaciones de acción comunal, a los sindicatos, cooperativistas, mutualistas, ligas campesinas y organizaciones obreras, indígenas, a todos los inconformes, hombres y mujeres, a la juventud, a todos los no alineados en los partidos políticos tradicionales, a los nuevos partidos, presentamos la siguiente plataforma para unificar en objetivos concretos a la clase popular colombiana.

MOTIVOS

1. Actualmente las decisiones necesarias para que la política colombiana se oriente en beneficio de las mayorías y no de las minorías, tiene que partir de los que detentan el poder.
2. Los que poseen actualmente el poder real constituyen una minoría de carácter económico que produce todas las decisiones fundamentales de la política nacional.
3. Esa minoría nunca producirá decisiones que afecten sus propios intereses.

¹ Redactado a fines de febrero de 1965, el autor sometió su pensamiento original a numerosas discusiones e intercambio de opiniones, el resultado fue la conocida «Plataforma del Frente Unido del pueblo colombiano» hecha pública el 22 de mayo de 1965. (N. de R.)

4. Las decisiones requeridas para un desarrollo socio-económico y político del país en función de las mayorías afectan necesariamente los intereses de la minoría económica.

5. Estas circunstancias hacen indispensable un cambio de la estructura del poder político para que las mayorías organizadas produzcan las decisiones.

6. No existe en Colombia un poder social capaz de darle base a un nuevo poder político por lo cual se requiere su pronta formación.

7. Actualmente las mayorías rechazan los partidos políticos tradicionales y rechazan el sistema vigente pero no tienen un aparato político apto para tomar el poder.

8. El aparato político que debe organizarse debe ser de carácter pluralista aprovechando al máximo el apoyo de los nuevos partidos, de los sectores inconformes de los partidos tradicionales, de las organizaciones no políticas y en general de la masa, debe tener una planeación técnica y debe constituirse alrededor de principios de acción más que alrededor de un líder para que se evite el peligro de las camarillas, de la demagogia y del personalismo.

OBJETIVOS

I. REFORMA AGRARIA

La propiedad de la tierra será del que la trabajé directamente.

El gobierno designará inspectores agrarios que entreguen títulos a los campesinos que estén en estas condiciones, pero podrá exigir que la explotación sea por sistemas cooperativos y comunitarios, de acuerdo a un plan agrario nacional, con crédito y asistencia técnica.

A nadie se comprará la tierra. La que se considere necesaria para el bien común será expropiada sin indemnización. Se abolirá en forma gradual la agricultura de subsistencia para ser reemplazada por la agricultura de tipo comercial.

II. REFORMA URBANA

a) La Reforma Urbana tendrá en cuenta las modalidades y efectos de la reforma agraria y se coordinará con todos los planes del Instituto de Cré-

dito Territorial, Banco Central Hipotecario, Sociedades de Arquitectos, Cámara Colombiana de la Construcción, etc., como también con todas las entidades y empresas encargadas de los servicios públicos.

b) Todos los habitantes de casas en las ciudades y poblaciones serán propietarios de la casa en donde habiten. Las personas que sólo tengan la renta de una casa como fuente de subsistencia podrán conservarla, aunque no vivan en ella, si prueban esta situación.

c) Todo cuarto sin utilización suficiente, a juicio de la dirección de la reforma urbana, tendrá multa para el propietario, la cual será invertida por el Estado en sus planes de vivienda.

d) Los predios urbanos y suburbanos particulares no edificados serán expropiados por la reforma urbana con destino a los planes de vivienda.

III. REFORMA DE LA EMPRESA

Será abolido el sistema de libre empresa y reemplazado por el sistema de empresa cooperativa y empresa comunitaria. Como un primer paso se establecerá que en las sociedades anónimas las votaciones en las asambleas generales tendrán en cuenta, como votos, a las personas asociadas y no al capital representado por las acciones. Todos los trabajadores podrán ser accionistas de las empresas y participar en igualdad de oportunidades, organizados en sindicatos, en la dirección, administración y utilidades de las empresas. Esta participación de los trabajadores en igualdad de oportunidades con el capital podrá ser directa o indirecta a criterio del propio sindicato.

Se propiciará y auspiciará el pluralismo sindical respetando el libre criterio de los trabajadores organizados, y se respetará la libertad sindical conforme a los convenios de la Organización Internacional del Trabajo.

IV. COOPERATIVISMO

Se fomentará por todos los medios el sistema cooperativo en todas sus formas; de crédito y ahorro, de mercado, de producción, de construcción, de consumo, etc. El cooperativismo será libre dentro de la planeación democrática indicada por los organismos populares e institucionalizada por el Estado.

V. ACCION COMUNAL

Se fomentará la acción comunal, como fundamento de la planeación democrática, tanto en los sectores rurales como urbanos. Con base en ella se revitalizará la vida municipal hasta lograr que los municipios, con autoridades libremente elegidas por los vecinos, se conviertan en células vivas de la nacionalidad.

VI. PLANEACION

Se hará un plan de carácter obligatorio tendiente a sustituir importaciones, diversificar y aumentar exportaciones. Se buscará que en un lapso corto sólo sean permitidas importaciones de bienes de capital que forzosamente conduzcan al desarrollo nacional.

De todas maneras, la política de comercio exterior estará en relación directa al incremento y desarrollo de la integración latinoamericana.

VII. POLITICA TRIBUTARIA

Se cobrará un impuesto progresivo a los que reciban de mil a cinco mil pesos de renta mensual. El excedente de renta, por encima de esos cinco mil pesos —en 1965— que no sea invertido en los sectores señalados por el plan oficial de inversiones pasará íntegramente al Estado. Ninguna institución estará exenta de pagar impuestos.

Los salarios hasta de cinco mil pesos mensuales —en 1965— no serán gravados si son salarios familiares; de no serlo quedarán sujetos a las normas vigentes.

VIII. POLITICA MONETARIA

No se harán emisiones sino para incrementar los sectores de la producción que produzcan transacciones a corto o largo plazo. El medio circulante se reducirá al volumen real de las transacciones. El Estado colombiano defenderá la adopción del patrón oro para las transacciones internacionales.

IX. NACIONALIZACIONES

1. Los Bancos, Hospitales, Clínicas, Laboratorios, Droguerías y la explotación de los recursos naturales serán del Estado.

2. Los transportes públicos serán explotados por empresas cooperativas y comunitarias, y en su defecto por el Estado.

3. La prensa, la radio, la televisión y el cine serán libres pero sometidos al control del Estado en vista del bien común.

4. El Estado dará gratuitamente educación a todos los colombianos, respetando la ideología de los padres de familia hasta finalizar la enseñanza secundaria y la ideología del estudiante después de la secundaria. La educación será obligatoria hasta terminar la educación secundaria o técnica. Habrá sanciones penales para los padres que no cumplan con las obligaciones de hacer educar a sus hijos. La financiación será prevista en el plan de inversiones oficiales por aumento de la tributación.

5. La explotación del petróleo se hará por el Estado colombiano mientras sea posible la financiación de la industria. No se harán concesiones petroleras a compañías extranjeras sino en las condiciones siguientes:

- a) Establecer simultáneamente refinerías en el país.
- b) Dejar el 80% de las utilidades al Estado colombiano.
- c) Devolver al Estado la explotación a más tardar a los 10 años.
- d) Los salarios de los empleados y obreros colombianos serán por lo menos iguales a los de los extranjeros de la misma categoría.

X. RELACIONES INTERNACIONALES

Colombia tendrá relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países del mundo.

XI. SALUD PUBLICA

Todo el personal de las profesiones para la salud será empleado del gobierno.

Para comenzar se le asignará a cada profesional un número de familias de acuerdo a la población colombiana y al número de profesionales.

El Estado prestará asistencia social a todos los colombianos.

XII. POLITICA FAMILIAR

Habrá sanciones penales para todos los padres de niños abandonados. La protección de la mujer y de los hijos será asegurada por la ley mediante sanciones eficaces.

XIII. DELITOS SOCIALES

Se considerarán como delitos sociales, además de los actualmente tipificados en nuestra legislación penal, y además también del ya señalado abandono del hogar, los siguientes: usura, acaparamiento, especulación, fuga de capitales, contrabando, difamación por la prensa, la radio, la televisión o el cine, la desorientación de la opinión pública por medio de falsas noticias, informaciones incompletas o tendenciosas.

XIV. FUERZAS ARMADAS

El presupuesto para fines represivos será reducido al mínimo. Todos los colombianos, hombres y mujeres, tendrán obligación de prestar un servicio cívico durante dos años después de los 18 años de edad. Se cambiará en tal forma el servicio militar por el servicio cívico.

El objetivo final es la estructuración de un aparato político pluralista, capaz de tomar el poder.

1. Es necesario organizar un movimiento de la base hacia arriba que garantice la adhesión personal y de grupos a esta plataforma.
2. Esta plataforma será repartida y explicada para obtener una adhesión individual y social durante los meses de marzo, abril y mayo de 1965 por los militantes de los movimientos que estén de acuerdo con ella.
3. Los que apoyan esta plataforma se agruparán bajo el nombre de FRENTE UNIDO DE MOVIMIENTOS POPULARES que indicará la unidad en la acción respetando la ideología y los programas específicos de cada grupo y partido.
4. En cada municipio, o si es del caso en cada vereda y barrio, se formarán comités de acción con los que hayan adherido a la plataforma eligiendo un jefe y un suplente de cada comité.
5. El 31 de mayo de 1965 se harán reuniones departamentales, comisariales o intendenciales de los jefes de los comités locales en la capital de cada departamento, intendencia o comisaría. En estas reuniones se elegirán los delegados a una reunión en Bogotá.
6. Los delegados elegidos en las reuniones departamentales, intendenciales y comisariales se reunirán en Bogotá el 20 de julio de 1965 para plantear los objetivos próximos del Frente Unido y su posición ante las elecciones presidenciales.

7. Se elegirá también en esta asamblea un comité político con representación de todos los movimientos interesados y de las regiones naturales del país para que coordine las campañas del FRENTE UNIDO.

8. Toda realización que se emprenda deberá contar con la iniciativa y el esfuerzo del pueblo organizado en acción comunal, ligas campesinas, sindicatos, organismos estudiantiles y profesionales, partidos políticos, etc.

UNA CARTA A FABIO VAZQUEZ

«Martes 6 de julio de 1965».

«Estimado compañero Helio»: ¹

«Solamente al llegar de Lima supe del deseo que ustedes tenían de que yo viniera para que coordináramos la acción legal con la acción clandestina. Yo tengo todavía la oportunidad de hacer mucho trabajo legal antes de venirme definitivamente. Creo que debo resistir hasta donde me sea posible. Como trabajo inmediato estoy haciendo agitación en todas las ciudades del país, dejando grupos de apoyo urbano, por ahora estudiando y divulgando la Plataforma de Unión Popular. (Te mando los ejemplares que editaron en Lima y están distribuyendo en toda América Latina). Estos mismos grupos establecerán la red de distribución del periódico *Revolución Colombiana* que será distribuido en todo el país (500,000 ejemplares), dirigido a obreros y campesinos. La situación no puede ser mejor. Los sectores sindicales también están listos a apoyar la lucha armada. Lo mismo algunos sectores de clase media, los universitarios, y aun sectores de clase alta. Hay posibilidades de división del Ejército. He tenido los primeros contactos con un general y dos coroneles. Según me informó un capellán militar «de coroneles para abajo todos están conmigo». Claro que esto hay que constatarlo en forma muy precisa comprometiéndolos con mucha táctica pero hasta las últimas consecuencias. El fervor popular es extraordinario y hay que aprovecharlo en forma realmente revolucionaria. Me parece que lo más importante salvo lo que ustedes piensen, es: 1o) Dar golpes seguros y seguidos, ampliando cada vez más la base; 2o) Tratar de coordinar acciones con los otros grupos

¹ Nombre de guerra del dirigente del Ejército de liberación nacional de Colombia, Fabio Vázquez Castaño. (N. de R.)

principalmente con MOEC, Vanguardia del MRL,² Partido Nuevo, ORC, Juventudes de la Democracia Cristiana y P.C. Todos tienen focos preparados; 3o) Creación de grupos urbanos; 4o) Compra de una imprenta y clandestinizarla (la financiación está prácticamente completa); 5o) Procurar la división del Ejército; 6o) Si lo demás resulta planear una marcha sobre las ciudades para la toma del poder. En este último caso yo me uniría a ustedes después de haber logrado al menos la neutralidad del Ejército. De no conseguir esto me uniría cuando el trabajo legal se me comience a dificultar demasiado. Esto depende de la represión pero yo calculo de dos a tres meses más.

En el momento actual creo que todo minuto que yo pierda en la lucha legal, es tiempo que yo pierdo en la revolución. Mañana miércoles tengo una gran concentración en Cali que ya aplacé anteriormente. Por eso, si no viene el enlace me devolveré a Bucaramanga. Comprendo que mi viaje a Lima les impidió a los compañeros de Bogotá, coordinar mejor las cosas. Por intermedio de ellos seguiremos comunicándonos. Quisiera saber tu opinión sobre mis planes. Ten la seguridad de que con la ayuda de Dios pospondré cualquier otra consideración al bien de la Revolución en el puesto que ésta me asigne. No aspiro a ser Jefe sino a servir hasta las últimas consecuencias. Estuve visitando a tu familia tratando de explicarle todo el sentido cristiano de nuestra lucha. Ellos están bien. Muy solidarios. Creo que quedaron bastante consolados. Tu mamá me dijo que se quedaba rezando por la causa. Si te decides a la coordinación con los otros grupos armados yo te ofrezco los contactos que tengo con todos ellos que creo son bastante buenos. Cuando creas que yo soy más necesario aquí que afuera te pido que me lo digas. Yo lo consultaré con los demás y creo que lo que decida tendrá ante todo presente el triunfo de la Revolución. Dile a todos los compañeros, que tienen a todo el pueblo colombiano y latinoamericano y a los pobres del mundo entero detrás de ellos y esperando en ellos. Espero tener el honor de poderme encontrar entre ustedes tan pronto como sea necesario.

Recibe un sincero abrazo de tu hermano y compañero incondicional en la Lucha de Liberación Nacional,
Alfredo Castro.³

² MOEC: movimiento obrero, estudiantil y campesino; MRL: movimiento revolucionario liberal. (N. de R.)

³ Nombre clandestino de Camilo Torres. (N. de R.)

P.D. Esperamos poder publicar en el periódico las noticias de INSURRECCION para tener informada a la opinión pública nacional. El periódico está también, prácticamente, financiado».⁴

«SI NOSOTROS CON PALABRAS PEDIMOS LA UNIDAD DEL PUEBLO Y AL MISMO TIEMPO LE DECIMOS QUE PARTICIPE EN LAS ELECCIONES, CON LOS HECHOS LO ESTAMOS DIVIDIENDO».⁵

Quiero agradecer a todos los sindicatos aquí presentes y a quienes asisten a esta reunión la oportunidad que me dan de poder interpretar y exponer los deseos de tantas personas, tratar de sistematizarlos con todos ustedes y profundizar en las razones supremas que tiene el pueblo colombiano para buscar un cambio fundamental en nuestras instituciones y especialmente en nuestra estructura política del poder.

En primer lugar, es importante que nosotros precisemos por qué es necesaria la revolución: en segundo lugar, en qué debe consistir la revolución, y en tercer lugar, cómo debe participar la clase obrera en la revolución. La revolución no es simplemente una palabra de moda, una palabra popular: Cuando nosotros nos damos cuenta de que en este momento en Colombia, se han concentrado el poder político, el poder económico, el poder cultural, el poder eclesiástico, el poder militar, en unas mismas manos y cuando nos damos cuenta que esas manos no representan a las mayorías sino a las minorías y cuando nos damos cuenta que aquellos que representan esas minorías —en las cuales las mayorías no se ven reflejadas— son los que tienen el poder político y el poder de decidir sobre las transformaciones fundamentales del país, entonces tenemos que llegar a la conclusión de que esa minoría no puede seguir decidiendo.

¿Por qué? Porque esa minoría siempre irá a decidir de acuerdo con los intereses de su propio grupo y no de acuerdo con los intereses de la mayoría. Nosotros encontramos que muchas veces hay individuos quienes por apostolado o por amargura o por condiciones especiales podrían tomar

⁴ Camilo Torres Restrepo, Documentos Personales No. 15. (N. de R.)

⁵ Conferencia dictada en la sede del Sindicato de Bavaria en Bogotá el 14 de julio de 1965. (N. de R.)

decisiones en contra de su propio grupo y por eso aspiramos a que personas de la clase burguesa, a que los intelectuales, los sacerdotes, los militares, muchas veces adopten posiciones que no estén de acuerdo con los intereses tradicionales de su grupo. Sin embargo, esto que nosotros esperamos de las personas no lo esperamos de los grupos a que pertenecen esas personas. Y lo esperamos de las personas porque sino tendríamos que excluir a cualquier persona de extracción burguesa para que participara en la revolución. A mi mismo, pues soy por algunos aspectos, desgraciadamente, de extracción burguesa y pertenezco también al grupo clerical, por algunos aspectos también desgraciadamente. Tendríamos que excluir a cualquier persona de buena voluntad, a cualquier militar de buena voluntad, a cualquier burgués; sin embargo, dentro de ellos podemos encontrar personas que pueden colaborar en la revolución. Nosotros les exigiremos, naturalmente, que aquel que siendo de extracción burguesa y por lo tanto sospechoso, al estar embarcado en un proceso semejante, tendrá que darnos pruebas muy concretas de que no es por oportunismo, de que no es por ascender, de que no es por escalar posiciones que quizá dentro de su propio grupo le han sido negadas; que es para servir a la clase popular. Por eso le tenemos que exigir pruebas a los elementos de la clase burguesa, a los militares, a los eclesiásticos, a los intelectuales, a gente de clase media, a los profesionales que entren a engrosar las filas; pero no simplemente con bonitas palabras, no simplemente expresando sus buenas intenciones sino exponiendo su pellejo, exponiendo algo personal: ya sea el dinero, ya sea la tranquilidad, etc. Y por eso yo consideré indispensable para mi vocación sacerdotal, para mi vocación revolucionaria el dar una prueba de que estoy dispuesto a servir la causa del pueblo. Porque cuando se me planteó el dilema de seguir en la disciplina clerical o de continuar la lucha revolucionaria yo no podía dudar; porque de otra manera hubiera sido traicionar la revolución, traicionarlos a ustedes.

Como muy bien me lo dijeron los obreros de Medellín: usted tiene que seguir adelante. Y entonces no tuve ni un momento de titubeo para sacrificar algo para mi muy querido, muy profundo como era el ejercicio exterior de mi sacerdocio.

Esto quisiera yo que valiera como prueba de mi sinceridad. Pero es necesario que ustedes me sigan exigiendo, como he de seguir exigiéndoles a todos los que están en el mismo proceso y son de extracción burguesa. ¿Y hasta dónde van a exigir? Tienen que exigir hasta las últimas consecuencias. Porque la lucha revolucionaria no es una lucha cualquiera: es

una lucha en la cual no se comprometen horas; en la cual no se comprometen pesos. Es una lucha en la que hay que comprometer la vida misma. Podemos aceptar que haya personas amigas de la revolución, aficionados a la revolución; pero para aceptar a alguien como revolucionario tenemos que exigirle que sea revolucionario de tiempo completo.

Como decíamos, debemos aceptar que haya miembros de grupos distintos a la clase popular y que van en muchas ocasiones en contra de su grupo; pero al grupo mismo sería absurdo exigirle que fuera contra los intereses de su grupo.

Nosotros podemos encontrar obreros traidores a la clase obrera pero sería difícil aceptar que todo un grupo obrero está yendo contra los intereses de su mismo grupo y lo mismo sucede con el grupo que forma la clase dirigente. Puede ocurrir que en ocasiones veamos a algunos individuos tomando decisiones en contra de su grupo pero el grupo mismo nunca va a tomar decisiones en contra de él mismo.

Y aquí encontramos por qué es necesario reemplazar al grupo en el ejercicio del poder, al grupo minoritario, al grupo de las clases dirigentes. Porque un grupo minoritario, en un país como el nuestro, tendrá una gran cantidad de intereses opuestos a los de las clases mayoritarias y si de él dependen las decisiones nosotros veremos que las decisiones se adoptan sistemáticamente en favor del grupo minoritario y en contra de las mayorías. Porque cuando hay un conflicto de intereses naturalmente el que —como dicen— «tiene la sartén por el mango», el que tiene el poder en sus manos, decidirá en favor de él mismo, en favor de su propio grupo. Nosotros podemos verlo en muchísimos ejemplos.

A veces se nos presenta el problema colombiano como un problema técnico: se hacen exposiciones muy eruditas, muy detalladas, mostrando las estadísticas, mostrando las soluciones; cómo podría arreglarse el problema de nuestra moneda. Y se nos pueden hacer disquisiciones muy exactas, muy doctas, muy llenas de sabiduría, pero ¿por qué se deja así al pueblo? ¿por qué se hacen programas de televisión, se hacen libros, y se hacen trabajos y se presentan en los periódicos los problemas agrarios colombianos y su solución y se nos muestra en una forma muy nítida, muy clara en donde está la solución de nuestro problema agrario y en donde está la solución de nuestra industrialización, cómo podríamos llegar a industrializarnos; y se nos muestra cómo el problema de viviendas puede ser solucionado y se nos muestra cómo se puede estabilizar la moneda, y sin embargo los problemas no se resuelven en la realidad? Todo esto se nos muestra, y ¿por

qué el pueblo sigue indiferente a todas esas soluciones teóricas, sigue indiferente inclusive ante planteamientos tan científicos, tan verdaderos, tan exactos? ¿por qué el pueblo sigue indiferente ante la constitución de una comisión de alto nivel, o de medio nivel o de altísimo nivel? ¿por qué sigue completamente indiferente?

Porque sabe que el problema no es tener las soluciones sino que nosotros tenemos las soluciones pero las soluciones no se quieren aplicar. No es falta de soluciones, no es falta de técnica, no es falta de conocimiento de los problemas y de las soluciones. Y por eso nuestra clase dirigente, nuestra oligarquía, es tanto más culpable cuanto que tiene las soluciones en sus manos y no quiere aplicarlas.

Muchas veces en la gran prensa se me ha dicho que no estoy planteando nada nuevo y creen que eso es un ataque serio contra mí. Esto es en realidad una de las mayores ponderaciones tal vez la mejor manera de alabarme. Porque es cierto: no estoy planteando nada nuevo. Ustedes saben las cosas que yo voy a decir, el país lo sabe. Pero ese ataque que se pretende hacerme, de que yo no estoy diciendo nada nuevo, ese ataque se vuelve contra ellos; porque esto lo saben los científicos, lo saben los sociólogos; y no estoy diciendo nada nuevo.

Tal vez la novedad consista en que lo diga en público y me juegue la sotana para sostenerlo, eso sí puede ser nuevo; pero lo que digo no tiene nada de nuevo. Entonces ¿qué es lo que pasará? Que al decirme que no estoy diciendo nada nuevo y si lo viejo que estoy repitiendo ha suscitado tanto entusiasmo eso es una acusación contra la clase dirigente.

Si lo que digo es viejo, si el decir que el poder está concentrado en pocas manos y que los que tienen el poder no lo están utilizando para las mayorías, si eso es viejo entonces son tanto más culpables los que conocen el problema y no son capaces de solucionarlo.

Soluciones no nos faltan: hablemos con el hombre de la calle, con el chofer de taxi, inclusive con el limpiabotas, hablemos con el campesino y en términos tal vez no muy científicos pero sí llenos de sentido común, nos dirá en cinco o seis frases dónde están las soluciones de nuestro país. Esto lo puede hacer cualquiera y por eso la clase dirigente está desconcertada: porque ya sabe que no convence a nadie con plantear soluciones. Y por eso nos sentimos todos tan profundamente engañados cuando se canceló un movimiento popular como el paro del 25 de enero para enterrarlo con entierro de pobre, para hacer que se resolviera en una comisión de alto nivel para plantear soluciones. Como siempre en Colombia, y como

siempre en cualquier situación difícil creemos que la solución está en nombrar comisiones para que estudien las soluciones, en nombrar comisiones para tratar de aplazar la solución de los problemas porque las soluciones ya se conocen; en nombrar comisiones para pasarle la responsabilidad a unas personas que participaban del poder y que ya habían podido desde antes poner las soluciones.

Personas que habían intervenido, inclusive en la aprobación del impuesto a las ventas entraban en la gran comisión, en la comisión de alto nivel, no me acuerdo cómo llamaron esa comisión, para hacer el ponqué* tributario y hacer una serie de cosas que al pueblo lo dejan frío e inclusive hostil porque el pueblo sabe que las soluciones adoptadas por las minorías irán en contra de sus intereses.

Y sabe que el ponqué tributario tan minuciosamente estudiado era un ponqué para las oligarquías pero un tributo para la clase popular. Ellos organizaron quién contribuiría a hacer el ponqué, pero la clase popular sabía quién se lo iba a comer.

De manera que no es por falta de soluciones que andamos tan mal, sino porque los que tienen el poder no quieren decidir; ¿y quiénes son los que tienen el poder?

Muchas veces nos ensañamos contra el Presidente de la República, contra los ministros o contra los parlamentarios, pero especialmente contra el Presidente. Claro que él también es culpable de que las soluciones no se apliquen, pero el Presidente es un hombre indefenso dentro de una cantidad de grupos de presión que hacen lo que quieren con él y por eso nuestro movimiento no debe pensar en un Presidente porque ese Presidente subiría dentro del sistema actual, tendrá que someterse a las mismas presiones, a los mismos grupos, al mismo sistema que está a favor de las minorías y en contra de las mayorías.

Y por eso cuando se me ha preguntado si yo abandoné el ejercicio de mi sacerdocio para ser candidato a la Presidencia de la República en las próximas elecciones he contestado enfáticamente que no; eso sería una traición al movimiento revolucionario y he contestado también que nosotros no podemos ir a hacerle el juego a las oligarquías metiéndonos en su sistema electoral, controlado por ellas, no podemos participar en esa comedia de democracia en la cual desgraciadamente la clase popular ha venido

* Torta popular colombiana. (N. de R.)

representando un papel que la desfavorece y que no favorece sino a las clases privilegiadas.

Entonces no se trató de elecciones bajo ese sistema, no se trata de Presidencia de la República; se trata de transformar el sistema de la base hacia arriba en una forma fundamental y sostener que la clase popular no se vuelva a dejar engañar con el mito de las elecciones mientras no sea la clase popular la que controle el sistema electoral y mientras no sea la clase popular la que va a presentar un programa de cambio fundamental de las instituciones resquebrajando el sistema político del poder actual y teniendo a las mayorías como grupos de presión principales, como grupos que determinen la política y las decisiones gubernamentales.

Creo que ya hemos hecho muchas veces la carrera de que la oligarquía cuando está miedosa comienza a tendernos la mano y trata de que pisemos la cáscara entrando por un sistema, entrando en sus garras y acabarnos definitivamente.

Ya tiene la oligarquía experiencias muy duras en cuestiones electorales. A veces se nos olvida lo que sucedió con Jorge Eliecer Gaitán, quien fue rechazado por el Partido Liberal y por el directorio liberal y toda la maquinaria electoral se puso contra él y sacó menos votos que Gabriel Turbay, como ustedes se acordarán, pero la presión popular fue tan grande que se les salió de las manos a este sistema, al sistema controlado por las oligarquías, y en las siguientes obtuvo una mayoría del liberalismo a su favor y entonces se dio cuenta la clase dirigente que había ido demasiado lejos en ese juego, que había llegado inclusive a perder el control del electorado y que la maquinaria había fallado y por eso no le quedó más recurso que el homicidio para terminar con el movimiento popular.

Es posible que ahora la posición de los revolucionarios, cuando vemos claro y no vamos a entrar en ese juego, sea peligroso. Pero nosotros no podemos ser cómplices en la comedia democrática que está representando nuestra oligarquía. No podemos ser cómplices y por eso tenemos que ver cuáles son los medios realmente revolucionarios.

Porque actualmente la clase popular aporta una mayoría en el ingreso nacional —ustedes saben que la clase obrera aporta ella sola el 35% del ingreso nacional— ¿por qué recibe tan poco de ese ingreso? ¿Por qué la clase obrera y campesina que tiene esa virtud que expresaba tan bien el mismo Jorge Eliecer Gaitán, de que ha sido superior a sus dirigentes: por su conciencia, por su ánimo de lucha, por su fortaleza? ¿Por qué la clase popular no tiene el poder, no tiene la fuerza?

Porque nos han faltado dos cosas esenciales que nosotros tenemos que lograr a marchas forzadas. Porque es importante que de estas conferencias no quede solamente el entusiasmo, no quede solamente una esperanza, sino debe quedar un derrotero de lucha, que puede ser dura, oscura, disciplinada. ¿Cuál va a ser la labor indispensable para lograr que la clase popular se tome verdaderamente el poder en Colombia?

En primer lugar, una de las primeras condiciones es lograr que la clase popular tenga una conciencia común. Si nosotros no tenemos objetivos comunes, nos vamos a dividir. Acuérdense ustedes de ese cuadrito que le muestran a uno en el cual hay dos burros tratando de comerse un montón de pasto cada uno y cada cual halando para su lado y ninguno de los dos puede comerse el montón hasta que se pongan de acuerdo en el objetivo. Si nosotros no nos ponemos de acuerdo en los objetivos vamos a marchar dispersos, cada uno por nuestro lado; vamos a marchar divididos los católicos de los no católicos, divididos los izquierdistas de los derechistas, el pueblo liberal del conservador, los campesinos de los obreros; divididos los de una central sindical en contra de otra central sindical.

Por eso tenemos que poner una plataforma mínima, en la cual estemos de acuerdo y por la cual vayamos a luchar. Por esa razón hemos repartido esta plataforma de unión popular que unifique en primer lugar por encima de las ideologías y de las religiones. Es cierto que nuestro pueblo es en su mayoría católico; yo diría que más que católico es un pueblo de bautizados, porque si la esencia del catolicismo como la esencia del cristianismo es el amor, tanto que San Pablo nos dice que él que ama a su prójimo cumple con la Ley, no tendríamos un pueblo despedazado por la violencia, un pueblo en que se oprime a las viudas, a los huérfanos, a los pobres, en que no está reinando el amor en las instituciones. Aunque nosotros tenemos leyes para todo, porque en Colombia hay leyes para todo, la aplicación de esas leyes no se hace en virtud del amor al prójimo sino en virtud del egoísmo del grupo.

Entonces podemos decir que es un pueblo de bautizados y que el 96% de católicos que se inscriben en los censos es porque han recibido el bautismo, pero quizás muchos de los que estamos ahí inscritos no hemos logrado realizar el amor al prójimo, esencia de nuestra religión.

Entonces tenemos que pasar por encima de las diferencias religiosas; una vez más repito que nosotros no podemos seguir peleando por una cantidad de cosas que nos dividen y dejando de ponernos de acuerdo en las cosas que nos unen. Como en muchas ocasiones lo hemos dicho. ¿Para qué nos

ponemos a pelear nosotros los católicos con los comunistas, con quienes podemos decir que tenemos más antagonismos, sobre si el alma es mortal o es inmortal, en lugar de ponernos de acuerdo en que el hambre sí es mortal? ¿Para qué ponernos a pelear sobre si la Iglesia Católica es la verdadera o si debemos acabar con ella mientras lo que pasa es que los sectores reaccionarios, tanto de esa Iglesia como fuera de ella, están luchando contra nosotros? Mientras nosotros estamos discutiendo si hay que expropiar los bienes eclesiásticos o si no hay que expropiarlos, estamos permitiendo que a la mayoría de los colombianos se les expropie sus bienes. Porque seguramente los mismos católicos que queremos tener una Iglesia pobre no vamos a pelear con los que están contra una Iglesia rica.

Debemos ponernos de acuerdo con las cosas que nos unen por encima de las religiones, por encima de la filosofía, por encima de las discusiones que no conducen a nada. Como lo decíamos también en otra ocasión, nos parecemos a los que mandaban en el imperio de Bizancio —por eso las discusiones que no sirven para nada se llaman discusiones bizantinas— porque mientras los turcos estaban en las puertas de Constantinopla listos a tomarse la ciudad, los teólogos estaban discutiendo sobre el sexo de los ángeles; y nosotros mientras tenemos los precios subiendo, mientras tenemos el Frente Nacional consolidado y haciendo a su arbitrio lo que quiere en contra de la clase popular, mientras tenemos una clase dirigente unificada que utiliza la prensa y todos los medios de comunicación, que utiliza a la Iglesia y al Ejército en contra de la clase popular, nosotros estamos discutiendo por una cantidad de diferencias, por cosas que no nos atañen directamente y que no son los objetivos inmediatos de la Revolución.

Por eso la plataforma de unión popular no debe entrar, y es lo que yo he pretendido, en terreno ideológico, ni en terreno filosófico, ni religioso y por eso ustedes han visto que la reacción de la oligarquía ha sido presionar a la jerarquía católica para que inmediatamente diga que allí hay cosas contra la doctrina pero nunca ha precisado esos problemas doctrinales. Es natural que traten de demostrar que esta plataforma puede ir contra la conciencia de los católicos, pero creo que los católicos podemos seguir adelante; de esa plataforma podría decirse que es la plataforma de la democracia cristiana o que es la plataforma de la F.U.N. (Federación Universitaria Nacional) o que es la plataforma de los sindicatos cristianos de la C.L.A.S.C. (Confederación Latino-Americana de Sindicatos Cristianos), o que es la plataforma del Partido Comunista, o que es la plataforma de los sindicatos de Coltejer, porque todos ellos la han adoptado.

Pero tiene también de característico esta plataforma que no es de ningún grupo político en particular, y es que el que quiera puede adherirse a ella; a pesar de que eso ha escandalizado mucho yo he sostenido y creo que los que estamos en este movimiento tenemos que sostenerlo, que todo el que quiera, si es colombiano y es patriota, puede adherirse a ella y lucharemos junto a él. Si la Alianza Popular se quiere adherir lo recibimos con los brazos abiertos, si el Partido Comunista se quiere adherir lo recibimos con los brazos abiertos, si se quieren adherir los de M.R.L. o los liberales que quieren hacer algo nuevo, o los conservadores que quieren cambiar al país, o la democracia cristiana, a todos ellos los recibimos porque la plataforma no es patrimonio de un solo grupo, sino debe ser y eso es a lo que yo aspiro, patrimonio de toda la clase popular.

Este movimiento alrededor de la plataforma no es naturalmente un movimiento «anti», no está en contra de ningún partido revolucionario, ni en contra de ningún individuo revolucionario; nosotros no somos anticomunistas, no pueden decir que somos comunistas tampoco, somos revolucionarios y creemos que dentro de los revolucionarios caben los comunistas, caben los católicos, cabe el pueblo liberal y cabe el pueblo conservador, la alianza nacional popular y la democracia cristiana. No pretendemos exclusivamente para nosotros el patrimonio de la revolución porque así como la plataforma de unión popular es patrimonio de la clase popular tenemos que admitir también que la revolución no es patrimonio no es patrimonio de ningún grupo, sino patrimonio de la clase popular colombiana.

Por lo tanto, podemos seguir esta plataforma y podemos en nombre de ellas reiterar nuestro decreto de guerra a muerte como lo hizo el Libertador. Podemos decir que cualquiera que sea revolucionario venga de donde viniere es amigo nuestro y cualquiera que sea antirrevolucionario venga de donde viniere es enemigo.

Además esta plataforma no debe estar ligada a un nombre; en la misma exposición de motivos se pide que la revolución no esté ligada a un nombre sino a una serie de principios, y respecto a mi caso particular es importante que cada día vayamos despersonalizando porque la plataforma ha sido distribuida en mi nombre y para mí es un orgullo enorme haber contribuido en algo a la unificación de la clase popular, para que la clase popular llegue al poder; pero además de la conciencia que la plataforma va a crear y de la conciencia que va a crear el periódico de la clase popular, es necesario que surjan líderes, nuevos líderes, entregados, capacitados,

listos para la lucha, y sobre todo una organización que pueda financiar y defender el periódico.

Porque el periódico de la clase popular que estamos preparando tiene que ser «la voz de los hombres sin voz», como decía el abate Pierre de su revista. Aquellos que no pueden expresarse en la gran prensa, aquellos movimientos que se ven bloqueados por esta gran prensa, aquellas manifestaciones que son deformadas por la oligarquía de acuerdo con sus intereses y en contra de los intereses de la clase popular; todos ellos deben poseer un órgano de expresión, que vaya cimentando la unidad de la clase popular por encima de las ideologías, por encima de los grupos, por encima de las personas.

En cuanto al sindicalismo se refiere es también importante que la plataforma sea acogida por los diferentes sindicatos. La plataforma no está contra la U.T.C., ni contra la C.T.C., ni contra el bloque sindical independiente, ni contra ningún grupo sindical. En donde haya clase popular hay gente nuestra, por eso tenemos que hacer un llamamiento aunque haya habido traición en los dirigentes de cualquier grupo; a nosotros nos interesa mucho más la clase popular traicionada que los malos representantes de esa clase; entonces vamos a aceptar de todos los movimientos sindicales y también de los no sindicalizados que participen en nuestra lucha.

Todo el que pertenezca a la clase popular tiene por derecho propio un puesto en nuestra militancia, nosotros también tenemos a los sindicatos agrarios, a las ligas campesinas, a las juntas de acción comunal, a las comunidades indígenas y todos ellos deben entrar en nuestras filas, todos ellos deben formar la unidad popular alrededor de estos objetivos. Nuestra primera tarea, que quede bien claro, es crear la unidad popular alrededor de objetivos comunes y por eso he insistido tanto en que la plataforma se divulgue y se explique no en la clase dirigente que naturalmente tendrá muchas reservas y encontrará que es una plataforma comunista, como se dice comunista a todo lo que está en contra del orden estatuido, sino en las clases populares.

Nosotros no nos vamos a dejar engañar por esos señuelos, por esos trucos que tiene la clase dirigente, porque ya son muy conocidos; la clase dirigente ha dicho que soy comunista y eso cuando yo estaba en el pleno ejercicio de mis funciones sacerdotales; mucho más lo va a decir ahora aunque yo diga que estoy en pleno acuerdo con la doctrina de la Iglesia, que sigo siendo católico y que nunca dejaré de ser sacerdote «porque cuando uno recibe la ordenación queda sacerdote para toda la eternidad»,

de manera que me seguirán diciendo comunista y se lo dirán a todos aunque se declaren cristianos, comulguen diariamente, por el solo hecho de repartir la plataforma.

Les dirán comunistas porque esa es la forma como se defiende la clase dirigente y no vamos a interpretar eso mal porque cada cual se defiende como puede. La clase oligárquica está acorralada y va a utilizar los medios más bajos: por eso los consejos de guerra verbales y por eso el estado de sitio, y vendrán cosas peores, tenemos que estar listos para la represión. Es una clase minoritaria agresiva, que no puede avanzar, que está acorralada, que ha visto el surgimiento de un movimiento popular contra ella, un movimiento que trata de ser serio, de gente entregada, de gente apostólica, de gente de todas las extracciones sociales y encabezado por ahora —ojalá no sea para siempre— en un individuo católico, sacerdote y que por católico y por sacerdote se ha metido a revolucionario. Y esto es un problema grave para la clase minoritaria, utilizarán todo contra mí, y contra los demás que participen, se buscará los medios de ataque más bajos, pero eso tenemos que aceptarlo como algo que está en las reglas del juego, no debemos desconcertarnos, eso lo damos por descontado.

A todos nos van a decir comunistas y como nosotros aceptamos la participación del Partido Comunista van a tergiversar y van a decir que el Partido Comunista se va a apoderar del movimiento; pero si nosotros lo que queremos es hacer la revolución, sabemos que los que se apoderen del movimiento serán los que tendrán respuestas más populares y más revolucionarias y los que tengan más valor en la lucha y entonces si se apoderan del movimiento es porque se lo merecen. Vamos a crear una emulación a ver cuál es más revolucionario y no una competencia a ver como nos acabamos los unos a los otros, sino quiénes son los líderes más entregados, más capacitados, más listos para la lucha, más sensibles para darle respuesta a la clase popular y el grupo que tenga estos líderes seguramente predominará.

Pero probablemente no será un grupo único, un mismo partido, sino líderes de varios grupos en donde alineados y no alineados, políticos y apolíticos, todos en una tremenda emulación de generosidad y de entrega trabajarán para ayudar a nuestra patria. Y todos trabajando con firmeza en base a una plataforma que tenga las características, que dijimos, divulgándola, explicándola, haciendo que la base la estudie para llenar así la primera condición necesaria en toda revolución: conciencia popular común, objetivos comunes para la clase popular.

Tendremos que lograr esto rápidamente; para distribuirla, para explicarla, tenemos que organizar brigadas; la segunda condición es la organización. Porque para que nuestro movimiento no sea demagógico tenemos que comprender cada punto concretamente: ¿Qué queremos en cuanto a la Reforma Agraria, en cuanto a la tributación, qué en cuanto a la política petrolera y a reforma urbana, qué en cuanto a relaciones internacionales? Debemos ser un movimiento de enseñanza en el cual cada uno de los miembros del movimiento sea un maestro de la revolución, sea un hombre que esté explicando punto por punto, para que el conocimiento de los problemas sea claro y sólido; porque ustedes saben que los grupos se entusiasman por un momento, pero es necesario además que las cosas se queden.

Las convicciones profundas adquiridas tal vez en el rincón de una tienda o en el campo, alumbrándose con una vela, estudiando esta plataforma, explicándola y formando esta conciencia común, nos van a crear la fuerza indestructible de la unión alrededor de las ideas y cuando un pueblo se une alrededor de una idea es indestructible.

Pero no basta la unión por sí sola; es necesaria la organización. Hasta ahora las organizaciones políticas colombianas se han venido haciendo de arriba hacia abajo; es la clase dirigente, la minoría privilegiada la que va imponiendo las consignas políticas, los directorios, las listas electorales de arriba hacia abajo y esto ha sucedido desde la época de la independencia que fue un movimiento manejado por los criollos; los oligarcas de esa época, y la revolución de la independencia nos separó de España, pero no acabó con la oligarquía local, por eso la obra de Bolívar está sin terminar, porque nosotros salimos de la dependencia de España para caer en la de Estados Unidos, con el agravante de que en esta nueva dependencia saca tajada la clase dirigente y por eso la propicia y la defiende en contra de los intereses de las clases mayoritarias.

Nosotros continuamos con una clase minoritaria dirigiéndonos y esa clase minoritaria ideó una organización política apta y eficaz para controlar a la clase popular; esa organización política está constituida por nuestros dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, que son partidos policlasistas, es decir formados por diferentes clases, desde la clase minoritaria que está en la cima hasta la clase popular que está en la base. Aquí en una época todo el mundo tenía que llamarse o liberal o conservador y esto era un instrumento de control de las minorías sobre las mayorías, porque cuando la división entre liberales y conservadores dejó de corres-

ponder a una concepción política diferente, a una situación económica diferente, cuando liberales y conservadores no comenzábamos a distinguirnos sino por el sentimiento y la tradición, entonces ¿qué significaban los partidos políticos?

Significaban y significan la división de la clase popular por motivos sentimentales y tradicionales; se instigó el sectarismo y el pueblo de un partido se entregó a matar al pueblo del otro partido sin saber por qué. Por eso nuestra violencia hasta ahora no ha sido una violencia revolucionaria, porque la violencia fue entre los hermanos de la clase popular y un instrumento de la clase dirigente. Y tan es así que en la violencia no cayeron las grandes cabezas, sino que en esta cuota de sectarismo, la cuota de sangre en esa lucha fratricida la puso la clase popular. Esa es una prueba que esas luchas entre liberales y conservadores no eran luchas en las cuales estuviera comprometida la clase dirigente.

Los partidos políticos en Colombia han sido entonces instrumentos de división en bases sentimentales y tradicionales, útiles para la clase dirigente porque para ella lo más peligroso es que la clase popular llegue a organizarse en base a objetivos racionales y técnicos. Por eso la clase dirigente ha temblado con la aparición de la plataforma, porque la plataforma plantea una organización de la clase popular, ya no en base sentimentales y tradicionales, sino en bases racionales y éstas van a ser de toda la clase popular contra la clase dirigente.

Tenemos entonces por qué la participación en las elecciones y el tratar de predicar esta participación con cualquier pretexto aunque sea con el pretexto más revolucionario, con el pretexto de que las elecciones son ocasión de entrar en contacto con el pueblo, es contraproducente y sigue dividiendo al pueblo. Porque actualmente para participar en las elecciones la única alternativa efectiva es alinearse en una de las dos corrientes y si nosotros con palabras pedimos la unidad del pueblo y al mismo tiempo le decimos que participe en las elecciones, con los hechos lo estamos dividiendo, le estamos diciendo a las clases populares que se alineen como conservadores o como liberales y no vamos a borrar con las palabras lo que estamos manifestando con los hechos porque los hechos son la división del pueblo, la clasificación del pueblo, de acuerdo con los partidos tradicionales y la incitación a que el pueblo vote como liberal o como conservador para que pueda reinar la clase dirigente. Y esos hechos no los podemos borrar diciéndole al pueblo que debe unirse siendo que invitarlo a votar es dividirlo.

La manera de dividir es insistiendo en los partidos tradicionales y por eso mientras las elecciones estén fundadas en el bipartidismo, en dos partidos solamente, deben considerarse como un instrumento fundamentalmente antirrevolucionario, porque es un instrumento de división de la clase popular. Debemos ver entonces que es un sistema político policlasista, de arriba hacia abajo, por el cual se reúne el directorio liberal y el directorio conservador y promueven una serie de asambleas departamentales, totalmente prefabricadas, a las cuales no pueden venir delegados que estén en contra de estos directorios y en donde no podrán ser elegidos para las listas electorales sino aquellos que estén totalmente sometidos al directorio nacional y lo mismo sucede en las asambleas municipales de los partidos, de manera que tenemos una pirámide de control de arriba hacia abajo, ya que las clases mayoritarias no están al lado de las clases minoritarias, sino encima de ellas y por eso los partidos tradicionales policlasistas parten en apariencia a las clases minoritarias y parten de verdad a las clases mayoritarias.

La pirámide de control de arriba hacia abajo establece elementos de conformismo con la minoría política que ordena desde la capital pero que está sumisa a la clase económica y por consiguiente es un instrumento de la clase económica para manejar al país. Entonces vemos cómo, con la división en partidos políticos tradicionales, la clase económica maneja a las mayorías populares por medio de las clases políticas, que se imponen de arriba hacia abajo.

De tal manera que para organizar a las clases populares con el fin de que puedan tomarse el poder hay que hacer lo contrario de lo que hace la clase dirigente.

A mí se me ha querido insistir mucho en que con los elementos que no están alineados en partidos políticos, con los independientes que han querido entrar en este movimiento, con intelectuales, profesionales, gente de gran reputación en el país, formemos un núcleo que sea el que vaya a dirigir las campañas del Frente Unido y nosotros hemos formado un núcleo con gente quizás no muy importante en comparación con lo que es aceptado comúnmente como importante por nuestra oligarquía o nuestra gran prensa: pero este grupo en ninguna forma se está considerando representativo de las mayorías, de la misma manera que no me considero como representativo de las mayorías; la aspiración que tengo y que tiene el grupo que me acompaña es la de que seamos aceptados como servidores de esas mayorías, como servidores del Frente Unido.

Esto es lo primero que debemos hacer distinto de lo que hacen las clases dirigentes: no imponerles dirigentes a las mayorías porque nosotros creemos que también en la forma de organizar el movimiento del Frente Unido tenemos que ser revolucionarios y cambiar este sistema de estar imponiendo cosas de arriba hacia abajo. Vamos a tratar ahora de que la organización venga de abajo hacia arriba; no vamos a repetir la carrera de los partidos tradicionales, no vamos a seguir con esta dependencia a la clase dirigente que sistemáticamente ha traicionado al país y los ideales nacionales. Vamos a elegir a nuestros dirigentes; pero para eso necesitamos comenzar con una organización de base; vamos entonces a emplear la plataforma como el primer motivo de organización, después vamos a emplear el periódico; la financiación, la distribución, las contribuciones para el periódico irán formando núcleos en la base y como el periódico va a llegar a todas partes, regaremos nuestros campos, nuestras veredas de núcleos de base popular, que estén estudiando la plataforma, que estén repartiendo el periódico y vamos a extender esto por todos nuestros barrios obreros y en nuestras fábricas; en cada sección de cada fábrica, en cada clase de cada colegio, en cada curso de cada universidad, vamos a tener gente organizada en el estudio y divulgación de la plataforma y en el estudio y distribución del periódico.

Después de esto diremos: «bueno, pero la organización revolucionaria va a quedarse en divulgar unos papelitos y estudiar unas cuantas ideas?» no; ¿Para qué es la organización? ¿Cuál es nuestro fin último? Eso no lo podemos nunca perder de vista, o sino estaríamos traicionando también el género del movimiento que vamos a establecer. ¿Para qué es esta organización? Es para la toma del poder. Pero la primera alternativa en la organización se refiere a los dirigentes: o comenzamos con una organización paternalista de arriba hacia abajo, con núcleos impuestos, que pertenezcan a la misma clase dirigente, en donde se nos van a infiltrar todos esos elementos burgueses a quienes les gusta figurar pero que después no van a trabajar, a quienes les gusta aparecer y después le dan puñalada al movimiento popular para que el movimiento popular no ataque a sus intereses de grupo, o bien por el contrario logramos que los dirigentes salgan de las mayorías populares.

Digamos que yo actualmente forme un comité de burgueses. Porque la clase dirigente minoritaria se las ha arreglado para no dejar surgir líderes populares y tenemos que esperar a que aparezcan buenos líderes populares. Entonces no pensemos en organizaciones en la cima, sino en la base, y

cuando ella tenga una conciencia común veremos la mejor forma de distribuirla y agruparla.

Una vez que se decida la forma de agrupación de las mayorías que forman el Frente Unido empezarán a salir los líderes quizás por municipios, o por barrios, o por veredas, o por fábricas, será una representatividad que puede llegar a ser departamental y entonces de esos representantes elegidos y controlados por ustedes, elegidos y controlados por la clase popular formaremos un comité nacional del Frente Unido.

Entonces podremos decir que ese será un aparato democrático y que no vamos a entrar por las líneas tradicionales de hacer cosas de arriba hacia abajo sino que las cosas para hacer serán por iniciativa que viene de abajo hacia arriba.

Cuando tengamos esa organización representativa desde las veredas hasta la capital y sea un movimiento con un amplio respaldo popular unido y disciplinado entonces sí nos podremos tomar el poder; porque en ese momento podremos controlar las elecciones y si no nos permiten las elecciones recurriremos a cualquier otro medio pero nos tomaremos el poder. Se me ha dicho muchas veces que predico la revolución violenta; pero es interesante saber por qué la clase dirigente me hace aparecer como defensor de una revolución violenta. Ustedes se han dado cuenta de que mis planteamientos se reducen a que las mayorías ejerzan el poder, para que las decisiones gubernamentales sean en favor de las mayorías y no de las minorías. Y como todos sabemos que esto no es fácil yo he dicho que debemos prepararnos para el caso de que las minorías se opongan por medio de la violencia a que las clases mayoritarias ejerzan el poder. Y sin embargo ustedes ven las publicaciones de la gran prensa e inclusive las reacciones de la jerarquía eclesiástica que me ha condenado dizque porque estoy defendiendo la revolución violenta. ¿Qué es lo que sucede entonces con la clase dirigente?

Que ella sabe que quien va a definir sobre la pacificidad, es decir el que la revolución sea pacífica o el que la revolución sea violenta, es ella. La decisión no está en las manos de la clase popular sino en manos de la clase dirigente. Y como la clase popular comienza a organizarse valerosamente, con disciplina, con decisión, y como nosotros no nos estamos organizando para las elecciones entonces se apresura a decir que estamos organizando la revolución violenta.

Entonces es la manifestación de que la clase dirigente minoritaria tiene la intención de desatar la violencia contra las clases mayoritarias, de que

se va a oponer por la violencia a las reformas justas que exige la clase popular mayoritaria.

Pero la violencia se hace con armas, con granadas, con tanques, con una cantidad de medios costosos de los cuales no disponen las clases populares, por eso los que deciden sobre la violencia son quienes pueden costearla. Un campesino no venderá una vaca que le da leche para sus hijos con el fin de comprar una ametralladora sino en el caso extremo de que haya personas que van a acabar con la vida de sus hijos con otra ametralladora. De manera que si el campesinado se arma, ¿por qué lo hará? ¿De quién va a defenderse?

Ahora nos organizamos alrededor de unas ideas comunes, formamos un gran movimiento popular, vamos hacia la toma del poder y la clase dirigente se rasga las vestiduras como los fariseos; porque son hipócritas, porque después de que ellos han ejercido la violencia no tienen ningún derecho a acusar a las clases mayoritarias de querer usar la violencia y mucho menos cuando las clases mayoritarias la han sufrido durante diez y seis años y desean sinceramente que no se reanude.

Entonces tenemos que destapar estas cosas ante los ojos de los colombianos y mostrarles por qué nosotros tenemos que estar decididos a luchar hasta las últimas consecuencias, a no dar un paso atrás; porque el enemigo, por lo que se ha manifestado, está resuelto a todo y si nosotros no estamos resueltos a todo, estamos en condiciones de inferioridad; por eso nosotros iremos a la toma del poder. Si la clase minoritaria no nos permite tomar el poder —cosa fundamentalmente antidemocrática ya que si vamos a constituir una mayoría, si somos una mayoría y si creemos en la democracia, merecemos al poder— si llega a profanar la democracia colombiana ejerciendo la violencia, es necesario que sepa que nosotros estamos listos a contestar con fuerza la fuerza.

Si nosotros somos representantes de la clase popular o queremos serlo; si nosotros queremos formar ese movimiento de unidad; si se nos presenta la necesidad de definir nuestra actitud ante la violencia; si debemos dar respuesta a todas estas cosas, tenemos que plantearlo muy claramente: No queremos la violencia, no queremos la fuerza, queremos el poder para las mayorías.

Y por eso, si se nos pregunta si este movimiento es democrático, contestamos: es esencialmente democrático porque la democracia no consiste en hacer un aparato electoral, una comedia electoral que le de el poder a las

mayorías, la democracia consiste en que las mayorías organizadas puedan ejercer el poder.

Vamos entonces a dedicarnos a esa labor; nosotros mismos tenemos que hacerlo, tenemos que salir de estas conferencias con esta consigna: que cada uno de nosotros trate de buscar su plataforma y de agruparse con los amigos, con la familia, con los compañeros de trabajo, con los vecinos del barrio para estudiarla, y para divulgarla y que cada uno de ellos trate de hacer lo mismo, y después esos grupos distribuirán el periódico y luego comenzaremos a buscar la representación de la base hacia arriba, y constituiremos una organización popular en marcha.

Una organización popular que debe constituirse rápidamente, que sepa llevar las consignas y transformarlas en hechos, que al lanzar la consigna por ejemplo de la abstención, la organización la haga conocer, la explique; que el pueblo sepa por qué no vamos a las urnas, porque no nos plegamos al juego del enemigo, porque no colaboramos en la división del pueblo, en liberales y en conservadores, porque estimamos que esa división es una división de la clase popular irracional, división de los intereses mayoritarios, en la cual no vamos a colaborar.

Y obtendremos una abstención activa, será un pueblo que se levanta para decir NO una vez más: será un pueblo que, como un solo hombre, demostrará a ese régimen que sigue siendo superior a sus dirigentes y que es capaz de adoptar actitudes colectivas, actitudes masivas para salvar al país del abismo en el que esa clase dirigente lo ha sumergido.

POR QUE NO VOY A LAS ELECCIONES⁶

La Plataforma del Frente Unido del Pueblo Colombiano no tiene definición respecto de la lucha electoral como táctica revolucionaria.

Para realizar la unión de los revolucionarios debemos insistir en todo lo que nos une y prescindir de todo lo que nos separa. Si el problema electoral es un obstáculo para la unión, es mejor no plantearlo, especialmente cuando todavía no estamos seguros de que las elecciones se realicen. En el caso de que yo fuera partidario de las elecciones, lo más lógico sería presentar listas para ellas y presentarme personalmente como candidato.

⁶ Frente Unido, Núm. 6, Bogotá, 30 de septiembre de 1965. (N. de R.)

En mi concepto, esto sería formar un nuevo grupo que dividiera aún más a la oposición. Esta actitud me impediría realizar la labor que me he propuesto de unificar a la clase popular colombiana.

Yo no me considero representante de la clase popular colombiana, ni jefe del Frente Unido, ni líder de la revolución colombiana, porque no he sido elegido por el pueblo. Aspiro a ser aceptado por éste como un servidor de la revolución.

Mientras el Frente Unido no elija a sus jefes, yo no soy jefe del Frente Unido, sino en los casos en que los miembros de éste lo determinen. Como no voy a participar en las elecciones, tengo que explicar al pueblo los motivos que me llevan a esta decisión: además de la razón dada anteriormente (de no dividir más a la oposición) tengo las siguientes:

1) En el sistema actual para votar, la clase popular colombiana tiene que dividirse en liberal y conservadora; todo lo que divide al pueblo está contra sus intereses.

2) El aparato electoral está en manos de la oligarquía y por eso «el que escruta elige», el que cuenta los votos determina la victoria. Las elecciones se hacen más en las oficinas del gobierno oligárquico, que en las mesas de votación.

3) Como es imposible ganarle a los que controlan la maquinaria electoral y todos los factores de poder, los grupos de oposición que llegan al Parlamento no podrán nunca hacer transformaciones revolucionarias; por el contrario, su presencia en el Parlamento facilita que la oligarquía diga que en Colombia hay democracia porque hay oposición.

4) No me parece buena educación revolucionaria decirle con las palabras al pueblo que desconfíe de la oligarquía y decirle con los hechos que le entregue al sistema algo de lo más precioso que tiene un hombre, como es su opinión política.

5) Creo que el tiempo y el dinero que se emplean en confeccionar listas, discutir por renglones, suplencias y caciques, se pueden aprovechar para organizar y unificar a la clase popular por la base.

6) En el caso de que sucediera el milagro de que la oligarquía se equivocara contando los votos y la oposición pusiera la mayoría (por ejemplo, en el caso de un nuevo plebiscito), sabemos que, como en la Argentina, con el triunfo del peronismo, la oligarquía puede anular las elecciones y dar un golpe de estado. Una oligarquía que no le ha temblado la mano para matar jefes revolucionarios, para lanzar el país a la violencia y para respaldar gobiernos militares, creo yo que no va a entregar el poder por

el simple hecho de una mayoría opositora en la votación, mayoría que, como ya lo hemos demostrado, es moralmente imposible que pueda resultar.

Personalmente yo soy partidario de la abstención electoral, pero no de una abstención pasiva, sino de una abstención activa, beligerante y revolucionaria.

Activa: porque será la manifestación de rechazo al sistema, sin excluir las elecciones como uno de sus engranajes; para eso tendrá que ser políticamente motivada.

Beligerante: porque los comandos revolucionarios recibirán consignas sobre la forma de actuar ante el proceso electoral.

Revolucionaria: porque se empleará en unificar y organizar a la clase popular para el asalto definitivo del poder.

CAMILO TORRES R. —Agosto de 1965.

EDITORIALES DE FRENTE UNIDO

I. «...unir a los oprimidos contra los opresores».¹

La unión de la clase popular en la base es un asunto simple. Los que tienen hambre, desocupación, inestabilidad, bajos ingresos, falta de educación, se identifican fácilmente en objetivos políticos concretos y, especialmente, en el objetivo máximo que es el de la toma del poder para la clase popular colombiana.

La organización de la clase popular en la base ha resultado mucho más fácil y más rápida de lo que se pensaba. Los precedentes organizativos dejados por el sindicalismo, el cooperativismo, la acción comunal, etc., han ayudado. Pero lo fundamental es el sentimiento del pueblo de que debe organizarse. «La necesidad crea el órgano». El pueblo se ha dado cuenta de que la organización es la base del movimiento revolucionario: Por eso ha logrado superar sentimientos de inferioridad, timidez y apatía. Los campesinos y los obreros han comenzado a sentirse responsables directos de la Revolución y por eso han comenzado, sin esperar directivas de arriba, a organizarse en grupos de 3, de 5 ó de 10, o de más.

¹ Publicado en el periódico Frente Unido. Bogotá, octubre 7 de 1965 (N. de R.)

La organización de la base es un hecho y un hecho que crece con una celeridad insospechada.

Dentro de los jefes y de los intelectuales, el asunto es a otro precio. Las reservas y prevenciones entre las personas y los grupos surgen por todas partes. Afortunadamente, mientras la «intelectualidad revolucionaria» se devana los sesos buscando «la fórmula exacta» de la revolución colombiana, entre los anaqueles de sus bibliotecas; el pueblo la ha encontrado en medio de su sufrimiento, de su conciencia de ser explotado, perseguido y humillado.

El Frente Unido del Pueblo está constituido por los movimientos políticos organizados que hayan aprobado la plataforma de lucha y por todos los colombianos (liberales, conservadores, anapistas, lopistas, M.R.L. línea dura, comunistas expulsados o no, organizados o no, demócratas cristianos, nacionalistas, independientes, etc., etc., etc.) que aprueben esa misma plataforma.

Necesitamos unir a los oprimidos contra los opresores.

Pero en Colombia, la mayoría de los oprimidos no pertenecen a los grupos políticos organizados. Son los «no alineados» que quieren, en su mayoría, la Revolución pero no están organizados.

¿Cuál es entonces el principal deber de los revolucionarios más conscientes, más organizados, más alineados no tanto en su grupo sino en la Revolución Colombiana?

Organizar a los «no alineados». Por eso, la preocupación primordial del Frente Unido debe ser la de organizar a los «no alineados». Hacer que se alinien. Para eso (podemos preguntarnos) ¿es necesario que se vuelvan demócratas cristianos, comunistas, emerrelistas, anapistas? ¿Lo principal no es que se alinien en la Revolución Colombiana? ¿Si no desean alinearse dentro de los grupos opositoristas existentes, vamos a prohibirles que participen en la Revolución? ¿Con qué derecho? ¿Con el de estar mejor formados? Eso no se puede juzgar sino a través de los hechos, no a través del carnet, ni de las declaraciones. Eso lo juzgará la historia. Por ahora respetémoslos mutuamente y en lugar de pedir honores y preeminencias en la jerarquía revolucionaria, dediquémonos a hacer la Revolución. Dedicuémoslos a organizar a los que no están organizados. Llamémoslos como ellos se quieran llamar. «No alineados», «Alineados en el Frente Unido», «Revolucionarios». Aunque yo no estoy de acuerdo con un caudillismo que esté por encima de toda consideración organizativa, si está subordinado al ideal de la organización, podemos aceptarlo por ahora. Si el pueblo

se quiere llamar «camilista» dejémoslo, con la condición de que se organice. No se trata de un partido nuevo, ni de un movimiento nuevo. Se trata de una nueva organización de los no organizados para que se alinien en el Frente Unido y en la Revolución pero no los obliguemos a adoptar títulos nuevos si no quieren. Es lógico que «a alto nivel» se presenten diferencias. No nos afanemos y sigamos adelante con la Revolución. El pueblo será el que decida sobre el nombre de los «no alineados». El será el que decida si, en el futuro, va a constituir otro partido. Por ahora, la tarea es de convencerlos de que hagan una nueva organización que forme parte del Frente Unido. En la tarea de hacer esa organización debe estar comprometido todo buen revolucionario y todo integrante del Frente Unido del Pueblo.

II. «Seguir la lucha hasta las últimas consecuencias».⁸

El Frente Unido del pueblo es el resultado de varios años de experiencias y de reflexión. El intento de unión entre los grupos políticos opositoristas y los demás descontentos colombianos tenía que afrontar dos problemas principales:

El primero, la falta de amplitud suficiente y el segundo, la falta de una definición clara. La amplitud fácilmente se habría podido limitar por motivos religiosos, por motivos de política tradicional, por sentimientos de grupo o por sentimientos caudillistas. Era necesario plantar una unión alrededor de objetivos concretos que unificaran a todos los colombianos sin distinción de credos religiosos, afiliación política, grupo o caudillo. La plataforma de lucha del Frente Unido del pueblo no puede ser realizada sino después de que éste se tome el poder. Su única novedad consiste en que busca los puntos comunes de carácter revolucionario, sin entrar en diferencias religiosas, ni partidistas. Puede ser aceptada por católicos y no católicos, por liberales pobres y conservadores pobres, por los elementos revolucionarios del M.R.L., el Partido Comunista, la Anapo, La Democracia Cristiana, etc., y especialmente por los elementos revolucionarios de los no alineados en estos grupos. Sin embargo, es necesario definir que esta plataforma tiende al establecimiento de un Estado socialista, con la condición de que el «socialismo» lo entendamos en un sentido únicamente

⁸ Publicado en Frente Unido, Bogotá, octubre 14 de 1965. (N. de R.)

técnico y positivo sin ninguna mezcla con elementos ideológicos. Se trata de un socialismo práctico y no teórico.

Al hablar de una plataforma revolucionaria se consiguen muchos adeptos. Sin embargo, al precisar que la revolución consiste en una reorganización fundamental del Estado con aplicación de la técnica y la ciencia para lograr reformas en favor de las mayorías, hay muchos que se retiran.

La plataforma no habla de tácticas para la toma del poder. Sin embargo, algunos estiman, como el doctor Alfonso López Michelsen, que esta plataforma no sirve para una lucha electoral inmediata. Además la plataforma se ha venido asociando al nombre de Camilo Torres y yo he planteado claramente las razones por las cuales no concurriré a las elecciones. Aunque estas razones no justifiquen en ninguna forma que yo vaya a atacar a los otros grupos opositoristas, sean revolucionarios o no, de hecho los grupos electoreros se alejan de la plataforma con cualquier excusa. Por otra parte, los seguidores de la plataforma, al plantearnos la toma del poder político como condición indispensable para aplicarla, tenemos necesariamente que plantearnos una decisión táctica:

La de ir hasta las últimas consecuencias y la de utilizar cualquier vía que la oligarquía deje abierta para esta toma del poder.

Esta actitud tampoco tiene grandes consecuencias ideológicas porque la Iglesia misma ha establecido las condiciones de una guerra justa. Sin embargo, de hecho, muchos «revolucionarios» no quieren ir hasta las últimas consecuencias.

Una plataforma que plantea un tipo de estado socialista y la liberación de Colombia del imperialismo norteamericano no puede ser indiferente ante los movimientos que tiendan hacia un socialismo y que planteen la liberación del imperialismo. Aunque estos movimientos tengan elementos ideológicos de discrepancia, en el aspecto científico, positivo y práctico, son los más cercanos a nosotros. Esta solidaridad, en la práctica aleja a muchos «revolucionarios» timoratos que insisten más en la ideología que en la revolución.

Hay un hecho evidente en el movimiento del Frente Unido y es que constituye el movimiento de masas que se ha formado en menos tiempo. Por eso los recién llegados son abundantes. Los motivos de su llegada son diversos. Algunos se presentaron para adquirir curules y salieron defraudados. Otros creyeron que se trataba de un partido nuevo y también se alejaron en la misma forma como vinieron: muy rápidamente. Mientras la línea revolucionaria del Frente Unido vaya determinándose en una

forma cada vez más definitiva y tajante, los «compañeros» de la revolución irán quejándose a la orilla del camino para volverse a su lugar de origen o para esperar que la revolución la hagamos los demás y después juntarse a ella.

Lo importante es que la clase popular colombiana siga siempre adelante sin dar un paso atrás, a pesar de las defecciones, a pesar de los rumores, a pesar de las traiciones. La decisión de los pobres que no quieren que sus hijos los acusen en el futuro de haber traicionado su vocación histórica y revolucionaria, será la que defina la situación. Ellos pueden saber que yo iré hasta las últimas consecuencias y que, si solamente queda conmigo un puñado de hombres decididos, con ellos seguiremos la lucha.

Aunque esta vaya a ser una lucha prolongada, lo que importa es que todo el que se decida a incorporarse a ella, se decida también a continuar hasta el fin.

III. «Los comandos del Frente unido».⁹

La fase agitacional del proceso revolucionario que ha venido acelerando el Frente Unido está prácticamente terminada. La organización, aunque muy generalizada en todo el país, es aún rudimentaria. El trabajo de extensión es necesario complementarlo con una acción de profundidad. Los comandos provisionales del Frente Unido están constituidos, prácticamente, en todo el país. Estos comandos tienen tres formas diferentes:

Primera.— comandos homogéneos de los grupos organizados que participan, formal o informalmente, del Frente Unido (MOEC, Partido Comunista, Vanguardia Nacionalista Popular, MRL, Anapo, Democracia Cristiana, etc.).

Segunda.— comandos mixtos constituidos con elementos de los grupos anteriores y por elementos no alineados.

Tercera.— comandos homogéneos no alineados en otros grupos.

De estas tres clases de comandos del Frente Unido, la más generalizada es la segunda. El grupo que tiene menos organización es el grupo de los no alineados. El Frente Unido ha establecido como tarea primordial la organización de los no alineados. Esta denominación parece demasiado negativa ya que los no alineados en grupos constituidos ansían vehementemente alinearse en el Frente Unido y en la Revolución colombiana. Muchos de

⁹ Publicado en Frente Unido, Bogotá, 21 de octubre de 1965. (N. de R.)

ellos, en la base, dicen que son del Frente Unido, pero esto resulta equívoco ya que el Frente Unido está constituido además por otros grupos a los cuales ellos no han querido hasta ahora pertenecer, ni se puede obligar a que pertenezcan. Algunos han expresado la necesidad de constituir un nuevo partido, con los no alineados, para que entren así a formar parte del Frente Unido.

Sin embargo, los no alineados no tienen una filosofía común; están unidos por la plataforma, por la persona de Camilo TORRES, por la táctica de la abstención beligerante, y por la decisión inquebrantable de tomarse el poder para la clase popular. Estos elementos darían fundamento para la constitución, no de un partido pero sí de un movimiento que permita reunir orgánicamente a los no alineados para que participen así del Frente Unido. De ahí la tarea esencial de constituir comandos de no alineados y de fortalecer el grupo de los no alineados en los comandos mixtos. La decisión final sobre la forma de organización de los no alineados, la tendrán que dar los mismos no alineados, previa a la convención del Frente Unido.

En cualquier circunstancia lo esencial actualmente es consolidar los comandos existentes. Los comandos que no son de base (de campesinos rasos y de obreros rasos) se han llamado comandos provisionales. Su principal tarea es la de organizar los comandos de base y hacer que elijan comandos definitivos de barrio, vereda, fábrica, municipio, departamento. Además de las consignas especiales que los comandos provisionales deben sugerir, de acuerdo con las necesidades de cada localidad hay consignas generales que deben cumplirse en todo el país tal como la anteriormente anotada de organizar comandos de base y la no menos importante de estimular y apoyar las asociaciones gremiales (obreras, campesinas y estudiantiles) en todas sus luchas reivindicativas, tratándolas de orientar a la lucha definitiva por la toma del poder para la clase popular.

Todos los comandos deben consagrarse inmediatamente a la formación de los dirigentes de base por medio de cursos especiales, por reuniones de comandos, por el estudio y la ampliación de la plataforma. En este momento tenemos que sacrificar la cantidad a la calidad. Es preferible, para el cumplimiento de las consignas, un buen comando en una manzana, un barrio o una fábrica que muchos comandos malos.

La fisonomía popular de la revolución colombiana no surgirá simplemente de las manifestaciones multitudinarias. Cada colombiano revolucionario debe pensar en un grupo de amigos, vecinos, o compañeros de trabajo

para formar un comando con los objetivos anteriormente anotados, sin necesidad de esperar instrucciones de arriba. El Frente Unido adquirirá así vida propia, independientemente de las actitudes que asuman los jefes provisionales. Las actitudes de estos jefes deberán acomodarse a la voluntad de las masas. A fines de este año, o principios del entrante los auténticos representantes del pueblo elegirán en una gran convención popular al comando nacional del Frente Unido que fijará las tácticas ante las elecciones y para la toma del poder.

EDUQUEMOS AL PUEBLO PARA LA REVOLUCION.¹⁰

La necesidad de un análisis constante de la realidad colombiana en sus aspectos económicos, políticos y sociales, nos ha llevado a considerar la organización de una Escuela de Cuadros como una tarea de primera importancia para el Frente Unido del Pueblo Colombiano.

En esta Escuela de Cuadros se llevarán a cabo principalmente tres tipos de trabajos:

Un primer tipo de trabajo será el teórico, cursos formales impartidos a grupos de 30 personas máximo, de materias como Economía, Sociología, Teoría Política, Dinámica de Grupos, así como de materias aplicadas, lo que constituye el segundo tipo de trabajo, pues estos cursos se ilustrarán con aspectos concretos de la realidad colombiana correspondientes a cada una de las materias teóricas. El tercer tipo de trabajo será desarrollado a través de seminarios y cursillos intensivos, de pocos días de duración y en los cuales participarán las personas más aptas para desarrollar temas nacionales. De estas actividades deberán producirse los análisis más precisos sobre los problemas nacionales fundamentales y los que se descubran a lo largo de nuestro contacto con el pueblo y su realidad.

Para llevar a cabo este trabajo necesitamos en primer lugar la colaboración de los profesionales que, dentro de un auténtico espíritu revolucionario, se identifiquen con el propósito de llevar a cabo una profunda transformación del país por medio de la toma del poder por el pueblo y que estén de acuerdo con las líneas generales planteadas en la plataforma y en los mensajes de Camilo Torres.

¹⁰ Frente Unido, No. 10, Bogotá, 28 de octubre de 1965. (N. de R.)

Esta tarea debe realizarse donde quiera que existan comandos del Frente Unido del Pueblo Colombiano, bien sea creando las escuelas de cuadros, bien sea convirtiendo a los comandos, cuando son pequeños, en verdaderas escuelas de cuadros.

No podemos olvidar que una revolución sin ideología es un aborto, una frustración, pues carecerá de formas concretas de orientación. Este hecho es aún más imperativo para el pueblo al que se le ha negado el beneficio de la educación. La consigna debe ser: Si la oligarquía no educa al pueblo, eduquémoslo para la revolución.

PROCLAMA DE CAMILO TORRES A LOS COLOMBIANOS

«Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda».

Colombianos:

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía.

En aquellos momentos en que la desesperación del pueblo ha llegado al extremo, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguarlo con nuevas fórmulas que siempre paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la casta privilegiada.

Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliécer Gaitán, la oligarquía lo asesinó. Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró al país de violencia. Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas para tomarse el poder, la oligarquía inventó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran. Cuando el pueblo pedía democracia se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponía la dictadura de la oligarquía.

Ahora, el pueblo ya no creará nunca más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar su vida, tengan

educación, techo, comida, vestido y, sobre todo, dignidad. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano.

Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes, con su ejemplo y con su presencia, den la voz de combate.

Yo quiero decirle al pueblo colombiano que éste es el momento. Que no lo he traicionado. Que he recorrido las plazas de los pueblos y ciudades clamando por la unidad y la organización de la clase popular para la toma del poder. Que he pedido que nos entreguemos por estos objetivos hasta la muerte.

Ya todo está preparado. La oligarquía quiere organizar otra comedia en las elecciones: con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar, con comités bipartidistas, con movimientos de renovación a base de ideas y de personas que no sólo son viejas sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos, colombianos?

Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir la lucha con las armas en las manos, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido. Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, de base campesina, sin diferencias religiosas ni de partidos tradicionales. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismos. Que busca liberar al pueblo de la explotación de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido.

Todos los colombianos patriotas debemos ponernos en pic de guerra. Poco a poco irán surgiendo jefes guerrilleros experimentados en todos los rincones del país. Mientras tanto debemos estar alertas. Debemos recoger armas y municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. Conversar con los más íntimos. Reunir ropa, drogas y provisiones y prepararnos para una lucha prolongada. Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar pero no nos impacientemos. En una guerra prolongada todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese preciso momento la revolución nos encuentre listos y prevenidos.

No se necesita que todos hagamos todo. Debemos repartir el trabajo. Los militantes del Frente Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y confianza en la victoria final.

La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado porque la jornada es larga.

Colombianos: no dejemos de responder al llamado del pueblo y de la revolución.

Militantes del Frente Unido: hagamos una realidad nuestras consignas:

¡Por la unidad de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la organización de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la toma del poder para la clase popular hasta la muerte!

¡Hasta la muerte, porque estamos decididos a ir hasta el final!

¡Hasta la victoria, porque un pueblo que se entrega hasta la muerte logra la victoria!

¡Hasta la victoria final con las consignas del Ejército de Liberación Nacional!

¡Ni un paso atrás... Liberación o muerte!

Camilo Torres Restrepo.

CHE GUEVARA

PETER WEISS

Cuando oímos hablar de la muerte del Che, nuestro primer pensamiento fue: ¿era preciso que él muriera, justo ahora, cuando era más necesario que nunca? ¿No hubiera sido posible acudir a su socorro, ponerlo en seguridad —estaba enfermo, sufría de asma, de reumatismo—, no había ningún lugar para él desde donde pudiera actuar como planificador, como guía de la revolución? La cuestión se planteó así: ¿se sacrificó el Che, hizo de sí mismo un mártir?

Nosotros no queremos tener ningún santo. Rechazamos el misticismo que coloca una aureola alrededor de la muerte como sacrificio. Rechazamos la imagen de Cristo sacado de la cruz, esperando el día de la resurrección. Y sin embargo, el Che muerto, traicionado en una emboscada, un cuerpo desgarrado...

¿Somos culpables de su muerte? ¿Lo traicionamos nosotros? ¿O fuimos sólo trivialmente indiferentes, sólo confiados, como todos los días, por pereza, sobre esa revolución lejana? ¿Aplazamos sólo nuestra toma de posición porque el campo de acción del Che quedaba tan lejos?

Si es así, entonces él nos ha dado una lección con su muerte. El, que hubiera sido más necesario que nadie, mostró lo que consideraba como lo único justo. El mostró: si ustedes no lo hacen, entonces lo hago yo. El no estaba tan colmado de su propia importancia. Un obrero de las minas de Bolivia que va a la guerrilla era igualmente importante. El mostró: lo único justo es tomar un arma y combatir al enemigo.

Y por más vueltas que le demos al problema de su muerte, su clara lección nos da siempre la respuesta. Y la respuesta indica nuestra derrota, nuestra cobardía.

Sabemos que existe un gran enfrentamiento de opiniones sobre cómo debe dirigirse la lucha revolucionaria en América Latina. Sabemos que los comités centrales de muchos de los partidos comunistas de América Latina están en contra de la lucha de guerrillas. Consideran que el tiempo todavía no está maduro. Prefieren una larga táctica diplomática, calculan con la posibilidad de politizar a la población campesina con un paciente trabajo desde las ciudades. Se prenden a la ilusión de una coexistencia pacífica con el explotador armado hasta los dientes.

Nosotros hemos presenciado, durante la conferencia de la OLAS en La Habana, las amargas discordias. Pero también hemos atestiguado la unidad en torno a la absoluta exigencia del proletariado: la realización de la liberación final. La declaración de la conferencia de la OLAS resultó una afirmación de la revolución, a pesar de las diferentes opiniones sobre la forma de realizar la revolución.

El Che Guevara, y con él los jefes de la guerrilla en América Latina, vieron como único camino la directa, inmediata acción. Sabían, y saben, que nada fuera de la lucha armada es suficiente contra este enemigo, nada más que la violencia. Y saben que es necesario empuñar esta violencia, aun si lleva a derrotas, a graves pérdidas. Saben que cada respiro que se da al enemigo lo hace más fuerte. Saben que otros vendrán a ocupar sus puestos cuando ellos mismos tengan que dejarlos.

Para ellos esto no es ningún heroísmo. Para ellos éstos son los fríos hechos. El pan cotidiano de los hambrientos. Planean lo que planean los dirigentes de los partidos, no podrán evitar que la guerrilla se reúna en la sierra para continuar la revolución dentro de la revolución. Y la llamada voz de la sensatez y la razón no podrá nada contra esos hechos, que sólo tienen una elección posible. Y la elección es: luchar en lugar de morir de hambre, en lugar de ser oprimidos.

Nosotros hemos visto el bloqueo en Cuba. Hemos visto los cruceros norteamericanos que diariamente circulan alrededor de la isla. Hemos sentido la amenaza del norte más fuerte con cada día que pasa. Hemos sentido crecer el odio contra este enemigo que no espera más que una ocasión para derribar a Cuba, para aniquilar todo lo que se ha construido con pena y privaciones.

Cuba, Viet Nam, Corea del Norte, tres países pobres y subdesarrollados, que han construido lo más odiado por ese enemigo, que han construido una sociedad socialista. El sistema del enemigo no le deja ninguna otra

alternativa que la expedición militar para destruir los fundamentos de la revolución. El enemigo tiene que probar que su sistema es más fuerte, el enemigo tiene que probar que logra borrar del mapa esas presuntuosas tentativas de liberación.

Y aun si logra convertir a Viet Nam en cenizas, por culpa de nuestra pereza, de nuestra cobardía, de nuestra incapacidad de acción, aun así la guerra de liberación no está liquidada. Las palabras de paz del enemigo son siempre vacías. Nosotros sabemos, ninguna paz puede eliminar las causas de su agresión.

Nosotros, que nos arrogamos el derecho manifiesto de vivir, de nuestros tres mundos, en el llamado primero, nosotros que todavía toleramos que nuestros hombres de estado, nuestros comerciantes, nuestros sociólogos, tracen con naturalidad una línea de separación entre nuestro mundo y ese pobre, lejano, tercer mundo, nosotros, ya veremos que las guerras continúan, pequeñas guerras, tal vez guerras más grandes, acciones de lucha aisladas, en el monte, la sierra.

Allí está nuestra traición: en tanto no rompamos por completo con esta hipócrita división del mundo, en tanto nos agarremos ostensiblemente a los bienes que les negamos a los de allá lejos, somos cómplices por cada asesinato que se comete contra ellos, contra los que han comenzado la lucha contra las injusticias.

Llamemos a ese mundo, por cuyo porvenir cayó el Che Guevara, el primer mundo, puesto que es el más grande de los tres mundos. O llamémosle El Mundo Revolucionario, puesto que es de ese mundo que la revolución viene hoy. Hemos llamado a nuestro mundo el primero porque posee superioridad técnica, poder económico, porque es dueño de los medios de difusión para la venta de la cultura.

Nuestro primer mundo es un mundo de primera clase, y con nuestro pensamiento clasista repartimos pequeñas limosnas a los pobres de la clase inferior del tercer mundo. Pero, ¿qué tiene nuestra altamente desarrollada civilización que ofrecer que sea más valiosa que la libertad de pensamiento que ahora crece violentamente en el mundo pobre!

Con terminología del que está cómodamente instalado arriba hablamos de países subdesarrollados, también públicamente llamados países en vías de desarrollo. ¿Esos países son más desarrollados que nosotros! Esos países saqueados por el colonialismo y el imperialismo han desarrollado un pensamiento que la mayoría de nosotros no se atreve a pensar hasta el fondo, en

todas sus consecuencias: el pensamiento de la revolución. Esos países han ido más lejos que nosotros, porque han resuelto derribar el poderío de clase, acabar con la explotación del hombre.

Cuando yo vi a los campesinos de Viet Nam construir con piedras y barro caminos y represas después del bombardeo, cuando los vi de rodillas en el lodo, las ropas empapadas de lodo, en las manos las grandes masas de barro, entonces no había ninguna duda sobre quién era el más desarrollado, el digno, el superior: ¿el que estaba allí abajo en el fango o aquel otro allá arriba con su máquina de un millón de dólares?

Lo más degradante que puede decirse sobre los que hoy continúan la lucha de Viet Nam en otros frentes es que son conspiradores románticos, que su rebelión es ajena al mundo en tanto las condiciones objetivas para el éxito no existan. Este menosprecio, que se manifiesta en el estado obrero de la revolución de octubre, no es nuevo. A mediados de los años 20 la Internacional Comunista obligó a los revolucionarios chinos a entregar sus armas a Chiang Kai-shek. Ya sabemos lo que pasó. Fueron asesinados por decenas de miles en tanto Chiang Kai-shek pasó a ser miembro de honor del Komintern. También entonces se consideró que todavía no había llegado el momento, y no se tenía confianza en la tesis de la revolución llevada desde el campo a las ciudades.

Precisamente el hecho de que Viet Nam lucha solo, que ningún voluntario de los hermanos países socialistas está a su lado, que los trabajadores de los llamados países desarrollados ven en silencio cómo obreros y campesinos de Viet Nam son asesinados, que los partidos obreros del mundo occidental no vienen a socorrerlos con su poderosa arma: la huelga general, precisamente ésa es una de las razones por las cuales el Che Guevara se sumó a la guerrilla de Bolivia. Su tesis sobre la necesidad de dos, tres, muchos Vietnames no fue una ocurrencia de romántico, sino la visión de un político realista de la única estrategia adecuada en la lucha contra la opresión del poder norteamericano.

Al mismo tiempo que daba su apoyo a la revolución latinoamericana expresaba su solidaridad con Viet Nam. Y si estaba desilusionado cuando lo apresaron y lo asesinaron en un puesto ocasionalmente perdido, no fue porque considerara perdida la revolución en América Latina, sino porque vio cuán sola estaba todavía la revolución. Cayó también por Viet Nam y —para recoger la lección que nos dio— mostró con su muerte, de la forma más concreta, qué terriblemente abandonado está Viet Nam.

¿Qué podemos hacer nosotros? Nuestra resistencia contra la guerra de agresión de EE.UU. en Viet Nam y los inminentes actos de violencia de EE.UU. en América Latina y en otros lugares de la tierra donde el gran capital norteamericano defiende sus posiciones, nuestra resistencia ha alcanzado ya el límite de las protestas pacíficas. Hemos visto con esas crecientes protestas crecer también la destrucción. Hemos visto que cientos de miles de hombres que desfilan por las calles de las metrópolis y gritan su condena, no pueden detener el dominio del terror. Se necesita otra actividad. Se necesita una politización de la oposición internacional. Condenar la guerra porque mata con napalm y gases a seres humanos inocentes no tiene sentido.

Inútil es la protesta contra las armas ilegales, la tortura, la transgresión de las convenciones. Sabemos que toda la guerra contra el pueblo de Viet Nam, del comienzo al fin, es un solo crimen contra todas las convenciones, contra toda la dignidad humana. Lo que se necesita ahora es marcar a fuego esta guerra, que está ya echando nuevas raíces en América Latina, en Africa, en el Cercano Oriente, como lo que es, una cruzada moderna de saqueo y conquista con la gigantesca ayuda de la tecnología.

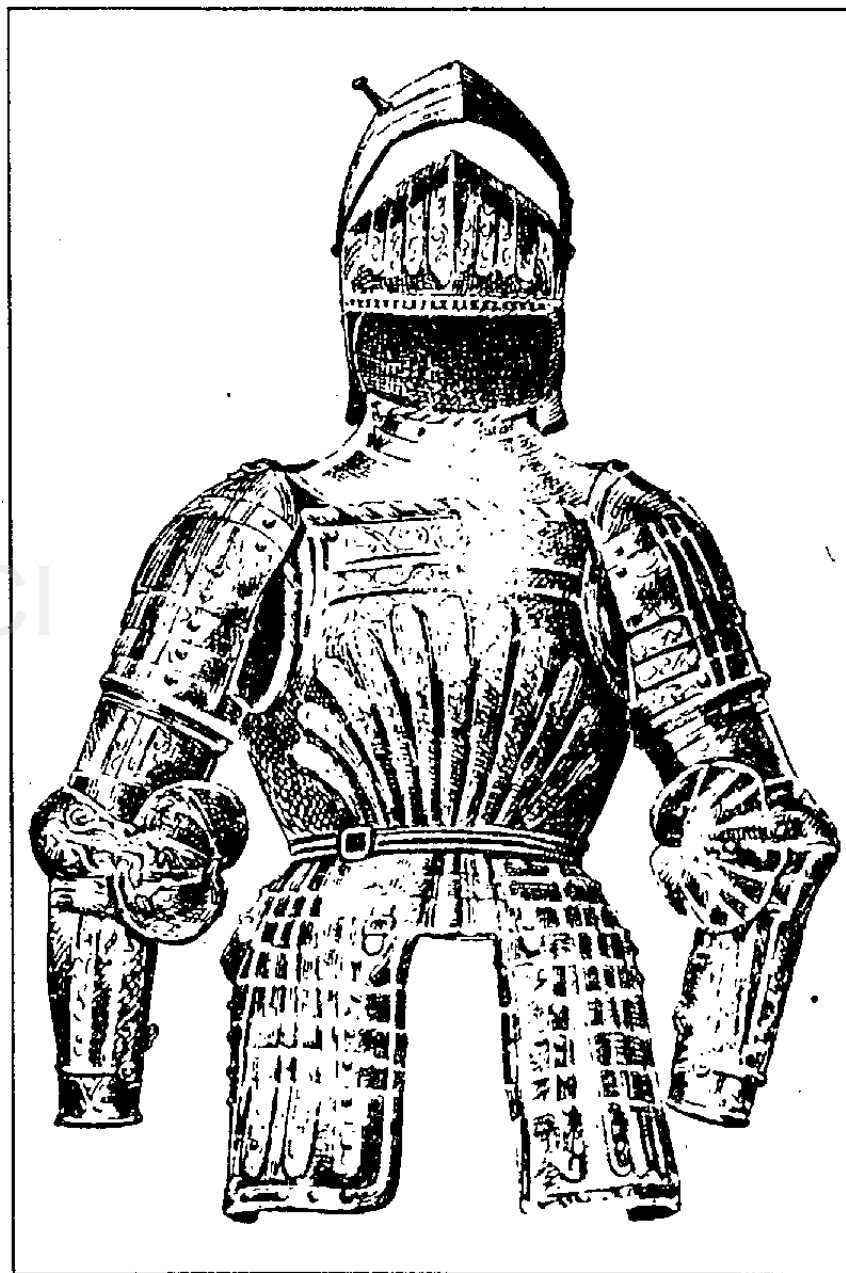
¿Qué podemos hacer nosotros? Procurar atraer a nuestro lado a los que deben estar en primera fila cuando se trata de la lucha de clases: ¡los trabajadores! La guerra de Viet Nam, en el resto de Asia, en América Latina, en Africa, es una guerra de clases. Es la guerra del sobrealimentado contra el hambriento. Es la guerra del pesadamente armado contra el que lucha con sus solas manos.

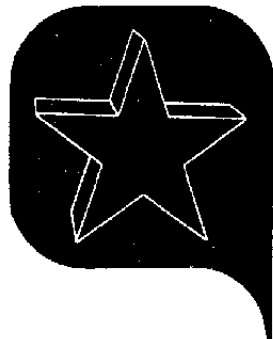
Antes de morir el Che dijo: «El pedazo de tierra que riego con mi sangre es el único trozo de tierra que me pertenece». ¿Qué quiso decir con esto? El sabía que la tierra no te pertenece más cuando estás muerto. Pero él sabía también que si no arriesgas tu sangre, jamás esta tierra te pertenecerá. Este riesgo que él quiso correr, y que llevó a que uno de los grandes revolucionarios de nuestro tiempo haya muerto, este riesgo es el signo que guía a los que siguen.

¿Qué riesgos corremos? ¿Qué nos sucederá si nos negamos a aceptar las desfiguraciones, las falsificaciones de la realidad, las mentiras que los medios de difusión que los que dominan derraman sobre nosotros día y noche? ¿Qué arriesgan escritores, periodistas, dirigentes sindicales, funcionarios oficiales, si exigen saber y difundir la verdad?

Somos optimistas. Creemos en la fuerza interior del hombre cuando se trata de derribar la tiranía. El día en que hayamos conseguido conocimientos suficientes para comprender que la lucha tiene que ver también con nosotros, que la lucha no se desarrolla en lejanas regiones, sino en nuestro propio sistema social, ese día, cuando millones de trabajadores dejen fábricas y talleres para exigir que se acabe con la matanza, ese día será el comienzo de la derrota del imperialismo.

«Marcha», Montevideo.





INDEPENDENCIA O MUERTE
LIBERTAD O MUERTE
PATRIA O MUERTE

ANTONIO MACEO

Antonio Maceo encarna la raíz popular de nuestras guerras revolucionarias. Campesino oriental, recorrió todos los grados en el Ejército Libertador, siendo ejemplo de disciplina, abnegación, heroísmo y honor revolucionario; caudillo del pueblo armado, tras él corrían jefes y soldados al sacrificio y la victoria. En él, mulato, se hace física la unidad nacional en la guerra de Martí. Sin ambiciones personales, supo entender lo imprescindible de la unidad de mando para alcanzar la liberación. Vislumbró el sentido de nuestra historia al rechazar el intervencionismo yankee y advertir que «aquel que intente apoderarse de Cuba sólo recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha».

La austeridad, la disciplina, la unidad indispensables en esta hora tan alta de nuestra Revolución, encuentran ejemplo extraordinario en el carácter, forjado en la guerra revolucionaria, del General Maceo.

Guantánamo, marzo 26, 1878.

Mayor General Julio Sanguily.

Sr. Francisco de P. Bravo.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio:

Desde que fue nombrado el general V. García, Jefe del tercer Cuerpo de Ejército, para sustituir al general Gómez en el mando de aquellas fuerzas, como sabrá usted tuvo lugar el movimiento político iniciado por ese Jefe y secundado por las fuerzas de Las Tunas, Camagüey, Holguín y otras, acaudilladas éstas por B. Peralta, Jesús Rodríguez, L. Sánchez, Luis Figueredo, José Gómez, Barreto, M. Fonseca, G. Cardet, Bravo Senties y otros muchos que no recuerdo, se dio principio a la desmoralización y desorganización de nuestro Ejército, aprovechándose Collado, Molina, Antonio Portuondo y otros de ese Estado, para hacer su presentación al enemigo con algunas fuerzas, en momentos en que el pueblo, el ejército, la Cámara y el Gobierno, de una manera vergonzosa, consentían que se trabajase públicamente en la idea de hacer la Paz con España bajo bases deshonrosas. Cuando me encontraba yo y las únicas fuerzas de que podía disponer, por virtud de la política enunciada, bajo la impresión de los triunfos obtenidos en Guantánamo, llega a mi Cuartel General en Piloto Arriba el mayor general Máximo Gómez, brigadier Rafael Rodríguez y comandante Collazo, anunciándome los acontecimientos que habían tenido lugar en Camagüey de cuyo particular cábeme aún la incertidumbre de la veracidad de los hechos; pero la verdad es que la Cámara renunció sus poderes y que el Gobierno también dejó de ser, para que de aquel estado de cosas surgiera un Comité de perdición que se abrogara las facultades de tratar con el enemigo, arrastrando, como es natural, las masas ignorantes y con la mala intención de que el resto de la República se viese obligado a aceptar su deshonroso pacto. Enterado, como he dicho antes, por el general Gómez y demás señores, procedí —aunque descendiendo de mi jerarquía militar— a unificar las opiniones de todas aquellas fuerzas sublevadas por causa del movimiento o de los diferentes movimientos políticos, con el fin de que, unidos todos, procediésemos a formar un nuevo orden de cosas que su estabilidad nos condujese a la salvación de nuestros principios.

En tal concepto puse comisiones expresas a los mayores generales Vicente García, M. Díaz, Francisco I. Céspedes, L. Figueredo y M. Calvar y a los jefes F. Crombet, Mármol, Guevara, Ruz, Masó, Domínguez, Peralta y Borrero; y yo en persona me dirigí a la residencia de Leyte Vidal, Juan

Rius Rivera, L. Sánchez y F. Figueredo S., para que unidos asistiésemos a la reunión general que debía llevarse a efecto y a la cual estaban ya citados los jefes Moncada, José Macco, Martínez Freire y los demás antes citados, a fin de que allí surgiese el nuevo orden de cosas que en vista de la situación me proponía establecer. Verificada ésta, tuvo lugar la citada reunión en el punto Baraguá, jurisdicción de Santiago de Cuba, no asistiendo el general Díaz, Ruz, Masó, Guevara, Domínguez y Luis Figueredo, porque dada la situación que se les había comunicado, creyeron conveniente aceptar el camino de la infamia, antes de asistir a la mencionada reunión, que como he dicho antes, se verificó el 17 de marzo del presente año; habiendo asistido también el Dr. Félix Figueredo, que desde el principio de los acontecimientos no se ha separado de mi lado un solo día, ayudándome, según sus facultades se lo permiten. Allí se acordó nombrar un Gobierno Provisional compuesto del mayor general M. Calvar, coronel L. MármoI y tenientes coroneles P. Beola y F. Figueredo S., nombrando al mayor García, General en Jefe del Ejército y al que tiene la honra de dirigirse a usted, Jefe del Departamento Militar de Oriente y segundo del general García. Antes de habersé dado esta solución al asunto, tuvo lugar una entrevista entre el general Campos y yo; en virtud de haberme manifestado los comisionados del centro, que el general Campos estaba dispuesto a concedernos todo, menos la Independencia, y de que este General prefería entrar en tratados conmigo antes que con el general García, por creer que éste obraba de mala fe y saber que no gozaba de prestigio alguno; resultando de dicha conferencia que el general Campos se negase a concedernos otra cosa que lo pactado en Camagüey. En tal virtud, acordamos, que ocho días después se rompieran las hostilidades, cumplidos los cuales, se verificó otra con el mencionado Jefe y el Gobierno, de la que tampoco se obtuvo nada favorable, quedando por consiguiente rotas las hostilidades en el momento. Para realizar la formación del nuevo Gobierno y orden de cosas aquí, propendí a que todos los Jefes de este Departamento hicieran las amistades con el general García y que se le diese lo que tanto ha descado conseguir por medios políticos, para que unidos todos me ayudasen a salvar los principios y la honra de nuestras armas. Ya todo en sus manos, gira la máquina de la Revolución guiada por un solo resorte, el de la salvación de Cuba y nuestra honra. Nuestra protesta es la actitud en que nos hemos colocado, la cual está formada con los tiros que desde ayer se oyen sonar por todas partes y sellada con nuestra sangre. Réstame saber si usted y toda la emigración cubana, están dispuestos a salvar nuestros

principios y honra; pero si lo están ¿de qué modo y a qué se comprometen?, para que si recibimos por contestación la negativa de esc apoyo y cooperación moral y material entonces poder contar nosotros únicamente con nuestra rectitud de principios y nuestro propósito de perecer o salvar siquiera la honra. Si, como supongo, pensaran ustedes que quedará mal reputada su conducta ante el mundo entero, como lo está ya la de todos aquellos que sin una causa poderosa han abandonado los campos de la lucha cuando nuestros enemigos eran más impotentes, tomarán nuestro camino antes que confundirse con aquellos que jamás podrán justificarse ante nosotros. Ya no estamos en el tiempo de continuar vendados como hasta aquí; tenemos medios para conseguir cuantos elementos de guerra sean necesarios en el campo de la Revolución, siempre que en él nos proporcionen ustedes el dinero que allí se gasta estérilmente y sin resultado positivo para nuestra causa. Los hechos se lo demostrarán a usted, siempre que recuerde usted que en Cuba sin dinero alguno, se han conseguido las entregas y ventas de poblados, campamentos y territorios enemigos, con los cuales se viene haciendo la guerra hace muchos años. La emigración nos ha ayudado únicamente en la esperanza de mandarnos recursos,¹ no habiendo obtenido nada hasta ahora que un nuevo orden de cosas, nos ha colocado en situación de desconfiar de sus resultados. Contésteme pues con la franqueza y la lealtad que le son características y que son propias de todo hombre de guerra, diciéndome lo que piensan usted y la emigración cubana, porque deseo saber qué prometen ustedes y lo que están dispuestos a hacer en favor de la Patria. Con sentimientos, etc., etc.

A. MACEO

Ciudadano Presidente de la República.²

Antonio Maceo y Grajales, natural de la ciudad de Cuba, Brigadier del Ejército Libertador, y en la actualidad Jefe de la Segunda División del Primer Cuerpo, ante usted, usando la forma más respetuosa, se presenta y expone:

Que de mucho tiempo atrás, si se quiere, ha venido tolerando especies y conversaciones, que verdaderamente condenaba al desprecio porque las

¹ Desde 1873 no se había recibido en Cuba ninguna expedición. (N. de R.)

² Tomás Estrada Palma. (N. de R.)

creía procedentes del enemigo, quien, como es notorio, esgrime y ha usado toda clase de armas para desunirnos y ver si así puede vencernos; pero más tarde, viendo que la cuestión *clase* tomaba creces y se le daba otra forma, trató de escudriñar de dónde procedía, y convencido al fin no era del enemigo, sino, doloroso es decirlo, de individuos hermanos nuestros, que olvidándose de los principios republicanos que observar debían, se ocupan más bien con servir miras políticas particulares: por lo tanto, en razón de lo dicho, se cree obligado a acudir al Gobierno que usted representa, para que bien penetrado de las razones que más adelante expondrá, proceda como fuere de justicia, y resolviendo, dicte las medidas necesarias a fin de que en ningún tiempo se tache ni aparezca dudosa la conducta del exponente, ni su honra con la más ligera mancha; pues los deseos de toda su vida han sido, son y serán, servir a su país, defendiendo los principios proclamados y exponer su vida, como tantas veces lo ha hecho, porque la causa triunfe y se mantengan incólumes los sacrosantos principios de libertad y de independencia.

El exponente, Ciudadano Presidente, supo hace algún tiempo, por persona de buena reputación y prestigio, que existía un pequeño círculo que propalaba había manifestado al Gobierno «no querer servir bajo las órdenes del que habla, por pertenecer a la clase», y más tarde por distinto conducto he sabido que han agregado «no querer servir por serles contrario y poner miras en sobreponer los hombres de color a los hombres blancos». Tal es la cuestión que ese círculo agita: y es de creer la han lanzado para herir en lo más vivo al exponente, porque con ella quieren servir intereses políticos particulares, y por de contado, para ver si así inutilizan al que consideran un estorbo para sus planes; tratando de hundir, ya que de otro modo no pueden, al hombre que ingresó en la Revolución sin otras miras que la de dar su sangre por ver si su patria consigue verse libre y sin esclavos. Y no obstante no tener ambición ninguna y de haber derramado su sangre tantas veces, cual lo justifican las heridas que tiene recibidas, y tal vez porque sus envidiosos lo han visto protegido de la fortuna, apelan a la calumnia, y ésta toma incremento; y el que habla como su conciencia la lleva sin sangre, después de penetrar lo que están haciendo, abordó la cuestión de frente con uno de los que componen el pequeño círculo, convenciendo después más y más del inicuo fin que se proponen: como también de que plantan sin advertirlo la semilla de la división; siembran, por de contado, el disgusto, enervan los ánimos: y en último resultado será la Patria quien sufra las consecuencias.

Y como el exponente precisamente pertenece a la clase de color, sin que por ello se considere valer menos que los otros hombres; no puede ni debe consentir, que lo que no es, ni quiere que suceda, tome cuerpo y siga extendiéndose: porque así lo exigen su dignidad, su honor militar, el puesto que ocupa y los lauros que tan legítimamente tiene adquiridos. Y protesta enérgicamente con todas sus fuerzas para que ni ahora, ni en ningún tiempo, se le considere partidario de ese sistema, ni menos se le tenga como autor de doctrina tan funesta, máxime cuando forma parte, y no despreciable, de esta República democrática, que ha sentado como base principal, la libertad, la igualdad y la fraternidad y que no reconoce jerarquías.

Y si llega el postulante al Gobierno de la Nación, es para que se proceda como corresponde, para que aquel que pruebas tuviere las presente, y de no haberlas, sea tenido como enemigo de la República; porque debe considerarse como tal enemigo a todo aquel que esgrima armas que directa o indirectamente favorezcan los planes de nuestros contrarios, y por consiguiente, se hace acreedor a que nuestras leyes le castiguen.

Y si por evento no creíble se le negare al postulante la justicia que demanda, y si por un fin político, ya que se ha puesto la cuestión en el tapete, se le quisiere condenar a la inercia, dejándole como simple espectador de una guerra que abrazó con tanta fe como denuedo, por creer en la santidad de la misma, pide le den sus pasaportes para el extranjero, donde se reserva hacer uso de sus derechos y protestar ante el mundo civilizado como lo hace ahora aquí; sin que por esto se entienda ni remotamente, que éste sea un pretexto para abandonar el país; y mucho menos ahora que la Patria necesita más que nunca del postrer esfuerzo de todos sus buenos hijos: pues ni está inutilizado a pesar de las once heridas que en su cuerpo lleva noblemente, ni está cansado: porque el exponente, Ciudadano Presidente, no es de los hombres que se cansan, ni se cansará mientras no vea a su patria en posesión de los derechos que reportarle debe la sangrienta lucha que empeñó desde 1868, para librarse de todo aquello que no sea republicano.

Y por último:

A usted recurre con la súplica de que ordene la formación del correspondiente juicio para que la verdad quede en su lugar y el castigo se aplique a los que a él sean acreedores.

Campamento de Barigua, a 16 de mayo de 1876, 9º de la Independencia.
Patria y Libertad.

A. MACEO
Brigadier del E.L.

¡VIVA CUBA INDEPENDIENTE!

Compatriotas:

En nuestra desgraciada patria ha sonado nuevamente el grito de ¡Libertad! Ha llegado el momento oportuno de que hagamos conocer al mundo entero que el cubano sabe morir por la redención de su patria; ya no hay nada que esperar: nuestro glorioso pabellón ondea en los campos de batalla y a su alrededor debemos todos de agruparnos para conquistar y defender nuestra independencia.³

Jóvenes que no os ocupáis de vuestro porvenir; tened presente que nuestros enemigos ocupan hoy los puestos que mañana debéis desempeñar, porque tenéis derecho a ello, y porque os encontraréis en mejores condiciones para regir el porvenir de nuestra patria; corred pues presurosos a ocupar el puesto que os está señalado en el valiente ejército que la ha de redimir.

Y tú, pueblo, que has sufrido las vejaciones, el oprobio, la insolencia y la iniquidad, que no has contado con derechos, que te han negado todo, que estás excluido de tomar participación en lo que al hombre libre le corresponde, ¿qué hacéis ahora? ¿Qué esperarás? Arrójate sobre tus usurpadores y marcha a los campos a conquistar tus derechos.

Espanoles: A vosotros no os es desconocido el inicuo proceder de vuestro gobierno que os agobia con enormes contribuciones, y que os tiene igual al esclavo que trabaja para su dueño, haced efectivas vuestras simpatías por nuestra causa, y podréis contar que, además de respetarse vuestras vidas y haciendas, obtendréis los beneficios de un pueblo libre; pero si así no lo hacéis, la responsabilidad será vuestra.

³ Se refiere a la llamada «Guerra chiquita», movimiento armado preparado desde 1878, por jefes independentistas partidarios en su mayoría de la Proclama de Baraguá. Participaron entre otros, Guillermo Moncada, José Maceo, Martínez Freire, Quintín Bandera, Flor Crombet y Emilio Núñez. En occidente participó, entre otros, José Martí, Calixto García y Antonio Maceo encabezarían el alzamiento de la Isla, previo desembarco. La falta de coordinación entre ambas acciones fue uno de los factores que precipitó el fracaso de la guerra en 1880. (N. de R.)

Cubanos que contais con riquezas, amparaos con la bandera de la libertad que es la que os corresponde; pues si preferís lo contrario, no contéis con que ella garantiza vuestros intereses.

¡Esclavos! El tirano os ha negado la libertad y os condena al martirio. El hombre negro es tan libre como el blanco: la maldad del opresor os tiene sufriendo las crueldades de vuestros amos. El látigo que aún cruje sobre vuestras espaldas lo sufrís porque estáis engañados; recordad que vuestros compañeros que pelearon en la pasada guerra, conquistaron su libertad porque los cubría la bandera de Cuba, que es la de todos los cubanos; agrupaos, pues, bajo de ello (y obtendréis libertad y derecho, y haréis luego causa común con los que hoy quicren redimiros de la degradante situación, en que os encontráis.

¡Compañeros de la pasada guerra! Vosotros que por espacio de diez años habéis hecho resonar vuestro nombre más allá de los mares, ¿qué esperarás al lado del tirano? Lanzaos al campo del honor a conquistar de nuevo la libertad que tantos sacrificios os ha costado; allí tendréis derechos, nombre, reputación y os encontraréis luego honrados con el postizo nombre de cubanos que llevais; allí está la gloria del que combate contra la vejaminosa tutela que nos prodiga el gobierno de España: si lo hacéis, pronto me tendréis a vuestro lado para conquistar gloria y honor en el campo de batalla. Vosotros sabéis que las armas que redimen a un pueblo de la opresión, hacen grandes a los hombres y a las nacionalidades; corred presurosos, vosotros que sabéis que el peligro es nada cuando se aprecia la honra y la dignidad del hombre.

¡Cubanos emigrados! Los reverses de nuestros principios me tienen con vosotros, y ese acontecimiento desgraciado que me ha hecho conocer vuestros importantes servicios; y hoy os aconsejo que si queréis poner más alto esa reputación de patriotas eminentes que habéis conseguido, cruzad el mar, que allí es donde hoy y mañana, deben congregarse vuestros esfuerzos por la independencia del país que os vio nacer; corred pronto para que coronéis vuestra obra.

Con el corazón lleno de fe y de valor lancémonos machete en mano sobre el tirano que quiere empeorar nuestra condición, armémonos de resolución y digamos a nuestros padres, mujeres e hijos que se armen para expulsar a los que quieren nuestro exterminio, a los sicarios de la tiranía; que recordando la época de los carniceros Dulce, Valmaseda, Boot, Cañizares de aquellos ascinos, a quienes debemos perseguir sin tregua ni descanso

hasta arrojarlos para siempre de nuestro suelo; no haya compasión para esos seres que han venido al mundo para tormento de la humanidad, a fin de que podemos decir: ¡tenemos patria!

A. MACEO

Kingston, 5 de septiembre de 1879.

San Pedro, junio 13 de 1884

Sr. Director de «El Yara».⁴

Cayo Hueso.

Distinguido compatriota:

Conseguido el objeto de mis pretensiones políticas, de que me doy la enhorabuena, puedo decir con franqueza que estamos de plácemes. No hay uno solo de nuestros antiguos compañeros de armas que no piense en los días de gloria que darán a la Patria, desenvainando su espada con el Vencedor de las Guásimas y Naranjo.

Acá, en mi retiro, y cuando preparaba unir mis pequeños esfuerzos a los de ustedes llega a mi noticia la nueva trama que pretenden pegarnos los españoles, fingiendo arreglos importantes para los cubanos, en que aparece la intervención de extrañas naciones. ¿Habrá ilusos como los del Zanjón que les crean? No es posible, aquel golpe enseñó a los ignorantes y no creo que de buena fe se entreguen a sus enemigos. El ejemplo más vehemente que tienen los crédulos es el procedimiento infame que sufren las prisiones españolas, los que acreditaron sus promesas, quedándose en el país. Cuba será libre cuando la espada redentora arroje al mar sus contrarios.

La dominación española fue mengua y baldón para el mundo que la sufrió; pero para nosotros es vergüenza que nos deshonra. Pero quien intente apropiarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha. Cuba tiene muchos hijos que han renunciado a la familia y al bienestar, por conservar el honor y la Patria. Con ella pereceremos antes que ser dominados nuevamente; queremos independencia y libertad.

Conviene no apurar la protección americana, antes bien tenerla de nuestra parte.

⁴ José Dolores Poyo. (N. de R.)

Me parece que con alguna discreción se conservaría neutral en nuestros asuntos, si no indiferente como hasta ahora, pues creo verla salvando las apariencias españolas. Las naciones tienen entre sí principios internacionales que respetar, y que les obligan a ser indiferentes contra su propia voluntad; pero hay algo más entre ellos.

Con la esperanza de verle se ofrece a usted su affmo. amigo.

J. A. MACEO

Marzo de 1895

A mi esposa:

En tu camino como en el mío, lleno de abrojos y espinas, se presentarán dificultades que sólo tu virtud podrá vencer.

Confiado, pues, en ésa tu más importante cualidad, te abandono por nuestra patria, que tan afligida como tú, reclama mis servicios, llorando en el estertor de la agonía. Pienso que tú sufriendo, y yo peleando por ella, seremos felices; tú amas su independencia, y yo adoro su libertad. El deber me manda sacudir el yugo que la oprime y la veja, y tu amor de esposa fiel y purísima, me induce a su redención. Dios lo quiera, para bien de ese pueblo esclavo y para tranquilidad de nuestros espíritus. Tú, que has pasado conmigo los horrores de aquella guerra homicida, sabes mejor que nadie cuánto vale el sacrificio de abandonarte por ella, cuánto importa el deber a los hombres honrados. El honor está por sobre todo. La primera vez luchamos juntos por la libertad; ahora es preciso que luche solo haciendo por los dos. Si venzo, la gloria será para ti.

A. MACEO

Cuartel General en Campaña, 21 de abril de 1895.

Sr. General Jesús Rabí.

Estimado amigo y compañero:

Después de saludarlo paso a manifestarle que tengo noticias de que el general Martínez Campos piensa poner en juego toda la astucia de que dispone, para entablar conferencias, con el propósito de llevarnos al denigrante contubernio de un nuevo Zanjón, manchando así, ante el juicio severo de la historia, la honradez de los buenos patriotas y los esfuerzos

supremos por la santa causa de la independencia de Cuba. Y como quiera que debemos estar prevenidos contra tales intenciones, por extremo bochornosas si las aceptáramos, he juzgado conveniente manifestarle que según orden de esta fecha, que ya debe estar en su poder, he asumido el mando de Oriente y por la presente dispongo: Que sea ahorcado todo emisario del Gobierno español, peninsular o cubano, que se presente en nuestros campamentos con proposiciones de paz y cualquiera que fuere la jerarquía que ocupe, cumpliéndose esta orden sin debilidades de ningún género ni obediencia a otra indicación en sentido contrario, que nuestro lema es vencer o morir.

Yo asumo toda la responsabilidad histórica de la orden dictada.

Le quiere y espera verle pronto su buen amigo y compañero.

A. MACEO

Queda prohibida la entrada del ganado de los campos a los pueblos, como también toda comunicación con el enemigo.

A. MACEO.

AL PAIS

A LAS ARMAS, VALEROSOS CUBANOS

A vosotros, que os cupo la gloria de vencer a las fuerzas españolas en la épica contienda de los diez años, me cabe la honrosa misión de invitarlos a luchar nuevamente por nuestra soberanía nacional; yo os advierto que el lema que tengo grabado en mi corazón, con caracteres del más puro patriotismo, no se mancillará con transacciones inútiles ni pactos vergonzosos: es aquel lema noble y sincero que simboliza para vosotros la esperanza de ser libres e independientes.

Recordad que las falsas promesas de libertad con que os sedujo el general Martínez Campos os llevaron a los cadalsos españoles, deportaciones infames, prisiones inmundas y hasta fuisteis perseguidos en vuestros hogares por los Pandos y Polaviejas, sembrando el terror y la desolación en el seno íntimo de la familia cubana, aniquilando vuestro propio porvenir.

No admitáis más explotaciones que degradan; rompéd para siempre con ese yugo de ignominia y oprobio y contad con vuestro compatriota y amigo.

A. MACEO.

Cuartel General en Campaña, abril 25 de 1895.

República de Cuba
Ejército Libertador
Segunda Jefatura.
No. 660

El Rubí (Pinar del Río), abril 14 de 1896

Sr. Tomás Estrada Palma
New York.

Mi muy estimado amigo:

Ya hace días que no tengo el gusto de ver letra de Ud. y lo siento no poco, porque sus noticias nos darían idea exacta del estado de nuestros asuntos en ese país y, con ellas, saldríamos, por lo mismo, de la incertidumbre en que parece que se goza en mantenernos la prensa.

Esto marcha bien y podría durar por tiempo indefinido o hasta dejar extenuada a España. Sin embargo, como que su pronta terminación es lo que llamamos debemos procurar; ya que leo en los periódicos que se discute si los Estados Unidos deben o no intervenir en esta guerra, para que concluya pronto, y sospecho que Uds., inspirados en razones y motivos de patriotismo, trabajan sin descanso por alcanzar para Cuba lo más que puedan, me atrevo a significarle que a mi modo de ver, no necesitamos de tal intervención para triunfar en plazo mayor o menor. Y si queremos reducir éste a muy pocos días, traigáanse a Cuba veinte y cinco o treinta mil rifles y un millón de tiros en una o a lo sumo, dos expediciones.

Si Uds., pues, logran alcanzar la cooperación de ese Gobierno en el sentido de ayuda y protección al embarque y arribo de una expedición de aquella naturaleza, ya no le haría falta más que comisionar a una persona que viniese a La Habana y desde dicha ciudad me diese aviso oportuno de la fecha y lugar designados para el alijo. Con esto, es decir, con la protección de los Estados Unidos, ni se verían los americanos comprometidos visiblemente en sus relaciones con España, ni los cubanos habríamos menester de otra ayuda.

Me he visto obligado a apelar a medidas extremas, por exigencias de las circunstancias. Weyler, en su empeño de ganar gloria y estorbar el reconocimiento de nuestra beligerancia, fue en sus declaraciones hasta donde le arrastraron sus deseos y prometió zafra a los hacendados, elecciones tranquilas al Gobierno y, al país y a la opinión, la pacificación de Vuelta Abajo y alguna otra provincia; todo ello para día no lejano. Y como algunos hacendados mostraban una disposición de ánimo favorable a las

miras de aquél, y la opinión muchas veces se deja influir por las sugerencias de la intriga, tuve que invadir nuevamente esta provincia,⁵ con bastante fortuna hasta hoy, y ordenar la destrucción de cuanto pueda ser fuente de recursos y punto de apoyo para nuestros enemigos; y con ambas medidas, la segunda de las cuales he adaptado bien a mi pesar, estoy seguro de haber hecho imposible la zafra y las elecciones, no menos que el descrédito de la Revolución que perseguía Weyler, anunciando levantar el estado de sitio de esta provincia, por estar —decía él— casi pacificada.

Gozoso le reitero el testimonio de mi aprecio y consideración más distinguida; su affmo. servidor y amigo, q.b.s.m.

A. MACEO.

Al coronel Federico Pérez.—New York.—Mi querido coronel y amigo: He leído con mucha satisfacción su carta del 29 de Junio. Estoy medio contento con el alijo del doctor Castillo. La falta de elementos no me llevó a la desesperación porque la suplí con otros, no menos importantes, para el caso. Por eso gestiono ahora el envío de cuanto tengo pedido; no quiero verme en las astas del toro. Parece que ni el Delegado ni el Gobierno, han tenido en cuenta la importancia de la invasión, para favorecerme a tiempo; pero sí lo han hecho con los hijos mimados de la fortuna, con los cuales siguen los privilegios y desaciertos preparando disgustos. Lamento lo ocurrido con las expediciones. Si las mías vienen en la forma y condiciones pedidas, no sucederá lo mismo. El enemigo está acobardado allí donde hay gente veterana y muchos elementos; aquí

⁵ Con el objetivo de llevar la guerra independentista a todo el país e incorporar así a las armas a la región occidental, partió desde Baraguá, Oriente, la Columna Invasora, bajo el mando del general Antonio Maceo, el 22 de octubre de 1895.

En diciembre se reunieron Maceo y el Generalísimo Máximo Gómez en Las Villas y avanzaron hacia Occidente, combatiendo y quemando la riqueza azucarera de la colonia; juntos hasta La Habana, Maceo hasta el extremo occidental de la isla, Mantua, donde llegó el 22 de enero de 1896. En 92 días, poco más de 4000 mambises derrotaron o burlaron todos los esfuerzos de un ejército de ocupación de 182,000 hombres fortificados, bien armados y con un buen sistema de comunicaciones y abastecimientos, caminaron más de mil kilómetros de una isla generalmente muy estrecha y dejaron establecida la organización militar del Ejército Libertador en todas las regiones de la isla. La Invasión de Occidente fue una de las hazañas militares más grandes de la historia americana, quitó a España la posibilidad de hacer la guerra con las riquezas de su colonia y dio resonancia mundial a la guerra de liberación cubana. (N. de R.)

cuesta pegarle duro: hay jefes a quienes corren todavía. Cierto que el número de combatientes es diferente, pues yo he llegado a tener en Las Villas y aquí, una persecución de 75,000 soldados con los mejores jefes del ejército enemigo. Aquí no hay un palmo de tierra que no esté bañado con sangre cubana y española. Ni la campaña del 71 fue para mí más ruda. Sin embargo, he gozado mucho viendo realizarse un día y otro mi sueño dorado, y así he podido pegar a los españoles y romperles la crisma a sus mejores generales.

De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado, y sería indigno que se pensase en otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide: mendigar derechos es propio de cobardes incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin su ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso.⁶ Miró está enfermo porque aun no tiene ninguna herida; esto lo hace sufrir. Dígame qué sabe de José, mi hermano. Escríbale diciéndole que pida venir para acá, donde hay campo para todo el mundo; que si por intrigas se ve colocado en mala situación, haga lo que yo siempre he hecho; que no se preocupe de que no se recompense la pureza de sus sentimientos y el mérito de sus servicios: que le baste la propia satisfacción de haber siempre cumplido y de no haber servido a España. Están al llegar los elementos de guerra que trajo Leyte Vidal. Todo se salvó; ya debía estar en mi poder a estas horas, pero no tiene usted ideas del estado de los caminos a consecuencia de las torrenciales y continuas lluvias que han caído de un mes a esta parte. Al doctor Castillo dígame que le felicito por lo bien que salió de su arresto. Se me antoja, por ciertas noticias de la prensa, que ya está navegando otra vez rumbo hacia acá. Le deseo que pronto esté completamente restablecido. Y ahora, luego y siempre trabajando por Cuba libre. A mí también me pellizcaron, pero fue cosa insignificante; ya estoy curado y otra vez de pelea. Le abraza su affmo.—A. Maceo.—El Roble, Julio 14 de 1896.

⁶ Las frases que hemos redactado son las mismas que redactó Maceo; así están en el original, que obra en poder del coronel Federico Pérez, y en el copiadore de la correspondencia que tenemos nosotros. Hacemos esta salvedad, porque en el monumento del Cacahual se han esculpido en otros términos, que ni siquiera son análogos, y carecen de sentido y de intención. Parece que, al grabarlas allí se trataba de complacer a los españoles y a los americanos, por cuanto se omitió el pensamiento capital. Si se quiere rendir tributo a la verdad, deben ser borradas de aquella columna y sustituir las por las que hemos copiado literalmente. (Nota de José Miró Argenter en «Crónicas de la Guerra», Tomo III, pág. 293. La Habana, 1943).

ALOCUCION A JEFES DE FUERZAS

No me preocupa la colocación de fuertes enemigos en los lugares que usted ha dado en llamar nuestras zonas. ¿Cuál del país no la es? La impotencia de nuestros adversarios para vencernos a pecho descubierto, les hace construir trincheras, fortalezas y fortines, en toda parte que le es imposible sostenerse con las armas de combate. De ahí, pues, que ningún daño positivo y trascendental pueda causar en nuestras filas. Por otra parte, consolidado el principio de independencia en todo el país por nuestra propia voluntad y decoro, ensangrentada la Isla por la ferocidad española y su natural avaricia: ¿en quién pueden influir las patrañas de ellos y sus fortificaciones? El último campesino no lo cree: ve en sus palabras y promesas un nuevo engaño, y una deshonra más, si le pone oído. Los mismos cubanos que por circunstancias especiales viven entre ellos, sirven a nuestra causa. Del triunfo de nuestras armas nadie tiene duda; los españoles más intransigentes están convencidos de ello. Pero las naciones mal gobernadas no pueden resolver su situación política con la precisión de los países bien dirigidos y mejor administrados. Cuando el gobierno de España tenga mayor número de tropas en Cuba, más próximo estará el día de nuestra redención. ¿Qué ha hecho la nación española, con su aparatoso ejército y sus mejores generales, en veinte meses de campaña? ¿Ha conseguido someterlos con sus doscientos mil hombres que tiene sobre las armas? ¿Nos ha impedido llegar a los confines de la Isla? No, y mil veces no. El pabellón cubano ha recorrido todo el territorio, enarbolándose siempre en los puntos de mayor peligro, que parecían más difíciles de ser dominados por nuestras armas. ¿Cree usted que es buena perspectiva para la codicia española, la total destrucción de la riqueza del país? Acabada ésta ¿cree usted que le será fácil la explotación de los cubanos y el sostenimiento de su ejército? ¿Piensa usted que con arrogancia y sin crédito para empréstitos puede hacerse la guerra? ¿Debe suponerse que un país vejado con sangre inocente, humillado con tantos latrocinios y crímenes sociales le intimide ninguna situación, cuando puede hacer de esta tierra un lago inmenso de sangre española para coronar su triunfo definitivo? ¿Quién no sabe que tenemos elementos de sobra para combatir y vencer en una guerra de veinte años? Esta es la resolución de todo el país cubano, es la única idea que germina en nuestros corazones de sobra ofendidos en nuestra dignidad y amor propio. Cualesquiera que sean nuestros sacrificios por la independencia, y la suerte que nos esté reservada en lo porvenir, por mala que ésta sea, es preferible

resignarse a ella a seguir pasando por la deshonra de ser gobernados por gente indigna y de extraña tierra.

Como yo, piensan todos los cubanos que tienen vergüenza. Nuestro propósito es bombardear con dinamita todas las poblaciones de la Isla y volar los trenes. Haga saber esto a todas las familias que pueda perjudicar en sus intereses. Dígales que en el campo las favoreceré. En diciembre recibo nuevos elementos para llevar a cabo este propósito, en las principales de Pinar del Río, de donde pasaré en febrero a las de la Habana y Matanzas. P. y L., El Roble, 29 de octubre de 1896.

A. MACEO.

Carta de fecha 30 de noviembre de 1896, Pinar del Río.

A ENRIQUE TRUJILLO⁷

Distinguido amigo:

Con motivo de la muerte de mi inolvidable hermano, el general José Maceo, muchas personas amigas residentes en el extranjero me han escrito sentidas cartas de pésame, y no siéndome posible corresponder particularmente a cada uno de esos testimonios de condolencia, por las múltiples obligaciones que embargan constantemente mi atención, deseo que sea Ud. el intérprete de mis sentimientos, dando publicidad a esta carta en el periódico que tan dignamente dirige, a fin de que llegue a conocimiento de todas aquellas personas que han tomado parte en mi dolor, cuán vivo y profundo es mi agradecimiento al par que completa mi conformidad por haber sucumbido mi hermano en el puesto de honor, el campo de batalla, luchando con denuedo por la libertad de Cuba.

Anticípole las gracias y quedo suyo affmo. amigo.

A. MACEO.

⁷ Director del periódico *El Porvenir*, en Nueva York.

EL ANALISIS MATEMATICO DE LOS LUCIANO GARCIA CONFLICTOS SOCIALES

ARGUMENTO

El imperialismo yanqui desarrolla nuevas formas de agresión e intervención militares y requiere, por lo tanto, un dominio cognoscitivo de las diversas situaciones sociales existentes en las diversas regiones del tercer mundo donde habrá de perpetrarlas. Ante ese mundo en plena efervescencia revolucionaria el imperialismo yanqui no quiere ser cogido más por sorpresa: su objetivo es «anticipar los sucesos».

El Pentágono en reiteradas ocasiones ha pedido a los investigadores sociales norteamericanos que estudien el «problema de la anticipación» del surgimiento de luchas revolucionarias en Asia, Africa y América Latina. Algunos de estos estudios son conocidos, otros constituirán sin duda secretos de guerra.¹ Este interés del imperialismo yanqui es reconocido sin ambages en el

programa del Plan Camelot: «el reconocimiento —en los niveles más altos de las instituciones de defensa— del hecho de que es relativamente poco lo que se sabe con certeza acerca de los procesos sociales que es necesario comprender a fin de hacer frente de manera efectiva a los problemas de insurrección. En el Ejército existe la convicción de que es necesario mejorar la comprensión general de los procesos de cambio social de modo que el ejército pueda cumplir con sus responsabilidades dentro del programa general de acción anti-insurreccio-

¹ Entre ellos los Planes Camelot, Numismático, Simpático y Colonia para América Latina y proyectos similares que según el senador norteamericano Wayne Morse se realizaron en países como Sudán, Nigeria, Indonesia. (Véase Gregorio Selser Espionaje en América Latina, Buenos Aires 1966, pág. 97). Algunos libros son citados en el Plan Camelot: Charles Wolf, Foreign Aid: Theory and Practice in Southern Asia, Harry Eckstein, Internal War: The Problem of Anticipation.

nal del Gobierno de los Estados Unidos». ² Resulta innecesario destacar que esa «responsabilidad» es la intervención armada para el aplastamiento de la lucha revolucionaria y, más innecesario todavía, poner como ejemplo el caso reciente de intervención armada en Santo Domingo.

El imperialismo yanqui aspira a lograr el mayor grado de objetividad científica en estas investigaciones, ya que sus resultados son conocimientos necesarios para la elaboración de estrategias adecuadas tendientes a perpetuar su control económico-político-militar en las áreas subdesarrolladas del mundo.

Grupos de sus sociólogos, entre los cuales muchos, en el plano de la lucha ideológica, afirman el indeterminismo social y la imposibilidad de predecir los cambios sociales, se lanzan tras los contratos del Pentágono y se dedican a realizar las investigaciones objetivas exigidas. Entonces tratan de verificar hipótesis, de establecer una causación de los fenómenos sociales, de enunciar leyes, de predecir los cambios y hasta de ayudar a prescribir las decisiones a tomar para actuar en el fenómeno social bajo investigación.

El Plan Camelot es uno de los más recientes de esos estudios. ³ Las páginas a continuación son una explicación de las bases lógico-epistemológicas y del instrumental mate-

mático implícito o explícito, en el diseño de investigación y en los apéndices que lo acompañan. Nuestro análisis no es exhaustivo ni excluyente: ni hacemos un análisis completo del plan ni nos ceñimos únicamente a una explicación textual.

En su última parte el trabajo es una aproximación preliminar al enfoque de los conflictos sociales mediante la teoría de juegos. La exposición es mínima no recogiendo más que los principios fundamentales de la teoría de los juegos en forma normal. Esperamos en posteriores trabajos ofrecer otros desarrollos de la teoría de juegos y de otras disciplinas matemáticas como la teoría de la decisión y la teoría del valor que concurren a brindar un enfoque matemático de los conflictos sociales. El objetivo del presente trabajo culmina en una exhortación a la apropiación revolucionaria de cuanta perspectiva científica halla en existencia en el terreno de la investigación social. Sin olvidar, por supuesto, que serán en definitiva nuestros problemas los que sancionen esas perspectivas gnoseológicas y recursos metodológicos ya existentes, o los que exijan su reformulación o nue-

² Selser, op. cit., pág. 63.

³ Selser, op. cit., págs. 187-388. Las citas textuales que hagamos del Plan serán referidas a este texto. Sólo indicaremos las páginas de las citas más importantes.

va creación. Es una exhortación, en definitiva, a desarrollar una sociología científica que comprometida con una ideología revolucionaria, marxista, que la motive y la oriente en la selección de los problemas a estudiar y en el uso de las respuestas que daría a los mismos, contribuya a su modo, decisivamente, a forjar la fisonomía futura del actual mundo subdesarrollado.

LA TEORIA

La teoría ocupa un lugar preeminente en el Plan Camelot. Su papel consiste en proporcionar una base teórica preliminar al diseño de investigación con el que se han de estructurar y refinar empíricamente modelos matemáticos para detectar el «potencial de guerra interna» ⁴ (léase inminencia de revolución) de cualquier país latinoamericano, predecir su estallido y prescribir la estrategia a seguir por parte de la oligarquía gobernante en el enfrentamiento con las fuerzas revolucionarias retadoras. La teoría pues está condicionada por los objetivos señalados tanto en lo que se refiere a la problemática seleccionada como al uso que se hará de las respuestas que se den a dicha problemática.

Se rechaza desde el principio toda la orientación teórica acumulada sobre la base de «un análisis intuitivo y afortunado» y sobre explicaciones

cualitativas. Se afirma, por el contrario, el propósito de cuantificar la exposición teniendo en cuenta los objetivos predictivos y prescriptivos perseguidos. Conflictos sociales tales como la revolución, según el Plan Camelot, han sido poco estudiados cuantitativamente, eso contrasta con la existencia de una abundante «literatura teórica y descriptiva», i.e. análisis cualitativos, de los procesos revolucionarios, sus orígenes, causas y desarrollos. Como la incondicionalidad a la hora de partir hacia una «comprensión científica de la guerra interna» es un mito, se extraerá del material existente una perspectiva teórica preliminar para el diseño de investigación. Esta perspectiva teórica será el resultado de un ensayo de reconstrucción de ese material que lo adecúe a los objetivos del Plan Camelot. La indagación documental y el procesamiento de datos serán las técnicas utilizadas.

A esta perspectiva teórica preliminar se adjunta además un conjunto de suposiciones teóricas establecidas como principios generales por investigaciones psicosociales ya realizadas. Las mismas versan sobre el concepto de sistema social, el aná-

⁴ En el Plan Camelot se usan indistintamente varios términos para designar la etapa de la insurrección, el principal en «guerra interna». El nombre de revolución se utiliza para designar la etapa de la insurrección triunfante.

lisis estructural y funcional de la sociedad, el cambio social, la conducta individual y colectiva, el origen de las tensiones sociales y el desencadenamiento de conflictos en una sociedad. Volveremos posteriormente sobre estos aspectos.

La base teórica que proporcionan la perspectiva teórica sobre la **causación** de la guerra interna y las suposiciones teóricas sobre la **estática** y la **dinámica** social deberán inspirar fundamentalmente una confianza metodológica, ya que esta base teórica servirá fundamentalmente como factor guía y unificante de todos los aspectos contemplados en el diseño de investigación. Es un factor guía en tanto que no permitirá perder de vista el objetivo propuesto del Plan Camelot de detectar el surgimiento de guerras internas; es un factor unificante puesto que a través de todo el instrumental que se emplee para la verificación o confirmación de las hipótesis que se enuncien, se estará llevando a cabo una intencionada (interrelacionada) recolección de datos empíricos. Esta unidad es necesaria dada la diversidad del «esfuerzo programado» que representa el diseño de investigación. El test de hipótesis será un factor decisivo en la comprobación de principios generales subyacentes en torno al comportamiento de individuos o grupos de individuos, ya que ayudará

a enunciar y verificar **relaciones funcionales** con lo cual el paso decisivo en la cuantificación estará logrado. Uno de esos «principios generales subyacentes» es que «la conducta humana es una función del desarrollo de actitudes socialmente adquiridas hacia valores culturalmente obtenidos».⁵ La adquisición de tales valores como el bienestar, el conocimiento, la salud, etc., la realizan los individuos a través de las distintas estructuras sociales: el mismo individuo, las instituciones (familia, religión, estructura económica, etc.) y las organizaciones (partidos, organismos obreros, campesinos, etc.).

La canalización de las actitudes hacia la búsqueda de tales valores se realiza mediante **normas** que rigen el funcionamiento de las estructuras sociales, i.e. que prescriben, prohíben, legitiman o ilegitiman en última instancia, un conjunto de actividades mediante las que el individuo realiza sus aspiraciones y puede conocer, de un modo factual, el límite de realización impuesto por las normas vigentes a dichas aspiraciones. De aquí se sigue que «cualquier orden social o sociedad puede ser enfocado como un **equilibrio móvil** de valores obtenidos culturalmente y actitudes socialmente adquiridas, o tendencias que

⁵ Selser, op. cit., pág. 232. (Subrayados nuestros).

actúen hacia un sistema dado de valores».⁶

Si se tienen en cuenta las normas que canalizan la obtención de valores, las realizaciones concretas de esa obtención y las aspiraciones hacia valores de los individuos, grupos, etc., se pueden establecer tres dimensiones en el estudio de cualquier sociedad concreta.

En la dimensión **normativa** se describiría la dinámica funcional de la sociedad prevista por las normas institucionales y organizacionales; en la dimensión **procesal** se describiría su dinámica funcional, real, observada, i.e. el funcionamiento digamos de las llamadas instituciones democráticas no como está descrito por las normas si no como en la realidad funcionan; en la dimensión **perceptual** se describiría la «imagen que los hombres tienen de ellos mismos y del mundo a su alrededor separados de las normas y de los "hechos" que describen su situación».⁷

La dimensión perceptual puede darnos idea de la **discrepancia** entre el alcance de las aspiraciones hacia valores que socialmente adquiere el individuo y sus realizaciones concretas. «Primero la gente se ve ubicada en una continuidad imaginaria de cada uno de los valores principales: bienestar, respeto, poder, riquezas...

Por lo tanto pueden describir su actual posición en el sistema social, en

los términos de cada uno de los valores principales, y también relativo a otros individuos y grupos en la sociedad. Segundo, ellos agregan **expectativas** a estos valores. Estas son evaluaciones de los posibles procesos por los cuales su actual posición va a permanecer más o menos estable o si es que va a mejorar o empeorar. Por lo consiguiente, ellos **anticipan** las estabildades y cambios frente a los valores principales».⁸

La discrepancia puede ser originada tanto por el crecimiento de las aspiraciones de los individuos y su imposibilidad de realización, dado el límite de logro de valores que impone al individuo su ubicación en la estructura social, i.e. el alcance que ipso facto prescriben las normas a su actividad, o bien por el «fallo» del sistema en cumplir siquiera con el nivel de realización de las aspiraciones que las propias normas prescriben: el desempleo, la pobreza, la inflación, el analfabetismo, la prostitución, etc., son índice de este «fallo» o **incumplimiento** en una sociedad dada.

En todo caso estas discrepancias son **fuentes de tensiones sociales**. Es en este y no en ningún otro sentido que interesa para el Plan Camelot el estudio de los factores apuntados: el

⁶ Idem, pág. 232. (Subrayado nuestro).

⁷ Idem, pág. 216.

⁸ Idem, pág. 216. (Subrayado nuestro).

objetivo del Plan es detectar cuales y en qué momento ciertas de estas diversas tensiones culminarán en un desafío revolucionario al orden existente. Los objetivos determinan pues que se abstraigan a través del diseño de investigación aquellos parámetros sociales relacionados que resultan relevantes para determinar la posibilidad de surgimiento de una insurrección. Estos parámetros y sus relaciones forman un sistema.

EL MODELO PREDICTIVO

El concepto de sistema y los con él relacionados de estructura y función se han convertido, luego de su generalización actual cibernético-matemática en poderosos instrumentos analíticos de la investigación científica. Esta generalización es una culminación histórica de la utilización específica de estos conceptos en en las distintas ciencias particulares. Debemos cuidarnos de pensar que su uso implica un reduccionismo explicativo de los muchos que conoce la historia del pensamiento: la generalización cibernética no viene dada por analogías groseras como el reduccionismo Spenceriano de los sistemas sociales a sistemas biológicos.

Que la unificación conceptual viene dada especialmente por la uniformidad que la lógica y la matemática han dado y están dando a los diversos lenguajes científicos es ob-

vio. La definición abstracta o algebraica de sistema puede ser llevada al lenguaje de cualquier ciencia: un conjunto no-vacío de elementos y un conjunto no-vacío de operaciones entre los elementos. En sociología este conjunto de elementos podría ser el conjunto de individuos o de instituciones u organizaciones de una sociedad dada o parte de ellos, las operaciones serían las normas que prescriben la dinámica funcional, o interacción entre los elementos o parte de ellos.

La perspectiva gnoseológica dominante a través de la cibernética considera un sistema la "creación" por parte del investigador de su objeto de estudio. El sistema queda establecido por la selección de variables, sus relaciones funcionales y, en los casos necesarios, la introducción de variables participantes i. e. conceptos de una teoría a las cuales se logra definir operacionalmente en término de un conjunto de funciones con variables descriptivas y/o participantes.⁹ Todo ello teniendo como criterio selectivo los objetivos de la investigación: «un sistema social no es necesariamente adyacente a una sociedad... más bien se enfoca en

⁹ El término "variable participante" (intervening variable) no se utiliza en el Plan Camelot, pero el concepto, como se apreciará más tarde, juega un papel fundamental en él. La justificación en el uso del término viene dada por su actual vigencia en la teoría sociológica.

un problema particular y todos los componentes, funciones y normas que pesan sobre dicho problema».¹⁰ Luego la construcción del sistema social depende de los objetivos de la investigación, i. e. de lo que queremos averiguar y por lo tanto de lo que queremos crear para averiguar, a saber y repitiendo una vez más, un instrumento de predicción de potencial de insurgencia en cualquier país latinoamericano. El diseño de investigación procede a esta construcción en dos etapas analíticas, el llamado «estudio de los sistemas sociales» y el llamado «estudios del caso analítico». El estudio de los sistemas sociales se hará «dentro de una estructura contemporánea que puede medir los factores involucrados en el potencial de una guerra interna».¹¹ De esta forma estará dirigido hacia el estudio de la inestabilidad de sociedades concretas, producida por diversas tensiones de las que será necesario aislar aquellas que conducen o producen el potencial de insurrección y excluir aquellas tensiones para las cuales existen estabilizadores relativos en la sociedad, i. e. que no logran producir una conducta insurrecta. El segundo aspecto a tratar será una medición «de las acciones del gobierno en el sistema social, pero principalmente desde el punto ventajoso en que aquellas actividades tengan un im-

pacto desestabilizador o agudicen las tensiones existentes».¹²

Se llama estudios del caso analítico a los estudios relacionados específicamente con el fenómeno de la guerra interna. Se pretende en este caso recolectar información sobre «(1) la secuencia de los acontecimientos que configuran los casos que se investigan y (2) el contexto de la situación, en la que se desarrollaron la secuencia de los acontecimientos y que dio lugar a una conducta conflictiva pertinente, identificable, abierta».¹³ La recolección intencionada de datos permitirá una evaluación comparada de ambas dimensiones analíticas. La identificación de elementos, estructuras y funciones, resultante de la comparación, dará como resultado el sistema social buscado, i. e. la estructura —función que genera el potencial de guerra interna.

El siguiente paso será la creación del modelo de predicción de potencial de guerra interna. El diseño de investigación concibe la creación de un número suficiente de modelos y un estudio metateórico de sus interrelaciones: cada modelo es un lenguaje predictivo, por ello el estudio de sus relaciones es un estudio metalingüis-

¹⁰ Selsér, op. cit., pág. 231.

¹¹ Idem, pág. 195.

¹² Idem, pág. 206.

¹³ Idem, pág. 230.

tico. Este estudio será el decisivo en la aspiración a la creación de un modelo único. El mismo está facilitado por la búsqueda intencionada (interrelacionada) de datos que la teoría postula y de los cuales partimos por el camino de la abstracción para llegar a los modelos. No obstante, un intento preliminar de organizar modelos también sería un

procedimiento recomendable para organizar esa recolección intencionada de datos.

A manera de ilustración el Plan incluye como apéndice el modelo reformado de Wolf de medición de potencial de guerra interna.¹⁴ El modelo consta de siete variables y diversas relaciones funcionales entre las mismas (véase la tabla 1).

TABLA I

Variable dependiente	{ P : potencial de guerra interna
Variables independientes	{ A : aspiraciones N : nivel de realización de aspiraciones E : expectativa de las aspiraciones F : facilidades de la élite gubernamental C : coherencia de élite I : incongruencia en los modelos de autoridad.

P es la única variable dependiente, el resto de las variables se postulan como independientes en un primer momento, siendo el objetivo determinar sus valores y establecer la relación funcional por la que P depende de esos valores. Todas las variables que concurren en el modelo se miden indirectamente como variables participantes en términos de conjuntos de funciones con variables descriptivas y/o variables participantes.

Veamos dos ejemplos a modo de ilustración:

Ejemplo 1. El concepto de aspiración definido como «las normas prevalecientes o propósitos que permiten a la gente juzgar cuáles son o deben ser sus condiciones generales de vida».¹⁵

Su representación simbólica en el modelo es «A». La variable A justifica la inclusión teórica del concepto de aspiración, si es posible determinar sus valores directa o indirectamente.

¹⁴ Idem, págs. 323-338.

¹⁵ Idem, pág. 328.

tamente. Mediante encuestas por muestreo de una población, uso de cuestionarios, otras técnicas de indagación de datos y el correspondiente procesamiento y evaluación estadística de estos, sería posible obtener una medición directa de los valores de la variable. Mediante el uso de la medición indirecta se tratará de «derivar las medidas de los fenómenos subjetivos, no por indagaciones directas de los sentimientos subjetivos sino por la observación de la conducta».¹⁶

Una medición indirecta se llevaría a cabo postulando primero un principio general tal como «el nivel de aspiraciones depende de la intensidad con la cual una región es expuesta a la información»¹⁷ y midiendo directamente el analfabetismo, los medios masivos de intercambio de información y el «efecto de demostración», i.e. las comparaciones en el standard de vida, resultantes de la permanencia de grupos con diversos «niveles de logros» en una región durante un intervalo de tiempo dado.

Ahora la variable A entraría en dependencia funcional con las variables independientes c : «capacidad de leer y escribir», m : «medios masivos de comunicación», e : «efecto de demostración».

$$A = f(c) \quad A = f(m) \quad A = f(e)$$

Las aspiraciones de los individuos dentro de una sociedad pueden ser

muy diversas, no obstante, se podría tomar a «las aspiraciones económicas para representar a todas las aspiraciones»¹⁸ o alternativamente desarrollar ecuaciones para diversas aspiraciones que se crean convenientes teniendo en cuenta la región, los individuos, o bien ecuaciones para indagar índices compuestos mediante los cuales se relacionarían distintas aspiraciones. Diferenciando las funciones obtendríamos A como las tasas de variación en el tiempo t de c, m y e. Habrá, entre otras cosas, que ponderar mediante el uso de coeficientes a c, m y e en la elaboración de una ecuación general para A.

Ejemplo 2. La variable F que denota los valores posibles del concepto «facilidades de la élite gubernamental», significando «los recursos que una élite domina y que pueden disminuir la posible generación del potencial de insurrección».¹⁹ En este caso se escoge también la élite más representativa de la sociedad: la élite gubernamental. El gobierno controla la situación si tiene la lealtad de las fuerzas armadas y del pueblo. La medición de este control estará dada por los «tangibles beneficios» que la oligarquía haya da-

¹⁶ Idem, pág. 326.

¹⁷ Idem, pág. 328.

¹⁸ Idem, pág. 326.

¹⁹ Idem, pág. 334.

do, a unos y a otros. Podría utilizarse una medición indirecta de F mediante la fórmula:

$$F = P \frac{dc}{dt}$$

donde P es número de promociones (aumentos de salarios) de los oficiales del ejército y la derivada $\frac{dc}{dt}$ es la tasa de variación del ingreso real por cápita durante un mismo intervalo de tiempo.

Dado el fin ilustrativo perseguido, explicaremos sólo brevemente las restantes variables:

N: nivel de realización de aspiraciones, conjunto de valores que denotan «el bienestar general actual de la gente», i.e. Lo que han logrado actualmente de sus aspiraciones.

E: expectativa de las aspiraciones, conjunto de valores que denotan «la estimación que la gente hace de cuál va a ser probablemente su nivel de logros en el futuro previsible»; también aquí se dice que «las expectativas económicas pueden tomarse como representantes de las expectativas en general».²⁰

I: incongruencia en los modelos de autoridad, conjunto de valores que denotan «la discrepancia que puede existir en un sistema social entre el modelo gubernamental de autoridad (democrático, dictatorial, etc.), y los modelos de autoridad prevalentes en otras instituciones sociales

(escuela, negocios, familia, etc.)»²¹ lo que sería un índice de la estabilidad (inestabilidad) política, i.e. de un factor precipitante de la insurrección: a mayor incongruencia menor el efecto que un nuevo cambio en el modelo de autoridad gubernamental pueda producir en el potencial de guerra interna, por el contrario, a menor incongruencia mayor el efecto que un nuevo cambio en el modelo de autoridad gubernamental pueda producir en dicho potencial debido a la extrema «bipolarización» que se manifiesta.

C: coherencia de élite, conjunto de valores que denotan «el grado atribuible de relaciones armoniosas que son capaces de mantener entre sí los grupos más poderosos e influyentes en un país».²² Este grado aumenta si el número de los grupos disminuye o si los intereses de grupos (políticos, económicos, etc.) tienen un efecto de superposición, i.e. son intereses de una mismo grupo; disminuye si sucede lo contrario.

En el Plan Camelot se da una especial importancia a una hipótesis enunciada hace algunos años por Rex Hoper, profesor de sociología de la American University y Director del Plan: «la aparición de un grupo marginal importante numéri-

²⁰ Idem, pág. 331.

²¹ Idem, pág. 332.

²² Idem, pág. 333.

camente, económicamente poderoso e intelectualmente informado, es una de las primeras indicaciones de inminente revolución».²³ Sobre la misma volveremos. Establecidos los modos de determinar los rangos de valores de las variables independientes, el siguiente paso consiste en establecer la relación de dependencia funcional en que se halla P «potencial de guerra interna» con cada una de ellas. Esto implica también la relación en que se encuentran nuestras postuladas variables independientes entre sí, por ejemplo, una diferencia muy apreciable entre A y N aumentaría el valor de P y un alto valor de E disminuiría el valor de P, etc. El conjunto de las relaciones que se establezcan en fórmulas y sistemas de ecuaciones constituyen el modelo matemático de predicción de potencial de guerra interna.

EL MODELO PRESCRIPTIVO

El plan Camelot define la guerra interna como «un estado de conflicto armado abierto, existente dentro de una sociedad en la cual dos o más partidos (habitualmente los insurgentes y los que detentan el poder) dirigen sus energías unos contra otros de tal manera y utilizando sus recursos para alcanzar metas que sólo pueden obtener a expensas de uno de ellos».²⁴

De esta forma un conflicto social puede culminar en acciones beligerantes en que el retador, i.e. el grupo que de la inconformidad pasa a la insurgencia, se decide a seguir cursos de acción tendientes a aniquilar al retado; i.e. el grupo que mantiene el «orden establecido» y el poder para su «salvaguarda»; poder con el que pretenderá, con cursos de acción propios, contrarrestar los actos del retador.

La situación conflictiva que resultaría podría ser formalizada para analizar su estructura y su dinámica en condiciones óptimas. El objetivo fundamental que así se persigue es explicitar la toma de decisiones por parte de uno u otro de los involucrados con vistas a optimizar este aspecto decisivo de la situación conflictiva.²⁵

1. Insurgente y opresor tienen a su disposición un conjunto que podemos suponer infinito de cursos de acción para enfrentarse. Denotare-

²³ Idem, pág. 240. La hipótesis fue enunciada por Hoper en su trabajo "The Revolutionary Process" Social Forces, Marzo 1950.

²⁴ Selser, op. cit., pág. 233.

²⁵ El material matemático a continuación ha sido adaptado principalmente de los siguientes textos: Churchman, Ackoff y Arnoff Introduction to Operation Research, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966; E. S. Venttsel An Introduction to the Theory of Games, D. C. Heath and Company, Boston 1963; Ewald Burger Introduction to the Theory of Games, Prentice Hall, New Jersey 1963.

mos por I y O los conjuntos de cursos de acción de insurgente y retador respectivamente. De estos conjuntos I y O , insurgente y opresor, no perciben sino subconjuntos I° y O° de cursos de acción. Dichos subconjuntos no son necesariamente distintos de I y O .

Los elementos de los (sub) conjuntos I° y O° , i.e. los cursos de acción, serán considerados indescomponibles esta primera idealización implica que ningún curso de acción puede ser a su vez descompuesto en otros cursos de acción. Si a, b, c , y a', b', c' son cursos de acción percibidos por insurgente y opresor respectivamente tenemos:

$$I^\circ = \{ a, b, c \}$$

$$O^\circ = \{ a', b', c' \}$$

Llamaremos **estrategia** a cualquiera de los cursos de acción y a los n -tuplos admisibles que de ellos resultan. Evidentemente que cada involucrado percibe un conjunto de estrategia que denotaremos por E°_1 y E°_2 para insurgente y opresor respectivamente. Los elementos de E°_1 y E°_2 , de acuerdo con la definición dada; son los respectivos cursos de acción elementos de I° y O° y los respectivos n -tuplos admisibles de los mismos, i.e. además de

$$a, b, c, a', b', c'$$

Son estrategias quizás también algunos de los siguientes n -tuplos

$$\begin{aligned} &\langle a, b \rangle \quad \langle b', c' \rangle \\ &\langle a, c, b \rangle \quad \langle b', c', a' \rangle \end{aligned}$$

El término «admisibles» hace referencia a la posibilidad real de combinar estrategias específicas. A los conjuntos de los n -tuplos admisibles de cursos de acción los denominaremos también conjuntos de **estrategias mixtas**, i.e. son estrategias mixtas los n -tuplos arriba citados.²⁶

Insurgente y opresor tratarán de lograr que el resultado del enfrentamiento les sea **excluyentemente favorable**. Por una parte la victoria u obtención del resultado será favorable a uno u otro dependiendo de la estrategia seleccionada por cada uno; por otra, el mismo resultado depende de las estrategias seleccionadas por uno y otro, ya que es una consecuencia de la interacción de las estrategias en el enfrentamiento.

Llamaremos R al conjunto de los resultados del enfrentamiento. Es evidente que R es el conjunto o rango de valores de una función definida en el conjunto producto de E_1 y E_2 , i.e.

$$f : E_1 \times E_2 \longrightarrow R$$

Y se tiene a partir de la expresión anterior, de acuerdo con las estrategias percibidas por uno y otro invo-

²⁶ En este trabajo consideraremos sólo las estrategias formadas por un solo curso de acción, como casos límites de las estrategias mixtas.

lucrado y el conjunto de los resultados percibidos;

$$f : E^\circ_1 \times E^\circ_2 \longrightarrow R$$

Donde E°_1 y E°_2 , y R no son necesariamente distintos de E_1 , E_2 , y R respectivamente.

El resultado que proporciona la victoria es el que determina el final del enfrentamiento y ese resultado es la consecuencia de las estrategias E_1 y E_2 , desplegadas por insurgente y opresor respectivamente. Diremos que las estrategias E_1 y E_2 previamente seleccionadas determinan un

desarrollo y un resultado únicos del enfrentamiento. Estas idealizaciones son posibles a partir de la finitud de los conjuntos E°_1 y E°_2 de estrategias y el conjunto R de resultados correspondiente. Mediante estas idealizaciones se puede caracterizar a la situación conflictiva como de **información completa** para cada uno de los involucrados.

Se podría definir además una función que a cada elemento R_{ij} , i.e. determinado por las estrategias E_1 y E_2 , asignara un número real V , al cual llamaríamos el valor del

Tabla II

$O^\circ \backslash I^\circ$	E_1	E_2	...	E_n	v_i
E_1	V_{11}	V_{12}	...	V_{1n}	v_1
E_2	V_{21}	V_{22}	...	V_{2n}	v_2
...
...
E_m	V_{m1}	V_{m2}	...	V_{mn}	v_m
v'_1	v'_1	v'_2	...	v'_n	

resultado R_{ij} , elemento de R .²⁷ Se tendría la representación matricial de la tabla II.

Tal representación de una situación conflictiva se llama, siguiendo a Von Neumann, normal. Se trata de una aproximación estática a un conflicto, donde hacemos abstracción de las incidencias de su desarrollo y solo atendemos a sus resultados o estados finales partiendo de la previa selección de estrategias por parte de los involucrados.

El próximo paso sería establecer un criterio de selección de estrategias. En relación con la forma normal se encontrará el principio minimax de Von Neumann-Morgenstern. Consideremos la matriz de la tabla II como la que establece los resultados para el insurgente. Para un E_i fijo (seleccionado) existe un número finito de resultados cuya determinación depende de la estrategia E_j seleccionada por el opresor. Para cada E_i buscamos el menor valor V_{ij} , llamamos a este número v_i .

$$v_i = \min_j \{ V_{ij} \} \quad (1)$$

la expresión \min denota el elemento

con valor mínimo del conjunto de las V_{ij} siendo i fijo y j variando. Lo siguiente será determinar

$$v = \max_i v_i \quad (2)$$

sustituyendo (1) en (2):

$$v = \max_i \min_j \{ V_{ij} \}$$

i.e. v es el valor resultante de la maximización del mínimo de los resultados desfavorables para el insurgente. Si se espera, una conducta racional por parte del opresor, ésta será la mejor estrategia del insurgente pues partiendo de la matriz dada la opción del opresor será la de minimizar los máximos resultados favorables, del insurgente i.e. para una estrategia E_j fija (seleccionada) se busca el mayor valor V_{ij} , llamemos a este número v'_j .

$$v'_j = \max_i \{ V_{ij} \} \quad (1')$$

la expresión \max denota el elemento

con valor máximo del conjunto de las V_{ij} siendo j fijo e i variando. Lo siguiente será determinar

$$v' = \min_j v'_j \quad (2')$$

sustituyendo (1') en (2'):

$$v' = \min_j \max_i \{ V_{ij} \}$$

²⁷ Existe una disciplina matemática llamada teoría del valor que estudia el orden entre las preferencias y las formas de cuantificación de los resultados de las acciones, i.e. sus utilidades. Las bases fueron echadas por Von Neumann - Morgenstern en *Theory of Games and Economic Behavior*, Princeton University Press, Princeton 1953. Un reciente tratamiento en Peter C. Fishburn *Decision and Value Theory*, Wiley, New York 1964.

i.e. si adopta la estrategia minimax el opresor pone un límite a la victoria cuyo valor no será mayor que B , independiente de la estrategia adoptada por el insurgente.

Uno de los más sorprendentes resultados demostrado por varios matemáticos (Kuhn, Von Neumann y Zermelo) es que en las situaciones conflictivas de información completa existe un punto de equilibrio, i.e.

$$\max_i \min_j \{ V_{ij} \} = \min_j \max_i \{ V_{ij} \}$$

$$v = v'$$

En este caso se dice que las estrategias prescriptas son óptimas y el involucrado que se aparte de la propia corre solo el riesgo de la derrota, siempre que las condiciones como es el caso formal de situación conflictiva de información completa que estamos tratando no varíen. Se trata pues de un resultado hallado en una situación idealizada. No obstante, que tales puntos de equilibrio se dan incluso en situaciones conflictivas reales lo afirmó la experiencia guerrillera del Che: al culminar la fase de la «defensiva estratégica» para la guerrilla «se llega a un punto de equilibrio en que se estabilizan las posibilidades de acción del enemigo y de la guerrilla».²⁸ Lograr este «punto de equilibrio donde ambas fuerzas se respetan entre sí»²⁹ es un progreso para la guerrilla que ha

venido de abajo hasta hacerse respetar. La única forma de romper este equilibrio con vista a proseguir la lucha a muerte contra el enemigo implica la creación de nuevas condiciones en las que «la guerra de guerrillas adquiere características nuevas».³⁰

Se puede pues caracterizar matemáticamente una victoria como una desigualdad en la información: la victoria es de quien posea más información sobre sí mismo y sobre el otro involucrado y el término información cubre aquí una amplia gama de elementos a considerar que van desde el conocimiento de los factores militares (medio geográfico, número de hombres, armas y estrategias, etc.) hasta los factores políticos incluyendo una evaluación del espíritu de lucha de uno y otro involucrado. Sobre esto las «lecciones sobre dirección estratégica» de las Fuerzas Armadas Populares de Viet Nam dan fe de un considerable manejo de información en la elaboración de la estrategia de la guerra popular.³¹

²⁸ Cde. Ernesto "Che" Guevara: *Guerra de Guerrillas: un método* (Cuba Socialista No. 25) Reimpreso en "Pensamiento Crítico" Octubre, 9, 1967 pág. 25.

²⁹ Idem, pág. 26.

³⁰ Idem, pág. 26.

³¹ Truong Son Viet-Nam: 5 lecciones para una victoria, Tricontinental, 3, 1967, pág.

En uno de los «juegos» a diseñar por el Camelot, como paso previo a la «simulación» de un conflicto en una computadora, el grupo insurgente y oligarquía gobernante se enfrentan mutuamente con un conjunto de estrategias destinadas a obtener como resultado 'la movilización de la población apática' en apoyo de uno u otro, siendo la victoria de aquel que logre el apoyo de una apreciable mayoría. Subyace en el «gaming», diseño de James S. Coleman, estudioso del conflicto en la sociedad norteamericana, la mencionada hipótesis de Rex Hoper. En un reciente trabajo Hoper señala que «la evidencia»³² parece sostener la hipótesis de que una revolución es siempre una función de una lucha entre el grupo en el poder y un grupo desafiante localizado precisamente debajo del primero en la jerarquía del poder. Ambos grupos están en minoría con referencia a la población total y buscan utilizar la mayoría o la masa de la población como peones en el conflicto».³³

La estrategia del insurgente, según el Plan Camelot se basa fundamentalmente en la relación que establece entre «la frustración de determinados intereses de la masa con políticas de la administración' y/o en el establecimiento» de una conexión entre él mismo y la realización de estos

intereses».³⁴ El gobierno oligarca deberá contrarrestar estas orientaciones estratégicas de modo que no se movilice contra él más que «un segmento demasiado pequeño de la población (porque él tiene el apoyo tácito de los que no están movilizados),³⁵ o al suceder lo contrario, contratando con éxito la movilización «con otros miembros de la población»³⁶ i.e. con la represión militar.

No obstante, el Plan Camelot, del cual sólo conocemos el proyecto de diseño de investigación, no da idea cabal de hasta donde ha llegado el Pentágono en la utilización de procedimientos matemáticos en el análisis de las situaciones conflictivas con relación a América Latina. Por esta vía, un ejemplo a todas luces sintomático lo ofrece el sociólogo matemático Martin Shubik en un libro reciente sobre aplicación de la

³² Evidencia que hará constar, según dice, en un libro próximo a publicar "The Struggle for independence in Latin American", pág. 324 del artículo de la nota siguiente.

³³ Rex D. Hoper *Cybernation, Marginality, and Revolution* en "The New Sociology: Essays in Social Science and Social Theory in honor of C. Wright Mills, Oxford University Press, New York 1965, pág. 324.

³⁴ Selser, op. cit., pág. 313.

³⁵ Idem, op. cit., pág. 313.

³⁶ Idem, op. cit., pág. 313.

teoría de juegos a la investigación de la conducta social.³⁷

El autor se apresura a considerarlo como ilustrativo solamente; una guerrilla se enfrenta a una fuerza opresora (policía, la llama Shubik). La guerrilla tiene como estrategias pelear solo escaramuzas (Skirmish) u ofrecer batalla (battle); la policía como estrategias penetrar en la selva (enter jungle) en busca de la guerrilla o cortarle los abastecimientos (protect supplies). De acuerdo con la distribución de resultados que hace Shubik, se da un punto de equilibrio en las victorias, si ambos involucrados se atienen a sus estrategias óptimas: estrategia de la escaramuza para la guerrilla y estrategia del corte de abastecimiento para la fuerza opresora.³⁸

Shubik agrega «en una situación concreta de la variedad descrita, los aspectos tácticos a plazo corto de la acción policial pueden ser razonablemente modelados como se hace aquí; los aspectos socio-políticos a largo plazo requieren un tratamiento más complejo».³⁹

El síntoma de que hablábamos resultará evidente también al lector: el pentágono está aplicando métodos matemáticos, especialmente teoría de juegos, a la guerra de guerrillas. Esto es hasta una consecuencia lógica si se parte del hecho reconocido de que la teoría de juegos permea

los diseños secretos de estrategia militar de los grandes países del mundo.

El tema del conflicto social es uno de los más importantes, sino el más, de la sociología contemporánea... al menos para las aéreas subdesarrolladas del mundo que luchan por librarse del imperialismo. Un enfoque riguroso del tema no debe prescindir de un tratamiento matemático.

Por último, la lección del Camelot no debe ser olvidada: la sociología científica es un arma de dominación en las manos imperialistas y, como afirma Sartre, «si es un arma eficaz —y ha probado que lo es— entonces es verdadera en alguna medida; y si está en 'manos capitalistas' es una razón de más para arrancárselas y volverla contra ellos».⁴⁰

La Habana, enero de 1968.

³⁷ Martin Shubik, editor, *Game Theory and Related Approaches to Social Behavior* (Selections), Wiley, New York 1964.

³⁸ Martin Shubik, "Game Theory and the Study of Social Behavior: An Introductory Exposition" en Shubik (editor), op. cit., págs. 15-17.

³⁹ Idem, pág. 16.

⁴⁰ Jean Paul Sartre *Critique de la raison dialectique* (précédé de Question de méthode), Gallimard, Paris 1960, pág. 50.

VIEJO Y NUEVO HAMZA ALAVI

IMPERIALISMO

«El imperialismo es la víspera de la revolución socialista», escribió Lenin, mientras los corazones revolucionarios se enardecían con la visión apocalíptica de la transformación social que estaba a punto de tener lugar a continuación de la desintegración del capitalismo moribundo.

El capitalismo monopolista estaba en los últimos estertores de su crisis general; el imperialismo era la fase superior de su desarrollo. Los movimientos de liberación nacional en los territorios coloniales eran una parte importante del proceso revolucionario, porque socavaban las posiciones del imperialismo e intensificaban sus contradicciones.

Desde que Lenin escribió esto, las luchas de los movimientos de liberación nacional de los territorios coloniales han culminado, por lo menos, en la independencia formal del dominio directo. También ha sur-

gido un grupo de estados socialistas que está inequívocamente fuera de la órbita imperialista. Dos décadas han transcurrido desde que empezó en todo el mundo la liberación de los territorios coloniales después de la última guerra. Si este es el fin del dominio colonial directo, todavía no ha precipitado la crisis final que habría de presenciar el final del capitalismo monopolista y preceder la era del socialismo.

Surgen dos series de interrogantes. En primer lugar, podemos preguntar ¿cuál fue el papel de la expansión imperialista en el mantenimiento de la dinámica del desarrollo capitalista? ¿Cómo es éste afectado por los logros de independencia nacional obtenidos por las colonias?

Si la expansión colonial tiene que desempeñar un papel necesario en el mantenimiento del proceso de desarrollo capitalista, como una salida

para el capital excedente, que es retardar la inevitable «crisis de realización», ¿significa la independencia de los territorios coloniales que la economía de los países metropolitanos llegará automáticamente a una paralización abrumadora? O, ¿han adoptado las potencias imperialistas una nueva política y asegurado sus intereses económicos esenciales subvirtiendo la independencia recién conquistada de los territorios coloniales? O, realmente, ¿ha adquirido el capitalismo monopolista una nueva dinámica que le permite seguir funcionando aunque ya no le es posible la expansión colonial?

Estas cuestiones de las condiciones de la crisis capitalista son fundamentales para cualquier consideración de la estrategia de una revolución socialista en los países metropolitanos.

Podemos contemplar el mismo problema desde la perspectiva de los nuevos estados que se enfrentan a la tarea de transformar sus economías coloniales. ¿Cuál es la realidad del «Tercer Mundo» en que se supone que viven? ¿Qué clase de relaciones se ha establecido entre las potencias imperialistas y los nuevos estados? ¿Han dado lugar las relaciones explotadoras del pasado entre el imperialismo y los pueblos de estos países a una nueva era de cooperación en que la ayuda se ofrecerá

y administrará de una manera que fomente el desarrollo económico de los países excoloniales? ¿Qué clase, de propósitos persigue realmente el capitalismo monopolista de las naciones avanzadas en sus relaciones con estos países, y por qué medios?

Examinaremos algunas de las aportaciones al debate sobre el imperialismo y el capitalismo contemporáneo que han aparecido durante el último decenio, y consideraremos nuestras preguntas a la luz del debate y los hechos de la situación contemporánea. Este debate, sin embargo, puede ser examinado desde una perspectiva completamente nueva. Fue estimulado, en primer lugar, por el hecho de que no produjo una gran crisis económica (que era universalmente esperada después de la última guerra), a pesar de varias crisis leves.

En segundo lugar estuvo el reto de los alegatos hechos por los defensores del capitalismo acerca de una revolución social y tecnológica que según se dijo había transformado el carácter del capitalismo. Es bastante extraño que aunque el debate tuvo por base el antecedente de la revolución colonial, que estaba progresando, el papel del imperialismo o la significación de su disolución apenas entraron en el mismo. Sobre todo, está el hecho de

que el debate tuvo lugar en el clima intelectual de la guerra fría, y lleva sus huellas. Hoy, los cambios en la situación mundial, y especialmente, el gran debate en el movimiento comunista internacional, han contribuido a poner estas cuestiones en un contexto totalmente distinto.

Las cuestiones principales de la actualidad son en primer lugar las relativas a una apreciación de las condiciones objetivas que deben determinar la estrategia de los movimientos socialistas. La tarea de los movimientos socialistas se reduciría virtualmente a esperar que madurasen las condiciones objetivas si se mantuviera el criterio de que el dramático colapso del imperialismo sería inevitable tarde o temprano como consecuencia del desarrollo de fuerzas objetivas tales como la agudización de la rivalidad interimperialista, el desgaste de sus bases por el éxito de los movimientos de liberación nacional y, finalmente, la culminación de las contradicciones internas del desarrollo capitalista. Pero la tarea de los movimientos socialistas sería considerada de inmediato como algo mucho más exigente si se adoptara el criterio de que la crisis del capitalismo, tal como es, está presente en la actualidad; no un colapso dramático, sino una

marcha lenta hacia el estancamiento, atenuada por la creciente concentración del poder monopolista en los países metropolitanos y su renovada expansión en el exterior.

II

Para un examen de la literatura actual en este campo, desde nuestro punto de vista, será conveniente poner de relieve algunos de los elementos de la teoría leninista. La base teórica del análisis hecho por Lenin del imperialismo fue la teoría marxista de la reproducción y las crisis de «realización». La médula de esta teoría es el problema de disponer de un capital excedente en rápido aumento contra el antecedente de una creciente disparidad entre las fuerzas productivas en desarrollo y el consumo restringido considerado como inherente al desarrollo capitalista. Lenin examinó el capitalismo en una nueva etapa histórica, la etapa del capitalismo monopolista que había surgido, como lo demostró Marx, de las condiciones de desarrollo de la etapa anterior del capitalismo, la cual se basaba en la libre competencia. En la nueva etapa histórica, sin embargo, el problema básico seguía siendo el de disponer del creciente excedente. La exportación de capital, que era

característica de la nueva etapa del capitalismo, decía Lenin, proporcionaba ahora una salida para el capital excedente y hacía posible que el desarrollo del capitalismo pospusiera temporalmente una situación en que sus contradicciones desembocasen en una crisis. La brevedad con que Lenin trató este asunto en su capítulo sobre la exportación de capitales no da la medida de la importancia decisiva de ésta para la teoría de las crisis. Lenin escribió: «En los países avanzados ha surgido un enorme excedente de capital... Huelga decir que si el capitalismo pudiera desarrollar la agricultura... si pudiera elevar el nivel de vida de las masas... no se podría hablar de un excedente de capital... La necesidad de exportar capital proviene del hecho de que en unos cuantos países el capitalismo ha madurado excesivamente y... el capital no puede encontrar un campo para la inversión lucrativa».¹

El imperialismo, según Lenin, era la dominación del capital financiero. «El capital financiero» —decía él— «extiende su red sobre todos los países del mundo».² En su polémica con Kautsky, Lenin recalco que «El rasgo característico del imperialismo es precisamente que hace esfuerzos por anexarse no solamente los territorios agrarios, sino

hasta las regiones más altamente industrializadas. (El apetito alemán por Bélgica, el apetito francés por Lorena), porque, en primer lugar; el hecho de que el mundo ya está dividido obliga a aquellos que contemplan una redivisión a llegar a toda clase de territorios, y en segundo lugar, un rasgo esencial del imperialismo es la rivalidad entre algunas Grandes Potencias en la lucha por la hegemonía, es decir, por la conquista de territorios, no tanto directamente para ellas mismas como para debilitar al adversario y socavar su hegemonía.³ Sin embargo, es evidente que se creía que el rumbo principal de la expansión era hacia los «países atrasados», donde la posibilidad de exportar capitales era particularmente atractiva a causa de un nivel más elevado de ganancias debido a la escasez de capital, la baratura de la tierra y las materias primas, y el bajo nivel de los salarios, en tales países. En este punto podemos distinguir entre tres cuestiones relacionadas con la teoría leninista del imperialismo. En primer lugar, tenemos

¹ V. I. Lenin, *Imperialism*, cap. IV (F. L. P. H., pp. 103-4. (Ver Cap. IV. Ed. en Lenguas Extranjeras. Moscú. pág. 68): (N. de R.)

² *Ibid.*, p. 110. (Ídem página 72). (N. de R.)

³ *Ibid.*, p. 155-6. (Ídem página 102. Cap. VII. (N. de R.)

que considerar el papel de la exportación de capital como salida para el capital excedente que se acumula en la economía metropolitana, posponiendo así la crisis de «realización». Para hacer una apreciación de esta cuestión tenemos que examinar las condiciones del desarrollo de los países capitalistas avanzados y las otras salidas que son posibles para la utilización del capital que se acumula. ¿Era la exportación de capital la única salida posible? Veinte años antes de que escribiera su obra sobre el imperialismo, Lenin se había enfrascado en una controversia con los *národniks* precisamente sobre el tema de la posibilidad de la «expansión interna» del capitalismo.⁴ El desarrollo del mercado interno, argumentaba Lenin, era posible pese al consumo restringido de las masas (o la falta de salida externa) porque «para desarrollar la producción ('acumular', en el significado categórico del término) es necesario ante todo producir medios de producción, y para esto es consecuentemente necesario agrandar ese departamento de producción social que elabora medios de producción, es necesario introducirle obreros que puedan crear después una demanda de artículos de consumo. Por lo tanto, el «consumo» se desarrolla después de la 'acumulación'.⁵

De esta manera, decía Lenin, la plusvalía acumulada podría ser absorbida, hasta cierto punto, en la relativa expansión del sector de medios de producción. Pero esto no sería más que un alivio temporal para el capitalismo porque, en definitiva, la expansión de la capacidad para producir no puede marchar independientemente de la base restringida del consumo. Sin embargo, observamos aquí que Lenin ha considerado dos posibilidades de expansión capitalista; la expansión interna del capitalismo mediante una expansión relativa del sector productor de los medios de producción y la expansión externa del capitalismo mediante la exportación de capitales.

La segunda cuestión, que tenemos que distinguir claramente de la primera, es la de la fuerza motriz que impulsa la expansión externa del capitalismo. Aquí hay elementos en la teoría leninista. Uno es el crecimiento del capitalismo monopolista y su tendencia a la hegemonía. El otro es la tasa diferencial

⁴ V. I. Lenin, *Desarrollo del Capitalismo en Rusia* (F. L. P. H., edición de Moscú), cap. I. *Obras Completas*. Tomo III Ed. Cartago 1957. Cap. I. (N. de R.)

⁵ V. I. Lenin, *A Characterisation of Economic Romanticism* (F. L. P. H., edición de Moscú), p. 44. *Obras Completas*. Tomo I. Ed. Cartago, 1957. (N. de R.)

de ganancia realizable en los países metropolitanos y el aliciente de una tarifa mayor ofrecida por la explotación colonial. En el argumento de Lenin se combinan estos factores para producir una fuerza poderosa para la expansión ultramarina. Actualmente la cuestión radica en considerar si todavía son aplicables los mismos incentivos para la exportación de capital. Tenemos que considerar también si el capitalismo monopolista ha desarrollado nuevas formas de expansión ultramarina y juzgar la importancia relativa de cualesquiera de esas nuevas formas en comparación con la exportación de capitales. Esto lo examinaremos después en la sección V.

En tercer lugar está la cuestión de la naturaleza parasitaria del imperialismo y el papel del «tributo» derivado de la explotación colonial en el sostenimiento de la prosperidad del país metropolitano. Lenin no examinó plenamente las implicaciones de la afluencia regresiva de la plusvalía extraída de los países coloniales, que se sumaría a la plusvalía acumulada en los países metropolitanos, para la cual hay que encontrar una salida. Teóricamente, mientras mayor es el monto del 'tributo', mayor es la dificultad que debe crear en este sentido para el país metropolitano. Por lo tanto, cualquier evaluación que se haga

actualmente del efecto de la exportación de capital tiene que destacar contra ese efecto el de la afluencia regresiva de las ganancias devengadas de las colonias. Realmente, en muchos casos, el ingreso actual que procede de la inversión ultramarina está muy por encima de la salida de capital para la inversión en el exterior.

Este no es, sin embargo, el aspecto desde el cual los escritores contemporáneos han enfocado el problema del 'tributo' colonial. Palme Dutt observa la contribución del tributo a la prosperidad de Gran Bretaña e identifica lo que él considera como crisis británica con la acentuada disminución en el tributo.⁶ Barratt Brown se opone a Palme Dutt en este punto, pero arguye que en los años de posguerra la contribución de los ingresos de ultramar apenas llegó al nivel alcanzado en la década de 1930, cuando Gran Bretaña se encontraba lejos de la prosperidad.⁷ Pero con toda seguridad éste es precisamente el argumento de Palme Dutt. Resulta que el verdadero punto de con-

⁶ R. Palme Dutt, *Britain and the Crisis of the British Empire* (1953). Véase también la reseña hecha por Palme Dutt acerca de la obra de John Strackey End of Empire in Political Affairs, (marzo de 1960), pp. 62-4.

⁷ Michael Barratt Brown, *After Imperialism*, (1963), p. 296.

troveria entre Palme Dutt y Barratt Brown radica en que el primero ve la situación de posguerra como un tiempo de crisis que se ha de explicar en términos de un descenso en el monto del tributo colonial, en tanto que el último la ve como un tiempo de prosperidad, basado en factores nacionales de desarrollo, para los cuales es insignificante la magnitud de los ingresos ultramarinos. Barratt Brown arguye que, después de deducir los pagos a los dueños foráneos de las propiedades en Gran Bretaña, la adición a la renta nacional procedente de ultramar era poco más del uno por ciento, y no se podía considerar como la base de la prosperidad de posguerra que tuvo lugar en la Gran Bretaña. La base sobre la cual Barratt Brown ha computado la magnitud del tributo y apreciado su importancia para Gran Bretaña, es decir, considerando la renta neta de la inversión ultramarina como un porcentaje de la renta nacional, es discutible. Ante todo, lo que tenemos que considerar es la renta global de la inversión ultramarina, y no la cifra a que se llega después de deducir los pagos a los dueños foráneos de la propiedad en Gran Bretaña. Esa es una obligación ajena a las inversiones de Gran Bretaña en el exterior. Si la renta de la inversión ultramarina ha ayuda-

do a Gran Bretaña a efectuar algunos de los pagos en dirección opuesta, ello también es parte de la contribución a la economía británica de la renta de la inversión ultramarina. Además, como veremos después en la sección V, los envíos de ganancias y dividendos desde el exterior no son más que una parte del valor extraído de las inversiones ultramarinas. Por razones fiscales en gran parte, algunos de los ingresos obtenidos en el exterior son devueltos en forma de «obligaciones administrativas», comisiones y derechos, etc., que entran en el balance de las estadísticas de pagos como pagos por «servicios». Asimismo debemos tener en cuenta el hecho de que una parte considerable de la ganancia regresa en forma de ganancia monopolista sobre el valor de los artículos vendidos en el exterior, en condiciones particulares tratados en la sección V. Así, hasta la cifra de inversión de la renta global sería una subestimación de la cantidad total implicada. Por otra parte, la importancia de la renta ultramarina hay que considerarla como una adición al excedente disponible que se acumula en el país; una comparación con el valor de la inversión nacional neta sería más significativa que su comparación con la renta nacional global. Si volvemos

a observar las cifras de Barratt Brown, encontramos que la renta global de las inversiones ultramarinas en los años de posguerra fluctuó entre 3.3 y 4% de la renta nacional, a diferencia de la inversión nacional neta que fluctuó entre 6 y 7%. Así pues, la contribución relativa de la renta de las inversiones ultramarinas al excedente disponible en Gran Bretaña para la acumulación de capital no fue insignificante ni mucho menos, aun sobre la base de una cifra que consideramos como una subestimación de la magnitud real del excedente derivado de ultramar. La importancia de esta afluencia de la renta de las inversiones ultramarinas es aun mayor para los países ultramarinos pobres de los cuales es extraída, para no hablar de los países africanos, extremadamente pobres, donde el grueso del excedente se produce en el sector de la economía que está completamente dominado por el capital extranjero, podemos tomar como ejemplo el caso de la India, que se puede considerar como el país más plenamente emancipado de la dominación del capital extranjero entre los países excoloniales. El capital extranjero extrae de la India no menos de un cuarto del total de ganancias que afluyen al «sector organizado de negocios privados», como veremos después

con más lujo de detalles en la sección V. Finalmente, observamos en las cifras de Barratt Brown que el máximo nivel de porcentaje de la inversión extranjera neta en la renta nacional fue de 1.2% durante 1948-49, es decir, la exportación de capital fue una fracción de la renta derivada al mismo tiempo de ultramar.

El primero de los tres puntos mencionados es el que ha de interesarnos principalmente en las dos próximas secciones, o sea, el papel de la exportación de capital como una salida para el excedente que se acumula, producido en la economía metropolitana y la tesis del derrumbamiento. El último punto acerca de la magnitud del «tributo» de ultramar tiene pertinencia en este caso por cuanto la entrada que proviene del mismo se debe comparar con la salida causada por la exportación de capital cuando se considera el efecto neto sobre el problema de la disposición del excedente acumulativo. En la sección V consideraremos el segundo punto mencionado, es decir, el renovado impulso de la expansión en ultramar.

III

En los años de posguerra hubo dos escritores que enfocaron el tema

del imperialismo directamente desde el punto de vista del papel de la exportación de capitales en el mantenimiento de la dinámica del desarrollo capitalista. John Strachey aparece en un extremo al adoptar el criterio de que la exportación de capital es irrelevante en la dinámica del capitalismo contemporáneo y por tanto ya no existe un estímulo para la expansión ultramarina. En el extremo opuesto está Victor Perlo que le asigna el lugar de honor a la exportación de capitales como un factor permisible de que continúe funcionando el capitalismo norteamericano con su excesivo desarrollo.

Michael Barratt Brown discute los criterios de estos dos ortodoxos* fundamentalistas y pone en duda la validez del «análisis de Hobson» (y también el de Lenin, H.A.) «que hizo del imperio una función la de inversión ultramarina que era de por sí una función de declinamiento de las oportunidades de inversión dentro del país causada por la falta de poder adquisitivo de las masas... La inversión ultramarina no ha terminado con el fin del imperio ni con el incremento de la participación de los salarios en la renta nacional».⁸

Victor Perlo expresa el criterio ortodoxo cuando argumenta que «los factores de la decadencia imperia-

lista se manifiestan con más gravedad en los Estados Unidos, el más poderoso de los países imperialistas. Si las inversiones extranjeras de los Estados Unidos han crecido desde 1930, el aparato productivo y especialmente las ganancias de los enormes monopolios han crecido más rápidamente... Al mismo tiempo, el mercado civil interno, inflado por su crecimiento durante la II Guerra Mundial, ya no se desarrolla, sino que tiende a contraerse. La presión del capital excedente para la exportación es incomparablemente mayor que aquella de que hablaron hace cincuenta años Hobson y el senador Beveridge».⁹ Pero se puede decir que los datos de Perlo apenas justifican su argumento. Pone de manifiesto que la inversión extranjera privada de los Estados Unidos aumentó de 17 mil millones de dólares en 1930 a 19 mil millones en 1949. Pero ése es un aumento de sólo 2 mil millones que es muy pequeño en comparación con el aumento de 14 mil millones para el periodo anterior de 1913 a 1930. No puede sostenerse a base de sus cifras, que la tasa de la inversión extranjera privada había aumentado, todo lo contrario.

⁸ Ibid, p. 330.

⁹ Victor Perlo, *American Imperialism*, (Nueva York, 1951), p. 31.

Desde la guerra, sin embargo, las transacciones de capital por cuenta del gobierno de Estados Unidos han crecido enormemente en importancia y a esta cifra tiene que sumarse la de las inversiones extranjeras privadas para llegar al total de las inversiones extranjeras. Perlo declara que «el gobierno de los Estados Unidos empleó 14 mil millones de dólares en inversiones extranjeras».¹⁰ Pero en ausencia de toda información adicional acerca de su origen no es posible saber qué es lo que indica precisamente. Según la compilación del Balance de Pagos de los Estados Unidos, realizada por el Departamento de Comercio, la suma líquida de las subvenciones y transacciones de capital del gobierno de Estados Unidos entre 1946 y 1949 (ambos inclusive) fue de 21,346 millones. Pero, éste fue un periodo excepcional para tales pagos y en años posteriores la cifra anual se redujo a mucho menos de la mitad de dicha cifra.

Sin embargo, para ver esta cuestión en su perspectiva adecuada sería útil comparar la magnitud de la exportación de capital con otras formas de la utilización del excedente en años recientes. Según una compilación de R. A. Gor-

don¹¹ para los años 1929-51, las inversiones extranjeras ascendieron a más del 1% del producto nacional global solamente en los años 1938-1940 y nuevamente en 1946 y 1947 (En que fueron de 2.2 y 3.8% respectivamente). En los años subsiguientes la cifra del porcentaje estuvo muy por debajo del 1%. A diferencia de esto, la cifra de la Inversión Interna Privada Global fluctuó entre 13 y 18% durante los años de posguerra y los desembolsos de consumo fluctuaron entre 62 y 70%. De esto se desprende que las fluctuaciones en la inversión interna y los desembolsos del gobierno fueron factores mucho más importantes en la economía norteamericana y que en comparación la inversión extranjera fue un factor insignificante en este contexto.

Además, con la salida de fondos de inversión tenemos que comparar la entrada del valor excedente derivado de los negocios norteamericanos y ultramarinos y que se suma al excedente disponible en la economía interna de los Estados Unidos. Según un estudio de las Na-

¹⁰ Ibid, p. 28.

¹¹ R. A. Gordon, "Investment Opportunities in the U. S. Before and After World War II", *The Business Cycle in the Post-war World* (ed. Erik Lundberg, 1955), p. 284.

ciones Unidas,¹² «Los envíos de ganancias y dividendos por las empresas controladas por los Estados Unidos y establecidas en países extranjeros equivalen a menudo y sobrepasan a veces la salida de fondos para inversión directa de los Estados Unidos. En realidad, según las declaraciones sobre el Balance de Pagos de los Estados Unidos entre 1950 y 1960 (ambos inclusive), en comparación con una salida de 20 mil millones de dólares como inversiones extranjeras privadas y 23 mil millones por cuenta del gobierno, durante ese período, hubo una entrada de 19 mil millones por cuenta de los fondos de inversión a largo y corto plazo, en los Estados Unidos desde el exterior, y 25 mil millones por cuenta de la renta de las inversiones ultramarinas de los Estados Unidos. Por razones que ya hemos indicado, esta cifra de la renta ultramarina está por debajo del valor real de la renta ultramarina de los negocios norteamericanos. Así pues, si vemos el asunto en su aspecto general, llegamos a la conclusión de que la salida de fondos por cuenta de la exportación de capital fue compensada por la entrada de fondos.

Es interesante notar en este punto las implicaciones de las observaciones de Palme Dutt acerca de

la reanudación de las exportaciones de capital de Gran Bretaña después de la guerra, que se reflejan curiosamente en la situación de posguerra y en los motivos para la exportación de capital. «Durante los años que siguieron a la guerra» —escribió él— «la política británica se ha concentrado principalmente, aun a expensas de la escasez interior (cursivas del autor), en dirigir su esfuerzo hacia la reanudación de la exportación de capital y hacia el empeño de reconstruir la acumulación de capital ultramarina de Gran Bretaña. Durante los cinco años transcurridos desde 1947 a 1951 (ambos inclusive) la nueva inversión de capital por parte de Gran Bretaña en el resto del área de la libra esterlina ascendió a 996 millones de libras. Una gran proporción de esta nueva inversión se realizó sobre la base artificial de préstamos forzados simultáneos de las colonias, puesto que durante ese mismo período los balances en libras esterlinas de los países ultramarinos dependientes aumentaron en 469 millones de libras.¹³ Está muy claro que el tipo de situación que aborda Palme Dutt es diametralmente

¹² The International Flow of Private Capital, 1956-58 (U. N. of Economic and Social Affairs, Nueva York, 1959), p. 29.

¹³ R. Palme Dutt, op. cit., p. 76.

opuesta al tipo de situación que abordó la teoría leninista. Palme Dutt habla acerca de la exportación de capital con el antecedente de una escasez de recursos en el interior en tanto que Lenin abordaba la exportación de capital como una salida para un exceso de capital acumulado en la economía interna de la potencia metropolitana. Además, Palme Dutt señala en este caso el hecho de que la exportación de capital es compensada por la afluencia de plusvalía. Bien pudo haber abordado el asunto no sólo desde el punto de vista de los balances en libras esterlinas sino también desde el de la afluencia anual del tributo a que se ha referido en otras partes.

Palme Dutt ha argumentado que la acumulación de las inversiones ultramarinas era, principalmente, financiada por el valor excedente extraído por la explotación de los pueblos coloniales. Escribe: «La principal base inicial para la exportación de capital de Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XIX radicó en las ganancias de su monopolio mundial en la industria y el comercio... en realidad, la «exportación» de capital fue desde el principio una reinversión de las ganancias obtenidas en el mercado mundial y en la explotación del mundo», Michael Barratt

Brown apoya el mismo argumento con datos estadísticos expuestos por A. H. Imlah.¹⁴

En el *End of Empire*, John Strachey adopta el argumento leninista acerca del papel de la exportación de capital como su punto de partida. Strachey¹⁵ arguye que la teoría marxista del desarrollo capitalista, que es la base de la teoría leninista del imperialismo, postula «la miseria siempre creciente de la masa de la población», que no admite por la expansión interna de la economía capitalista. Sin embargo, si recordamos la aportación de Lenin en su obra sobre el *Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, encontramos que ésta no es una presentación exacta de la teoría de Lenin (ni, para este caso, de la de Marx). No obstante, Strachey continúa para decir que «el hecho es que casi todos, aunque no todos, los economistas contemporáneos rechazan la aserción anterior de que el capitalismo maduro tiene incluso una tendencia a producir una plétora de capital para la inversión y hacer así que los inversionistas busquen salidas en el exterior... La oleada imperialista... puede ser tenida en cuenta simplemente por

¹⁴ M. Barratt Brown, op. cit., pp. 65 y 84.

¹⁵ John Strachey, *The End of Empire*, (1959), p. 104.

el hecho de que en el exterior se presentaban oportunidades de inversión inmensamente lucrativas. Estas brillantes oportunidades «extraían» los excedentes que se creaban en los países imperialistas: no hay necesariamente que suponer «un empujón desde atrás», por decirlo así, causado por la rentabilidad insuficiente de la inversión dentro del país.¹⁶ Resulta que el propio Strachey no ha examinado plenamente las implicaciones de esta aserción. Así, llega a la conclusión bastante fácil de que Estados Unidos no debería enfrascarse en la expansión imperialista, no solamente a causa de factores tales como el sentimiento antimperialista que él supone no obstaculizaría a la expansión imperialista, el crecimiento del nacionalismo en los países subdesarrollados, y el poder opuesto de la Unión Soviética y China, sino también porque, en su opinión, el campo para la expansión interna en la economía norteamericana es tan grande que no hay capital excedente que busque inversión más lucrativa en el exterior.¹⁷ Verdaderamente, tal argumento pasa por alto toda la historia del imperialismo norteamericano, algunos de cuyos aspectos examinaremos en la sección V.

IV

La conclusión, sugerida por los datos de que disponemos, de que la exportación de capital no ha sido el factor que ha mantenido la dinámica del capitalismo de posguerra, parece estar implícita en una gran parte de la discusión del capitalismo contemporáneo. Este fue el caso en el primer debate principal sobre la teoría de la crisis, que tuvo lugar en el Partido Comunista Británico, desde la guerra, hacia fines de 1957.¹⁸ Entre los factores responsables de la «posposición de la crisis», según se dijo, estaban (1) los desembolsos estatales en servicios sociales y también la inversión pública, y sobre todo, los armamentos, (2) inversiones por la industria nacionalizada, y (3) el impacto de la revolución de posguerra

¹⁶ Ibid, p. 113.

¹⁷ Ibid, cap. XIX.

¹⁸ Maurice Dobb, "Post-war Development of Capitalism", *Economic Bull in Partido Comunista Británico*, vol. VI, número 3.

Emile Burns, "Is the Crisis Theory out of Date?" *Marxism Today* (octubre de 1957).

John Eaton, "Crisis Theory and Current Policy", *Marxism Today* (noviembre de 1957).

Maurice Dobb, "Changes in Capitalism Since the Second World War" *Marxism Today*, (diciembre de 1957).

Emile Burns, "The Theory of Crisis—Reply to the Discussion", *Marxism Today*, (marzo de 1958).

En la tecnología y la relativa expansión del sector de la economía que produce medios de producción que fueron inducidos por los factores (1) y (2). Estos factores ocupan también un lugar preponderante en el simposio editado por el profesor Tsuru, titulado ¿Ha cambiado el Capitalismo?, que tuvo colaboraciones de Baran, Bettelheim, Dobb, Galbraith, Kronrod, Strachey, Sweezy, y el propio Tsuru.¹⁹ Barratt Brown agrega además otro factor a la lista, es decir, el efecto estimulante sobre la economía británica de las crecientes exportaciones que están relacionadas con el cambio en los términos del comercio en favor de los países productores principales, que aumenta el poder adquisitivo y la capacidad para importar artículos del exterior.

Resistiremos la tentación de enfrascarnos en esta controversia que ha producido algunas aportaciones valiosas para la comprensión de la dinámica del capitalismo contemporáneo. No obstante, falta por decir que después de considerar estas explicaciones del continuo funcionamiento de las economías de los países capitalistas avanzados que han ayudado a «posponer la crisis», todavía está sin resolver la cuestión de la inevitabilidad de la crisis final. La disipación de recursos en

armamentos y todas las formas de dilapidación pública y privada que pueden ser producidas por el capitalismo, podrían absorber parcialmente la creciente capacidad productiva. Pero éstas sólo pueden reducir la tasa de crecimiento económico; no pueden eliminar el propio crecimiento mientras tengan lugar algunas inversiones netas positivas y algún cambio tecnológico.

Se dice también que la relativa expansión del sector que produce los medios de producción no puede proporcionar más que un alivio inmediato, una posposición de la crisis final; por su propia naturaleza esto no puede sino elevar más la tasa de crecimiento económico e intensificar así la disparidad entre las crecientes fuerzas productivas y el consumo restringido que daría por resultado una crisis.

Es discutible que tales explicaciones de futuro inmediato sean en modo alguno adecuadas si consideramos la expansión secular de las economías capitalistas. Falsos marxistas modificarían la predicción de la crisis final advirtiendo contra la interpretación de la teoría de la crisis en una forma mecánica. Dirían que debemos tener en cuenta la influencia de las tendencias con-

¹⁹ Shigeto Tsuru, ed., *Has Capitalism Changed?* (Tokio, 1961).

trarrestantes que podrían neutralizar temporalmente las tendencias básicas que actúan hacia la crisis final. Argumentarían que lo que no se puede predecir con exactitud es la fecha de la crisis, pero no se discute su inevitabilidad. Tal calificación parece una falacia cuando consideramos un periodo de decenios y no de años. Ya han transcurrido cien años desde que Marx escribió; y casi medio siglo desde que Lenin escribió acerca de la víspera de la revolución socialista. Tal prolongación de la vida del capitalismo exige un análisis más minucioso de los cambios que han tenido lugar desde entonces.

La contradicción entre las crisis periódicas del capitalismo y su crecimiento secular se trata de resolver a veces teóricamente mediante una hipótesis explícita o implícita de que las crisis periódicas sirven en cierto modo para restablecer el equilibrio entre las infladas fuerzas productivas y el consumo restringido. Así, pues, Emile Burns escribe: «Puesto que las ganancias se convierten en medios de producción, aumentan la capacidad productiva y la producción actual; pero el poder adquisitivo de las masas del pueblo no aumenta en la misma proporción, y de este modo se crea una diferencia entre la producción y el consumo. Una

crisis altera esta situación, y elimina el exceso de una manera u otra...»²⁰ Esta es una hipótesis que necesita una discusión más amplia. Ahora, rechazando sencillamente esta hipótesis, señalaríamos meramente el hecho de que durante los últimos cien años hemos presenciado una vasta expansión en la capacidad productiva (y la producción) no sólo de los medios de producción sino también de los bienes de consumo. Correspondiendo a esta elevación en la producción de bienes de consumo, ha habido también una elevación en los ingresos reales del pueblo que ha hecho posible que los capitalistas realicen el valor de esta producción incrementada mediante la venta, y éste es el hecho que la teoría debe tener en cuenta y explicar.

Hay que agregar que el aumento en la capacidad de consumo se puede producir no solamente mediante el aumento de los salarios de los obreros empleados en la producción sino también mediante el incremento relativo del número de «obrerros no productivos», o sea, los que están empleados en la administración, las ventas, las finanzas, la publicidad, etc. También una parte de la capacidad produc-

²⁰ Marxism Today (marzo de 1958), p. 94.

tiva aumentada es absorbida por la cuantía creciente del gasto público y privado (una parte del cual está constituida por el empleo no productivo) que es tan característico del capitalismo contemporáneo. Así, pues, no debemos esperar que los aumentos de los salarios reales estén completamente a la altura de la productividad incrementada del obrero. Todo lo que se necesita para que la maquinaria del capitalismo mantenga su funcionamiento es que la elevación de los salarios reales sea suficiente para absorber lo que quede de la capacidad productiva desplegada. Baran cita estadística compiladas por el profesor Barger que demuestran que en el periodo de «1909 a 1956 ha habido una disparidad considerable entre el crecimiento de la productividad y la elevación de los salarios reales de los obreros de la producción. En tanto que el producto por hombre hora de los obreros de la producción ha aumentado en el transcurso del último medio siglo en un 277.1%, su remuneración real por hora ha aumentado en promedio un 230%...»²¹ El hecho que nos parece más impresionante en este caso es que realmente se haya logrado una actual elevación en los salarios reales, sin la cual sería inconcebible la expansión ulterior de la economía. Aquí entramos en el

tema verdaderamente espinoso de la teoría marxista de los salarios. Hace algunos años, Maurice Dobb criticó la «interpretación de la llamada 'Ley de la Depauperación Absoluta' que fue proclamada hasta hace muy poco por los economistas soviéticos...» (la cual es todavía defendida en Francia y ha surgido de tiempo en tiempo de manera casi incuestionable en los escritos marxistas en este país). «Mi opinión personal», —agregaba— «es que es sumamente dudoso que Marx hubiese tratado alguna vez de proponer una ley de salarios decrecientes (la ley de la Acumulación de Capital acerca de la cual habla en *El Capital* se refería al crecimiento del ejército de reserva industrial). Aunque lo hubiera hecho, seguramente habría sido el último en sugerir que cualquier tendencia como esa podría dejar de ser afectada por el resultado de la lucha clasista —por la acción económica y política del movimiento laborista.»²² En este caso los marxistas están cediendo ante el hecho de la elevación de los salarios reales. No obstante, hay que decir que la admisión de la po-

²¹ Paul Baran, "Reflections on Under-Consumption", Shigeto Tsuru, ed., op. cit., 152.

²² Maurice Dobb, "Some Economic Revaluations", *Marxist Quarterly* (enero de 1957).

sibilidad de un aumento en los salarios altera fundamentalmente las implicaciones del modelo marxista. Marx había argumentado que una elevación de los salarios induciendo a los capitalistas a recurrir a un grado más alto de mecanización causaría un desempleo tecnológico y de este modo engrosaría las filas del ejército de reserva industrial. Dio por sentado que la consecuente intensificación de la competencia por conseguir trabajo produciría nuevamente una caída en el promedio de los salarios. Sin embargo, este criterio sería modificado, no solamente si consideramos el papel del trabajo organizado en la defensa de los niveles salariales, sino también si postulamos una situación en que la acumulación se efectúa con bastante rapidez, de modo que los obreros desplazados vuelvan a ser empleados en una economía creciente. Además, el efecto de la mecanización incrementada y la consecuente elevación de la productividad permitirían un aumento en los salarios sin socavar la cuota de ganancia.

Las implicaciones de tal cambio en las hipótesis de la teoría marxista del desarrollo capitalista, que sólo tiene en cuenta la elevación de los salarios que acompaña al aumento de la productividad pero pasa por alto todos los demás aspectos en

que ha cambiado el capitalismo, son implicaciones de gran alcance. Por ahora tendríamos un sistema dinámico, con una rápida expansión de su capacidad productiva, en el cual la capacidad para consumir puede aumentar igualmente. Adoptar semejante criterio sería desconocer los otros muchos cambios que ha dado por resultado el funcionamiento del capitalismo monopolista desde los tiempos de Marx. Este es precisamente el tipo de error en que cae John Strachey,²³ porque lo esencial de su argumento es el reconocimiento de la capacidad de los obreros para lograr una elevación en los salarios. Pero deja de analizar los otros muchos aspectos del capitalismo contemporáneo que revelan sus otras contradicciones, las cuales son nuevas en muchos sentidos. Las deformaciones y el derroche que da por resultado un sistema en el cual el consumidor ya no es soberano sino un objeto de la manipulación individual y colectiva (es decir, mediante la asignación de los gastos públicos) de los que buscan mercados lucrativos, en que la determinación privada de los planes de producción y la asignación de la inversión imponen límites estrictos a su integración racional, y, sobre todo, en

²³ John Strachey, op. cit., cap. VII.

que las potencialidades plenas de los recursos de descubrimiento científico y desarrollo de la tecnología no se pueden concebir en toda su amplitud a causa de las necesidades de la competencia oligopolista, estos son los puntos a que debe dirigirse la crítica del capitalismo contemporáneo. Una de las aportaciones más admirables en este sentido es la obra de Paul Baran²⁴ que, pese a la adherencia de Baran a la tesis de la caída, expone las tendencias intrínsecas del capitalismo contemporáneo hacia el estancamiento y al mismo tiempo hacia la deformación de toda prioridad racional en la distribución de los recursos. En mi artículo *¿Can Capitalism Survive?* expuse una serie de argumentos complementarios que se deben tener en cuenta junto a la crítica de Baran.²⁵ No sugerimos que el capitalismo estará libre de crisis ya que dentro de su marco no se pueden concebir las condiciones postuladas en teoría para el logro de un crecimiento estable. Lo que sugerimos es que no hay necesidad de una gran crisis dramática que asegure el colapso automático del capitalismo. El cambio de perspectiva que hay entre la tesis de la caída y la tesis del estancamiento es importante para destruir ilusiones y optimismos. La tesis del estancamiento enfatiza mucho más la

movilización consciente del pueblo para producir el socialismo: las contradicciones del capitalismo no harán necesariamente el trabajo para nosotros.

V

¿Cuál es entonces el camino para la expansión imperialista si sostenemos ahora que la exportación de capital no es una condición necesaria para el mantenimiento del proceso de desarrollo capitalista y que sus condiciones para la expansión interna son suficientes para proporcionar una salida para el capital acumulado? La respuesta a esta pregunta hay que buscarla en la tendencia del capitalismo monopolista a desarrollarse y extender su dominio sobre todo el mundo capitalista y en la intensidad de la competencia oligopolista que exige tal expansión para la supervivencia de los gigantescos oligopolios. Aun cuando el capitalismo monopolista se desarrolla dentro de la economía nacional, destruyendo y absorbiendo las empresas menores, también se desarrolla hacia el exterior, repitiendo el mismo proceso en escala internacional. La tendencia a la

²⁴ Paul Baran, *The Political Economy of Growth*. (Nueva York, 1957).

²⁵ "Gordon Henderson" (Hamza Alavi), *Can Capitalism Survive?* *Universities and Left Review*, (verano de 1957).

exportación de capital no es más que una expresión de la expansión del propio capitalismo monopolista y su tendencia a dominar todos los mercados y las fuentes de abastecimiento de materias primas. El origen de la mayor cuota de ganancias y el incentivo para la exportación de capital radica en las condiciones de la propia explotación monopolista; no siempre ha de encontrarse en la diferencia de salarios que existe entre los países capitalistas avanzados y los países atrasados: la producción que se hace con salarios bajos no siempre es una producción poco costosa. Además, la adquisición de inversiones ultramarinas no es la única —y podemos decir que ni siquiera la principal— forma de penetración del capitalismo monopolista de los países capitalistas avanzados en otras economías mercantiles. Este ha desarrollado una variedad de instrumentos que ha sido capaz de poner en juego, especialmente mediante la maquinaria gubernamental que controla. La preocupación marxista por la exportación de capital ha sido responsable de la subestimación de la nueva importancia de estos otros métodos en la situación cambiante de hoy. En los últimos años se ha desarrollado la inversión ultramarina; la tasa de exportación de capital de

los principales países que lo exportan aumentó de 2 mil millones de dólares anuales en el período anterior a 1955 a 4 mil millones anuales en el período inmediatamente posterior.²⁶ Pero la dirección y la composición de esta salida de capital parece estar determinada por factores ajenos al incentivo de la explotación de mano de obra barata que caracteriza a la teoría leninista. Según la investigación de las Naciones Unidas mencionada anteriormente, solamente la mitad más o menos de la salida de capital en los últimos años se ha dirigido a «países subdesarrollados de ingresos bajos». De las inversiones en países subdesarrollados la parte del león es tomada a través de la industria petrolera y el «comercio», la mayor parte del cual representa nuevamente inversiones en la distribución del petróleo. En este campo, el bajo costo de los salarios es un elemento insignificante en las fabulosas ganancias que se extraen. Por lo demás, la norma tradicional para la inversión extranjera en las industrias extractivas, que era típica de una era anterior, aparece ahora principalmente en países como los de África, donde la extrema pobreza de los pueblos ofrece un mercado interno muy limitado

²⁶ The International Flow of Private Capital 1956-58, op-cit. p. 9.

para la explotación del capital monopolista. En ellos sigue teniendo validez lo que se ha dicho anteriormente acerca de los efectos de esa norma de inversiones extranjeras. Pero debemos añadir, que en el período actual es relativamente menor la importancia de tal inversión para el capitalismo monopolista. El rico y nuevo campo para la explotación radica en el creciente mercado interno de los países subdesarrollados que el capitalismo monopolista de los países avanzados siempre ha procurado apropiarse antes que permitir el desarrollo de la industria nacional. Esta expansión del comercio colonial tiene que efectuarse en la actualidad por un medio ambiente completamente nuevo, que requiere nuevas técnicas por parte de los monopolistas. Estos han recurrido a nuevas formas de inversiones y operaciones privadas e igualmente a nuevos tipos de relaciones económicas y financieras entre los gobiernos. Nuestro argumento se ilustra mejor si tomamos el ejemplo de la India como caso típico de la nueva norma, que ha emergido ahora, de la penetración del capitalismo monopolista y su dominio del creciente mercado de los países en desarrollo. La imagen popular de la India es la de un país democrático independiente que avanza hacia un

«patrón de sociedad socialista», que es el propósito declarado de sus dirigentes. La India ocupa una posición en el llamado «Tercer Mundo» como un modelo digno de emulación. Pero detrás de esta imagen halagüeña están los duros hechos de la concentración del poder y el dominio económicos en manos de monopolios extranjeros que ocupan posiciones estratégicas en la economía india.

El capital extranjero mantiene una posición en el sector incorporado de la economía india que es mucho más fuerte de lo que se supone generalmente. Según los cálculos del Dr. Mazumdar, del Instituto Estadístico de la India, el 33.2% de todos los valores del «sector organizado de negocios privados de la India eran atribuibles en 1953 a la inversión extranjera.²⁷ La Declaración sobre Política Industrial emitida en abril de 1948 había manifestado que, en el caso de las inversiones extranjeras» el mayor interés en propiedad y control debe estar siempre en manos de los indios». Esto, sin embargo, fue modificado por la estipulación de que «se tomarán medidas para tener en cuenta casos excepcionales que se consideren beneficiosos para

²⁷ Dr. H. Mazumdar, *Business Savings in India* (Bombay, 1959) p. 73, cuadro 8, renglón 4.

el interés nacional». Parece que esta estipulación se ha convertido en una cláusula de escape universal porque solamente un 13% de todas las inversiones extranjeras en la India estaba controlado por compañías indias.

El 60% de ellas estaba en sucursales de compañías extranjeras y otro 26% estaba en compañías de propiedad y control extranjeros.²⁸ En cuanto a esta última fracción, observamos en los datos del Banco de Reserva de la India que la participación india en tales compañías era insignificante. Las compañías poseedoras de un 59% de todo el valor en acciones de las compañías controladas desde el extranjero eran de propiedad extranjera en un ciento por ciento. Las compañías poseedoras de otro 33% del valor total en acciones correspondían entre el 40 y el 99% a propiedades extranjeras. El hecho importante que hay que considerar actualmente acerca de la inversión extranjera en la India es el cambio que se ha efectuado de la antigua norma a la nueva. Así, según las cifras ofrecidas por Nurul Islam, el 75% del capital extranjero en India y Ceilán estaba en las industrias extractivas (el 60% de las cuales eran plantaciones). Sólo el 3.7% de todas las inversiones extranjeras estaban en «empresas comerciales e industria-

les» pero la inversión en la «industria» estaba entonces fuertemente concentrada en la industria de Yute.²⁹ Pero, si volvemos a la situación contemporánea, encontramos que en 1956, nada menos que el 36% del total de las inversiones extranjeras estaban en la manufactura y otro 35% en el comercio (pero cuatro quintos de éste, es decir el 20% del total estaba en la distribución petrolera). Las plantaciones equivalían solamente al 20% del total, los servicios públicos al 13% y el resto, incluyendo la minería, equivalían al 2%.³⁰ Esto es un contraste completo de las antiguas normas. Pero, la naturaleza precisa de la inversión extranjera en la «industria» requiere un examen más amplio antes de que lleguemos a cualesquier conclusiones.

«Toda la industria pesada y la mayor parte de la industria de bienes de consumo de tipo occidental estaban siendo organizadas en la India con capital extranjero o colaboración técnica extranjera. Pero la empresa de la India estaba trabajando e invirtiendo en tipos más viejos de industria: aceite, leche,

²⁸ Ibid, cuadro 8, renglón 5.

²⁹ Nurul Islam, *Foreign Capital and Economy Development: Japan, India and Canada* (Tokio, 1960), p. 84.

³⁰ Reserve Bank of India Bulletin (septiembre de 1958), Declaración IV, p. 1019.

alijo de algodón, tejido e hilados». Esta fue la conclusión a que arribó Daniel Spencer después de su estudio del capital extranjero y las empresas mixtas en la India.³¹ Sin embargo, refiriéndose a la investigación del consulado norteamericano, Spencer agregaba: «la necesidad de frustrar las regulaciones de control de las importaciones indias se consideraba como el móvil primordial para la inversión conjunta... Muchas de las firmas manufactureras norteamericanas no están tan interesadas en el envío de ganancias como en la venta de la materia prima que es importada de los Estados Unidos como ingrediente básico de su producto. El propósito general no es por tanto maximizar los dividendos que pueda pagar la sucursal india sino maximizar el mercado para el producto manufacturado a fin de que la compañía matriz en los Estados Unidos pueda maximizar su producción».

Esto no quiere decir, por supuesto, que las ganancias obtenidas por el capital extranjero en la India fuesen insignificantes. El total de las ganancias realizadas por las empresas extranjeras en el período de 1948 a 1955 ascendió a 4,170 millones de rupias, que, comparados con el total de las ganancias obtenidas en el resto del «sector incorporado», que ascendieron a 12,460

millones de rupias, dan por resultado que las empresas extranjeras se apropiaron de un cuarto más o menos del total de las ganancias de dicho sector de la economía.³²

Además, esta cifra excluye las «inversiones de portafolio» extranjeras. El hecho de que Spencer haya indicado que la obtención de ganancias no es el propósito principal de las empresas extranjeras que operan en la India no quiere decir, desde luego, que las ganancias de por sí no significan nada, sino que las «ganancias» obtenidas por las sucursales y subsidiarias en la India son solamente una parte y una pequeña parte, de la ganancia total derivada de la operación.

Pero el aspecto más importante de la penetración neocolonialista en la India no es el incremento de la inversión directa ni el desarrollo de sucursales y subsidiarias de monopolios extranjeros, a pesar de la gran significación de estos factores. El nuevo rasgo más importante es la expansión mucho mayor que ha tenido lugar en sociedad con los grandes negocios de la India. La clave para la comprensión de este nuevo aspecto radica en el hecho

³¹ Daniel Spencer, *India, Mixed Enterprise and Western Business* (La Haya, 1959), p. 152.

³² Mazumdar, *op. cit.*, p. 112, cuadro 26 (y nota al pie) y apéndice XI.

de que la parte más lucrativa de la operación consiste en el establecimiento de un mercado para los artículos manufacturados en el país metropolitano y de un sistema de retribuciones y derechos que exigen el pago por «servicios técnicos», el uso de patentes y marcas registradas, etc. Verdaderamente, estos otros beneficios son tan grandes que incluso un cuarto del total de ganancias obtenidas en comparación con el sector incorporados de la economía india son considerados relativamente insignificantes. Desgraciadamente no existen estimados de la magnitud de tales beneficios obtenidos por el capitalismo monopolista, ni es fácil inferir dichos beneficios de las estadísticas disponibles.

Pero el hecho de que existen y son extremadamente grandes lo confirman los propios negocios extranjeros, que saben cuánto significan para ellos estos otros beneficios.

Con respecto a la inversión extranjera en sociedad con los negocios indios como «la norma más moderna de inversión en la India», escribe Daniel Spencer, que ha hecho un estudio especial de tales inversiones: «Aquí predominan los intereses indios, y los intereses extranjeros aportan una pequeña parte del capital. La pequeña parte del capital es probablemente el pago de la provisión de maquinarias y

servicios técnicos. En realidad, el arreglo puede ser considerado como una prolongación del contrato de asistencia técnica... Las ventajas de tal arreglo son las de tener una base en el mercado indio. La corporación extranjera hace dinero en el contrato como abastecedora de asistencia técnica y equipos y tiene una ventaja sobre los competidores en la obtención de nuevos contratos».³³ La palabra «predominante» en este contexto no se puede referir más que a la proporción en la propiedad de acciones. Porque, dada la índole de las circunstancias, son las compañías indias las que, por su propia existencia, resultan parcialmente dependientes de la continuación de los acuerdos que han hecho con los monopolios extranjeros para el uso de patentes, suministro de componentes y servicios materiales y técnicos. El objeto de los tenedores extranjeros de acciones nominales no es por cierto la pequeña cuantía de los dividendos que pueden percibir. Más bien les interesa el derecho que tiene el monopolio extranjero, generalmente como parte del acuerdo, a nombrar un director que defienda sus intereses.

Por la misma naturaleza de las inversiones extranjeras de este nuevo tipo, su importancia sobrepasa ex-

³³ Daniel Spencer, op. cit., p. 201-2.

cesivamente su valor nominal. Las estadísticas de tales inversiones son por tanto de un orden muy diferente y no tiene sentido compararlas con la magnitud de la inversión nacional en la India o con el valor de los tipos tradicionales de inversión extranjera que existen todavía en dicho país. Por lo tanto, si tomamos las estadísticas al pie de la letra, el valor activo de las acciones atribuibles a extranjeros en compañías controladas por indios ha sido computado por Mazumbar como el 13% del total de las inversiones extranjeras en la India en 1953.³⁴ Asimismo, el valor de tal inversión extranjera como proporción del activo total del «sector de negocios organizados en la India» en 1953 ha sido computado por Mazumbar como el 4.36%.³⁵ Pero la cuantía de las operaciones que son posibles mediante tal tenencia de acciones se refleja realmente en los activos totales de las compañías indias que se despliegan en la operación.

El capital extranjero que posee una minoría de acciones en las compañías indias tiene una sociedad bien establecida con los mismos grandes negocios de la India. El grado de concentración monopolista en la economía india es también una fuente de fuerza para los grupos monopolistas extranjeros que están detrás de los monopolios indios. El rá-

pido crecimiento de la concentración monopolista en la India ha sido comentado frecuentemente, lo mismo por expertos que por profanos.³⁶ Sin embargo, sólo en años recientes ha empezado la situación a ser analizada metódicamente, y es mucho lo que todavía falta por hacer.³⁷ Los nombres de los grandes monopolios indios son nombres nacionales: Tata, Bira, Dalmia, Mafatlal, Walchand, Mahindra, Bird-Heilgers, Sahu-Jain, Bangur, Singhanian, etc. Hazari ha explorado las ramificaciones de las 491 compañías controladas por cinco de estos grupos que se consideran como casos típicos del capitalismo monopolista indio.³⁸

³⁴ Mazumdar, op. cit., p. 73, cuadro 8, renglón 5 (d).

³⁵ Ibid., p. 72, cuadro 8, renglón 1 (i).

³⁶ Véase, por ejemplo, Memorandum sobre "Socio-Economic Implications of the Existing Institutional Structure in Modern Business in India", por el profesor D. R. Gadgil, Papers Relating to the Formulation of the Second Five Year Plan (Gobierno de la India, Comisión de Planificación, Nueva Delhi, 1955).

³⁷ Véase, por ejemplo, de R. K. Haari, "Ownership and Control: A Study of Inter-Corporate Investment", en Economic Weekly (Bombay, 26 de noviembre de 1960, 3 de diciembre de 1960, 10 de diciembre de 1960 y 18 de febrero de 1961). De R. K. Nigam y N. C. Chaudhuri, The Corporate Sector in India (Nueva Delhi, 1961).

Del Dr. Nabagopal Das, Industrial Enterprise in India, tercera edición (revisada) (Nueva Delhi, 1961).

³⁸ Hazari, op. cit., 26 de noviembre de 1960, p. 1915, y 3 diciembre de 1960, p. 1756.

Estas 491 compañías tenían un capital en acciones de 1,545 millones de rupias y activos totales que ascendían a 8,209 millones. Hazari menciona los nombres de otros cinco grupos no incluidos en el estudio y añade que «no sería sorprendente si otros grupos aparte de los que se estudian aquí aparecieran también con influencia y control sobre un área correspondiente amplia de la actividad incorporada».³⁹

Así, el total de los activos controlados por diez grupos monopolistas en la India se puede considerar que andan por los alrededores de 16 mil millones de rupias. Esto resultaría por cierto una enorme tajada de todo el sector incorporado. Aunque no disponemos de cifras estrictamente comparables, podemos hacernos una idea de la posición relativa de los grupos monopolistas comparando su activo total estimado en 16 mil millones de rupias con la cifra de 22 mil millones de rupias que fue el total estimado para todas las compañías anónimas conjuntas de la India en 1953, según los cálculos de Mazumdar.⁴⁰

En las compañías de los cinco grupos monopolistas examinados por Hazari, había acciones por valor de 45.4 millones de rupias que eran propiedad de compañías extranjeras y otros 12.5 millones poseídos por accionistas individuales extranjeros.

En el caso de las compañías industriales de los cinco grupos el promedio de las acciones extranjeras asciende a 3.4 por ciento del total. Este es un promedio general; la efectiva participación extranjera en compañías particulares puede muy bien ser mayor. Pero lo que tiene importancia no es la magnitud relativa de la propiedad extranjera de acciones sino el grado de control extranjero existente. Después de todo, tales inversiones extranjeras no están motivadas simplemente por una participación en los dividendos.

Donde existe la propiedad extranjera de acciones, la posición del inversionista extranjero es reforzada por las estipulaciones de los acuerdos entre las compañías. El grado resultante de control extranjero no guarda proporción con el promedio de las acciones de propietarios extranjeros. Tal participación multiplica así la efectividad de la real inversión extranjera porque está asociada con una gran cantidad de capital indio que está a su servicio. El valor activo total de las inversiones extranjeras en la India (en 1953) ha sido calculado por Mazumdar en 9,210 millones de rupias. De estos, no hay más que 1,210 que se atribu-

³⁹ Hazari, op. cit., p. 10 de diciembre de 1960, p. 1803.

⁴⁰ Mazumdar, op. cit., p. 72, cuadro 8, renglón 1 (c).

yen a las acciones poseídas por extranjeros en las compañías controladas por indios. Pero esta última cifra se multiplica efectivamente en asociación con el capitalismo monopolista local. Lo que determina la magnitud de las operaciones que proporcionan grandes ganancias al capital extranjero es el total del capital empleado, tanto la cantidad del capital extranjero como el capital indio asociado con él.

Así, pues, el cuadro leninista del capital extranjero que se invierte en las regiones subdesarrolladas principalmente para aprovechar la mano de obra barata, etc., no es en modo alguno el cuadro típico de la nueva norma que surge en la actualidad.

En cambio, el capitalismo monopolista de los países avanzados prefiere desarrollar la capacidad productiva en su propio país, donde por muchas razones es más segura y económicamente más ventajosa para él. En lugar de ello, trata de extender su dominio hacia el exterior a fin de establecer mercados cautivos. Trata de frustrar cualesquier esfuerzo verdadero que hagan los países subdesarrollados por avanzar hacia la industrialización, lo que afectaría la explotación segura de esos mercados por el capitalismo monopolista. En la medida en que no puede evitar el avance hacia la industrialización, trata de contener el impulso hacia

él y de asegurarse para sí una participación en lo que no puede impedir. Pero la naturaleza de esa participación es tal que en realidad socava el avance ulterior. Porque el hincapié se hace en las plantas de montaje y envase de productos extranjeros, que con tanta frecuencia llevan la falsa etiqueta de establecimientos manufactureros. Esto obstaculiza efectivamente las medidas que se adoptan para proteger la industria nacional y ofrecer incentivos para el desarrollo industrial en los países subdesarrollados.

Sería un error subestimar el progreso muy real que se ha hecho en la India desde la independencia. Pero sería un error aun mayor desconocer o subestimar el impulso continuo y renovado que lleva hacia el exterior al capitalismo monopolista de los países avanzados y la posición poderosa y estratégica que éste ocupa en la economía india. La suprema expresión del pensamiento progresista de la India hacia una política de desarrollo independiente fue la publicación del «Plan Frame» de Mahalanobis⁴¹ en marzo de 1955, que habría de ser la base del Segundo Plan Quinquenal. Pero con el fuerte ataque lanzado sobre las propuestas de Mahalanobis, por los grandes ne-

⁴¹ Papers Relating to the Formulation of the Second Five Year Plan op. cit., pp. 35-68.

gocios indios como desde el exterior, comenzó la retirada que ha continuado sin cesar desde entonces. El Segundo Plan Quinquenal, aunque superior al primero, fue una versión desfigurada de las proposiciones originales. Sin embargo, el mayor éxito de los grandes negocios consistió en socavar la realización del Plan. Un golpe final a todo lo que quedaba de una política económica progresista fue asestado por fin durante el último año y medio en que la derecha esgrimió como arma principal la excitación de la histeria antichina y antipakistana, y los esfuerzos gubernamentales tendientes a seguir desarrollando la industria básica fueron (y todavía son) desviados por la insistencia de que el gobierno debe concentrarse en la defensa y la producción para la defensa. Por eso Romesh Thapar, editor de *Seminar*, escribió en *The Economic Weekly*:

«El sector privado, todavía predominante en la economía, hizo que el desarrollo planificado y la ayuda extranjera se pusieran al servicio de su afán de ganancias, desviando los fondos del desarrollo fundamental hacia la producción de bienes de consumo carentes de prioridad. Esta tendencia, que ya se observaba a mediados del Segundo Plan Quinquenal, se hizo más acentuada cuando se lanzó el Tercer Plan (1962-67).»⁴²

Thapar se refiere a los verdaderos temores del «sector privado organizado que trama un compromiso militar, completo y voluntario, con Occidente»: el temor es por el movimiento del pueblo indio hacia el socialismo. Agrega: «La tentativa desesperada de escapar a este hecho brutal se ve en el esfuerzo por estimular a los inversionistas extranjeros a penetrar la India en sectores hasta ahora vedados para ellos mientras el sector público se concentra en los armamentos». *The Economic Weekly* comentaba con tristeza el hecho de que, aunque la India ha recibido una ayuda económica que es muy superior a la que ha recibido la China en todos los tiempos, «con una producción de acero inferior a la de la India en 1953, China está produciendo ahora cerca de 15 millones de toneladas de acero en tanto que la India produce menos de 4 millones, y su producción de carbón es actualmente de 350 millones de toneladas contra la de la India de 60 millones. Y, sobre todo, pese a lo que se dice de su penuria e inanición, lo cierto es que la disponibilidad de alimentos per cápita es más elevada en la China que en la India y que es distribuida de un modo mucho más equitativo, lo que

⁴² Romesh Thapar, "Under-development. Non-Alignment Or...", *Economic Weekly* (30 de noviembre de 1963).

no deja de tener importancia desde el punto de vista del potencial defensivo de la India».⁴³

El desarrollo independiente está siendo minado no solamente por la acción de la inversión extranjera privada, sino por otras técnicas que han adquirido una importancia mucho mayor para el neocolonialismo. En efecto, con el fin del dominio colonial directo, el rasgo más notable de la situación de posguerra ha sido la aparición de la ayuda extranjera, con el propósito aparente de ayudar a los países subdesarrollados en su camino hacia el desarrollo económico, como la base principal de las relaciones entre los países capitalistas avanzados y los países excoloniales. Strachey se equivoca por completo cuando, criticando a Baran, exclama: «Pero después de todo, por primera vez en la historia, mucho ha sido el dinero que los países ricos han dado verdaderamente a los países pobres con el expreso propósito del desarrollo. Es perverso no hacer distinción entre, digamos, los dineros proporcionados bajo el Plan Colombo, o el programa norteamericano de Cuatro Puntos, y la inversión imperialista tradicional de las empresas privadas».⁴⁴ La crítica que suele hacerse es que la cuantía de la ayuda es inadecuada y que gran parte de ella va a parar de todos modos a países desarrollados

(lo que plantea la cuestión de los beneficios de la ayuda administrada por el capitalismo monopolista), que una gran proporción de ella es ayuda militar, que una gran parte sirve para mantener en el poder a gobiernos reaccionarios, que la ayuda económica se utiliza en gran parte para proporcionar la infraestructura para inversiones extranjeras más lucrativas, y así sucesivamente.⁴⁵ Un punto adicional de la crítica comunista es que se otorga más ayuda «porque los países socialistas están concediendo ahora asistencia económica a los países subdesarrollados en un grado que ya es alto y sigue elevándose».⁴⁶ Esta crítica omite toda la cuestión del modo en que el proceso de la administración de la asistencia extranjera establece una compleja serie de operaciones que están integradas con las operaciones de los negocios del capitalismo monopolista y le permiten penetrar la economía de los países que reciben la ayuda de una manera que le asegura la parte del león en las inversiones de desarrollo que, en términos comple-

⁴³ "Third Plan and Defence", *Economic Weekly*, Número Anual (febrero de 1963).

⁴⁴ John Strachey, op. cit., p. 199.

⁴⁵ Véase, por ejemplo, de Barratt Brown, op. cit., pp. 206-8; Indris Cox, *Empire Today*, 1960, pp. 18-19.

⁴⁶ *Marxism Today* (julio de 1961).

tamente monopolistas, se hacen en el país. Con la colaboración de Amir Khusro, he examinado estos procesos en lo referente a la ayuda de Estados Unidos a Pakistán bastante detalladamente en nuestra publicación «Pakistan Today» (otoño de 1961).⁴⁷ No es posible resumir aquí los muchos aspectos de la administración de la asistencia. Pero la clave de todo el proceso radica en el hecho de que en virtud de un pequeño «componente de la asistencia» en todos los proyectos de desarrollo, el grueso del dinero para los proyectos cae bajo el control de la Aid Mission que tiene autoridad sobre su realización en todas las etapas. Los expertos que asisten a la Misión, al igual que los que son enviados en Programas de Asistencia Técnica, son empleados de grandes corporaciones, que prestan sus servicios por breves períodos. Mediante ellos, y también por medio de su gran influencia con el aparato gubernamental, tanto de Estados Unidos como del país que recibe la ayuda, los grupos monopolistas norteamericanos tienen la posibilidad de asegurar su control sobre la distribución de una enorme cantidad de fondos destinados a proyectos de desarrollo. Por estos medios pueden evitar que otros grupos monopolistas tengan una participación en el dinero que se invierte, y pueden im-

poner condiciones a un país que recibe ayuda monopolista que hagan que el país tenga grandes pérdidas a causa de los precios de monopolio que tiene que pagar, pérdidas que equivalen y sobrepasan al beneficio de la ayuda. Aún más, la pérdida real es infinitamente mayor cuando una gran parte de la «ayuda» se otorga en forma de mercancía sobrante que, en algunos casos, son tan pocos deseadas por el país receptor como por los Estados Unidos. Por esa razón, tal «ayuda» es defendida con fundamentos financieros espurios. En realidad ataca fuertemente a los recursos en divisas extranjeras del país receptor mediante los gastos generados por ella misma. Resulta extraño, en el caso de Pakistán, que éste recibe una considerable proporción de la Ayuda Militar en forma de mercancías agrícolas sobrantes, pero que genera gastos por los artefactos militares que son revertidos a la economía norteamericana. El procedimiento consiste en que Pakistán paga en rupias el trigo sobrante, por ejemplo, que recibe en programas de ayuda mercantil. Entonces Estados Unidos pone algunos de los fondos en

⁴⁷ Hamza Alavi y Amir Khusro. "The Burden of U. S. Aid", *Pakistan Today* (otoño de 1961), reimpresso en *New University Thought* (otoño de 1962); véase también, de Hamza Alavi, "U. S. Aid to Pakistan; an Evaluation", *Economic Weekly*, Número Especial (julio de 1963).

rupias a disposición del Ministerio de Defensa, que utiliza estos fondos para adquirir dólares que le sirvan para hacer compras en Estados Unidos.

Para resumir, nos encontramos con que el propósito principal del neocolonialismo o el nuevo imperialismo no es la exportación de capital como un medio para explotar mano de obra barata en ultramar. Es más bien el de conectar inversiones en su propio país para desarrollar la producción en el mismo, y el de buscar el dominio de los mercados del mundo, de los cuales se apodera por diversos métodos —la inversión ultramarina y la ayuda son instrumentos que emplea en la persecución de este propósito. Las excepciones de esta regla son las grandes inversiones extranjeras en las industrias extractiva, especialmente en la producción de petróleo, que son de particular importancia en ciertas regiones del mundo. Pero la nueva norma tiende a imponerse incluso cuando el proceso de desarrollo comienza a agrandar los mercados de los países subdesarrollados. En cuanto a la exportación de capital, tenemos que las inversiones ultramarinas son financiadas en gran parte por la reinversión de las ganancias extraídas de ultramar, y la salida de cualquier capital de los países metropolitanos está compensa-

da con creces por la entrada de las ganancias extraídas de ultramar. Por lo que respecta a la magnitud de este «tributo», los beneficios de las sucursales ultramarinas, etc., no dan ni con mucho la medida de la cantidad de excedente que se extrae realmente, porque la mayor parte de éste se revierte en los precios de monopolio de las mercancías vendidas y en forma de derechos, comisiones, gastos de administración y otros «servicios».

En los países metropolitanos, la nueva situación se caracteriza por el estancamiento más bien que por la inminencia de una caída. Por otra parte, en los países subdesarrollados, los difíciles problemas de la lucha por la liberación nacional han cedido su lugar a una división de las fuerzas de clases. Para afrontar la nueva situación, los neocolonialistas tratan de asociar a sus actividades algunos sectores de la burguesía local y los terratenientes ricos, como una medida de seguridad política.

Por otra parte, tratan de mantener su propia autoridad independiente frente a estos elementos mediante la manipulación y el control del aparato estatal en los nuevos estados.

Esto lo hacen no solamente por medio de la subversión política (con la guerra fría como su arma principal) sino también, y (más directamente, por la corrupción de los bu-

rócratas y los oficiales de las fuerzas armadas (a quienes les crean intereses en la nueva estructura), y también mediante la utilización del poder y la influencia del estado metropolitano. La concentración de poderes en manos de los burócratas, un ejército poderoso atado al estado metropolitano por medio de una compleja red de operaciones de «ayuda» y una proliferación de asesores extranjeros que se introducen en el gobierno de los nuevos estados a todos los niveles, son factores que contribuyen a mantener la autoridad del capital monopolista que opera en los nuevos estados. La lucha política que existe en los nue-

vos estados contra el nuevo imperialismo está minada hasta el extremo de que persisten las ilusiones acerca de la necesidad que tienen sus economías de capital extranjero y de la aparente generosidad de las potencias metropolitanas al conceder «ayuda». Pero a medida que en los nuevos estados se desarrolla el movimiento por una radical transformación social y un avance hacia el socialismo, el papel del nuevo imperialismo se hace cada vez más evidente y la lucha en contra suya se convierte en una parte integrante de la lucha por el socialismo.

«The Socialist Register», 1964.

La izquierda sin sujeto

LEON ROZITCHNER

«En tanto que nosotros les decimos a los obreros: 'Vosotros tendréis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y guerras nacionales, no meramente para cambiar vuestras condiciones, sino con el fin de cambiaros vosotros mismos y volveros aptos para el poder político'».

Marx, 15 sept. 1850.

La rigidez no es un atributo sólo de la derecha, así como el realismo, no es una virtud que convenga siempre a la izquierda. Es fácil verificarlo: los que están a la izquierda —muchos de ellos— se complacen en hablar de las «leyes de la dialéctica», de las «leyes del desarrollo económico», de las «leyes de la lucha de clases» y de la «necesidad histórica de la Revolución», todo lo cual encuentra su término en una certeza final: el necesario tránsito del capitalismo al socialismo. La lógica es aquí de hierro: cada revolución que triunfa confirma el deter-

minismo de la historia. Pero ¿esta certeza es para nosotros suficiente? Porque, cabe preguntarse: cada revolución que no llega a realizarse, cada revolución que fracasa, ¿qué determinismo niega? ¿a cuenta de qué irracionalidad debe ser colocada? ¿Quiere decir, en resumidas cuentas, que no era entonces necesaria?

No es que queramos convertirnos en una excepción a la ley histórica. Sucede solamente que por ahora nuestra propia realidad nacional, así ordenada y regulada por esa necesidad teórica a la que también estaríamos sometidos, se niega tenazmente a seguirla sin más, para certificar lo cual basta una mera inspección de lo que a nuestro alrededor aparece dado. Pero lo dado, a pesar de que su rostro no sea el que promete la esperanza que racionalmente depositamos en él, para el op-

timismo, obcecado de cierta izquierda tiene necesariamente que dejarse regular por estas leyes y esta necesidad exterior la cual, sin embargo, no alcanzamos a ver ni cómo ni cuándo orientarán y dirigirán un proceso que nada por ahora anuncia. ¿Deberán ellos, los optimistas, quedarse empecinadamente con la racionalidad, para permanecer nosotros, que señalamos la carencia, atados a lo irreductible, a lo irracional? El punto común de partida es el siguiente: el «debe-ser» está, por definición, en este ser actual.

Hasta aquí se justifica la confianza en la razón. Pero confesemos lo que ellos no se atreven, lo que nos falta para dar término al proceso: que no sabemos cómo ponerla en marcha, cómo hacer para hacernos cargo y cumplir esta obligación de cuya realización estamos, unos y otros, todos pendientes.

Para salvar el escollo parecería que esta izquierda optimista también está teóricamente a cubierto y tiene a las «leyes de la dialéctica» de su lado: ¿acaso no hay —se dice— salto cualitativo del capitalismo al socialismo? Pero ni tanto ni tan poco: ese salto no es un brinco que, con la imaginación vayamos a pegar sobre el vacío. Ese salto imaginado es un tránsito real que, de no ser enfrentado, encubre con su vacío el trabajo y la reflexión que todavía

no fuimos capaces de crear. Constituye, digámoslo, el núcleo de irracionalidad vivida que nuestra izquierda es todavía incapaz de reducir, de convertir en racional.

Para no perturbar la certidumbre racional en la que se apoya la ineficacia de izquierda, y que de alguna manera nos alcanza su propio consuelo, ¿deberemos acaso ocultar el abismo que separa nuestras esperanzas de una realidad que no se deja guiar, lo comprobamos a diario, por el modelo con el que la pensamos? Porque el fracaso y los zig-zag de la izquierda, los seudopodios que emite hacia afuera para reconocer sus posibilidades de acción, la heroicidad individual o de grupo que segrega e intenta iniciar el proceso por su cuenta, vuelven a señalar la carencia de una elaboración común, de un sentido pensado en función de sus fuerzas y de su realidad: sacrificio estéril que puede ser grato al auto-aprecio que tenemos para con nosotros mismos, pero no ante la objetividad precisa de los hombres.

El hecho al cual llegamos, por demás decepcionante, es éste: por más que juntemos todas las racionalizaciones parciales de la izquierda, con todas ellas no hacemos una única racionalidad valedera. ¿No será esta inadecuación la que impide que la

realidad vaya a la cita que nuestra racionalidad quiso darle?

Debería ser evidente que las interpretaciones teóricas reducidas a lo político-socio-económico, no bastan para justificar el hecho de que la revolución, tan esperada entre nosotros, no haya acudido a las innumerables citas que la izquierda le dió. Todas éstas son explicaciones en exterioridad, donde la distancia que media entre el contenido «objetivo» —datos económicos, políticos, históricos, etc.— hasta llegar a la densidad de nuestra realidad vivida, deja abierto un abismo de incompreensión que no sabemos cómo llenar. ¿Qué agregará a la necesidad ya descubierta a nivel teórico en la experiencia histórica del marxismo para que sea efectivamente necesaria? ¿Cómo llenar ese déficit de realidad por donde las fuerzas represivas y la inercia de la burguesía desbaratan, entre nosotros, toda teoría revolucionaria? ¿Cómo producir esa síntesis que nos lleve al éxito, cuya fórmula racional el apriorismo revolucionario parecería habernos dado, pero que no nos llega con los detalles precisos que permitan encaminarla en la sensibilidad de nuestro propio proceso social? El problema sería éste: el marco «formal», teórico, de la revolución socialista, que juega para nosotros como un «a priori» —puesto que no surgió de nuestra expe-

riencia sino de otra ajena— está ya dado, para todos, en su generalidad.

Pero su necesidad efectiva sólo aparecerá para nosotros «a posteriori», cuando nuestra experiencia lo certifique: cuando realmente la revolución se haya realizado. Pero si vamos viendo que la racionalidad ya dada, tal cual la recibimos, no nos sirve para hacer el pasaje a la revolución ¿para qué confiar en ella, podría preguntarse, puesto que sólo se la descubriría como necesaria sólo una vez que la revolución fuese hecha, pero mientras tanto no? Entre lo pensado y lo real estamos nosotros, absortos en el pasaje. Así sucede con la «novedad» que nos sorprende en cada revolución inesperada: estalla allí donde la necesidad racional, en la forma general con que la utilizamos, no establecía la imperiosidad de su surgimiento. ¿Cómo, entonces, fue posible? ¿Fue la suya una irrupción contra la razón? Y si no, ¿quién creó la nueva racionalidad de ese proceso innovador? ¿Cómo fue posible que nuestra racionalidad no lo contuviera?

Se entiende que con esto no queremos negar la racionalidad marxista; sólo queremos mostrar que una racionalidad a medias es a veces más nefasta que la falta completa de racionalidad. Y por eso nos preguntamos: ¿no será que pensamos la revolución con una racionalidad

inadecuada? ¿No será que vivimos la racionalidad aprendida del proceso revolucionario fuera del contexto humano en el que la racionalidad marxista desarrolla su pleno sentido? ¿No será que estamos pensando la razón sin meter el cuerpo en ella?

La pregunta que me planteo, necesariamente teórica, es entonces ésta: ¿de qué modo comenzar a comprender esta realidad, de qué modo modificarnos para hacer surgir en su seno ese futuro revolucionario que, preciso será reconocerlo, somos por ahora tan incapaces de promover como de despertar en los demás?

¿Cómo hacer para que lo que cada uno de nosotros asimila de esta realidad cultural nos hable, nos forme, nos prepare como hombres incompatibles con esta realidad misma que sin embargo nos constituye? El problema es temible: ¿cómo poder producir nosotros lo contrario de lo que el capitalismo, con todo su sistema productor de hombres, produce? Dicho de otro modo: ¿cómo remontar la corriente de la disolución, esta degradación de lo humano que parece estar inscripta en la necesidad de su desarrollo? ¿Cómo introducirnos nosotros en ese breve margen que, entre sístole y diástole, se abre en cada hombre como para que la revolución sea sentida como su propia necesidad?

I

Tratemos, a partir de este planteo, de comprender sintéticamente el problema que enfrenta toda «cultura revolucionaria». Si el objetivo que se persigue es la formación de hombres adecuados al trabajo de realizar la revolución, debemos entonces proponer algunos supuestos básicos que no se detengan sólo en el plano político sino que deben alcanzar también al sujeto que interviene en él.

- 1) La cultura capitalista es desintegradora, a nivel del individuo, del proceso de integración que, en niveles parciales, promueve.

Esta distancia que media entre lo que el sistema de producción hace, y lo que el individuo conoce, le introduce este carácter disolvente de su propio sentido. A nivel individual significa que el proceso social, que se realiza merced a la contribución de todos los hombres que forman parte del sistema de producción, no puede ser aprehendido ni pensado en su unidad por ninguno de ellos: sería revelar el secreto de su desequilibrio y de su aprovechamiento.

Pero esta unidad real que se oculta y se deforma exige, para desarrollar sus contradicciones y objetivarse para los hombres, la toma de conciencia de quienes la integran. Mas

sucede que el sistema también formó al sujeto mismo que debe pensarlo. La tarea no es simple: para lograrlo es preciso vencer el determinismo de clase que lo abstraigo al hombre de su relación con la totalidad del proceso: devolverle lo que el sistema le sustrajo. La eficacia que buscamos para actuar dentro del sistema capitalista requiere tornar evidente la estructura del campo total en el cual cada acto se inscribe.

- 2) Las «soluciones» capitalistas mantienen la persistencia en el desequilibrio y la desintegración.

Esta necesidad de superar la contradicción en la que los individuos de una clase se encuentran respecto de otra, se halla sometida a formas de solución oficiales, respecto de las cuales las verdaderas soluciones aparecen como clandestinas y fuera de la ley. Las soluciones ratificadas por la cultura burguesa, adecuadas a sus categorías de ordenamiento y de acción, son las que mantienen, en vez de resolver, estos desequilibrios. El individuo sometido al sistema de producción capitalista —producción de objetos tanto como producción de ideas— encuentra preformados en la cultura que se recibe —en sí mismo— aquellos modelos de solución que vuelven nuevamente a sumirlo en el conflicto y a condenarlo a la frustración y a la falta de salida.

- 3) La desintegración producida por el sistema capitalista forma sistema con el hombre desintegrado en el cual el capitalismo se objetiva.

Desintegrar al hombre significa introducir en él, como vimos, la imposibilidad de referirse coherentemente al mundo humano que lo produjo. Es, por otra parte, impedirle tomar conciencia de su propia unidad como centro integrador de toda referencia al sistema que sin embargo pasa por él. El hombre escindido de la cultura capitalista —en cuerpo y espíritu, en naturaleza y cultura, en oposición a los otros, y todo dentro de sí mismo— sólo puede adaptarse y establecer escindidamente su coherencia con la estructura del mundo burgués al cual refleja. Esta falsa coherencia, la única ofrecida como posible, deja fuera de sí, como ilícita, la única esencialmente humana: la que se basa en el reconocimiento del hombre por el hombre. Algunos niveles de este proceso de sometimiento están ya sujetos a la crítica, —por ejemplo, en la estructura económica, política,— pero aquí mantienen su sentido sólo dentro de la abstracción científica capitalista, sin sintetizarla a nivel humano. Por el contrario, en otros niveles este trabajo crítico todavía no fue hecho: aquél, por ejemplo, que analice la correspondencia y la homo-

geneidad que existe entre a) el individuo producido por la cultura burguesa y b) las formas justificatorias del proceso de explotación que esa cultura adopta a nivel de las formas de la afectividad, de las categorías de la acción y del pensar, etc.

La dificultad de este análisis es evidente: significa la puesta en duda radical de uno mismo y reconocer hasta qué punto, profundamente, hemos sido constituidos por ellas.

- 4) La salida de la contradicción en que estamos viviendo no puede ser pensada con la racionalidad burguesa; debemos descubrir una racionalidad más profunda que englobe en una sola estructura, partiendo desde la experiencia sensible de nuestro propio cuerpo, nuestra conexión perdida con los otros.

La única salida —pensada a nivel teórico y más general— consiste en suplantarse el ordenamiento humano burgués (contradictorio no solamente a nivel lógico, sino destructor del hombre a nivel humano) por una racionalidad y organización revolucionaria (coherente en ambos niveles) que le permite al individuo concebir ese comienzo de coherencia que dé sentido revolucionario a su actividad en todos los niveles de la realidad social. Este proceso no abarca sólo el sistema económico de pro-

ducción, sino también el orden que aparece en las categorías de pensar y de sentir que genera a nivel individual.

Cuando hablamos de racionalidad no nos referimos entonces a la racionalidad abstracta, puro esquema ideal que ningún cuerpo anima, sino a una teoría que, en tanto esquema de conciencia, englobe lo sensible del individuo, su forma humana material, hasta alcanzar desde ella un enlace no contradictorio con la materialidad sensible de los otros. Esto requiere como objetivo, el tránsito hacia un sistema humano de producción que le dé término.

- 5) Es preciso que el individuo revolucionario se descubra como fuerza productora, pero no sólo en el nivel político-económico, para incorporarse materialmente a la crisis del sistema.

Marx no habla sólo de las condiciones materiales de producción en el sentido «economicista» de los términos: toda sociedad humana no es productora básicamente de cosas, sino productora de hombres. Todo sistema de producción entra en crisis porque su producción de hombres, que involucra la producción de las cosas y las técnicas y las relaciones adecuadas (hombres divididos, hombres sin satisfacción, hombres sin objeto) producen la crisis. Fuer-

zas productivas y formas de producción son formas humanas. Es verdad que el sentido de la producción de hombres se revela en el modo como los hombres se objetivan en las cosas: en cómo las producen y son, indirectamente, producidos por ellas.

Aquí nos volvemos a preguntar: ¿hemos desarrollado, nosotros, los que militamos en la izquierda, nuestra propia fuerza productiva? ¿O estamos, privilegiadamente, al margen del sistema de producción?

- 6) El descubrimiento de la racionalidad revolucionaria requiere descubrir la contradicción instaurada por la burguesía en el seno del hombre revolucionario.

La cultura burguesa, se va viendo, abre en el hombre un ámbito privado, íntimo —unido a lo sensible— separándolo del ámbito social —el orden racional, lo externo— que sin embargo lo constituyó. Mantener esta separación en el militante de izquierda, dejar librado a la derecha lo que se piensa que es efectivamente el nido de víboras del sujeto, significa introducir y sostener un componente irracional en el seno de una racionalidad que engloba sin comprender, tanto lo objetivo como lo subjetivo. Y esto a pesar de que esta racionalidad pretenda pasar por revolucionaria. Semejante separación, en el centro mismo del

hombre, lo desconecta del proceso histórico que lo produzca. Esta racionalidad al garete, excéntrica, que nunca encontrará entonces la tierra firme de una subjetividad, queda a merced de toda autoridad y sirve de ingenuo apoyo a toda política oportunista en el seno de la izquierda. Escisión que nos condena a buscar la coherencia racional en el orden social —proceso de producción económica, científica, etc.— sin poner la propia significación personal en el proceso, nos lleva a la búsqueda de una comunidad humana posible pero abstracta, sin contenido, que desaloja el índice subjetivo que aparece en lo sensible —a la persona misma en lo que tiene de más propio— como punto de apoyo para alcanzar los fines proclamados. Sólo le queda una racionalidad aprendida, coagulada, para alcanzarlo. Lo subjetivo, lo contenido, lo aparentemente irreductible a los otros porque se transforma en el lugar de la desconfianza, se convierte así, aún dentro de la izquierda, en un ámbito clandestino donde se elabora la dialéctica cómplice del compromiso, de lo no confesable ni transformable: aquello que persiste igual a sí mismo pese a todo proyecto político y a todo cambio social. Aquí se yerguen, indomables, las categorías burguesas que perseveran en el revolucionario de izquierda. Y son estas mismas categorías, que se pretendía ha-

ber radiado, las que siguen determinando la ineficacia de izquierda: porque nos dejan como único campo modificable lo que la burguesía estableció como objetivo, como visible, como externo: ese campo social sin subjetividad, sin humanidad, donde el hombre —a medias incomprendible para sí mismo, inconsciente de sus propias significaciones y relaciones— mira y actúa sin comprender muy bien quién es ese otro con el que debe hacer el trabajo de la revolución. Así podremos darnos la presunción de actuar, hasta de jugarlos la vida, pero en realidad mantenemos tajante, burguesía mediante, la oposición creada entre el sujeto y la cultura, que es el fundamento de la alienación burguesa. La forma cultural burguesa nos separa, contra nosotros mismos, desde dentro de nosotros mismos.

7) La incorporación del sujeto a la dialéctica revolucionaria es un momento necesario en el descubrimiento de la verdad del proceso.

Toda cultura revolucionaria debe, entonces, volver a anudar esa relación fundamental quebrada en el sistema escidente y dualista de la burguesía para que el individuo pueda convertirse él mismo en índice cierto, en creador y verificador de la realidad.

El descubrimiento de esta relación que yace oculta en nuestra cultura no se da inmediatamente: es, como sabemos, producto del análisis, de una experiencia reflexiva que enlaza lo visible a lo invisible —quiero decir, a lo que por no verse tampoco se sabe. Pero es preciso agregar que no es producto de cualquier análisis, sino de aquél que liga al sujeto con la actividad transformadora de la realidad, cosa que sólo se logra en función de una organización racional revolucionaria. Porque esta organización es el único ámbito de conocimiento que, desbaratando los falsos límites racionales de la burguesía, comienza a elaborar una racionalidad adecuada a la solución de sus contradicciones, puesto que es el único que contiene la necesaria modificación de todo el sistema para darles término.

8) No hay tránsito de la racionalidad abstracta de la burguesía hacia la racionalidad concreta revolucionaria si el sujeto mismo no es el mediador en quien este nuevo ordenamiento comienza a surgir como posible.

La organización revolucionaria que, concebida como organización política, gana paulatinamente todos los campos de la realidad social y los engloba en una actividad única —económicos, gremiales, científicos,

familiares, etc.— no hace sino entender y prolongar esta racionalidad incipiente que tiene, en tanto proceso de verificación, la forma de hombre. Es precisamente en esta forma humana donde la necesidad sensible, pero acordada a los otros, verifica su entronque con las formas racionales de producción.

Sintetizando: toda cultura revolucionaria supone el descubrimiento de la escisión, de la incoherencia y del conflicto individual a nivel del sistema productor de hombres de la burguesía. Pero queremos acentuar aquí sobre todo otro aspecto: también supone descubrir la tenaz persistencia de las categorías burguesas en el sujeto revolucionario —y que aquí no se corrigen por la sola participación en un proyecto político de modificación del mundo. Este peligro caracteriza a nuestras formaciones de izquierda: como no hemos podido pasar a la realidad, nos encontramos aún realizando la tarea de tornar concreta nuestra decisión, que se mantiene todavía a nivel imaginario: pasar de nuestra pertenencia a la burguesía hacia el ámbito de la revolución. Pero puesto que todavía no hemos encontrado cómo hacerlo y, por lo tanto, necesariamente formamos sistema con el sistema de la burguesía, no hemos podido verificar la certidumbre de este pasaje. Lo que planteamos viene a querer de-

cir lo siguiente: ¿cómo darnos un índice objetivo para leer nuestra inserción efectiva en el proceso revolucionario? Muchos, por el mero hecho de la militancia, ya lo tienen resuelto. Pero participar en las diversas organizaciones de izquierda no es una garantía para afirmar que estamos en la verdad del camino. Y podríamos agregar: la lectura «científica» de la realidad objetiva aunque sea «marxista», tampoco es un signo suficiente, si bien es necesario, pues siempre será una lectura en perspectiva —para mí, para varios, para un partido— respecto de aquellos en quienes esos índices adquieren relevancia y significación. En este trabajo acentuaremos los caracteres que definen la actividad del sujeto. Este acentuamiento tal vez nos lleve a pecar por exceso, puesto que pondremos como fondo, sin destacarlos, los procesos colectivos ya suficientemente subrayados por la actividad crítica de la izquierda.

II

Por qué se necesita la radicalización de lo subjetivo en el proceso revolucionario.

Si creyéramos en la cultura revolucionaria a la manera como la burguesía cree y ejerce su poder de formación de hombres, la cosa se-

fía fácil: bastaría con darle al sujeto aquello que, proviniendo de la cultura, sirve para ubicarlo en el proceso de la división del trabajo social, precisando su tarea y colocándolo en su sitio. Pero no es ese el objetivo de la izquierda. Mediante este procedimiento los fines burgueses se logran, pero los marxistas se pierden: no se lo convierte al sujeto en activo reorganizador de la cultura que asimila. Por el contrario, se lo pasiviza. No hay misterio en este resultado: la ideología burguesa que atraviesa toda nuestra cultura es la contraparte necesariamente adaptada a un sistema de producción que requiere del sujeto una adhesión plena y limitada a los objetivos del sistema. Esta ideología se hace sustancia en el sujeto, se encarna como modo de ser en él: no le permite hacerse cargo de su propio proceso de formación. La ideología burguesa remacha la adhesión del sujeto al mundo que lo produjo, haciendo que su conciencia prosiga, inmutable, el camino de su «naturalidad»: su vida es directamente histórica, no toma conciencia de su llegar a ser consciente; refleja meramente el mundo que la produjo. Esta vida que se asienta en la ingenuidad de su cultura considerada como absoluta es la conciencia inmediata, sin reflexión, que no introdujo en su propia actividad

consciente aquello que le permitiría su pleno ejercicio: el saber de la formación de sí misma. Queremos decir: no deshizo la trampa de la cultura que la formó. El sujeto no se convierte aquí en el lugar en el cual se elabora la verificación de la cultura. ¿Cómo podría hacerlo si la adecuación aparece para él invertida? Su persona no está adecuada al mundo, piensa porque el mundo la produjo —lo cual permitiría modificarla modificando al mundo— sino porque coincide, milagrosamente, desde el punto de vista del sujeto, con la estructura social. Tal para cual: la propia subjetividad es confirmación de la ancho y común objetividad. Este aparente milagro de la adecuación del individuo a la burguesía, que inmoviliza la subjetividad, encuentra su placida confirmación en la afirmación de sí mismo como absoluto, certeza de ser que se confunde con la permanencia acorde del mundo objetivo capitalista. Pero las cosas no varían solamente porque se haya cambiado la coincidencia «milagrosa» del sujeto con el mundo capitalista por la coincidencia «milagrosa» con el mundo de la revolución. Primero, porque el hombre que quiere hacer la revolución viene de la burguesía, y si hubiera coincidencia inmediata, sin proceso, entre lo

subjetivo de la persona burguesa y lo objetivo de los ideales revolucionarios, señal sería de que estamos en un equívoco: no podemos con el ser burgueses darnos sin más una estructura racional revolucionaria verdadera a nivel político. Con el contenido sensible burgués no podemos encontrar la forma revolucionaria adecuada. Este tránsito es un trabajo, pero no delegable: para realizarlo debemos participar en una dialéctica que elabore el pasaje y, movilizándolo las significaciones vividas en nuestra propia formación burguesa, las debemos hacer participar en un proceso paulatino de modificación. No hay una fórmula para todos; el tránsito es necesariamente único porque cada uno tiene, por sí mismo, que deshacer el sentido que aparece dado en un orden, e inscribirlo en otro. Aquí se abre el ancho mundo de las complicidades y renunciamientos, que no siempre nos atrevemos a enfrentar. Porque este proceso significa, al mismo tiempo, modificación de todo el contenido subjetivo, de las estructuras racionales y afectivas de toda persona de izquierda. Cómo podríamos decir que hay una racionalidad que desde el individuo se prolonga para continuarse, coherente, con la revolución, si la razón no deshace las trampas de nuestra clandestinidad y nos ordena de otro modo? Esta clandesti-

nidad que la burguesía abrió en nosotros no es solamente el lugar de la complicidad: es la morada del deslinde histórico, de una temporalidad que sentimos infinita, radicalmente opuesta a la histórica, porque es el lugar de la ensoñación donde yacen todos los anhelos incumplidos, todas las frustraciones abandonadas (hacia afuera) pero conservadas (hacia dentro). Pasar de lo infinito a lo infinito, de lo imaginario a lo real: esta tarea antes asignada a los dioses, esta conversión del cielo propio en la tierra común es, ni más ni menos, la cura que la revolución trae al hombre.

Si, es cierto que parece exagerado: pero ¿cómo el hombre enfrentaría por la revolución la muerte si en ello no le fuera la vida?

Volvamos nuevamente a la formulación más general: para ir con nuestra conducta incidiendo en el mundo de la burguesía para arrastrarlo hacia la revolución no hay otra salida: tenemos que convertirnos, a partir de las formulaciones más amplias que la teoría y la actividad revolucionaria nos adelanta, en el lugar activo de la verificación de las estructuras burguesas sobre las cuales nos toca incidir.

Y esa primera encarnación de la estructura burguesa que enfrentamos, ¿no la somos, acaso, nosotros mismo? ¿no somos, al mismo tiem-

po, obstáculo y remoción? ¿no hemos sido, de punta a punta, de pelos a uñas, hechos por ella? Pero no decimos que haya que modificarse primero uno, para pasar luego a lo otro decimos que en la modificación que perseguimos en el mundo debemos jugar nuestra propia transformación: debemos objetivarnos hasta tal punto en lo que hacemos como para enardecer las cosas del mundo, porque habremos pasado nosotros mismos a las cosas. Lo contrario sería condenarnos a la ineficacia, o creer que basta con el esquemita racional de la teoría marxista para actuar en la actividad política, mientras se posterga esa otra modificación sensible para tiempos de menor urgencia. Justamente lo mismo que hace la burguesía con los principios ideales siempre transgredidos: el ser del hombre podría esperar hasta que termine el proceso revolucionario y todo, entonces sí, esté preparado para recibirlo. Hasta que nos sorprenda la muerte.

Sospechamos que sin esta transformación el proceso no es efectivamente revolucionario. Sostengo que sin modificación subjetiva, sin elaboración de la verdad de la situación total en la que participa el hombre, no hay revolución objetiva. En todo caso: no hay revolución en el sentido marxista.

Para resumirlo en pocas palabras: pasar de la cultura burguesa a la cultura revolucionaria significa enfrentar la siguiente dificultad básica:

1) descubrir la contradicción del sistema burgués en todos los niveles de la producción social (económico, político, moral, etc.);

2) descubrir la permanencia de la contradicción, la permanencia de la estructura burguesa, en el individuo mismo que adhiere al proceso revolucionario.

Podríamos pensar que la primera dificultad, aunque parcialmente, se ha ido resolviendo. Pero el sentido con que fue resuelta depende, es forzoso, de cómo se haya enfrentado la segunda dificultad. Pensamos que si tampoco se realizó entonces bien la primera tarea, esto sucede porque de todo el proceso de tránsito de la burguesía a la revolución falta realizar el segundo momento: **ver cómo la burguesía está en nosotros como un obstáculo para comprender y realizar el proceso revolucionario.**

Afirmo en una crítica que también me incluye personalmente, que no hemos tornado a la propia transformación en campo de experiencia de la teoría y de la práctica revolucionaria. Que hemos permanecido, aceptémoslo o no, en la escisión.

III

La racionalidad teórica revolucionaria no establece la adecuación precisa del individuo a la historia; nos da sólo el esquema de una adecuación posible.

No se diga que esta necesidad —que el sujeto y lo subjetivo esté presente— es una complicación burguesa. Seamos coherentes. Si creemos que hay ya una racionalidad teórica revolucionaria que no requiere encontrar su término creador en el sujeto, ¿qué concepción del hombre aceptamos? Volvemos lisa y llanamente al dualismo que divide al hombre en sensibilidad propia y racionalidad externa, que abre un abismo entre lo subjetivo y lo objetivo. ¿Cómo enlazarlos luego, como hombres plenos, en el sistema de producción, en la creación del proceso histórico? Porque tanto en el burgués como en nuestro revolucionario el verdadero mundo no está todavía constituido: por más que el primero compense el déficit de un régimen humano siempre en defecto por medio de la exaltación de los principios, o por más que el segundo proyecte sobre esa misma realidad una modificación radical que la haga visible. Pero ambos nos asentamos, por ahora, sobre una misma realidad. La distancia

que media entre el principismo burgués y la imaginación revolucionaria consiste en que el primero no se proyecta modificadoramente sobre el mundo hasta encontrar las condiciones de su transformación, mientras que el revolucionario sí. ¿Siempre sí? No; el hombre de izquierda sólo lo alcanza si en función de la racionalidad revolucionaria sujeta y extiende su imaginación hasta tornarla en cuasi-real, solamente si descubre el contenido de su imaginación en lo posible que la realidad sugiere, y que sería precisamente lo que le falta para transformarla en realidad plena. Se hace pasar lo interior a lo exterior, si conecta lo imaginario con lo real. Pero esto sería válido si es la suya una imaginación que no retorna al infinito del intimismo burgués, si no recuesta sus anhelos uno a uno en los nichos de la intimidad donde yacen las ilusiones perdidas: si es la suya una imaginación que da la cara, la propia, y se atreve a enfrentar afuera la carencia que antes se reservaba para adentro. En otras palabras: Si es la suya una imaginación que se adecúa al tiempo y espacio histórico preciso de la necesidad humana, aquella que desde los años y los días de los hombres desciende para insertarse en el latido del propio tiempo sensible. Por eso decíamos que había que poner el cuerpo:

porque este tiempo y este espacio no es el de las «categorías a priori de la sensibilidad». Es el tiempo y el espacio con el cual la corporeidad, la experiencia sensible vivida en el medio de los otros, llena a la racionalidad abstracta con la sustancia de su propia vida: le da su propia forma y la hace descender entre los hombres.

Es lo que pasa, por ejemplo, con el estudio de la lógica formal científica y la lógica dialéctica. La primera puede ser estudiada con el fondo de neutralidad y objetividad científica de las ciencias exactas que analizan objetos naturales, pero la segunda sólo puede ser comprendida si el fondo implícito sobre el que se apoya su estudio es el sujeto mismo que analiza. El tronco del sujeto histórico se prolonga en las nervaduras que, desde él, sostienen la hoja menuda de su pensar. A la lógica formal podemos estudiarla teniendo presente sólo la forma de la cosa; el sujeto, personalmente, estorba. A la segunda sólo si partimos de la forma humana: básicamente, de aquel que la hace suya y la ejerce como prolongación de su propia eficacia. La primera se apoya en la escisión cuerpo-espíritu; la segunda requiere la solución del dualismo y la tensión hacia la unidad en el hombre que la piensa. Pensar es ya una praxis. Con la dialéctica del

proceso histórico pasa lo mismo: podemos analizar un proceso con el cuento de cómo fue, y la teoría que me dictan de cómo hacerlo. Pero el tránsito hacia el entronque con la historia sólo se descubre desde el sujeto mismo que asume el proceso histórico, que enlaza el sentido de su conflicto individual con la experiencia social que los produce. Volvemos entonces a preguntarnos: ¿es acaso innecesario este sujeto que vuelve por sus fueros? ¿Podemos prescindir de él en el proceso político, confirmándonos con que sólo se adecúe a una racionalidad externa que sabemos, se le dice, es «científicamente verdadera», aunque sea marxista? Porque toda verdad humana es aproximada, pero en este sentido: que requiere que el hombre que la comprende se aproxime al fenómeno. Y la aproximación al fenómeno, la adecuación que cierra el momento de la comprensión, consiste en que en el sujeto se une lo racional y lo sensible: él es en quien se completa la universalidad de la teoría con la particularidad del acontecimiento. Esa «ciencia» que no requiere la forma del hombre histórico para encontrar su verificación es lo que se llama metafísica: mensaje que el hombre emite pero no crea. Por eso el marxismo necesita, en cada momento de la acción,

la actualización del hombre: porque somos nosotros los que oficiamos de mediadores entre la teoría y la práctica, de adecuadores de la forma teórica a la materia histórica. ¿Y si no, quién? ¿Ud., tal vez, que me está leyendo, y que por una extraña prerrogativa que nadie le concede, conforma en su cabeza la forma de mi destino?

Recordemos cómo comienza Marx su crítica a la economía política: «Nosotros, dice, partimos de un hecho económico contemporáneo». Partimos de lo contemporáneo ¿se entiende? De allí donde estamos, tanto Ud. como yo, reunidos, habitando con los otros un mundo común. ¿Para qué esta contemporaneidad, esta reivindicación de lo perceptivo que nos enlaza en un común tiempo y espacio, a no ser que no sea aquella que nos permite verificar, con nuestro propio enlace sensible, que nos enlaza a los otros, la máxima densidad de mundo frente un pasado que sólo la imaginación retiene y a un futuro que no existe todavía? Esta preeminencia de lo actual, que da sentido a todo proceso, señala la preeminencia del enlace material del sujeto con el mundo humano material, el lugar de la verificación común. Volvemos otra vez: quiero señalar este mismo sitio donde está Ud. y donde estoy yo junto con los demás. ¿Se entiende que, Ud.,

tanto como yo de la suya, necesita de mi perspectiva para dar término a su conocimiento? ¿Qué todos estamos en la historia por derecho propio?

¿Qué debe hacer aquel que pretende modificar la realidad? Básicamente lo siguiente: no guiarse simplemente por las prácticas ratificadas por la burguesía, puesto que éstas contienen sólo los caminos trillados: modos de acción definidos culturalmente en cuanto a los objetivos a obtener y a los medios que se deben emplear. Una especie, por lo tanto, de «instinto social». Negando este modo canónico de ser, debemos recuperar un contacto, una pregnancia con la realidad que no es la que se requiere para efectuar un acto a nivel de la práctica convencional. Diferenciamos entre práctica y praxis. La práctica se realiza mediante la lectura de índices de adecuación al objeto que presupone, como punto de partida, una concordancia básica con la cultura. Estos índices son saliencias indicadores que, sin transformar nuestra propia realidad individual, nos permiten repetir conductas que hasta ahora han sido eficaces y por eso fueron retenidas por la memoria social. Entendámonos: eficaces dentro de un determinado orden de mundo, para el caso eficaces dentro del orden del mundo burgués. Pero si necesitamos

modificar para poder emprender conductas que apunten a modificar toda la realidad; necesitamos entonces quebrar, el marco que para las modificaciones meramente prácticas (congruentes con la estructura burguesa) nos impone su cultura. Ese marco, en el cual inscribimos nuestra eficacia, somos nosotros, individual o colectivamente, quienes lo proyectamos sobre la realidad, que en tanto tal da para todo: para continuar la forma de ellos, para construir tal vez la nuestra. Para quebrar ese camino debemos aprender a ver y a enseñar a ver: debemos romper sus índices de realidad, que son congruentes con el mantenimiento de su orden. Debemos comprender, a la luz de la teoría y de la organización revolucionaria, la manera de hacernos converger a la realidad y ordenarla de otro modo. De allí la tarea tanto política como cultural que se requiere: hay que ir deshaciendo las significaciones coaguladas por la burguesía y con las cuales los hombres deforman su propia realidad y se perciben falsamente a sí mismos dentro de ella. Hay que ir detectando paso a paso los núcleos de obstrucción racional sobre los cuales la burguesía se asienta, sobre los que todos reposamos, porque viven irreduciblemente tanto en ella como en nosotros. Hay que ir des-

haciendo la «forma» burguesa, desmigajando su armadura hasta hacerla sensible e intolerable. Hay que volver a hacer sentir lo que se debe pensar, pero hay que volver a pensar profundamente para recomenzar a sentir y salir del entumecimiento.

Desde una perspectiva revolucionaria debemos crear entonces una nueva racionalización que se adose a la materialidad de nuestra situación, abraza su forma y haga brotar de ella, como posible ya contenido, su futuro. Entonces los índices con que la percibimos ya no serán los mismos; ni el tiempo de la realización revolucionaria ni el espacio de su actividad serán aquellos que amojonaban el contorno vital de la burguesía. Ni siquiera entonces la percepción de nuestros propios límites serán idénticos: se abre aquí una experiencia que expande la contención que la burguesía anudó en nosotros para hacer acceder la posibilidad de un nuevo enlace.

Con las categorías burguesas que ordenan nuestro modelo de ser personal no resulta posible pasar de la práctica burguesa a la praxis revolucionaria, aunque sólo sea porque en la segunda se abre un riesgo, un peligro, un fracaso posible que linda con la muerte y que la primera no contiene. En la burguesía la muerte es un accidente que so-

breviene; en la revolución una posibilidad que vamos preparando.¹

Pero a veces es también posible hacer como si hubiéramos pasado de la una a la otra; basta con ingresar a una comunidad revolucionaria institucionalizada donde la elaboración de la praxis, que viene dada desde afuera, desde lo internacional, se confunde con la mera práctica: una adhesión más riesgosa pero que siempre, en última instancia, ocultará el riesgo de tener que destruir en sí mismo lo que más profundamente da miedo: los límites de la burguesía, que se confunden con nuestro propio ser.

Resumamos. En nuestra situación actual que pretende preparar el advenimiento de la revolución, ¿quiénes son los encargados de establecer la congruencia entre los índices de realidad y los objetivos revolucionarios que se persiguen?

Precisamente nosotros mismos, que generalmente tenemos una estructura adecuada sólo a la realización burguesa de esos objetivos. No nos engañemos que la cosa no es tan fácil. La teoría revolucionaria requiere, para darse el campo de una actividad que persiga objetivos que no están inscriptos a nivel de los objetivos burgueses, modificar la propia estructura individual para buscar esa nueva adecuación. El individuo debe hacerse el mediador entre la

racionalidad teórica y la realidad sensible: la hace acordar, penetrar, conformarse al acontecimiento, la va llenando con su propia sustancia personal hasta hacer que adquiera realidad, hasta que se encarne en el proceso histórico. Porque en su generalidad, en su abstracción, la teoría revolucionaria no es sino un esquema formal cuya amplitud, de prolongarse sin esta adecuación, se adosaría a la realidad sin modificarla. ¿El resultado a que nos lleva?

Muy semejante al que persigue la burguesía: una buena conciencia de izquierda más.

¹ Estas referencias a la norma "accidental" en la muerte burguesa es la que sirve para ocultar el escándalo cultural de la muerte que llega por la mano del hombre. Así como ese infeliz de Guillermo Martínez Márquez, colaborador naturalmente de "La Prensa", que hace el siguiente cómputo sobre la muerte de los norteamericanos en Viet Nam: "A pesar de la intensificación de las operaciones en Viet Nam, bastaría comparar el caso con otro cualquiera para comprender que lo está en juego no es tan importante desde el punto de vista material como moral. Por ejemplo, durante el año 1965 los (norte) americanos muertos en accidentes de tránsito fueron 49,000, mientras las víctimas de Viet Nam ascendieron a 1,724. Los heridos en el tránsito llegaron a tres millones y medio, y en Viet Nam a sólo 6,100. Y el costo de los accidentes llegó a cerca de 8 mil millones de dólares". ("La Prensa", 2/11/66). Naturalmente, este cubano al servicio de sus amos no integra en sus cómputos de "pérdidas" la vida de los otros. Sólo se trata allí de la muerte ajena. Véase cómo se ejerce así la destrucción del sentido cultural: la muerte intencional queda así reducida al residuo que deja una mera práctica social: lo accidental.

Cada militante, en la organización, debería vivir la racionalidad revolucionaria asumiéndola como una actividad que él mismo contribuye a revelar. Esta racionalidad vivida carecería de la conciencia de sus propios objetivos si el sujeto, hemos dicho, no se hiciera cargo de su función activa y creadora. Pero consideremos lo que comúnmente ocurre en nuestra izquierda. Bien puede darse, y se da de hecho, que las organizaciones de izquierda le propongan al militante actuar de modo tal que lo lleven a interiorizar la racionalidad revolucionaria en un solo nivel, en el aspecto político-social, ocultando así que la acción lo abraza en todos aquellos niveles personales que lo impulsaron a ella. Pero esta parcialización es ya entonces una modalidad específicamente burguesa: corresponde a una de las facetas de su división del trabajo alienada. ¿Cómo no ver que yo, tanto como Ud. nos movemos como un todo, una unidad en la cual la distinción inconsciente de un nivel más propio? ¿Qué se logra con esto? Que la actividad subjetiva, regalada a lo «privado», no se incorpore activamente al proceso, no se vea arrastrada también ella en la actividad modificadora revolucionaria. Se condena a la subjetividad a no aprehender su sentido

en lo objetivo, a despojar a lo objetivo de su densidad. A lo sumo se socializa el ámbito privado, se le hace comprender su determinación política en el modo del renunciamiento, del sacrificio, pero con ello no se introduce la actividad subjetiva, privada, en la actividad política. Se permanece, como siempre, inscripto en un sistema que no resuelve la contradicción entre lo objetivo; sólo se cambia una objetividad por otra, una forma social por otra, pero ambas, tanto burguesa como ésta, que presume de revolucionaria, deja a lo más propio condenado al azar: se permuta un determinismo por otro en el «interior» del sujeto mismo. Y aunque esta intimidad esté ahora al servicio de la buena causa, aunque trate de sentir buenos sentimientos socialistas que se confunden, no es de extrañar, con los buenos sentimientos burgueses, sigue siendo un reducto marginado que no participa en la dialéctica de lo real. A esta conciencia que se asienta en las sombras de la cual no termina por surgir sólo se la determinó en función de otros «valores»: se le solidificó en otro nivel. Porque no nos engañemos a nosotros mismo: tener la forma racional, tener el concepto teórico de un hombre, no es tener al hombre mismo: es tener una promesa de hombre. Así con el hombre de izquierda: se lo hizo «bueno» como

antes se lo hizo «malo»: siempre desde afuera, sin tener la clave de la transformación, el secreto del trabajo que lleva al cambio. Por eso, este tránsito de la burguesía hacia la actividad revolucionaria que debemos realizar, no alcanza a convertirse en una verdadera transformación. De allí los renunciamientos, las decepciones, las actitudes que quedan luego como un cosquilleo primaveral. En tanto actividad personal la experiencia del militante —lo vemos continuamente, queda tan muda como antes: no puede alcanzar su propia palabra porque seguirá hablando con la voz ajena, la de su máximo dirigente, o la del conductor de turno. Pero no habremos habilitado un nuevo ámbito creador de sentido, no habremos construido una perspectiva humana verificadora, correctora, creadora de significación a lo que todavía carece de ella. Si la racionalidad que se revela en la actividad política de la izquierda es más eficaz que la racionalidad contradictoria de la derecha no es porque cambie de signo: es porque recupera todo el fenómeno humano, todas las significaciones convergentes antes separadas por la brutalidad del abstraccionismo economista. Por eso puede decirse que la política burguesa es analítica, separadora, abstracta mientras que la de la izquierda es sintética, concreta. Es-

ta incorporación de significaciones antes insignificantes (prácticamente toda la vida del sujeto marginalizada así del ámbito social, toda su afectividad desconocida) es la que permite adherir plenamente al fenómeno humano destruyendo las categorías que se ceñían estrictamente al contorno del privilegio y del temor capitalista.

Vamos viendo entonces que esta recuperación del sujeto no es un requisito «moral» que la dura lucha y la cruda realidad en su urgencia hagan prescindible. En efecto ¿qué dicen los Manuscritos de Marx? Entre muchas otras cosas, la siguiente: que la verdad pasa por el sujeto, se elabora en él; que la objetivación, que da forma al mundo humano, es la objetivación del hombre. Dice que la forma humana del otro es la que, a través de la mía, da sentido a todo enlace con el mundo. además que la alienación no es un sello impuesto pasivamente sobre el hombre desde afuera; que la enajenación es, por el contrario, autoenajenación. Quiere decir: nosotros mismos hemos realizado, contribuido, al trabajo social de enajenarnos, y hemos participado por lo tanto activamente en la nuestra propia, sistema de producción mediante. Si, es cierto, se nos dirá, que no podíamos hacer otra cosa, que sólo así podíamos

llegar a adquirir «realidad social», adecuarnos al sistema de producción, satisfacer nuestras necesidades. Pero eso, adecuarnos al sistema, sí lo hicimos. Aunque dice además que el camino para suprimir la autoenajenación pasa por el que nos llevó a la autoenajenación misma.

De este trabajo de suprimir la propia autoenajenación el hombre de izquierda no está exento por el sólo hecho de serlo. La supresión de la autoenajenación no es entonces un proceso instantáneo: implica deshacer en nosotros mismos la separación que escindió lo sensible de lo racional, así como una cosa hecha mercancía se escinde en valor de uso y valor de cambio. Significa devolverle el sentido a las cosas adquiriéndolo previamente, o simultáneamente, nosotros mismos. Decir autoenajenación quiere decir que hemos tenido que hacer, sometiéndonos, lo que el mundo burgués nos solicitaba para habilitarnos a vivir en él. Lo característico de la cultura burguesa consiste básicamente en esa adecuación que impone a cada recién llegado: hacerse, contra sí mismo, lo que los otros ya son. ¿El tránsito hacia la revolución mantendrá necesariamente este «contra sí mismo» como irreductible?

Por eso, hablar de «cultura revolucionaria» comprender primeramente

cuáles son los caminos que nos permitan desarmar la trampa que la burguesía tendió en nosotros. Y el que descubrimos cuando buscamos la actividad eficaz es el siguiente: los únicos caminos transitables, inmediatamente dados, por los cuales se nos permite conducir la actividad de izquierda, son los caminos amojonados por los modelos burgueses de rebeldía. Modelos que circulan atentos a las luces rojas y verdes, pero que sólo llevan, por último, al fracaso y a la justificación aquí, en estos modelos burgueses de rebeldía, residen los enlaces sociales tolerados dentro de una congruencia que no fuimos capaces de deshacer: entre nuestra propia individualidad, nuestra sensibilidad así conformada, y el orden del mundo del cual depende. Y si la realidad está ordenada a la derecha desde dentro de nosotros mismos, puesto que fuimos hechos por ella, ¿cómo llenar con un contenido de izquierda a la teoría revolucionaria que recibimos con cargo de hacerla pasar a la realidad? ¿Cómo imbricar a la realidad revolucionaria para que anime esta realidad social si no somos capaces de encarnarla, de situarla en el centro mismo de nuestra individualidad, por ahora ocupada por los modelos y las categorías de derecha? Una cosa es al menos cierta: la modificación no puede ser proyectada sólo a ni-

vel de la objetividad política —que es el plano de la máxima generalidad— sino también convertir en política la propia subjetividad. Es decir: ser uno mismo el índice, el más cercano, de la imposibilidad de alcanzar la unidad de sí mismo dentro de la racionalidad burguesa, y del requerimiento tenaz de construir otro orden que nos contenga. Nada más evidente, se dirá. ¿Acaso no estamos todos en esto? ¿Acaso no es ésta la experiencia cotidiana del hombre de izquierda? Me temo que no. La racionalidad burguesa, dijimos, tendió su trampa en nosotros, y no es una metáfora. Puesto que aprendimos a pensar sin comprometer nuestro cuerpo en el proceso, parecería que el tránsito de la burguesía a la revolución puede hacerse siguiendo el mismo esquema escindido de la burguesía: adaptarse a una idea sin un cuerpo que resuene, que se ordene con ella. Pero este escamoteo es posible a nivel de la burguesía porque la sensibilidad, así desdeñada, sigue aferrada a la tierra firme del mundo burgués que la sostiene. No necesita hacer el esfuerzo de sentir al mundo de otro modo porque ya, por su propio surgimiento, está afirmada sólidamente en la realidad. Los burgueses piensan en un nivel, pero sienten afectivamente en otro: están bien instalados en los dos. Tienen para ello la propiedad

privada de la palabra, que les permite pensar, y la propiedad privada de las cosas, que les permite sentir, y todo sin mutua contaminación. Pero en el hombre de izquierda este equívoco, que a los otros aprovecha, no puede correr sin riesgo para la racionalidad revolucionaria misma. Vamos viendo por qué. Porque si no asentamos nuestra sensibilidad, nuestro cuerpo, en otro orden material que debemos crear, esta sensibilidad que no puede dejar de sentir como tampoco de ser material, quedará entonces necesariamente asentada en el orden material de la derecha. ¿Qué pasa si desconocemos que el primer cuerpo material sobre el cual se asienta la racionalidad revolucionaria es el «cuerpo propio» del revolucionario que la hace posible? Pasará que esta sensibilidad de derecha será el campo, en tanto que ella se prolonga en nosotros, sobre el cual se asentará la pretendida racionalidad de izquierda. ¿Quién podrá, ingenuo, creer en su «verdad»? ¿Qué podría resultar de este dualismo sino una patraña más? Ya lo hemos visto: una racionalidad ascética, pura, incorpórea, inmaculada, que oculta la trampa que la formó y que en mérito a su permanencia pide que nos cerremos aún más. Lo contrario de una racionalidad marxista que adhiere a la «naturaleza» del hombre y la

transforma. ¿No encontramos aquí alguna de las modalidades de la racionalidad vigente en la izquierda?

V

Función del modelo humano revolucionario en el proceso histórico

Recapitemos nuestro trayecto. Habíamos partido de la escisión que la burguesía introducía en el hombre, por lo tanto de la división que necesariamente formó en cada uno de nosotros. Pero vimos que esta escisión se prolongaba también en el militante de izquierda. Y que la racionalidad que el sujeto adoptaba para leer el sentido del proceso revolucionario podía corresponder a un ejercicio de la capacidad de actuar y de pensar que, viniendo de la derecha como necesariamente venía, se prolongaba también en el hombre de izquierda manteniendo las mismas categorías adecuadas a la burguesía. Basta para ello con vivir apoyándose en un dualismo personal, hecho modo de ser, que a veces tanto el pensar como el hacer trata de encubrir: una razón, un modo de ordenar el mundo y la relación con los otros que no se hace cargo de la significación del propio proceso personal, de su relación con la forma sensible humana que le da sentido, puesto que

se aleja del poder de transformación que reside en la experiencia, entre dolorosa y gozosa, del propio cuerpo que encarna las significaciones revolucionarias. Y esta pérdida de sí era posible porque el hombre de izquierda no había enardecido su experiencia hasta modificar su sensibilidad, que quedaba aferrada así al peso muerto de nuestra pasividad de derecha. El problema quedaba restringido en señalar, para nuestra izquierda, el necesario retorno a un sujeto que colmara ese hiato abierto en él mismo por la burguesía. Y no por mera retórica intelectual. Este sujeto se revelaba como necesario, imprescindible, para poder darse a la tarea de hacer surgir, entre nosotros, una comprensión que adhiera y abraza la peculiaridad, lo específico, de nuestro propio proceso histórico. Pero esta comprensión no la agotaba la racionalidad pensante del dualismo burgués: no era un acto que residiera en ese pensar a la izquierda que no se hace cargo de la inercia del cuerpo que siente a la derecha. Para aspirar a expresar la forma de lo real esta comprensión revolucionaria exigía, hemos visto, que el sujeto reflejara el mundo en la medida en que, en su vivir sensible y pensante, se hacía cargo de él. ¿Qué sucedía entonces? Que esta comprensión, al hacerlo, transgrediera

los límites de la pura racionalidad y apareciera ya como un obrar en el acto mismo de pensar. O, dicho de otro modo: la posibilidad de pensar radicalmente la situación en que nos encontramos sumergidos sólo podía surgir de la decisión de modificación —de la propia prolongándose hacia el mundo,— pues era la única que podía mostrarnos la racionalidad más aproximada al proceso al vivificar el sujeto su propio «aparato» receptor adecuándolo a la tarea: al reconocer la estructura efectiva de su propio movimiento enlazado al mundo y a los otros.

Porque si queríamos salir de la cabeza y del cuerpo encallecidos del burgués sintiente y pensante ¿habría de serlo para penetrar en el encallecimiento y en el endurecimiento de ese «militante» o «pensador» de izquierda que dio término a la dialéctica, que pegó el salto y cree estar ya instalado en el orden del futuro? Entonces, frente a este dogmatismo de su propio pasaje, nos preguntamos: ¿Para qué habría de servir el sujeto que necesitamos recuperar para la revolución si volvemos nuevamente a meternos en el molde del obrar que conformó en nosotros el modelo de hombre proporcionado por la división del trabajo capitalista, por más que esté al servicio, aho-

ra, de la «causa» socialista? Hablábamos de la modificación del sujeto mismo, y esto no es meramente un esquema ideal: lo encontramos necesariamente —y aquí vemos despuntar la necesidad histórica no como una causa externa sino a nivel de la libertad del sujeto— allí donde todo proceso revolucionario efectivamente se realizó. Si el tránsito de la burguesía a la revolución aparece como una necesidad surgida desde el régimen capitalista mismo, esa necesidad racional debe ser leída comprendiendo en ella los aspectos humanos sensibles también necesarios que la hicieron posible, y que el dogmatismo y el oportunismo de izquierda abstraen como innecesarios: leen la racionalidad del proceso dejando fuera, como irracional, lo que no son capaces de asumir ni de modificar: el sujeto mismo, a sí mismos. Son, pese a todo, los que conservan en el interior de la izquierda el pesimismo y la desazón y la amargura de la derecha. ¿Cómo confiar entonces en esa racionalidad presuntamente de izquierda que ellos sostienen desde su propia materialidad de derecha? ¿Cómo confiar en sus «tácticas» y en sus «estrategias»? Lo que diferencia a la izquierda de la derecha no es meramente la organización del sistema de producción económica: es el sistema productor de hombres. Por eso

la organización revolucionaria, su modo de prepararse y obrar, es ya la prolongación que adquiere la racionalidad revolucionaria cuando pasa a la realidad. Y decíamos al comienzo que también la estructura política revolucionaria se verifica a nivel del sujeto, puesto que el «determinismo» del proceso histórico no puede ser leído como necesario, y se convierte en irracional, sino integramos aquello que la racionalidad revolucionaria exige: al hombre revolucionario mismo, al «modelo» humano de pasaje de una forma histórica a otra, sin el cual la nueva forma social no podría anunciarse nunca entre los hombres. Digámoslo de una vez: el proceso revolucionario es necesario porque el sujeto mismo lo requiere para dar término a sus propios conflictos, para realizar el proceso que la lleve a su coherencia y su unificación.

Se va viendo hacia dónde pretendemos ir: cuando hablamos de la «racionalidad revolucionaria» no queremos decir que el obrero se convierta en un intelectual, ni el intelectual en un obrero: con ser sólo lo que son, ninguno de ellos tiene el privilegio de la verdad. Nos referimos en cambio a lo que da término a la mera racionalidad del intelectual, o a la sensibilidad del obrero: al modelo humano en el cual el conflicto que ambos ex-

presan halla su superación. Nos referimos al modelo humano de racionalidad hecha cuerpo, al nuevo ordenamiento hecho proyecto de solución, de esa organización de la realidad que aparece, como prototipo, en los conductores y dirigentes de los movimientos revolucionarios. ¿Conductores? se me dirá. ¿Acaso Perón no fue uno de ellos? ¿Acaso no tenía él también su esquema revolucionario, su propia racionalidad? Pero entendámonos: no me refiero a la validez separada ni de la teoría ni de la actividad práctica. La doctrina «justicialista», en tanto abstracción, no tiene validez en sí misma, como tampoco en sí misma la tiene la teoría marxista. El justicialismo no solamente es una falsa racionalización desde el ángulo de las ideas revolucionarias; no, aquí no reside la verificación de su verdad. Es falsa, sobre todo, por el modelo de hombres que necesariamente lo encarnaron en tanto «modelos» que lo hicieron comprensible y en los cuales se encarnó como verdad histórica. La falsedad de esta teoría aparece ligada necesariamente a la «forma humana» condenada al fracaso que la produjo y cuyo sentido, en tanto actividad, con ser lo que fue, no se inscribió en la dirección de un proceso de modificación revolucionaria. Desde algunos ángulos el proceso peronista

tuvo su positividad: no lo vamos a discutir aquí. Pero a nivel de nuestro análisis y de su fracaso es un buen ejemplo, sin embargo, en tanto forma humana propuesta, de eficacia negativa, que linda con la contrarrevolución.

Modelo de contención burguesa ese, siguiendo el ejemplo, que les acercó Perón. Modelo de racionalidad adecuada al capitalismo; que al mismo tiempo que les proporcionaba el sentimiento de su propio poder los sujetaba a las formas de dominio y dependencia de los intereses globales contrarios a su clase. Este ordenamiento hecho sensibilidad en cada peronista, este modelo de humanidad que se les impuso y que significó el abandono de la propia autonomía, fue el más tenaz de los dominios. Ya sabemos por qué. Porque surgió de una forma humana sensible que al ser aceptada, los llevó a encontrar su término lógico en las estructuras de poder burgués fomentadas y enaltecidas por el modelo. Aquí se ve bien cómo la forma humana es la expresión adecuada a las formas de las instituciones y de las categorías racionales de una clase determinada. Trampolín que desde el modelo, a través de su modo de pensar y obrar, lleva a enlazarnos con las estructuras de producción y de dominio, como vemos, el modelo individual que el obrero sintió

como propio en Perón, como adecuado a la salida para su propio problema, era un trampa que la misma burguesía decantó en ellos mismos: adherir desde lo propio, desde lo más personal, a lo que sintió como homogéneo consigo mismo. Perón «estaba en el corazón del pueblo»: cada uno lo llevaba latiendo en sí como su propia forma. Sin darse cuenta sin embargo que esa homogeneidad sentida entre Perón y ellos, ese margen que la reflexión no delataba, era lo que tenían, en tanto obreros, en común con la burguesía misma; un mismo modo de adherir a una forma de vida que mantenía, como inamovible, la estructura global en la que cada cosa y cada acto cobraba su definitivo sentido. Así la conquista «material», efectiva con ser tan modesta, no revelaba un sentido humano: se inscribía con ligeras variantes en un mismo modelo de vida cuyos valores culminantes era, exaltados para sí mismos ahora, los valores culminantes de la burguesía. La materialidad peronista era la misma materialidad abstracta del materialismo individualista burgués. Por eso el obrero no pudo sentir la diferencia de clase que Perón, como mediador, borraba: ¿Por qué? Porque esa diferencia era para ser sabida, racionalizada, no para ser sólo sentida. Aquí el orden afectivo del «sentir» permanece sin co-

brar conciencia de la racionalidad muda que lo mueve, sin abrirse a un nuevo y distinto orden, aferrado a las categorías y al modelo de ser que la burguesía necesariamente conforma en todos sus hombres. El obrero sentía con lo mejor de sí mismo, tal vez, pero ese «mejor» sentido estaba modelado también por la contabilidad valorativa burguesa. De allí que esa complacencia que vivían a través de una imagen devuelta aduladoramente por Perón desde el poder fue una de las facetas del proceso que más daño le hicieron a la clase trabajadora: remachar la alienación condenándolos a perseguir la supresión del dominio capitalista siguiendo el camino que los llevaba de nuevo a su punto de partida. Dicho de otro modo: no poder hacer el tránsito de la sensibilidad burguesa a la racionalidad revolucionaria. Con la imagen de Perón adentro no es muy ancho el camino de osadía y de reflexión que se podía seguir: un militar burgués que sigue latiendo adentro de cada uno señalando con su sístole y su diástole los límites de su irresponsabilidad: un «pobre de ellos» que se transformó en un «pobre de mí»: el despertar de un sueño ilusorio del que todavía no se salió.

Pero este recurso a Perón no es más que un ejemplo en el camino que nos lleva a tratar de comprender

que la racionalidad revolucionaria, la comprensión intelectual del proceso, debe encarnarse en la sensibilidad del hombre modelándola frente a estos nuevos objetivos que el descubrimiento intelectual le señalaba: que no hay cuerpo burgués, sensibilidad, sentir burgués que pueda proponerse, sin paralela modificación, la racionalidad que buscamos para una transformación radical. Esta síntesis propia delegada en otro, este modelo de salida que fue Perón, que los llevaba a no desanudar el lazo de opresión sino a soslayarlo, fue una forma de tránsito aparente que contenía el fracaso como su límite, y es lo que nos muestra más claramente lo que queremos subrayar: la necesidad ineludible de la racionalidad también para la clase trabajadora, la ruptura con el oportunismo. Téngase presente que esta concepción que aquí desarrollamos no excluye la creación colectiva: sólo analiza uno de sus momentos. Únicamente decimos que si hay síntesis colectivas racionales éstas surgen como convergencia de síntesis parciales individuales que nacen de una acción común. Pero siempre hay alguien que las impulsa, algunos que la mueven, que las encarnan con mayor decisión. Esta síntesis vivida por todos debe verificarse como posible al menos en uno para alcanzar su dimensión de posibilidad

humana: es la figura del héroe, del prototipo, que une en sí mismo lo racional con lo sensible y lo hace acceder, por su coraje, vívidamente para los otros. Hay uno que emerge haciendo visible, como forma humana de un tránsito real de la burguesía a la revolución, el camino hacia la transformación que todos podrán recorrer. Así adquiere forma humana sintética lo que hasta entonces era disgregación colectiva, anuncio vago, existencia virtual. El conocimiento, con nivel de la praxis social, siempre tiene «forma de hombre» para poder ser vehículo de transformación: siempre requiere tomar cuerpo en el hombre para unificarse. Sólo así se convierte en acceso a lo real la coherencia racional meramente pensada o sentida. Adquirir forma humana quiere decir que aquel que pensó y sintió también necesariamente obró: que abrió el camino hacia la realidad al menos en su propia persona. Esta garantía mínima es una garantía revolucionaria: aquí no hay privilegios de extraterritorialidad para nadie. Entiéndase: el pensar y el sentir que se hacen obra, trabajo. Por lo tanto, que en cuanto pensar está ligado al de todos aquellos que piensan para abrir esta nueva racionalidad. Que en cuanto sentir está ligado a la carne de todos los que sufren el desequilibrio y fueron producidos por una es-

tructura de dominio semejante. Y que en cuanto obrar trata de hacerlos acceder a esta dimensión de mundo que por su propia síntesis vivida prolonga. Así el modelo de hombre, ese esfuerzo de unificación de lo sensible y lo racional, significa el intento de abarcar concretamente al mundo: en lo que tiene de materia con sentido, de cuerpo con razón. Esto es lo que determinará para los otros el camino humano de una modificación efectivamente posible, porque ya está ciertamente hecha al menos en uno. La realidad tiene ahora su límite preciso; la ensoñación vaga pierde su desborde y adquiere el contorno que la promoción realizada por el héroe, por el militante creador, le señala. Y esto se consigue porque en la figura del hombre que osó la racionalidad revolucionaria se hizo humana, corpórea, que emergió desde ellos, desde el sostén de la fuerza en la que el modelo se apoyó para vencer la fuerza represora de la burguesía y concebir una posibilidad distinta. Para vencer hacia afuera una represión efectiva, hecha prisión o fusil, es preciso sentir en el proletariado o en otros hombres esa fuerza que, disponible y orientada ya desde su propia necesidad, podrá reconocerse en quien la encarne y la dirija. Un riesgo, ciertamente, que sólo la fuerza individual que comunica con esa

fuerza contenida logra correr, pero que nunca surge de la sola teoría. Y así se produce ese proceso de «masas» que la burguesía no quiso nunca explicar, pero que siempre utilizó: la síntesis que les alcanza a todos, por identificación, de forma ajena a forma propia, de cuerpo a cuerpo, desde adentro, como adecuada a cada uno.

De allí la dificultad del tema que desarrollamos. Tratar el problema de la cultura revolucionaria encubre una osadía que sin embargo debemos enfrentar, y es ésta: ¿cómo ayudarle al hombre argentino a constituir las condiciones de objetividad destruidas, coartadas, abstraídas en el proceso de producción de hombres de la burguesía? ¿Cómo devolverles, a través de otra forma humana, la capacidad de desalienar la suya propia?

El énfasis puesto en la idea de alineación, que tantos ahora citan de Marx, significa poner en el centro del análisis algo mucho más grave: ni más ni menos que la primacía de la forma humana revolucionaria, la destrucción necesaria del dualismo personal para acceder a la comprensión del proceso histórico. La incoherencia en las ideas, a nivel intelectual, no es sino otra modalidad del escamoteo, a nivel personal. Quiere decir: debemos poner en el centro del análisis la necesaria modificación del indivi-

duo para poder percibir revolucionariamente el acontecimiento que se quiere modificar. Pero esto que se produce a nivel personal tiene mucha importancia a nivel político, porque dependerá de cómo el militante o el dirigente se perciba a sí mismo para que, a su vez, la percepción de los otros, de aquellos con quienes pretende trabajar para efectuar la revolución, se modifique. La imagen de esta época de «masas» con la que algunos revolucionarios de izquierda trabajan no difiere mucho, en los hechos, de la imagen de la «masa» que la burguesía se formó: se la «trabaja» a nivel de lo que se creen son sus «intereses» porque no se tiene el coraje de proyectar sobre ella una posibilidad distinta. Se la percibe a nivel de las reivindicaciones burguesas, pero como si ese ser dependiente fuese para ellos una modalidad «natural»: como si no hubieran tenido que realizar el proceso de la autoalienación, de la penetración individual en el ser alienado de la burguesía. Por eso se es incapaz de proponerles, desde allí, una alternativa coherente que enlace ese proceso con una actividad efectivamente revolucionaria que les permite desandar el camino de la propia alienación. Así se piensa el resultado —los obreros— sin el proceso: la enajenación que llevó a ese resultado. De allí la falsa

imagen que se dan: la masa, que no entiende; la masa, que tiene el líder que se merece; la masa, halagable y sensible; la masa, que persigue sólo lo útil, etcétera. Pero esta reducción empirista no es el fruto de una percepción objetiva de la realidad: es fruto de la propia proyección individual, de la propia pobreza y falta de confianza en los principios que, sólo racionalmente, se dice sostener. El desafío personal que lleva implícito pensar a los hombres de otro modo es el que impera allí donde el proceso revolucionario, ya en camino, ha permanecido fiel a la forma del hombre. Pienso, por ejemplo —y bastaría uno solo— en la revolución cubana. Sin excesiva idealización podemos afirmar que allí sus miembros son considerados como «personas», no son «meloneados» «ni manejados» por alguien que, más vivo, poseyera la clave de la inteligibilidad de los demás y, por lo tanto, conociera el «mecanismo» para hacerlos marchar. Pero no porque deje de hablárseles, en grandes concentraciones, en común; tampoco porque no se los organice colectivamente; ni siquiera porque no se hagan mitines o reuniones donde, según supone la burguesía, el individuo «espiritual» pierde sus condiciones específicas para adquirir caracteres cercanos a la animalidad: el momento propicio en el

cual sus bajas pasiones contenidas habrían de desatarse. La fuerza de la multitud, en efecto, puede ser una fuerza revolucionaria o una fuerza burguesa: puede aullar retornando a la «animalidad» que la burguesía le adjudica como su objetivo, porque pertenecen, en tanto salen de ella, dentro de los valores específicos de la burguesía. Entonces la multitud no hace sino querer universalizar de golpe lo que cotidianamente, en la clandestinidad del privilegio, los miembros de la burguesía quieren. Pero la fuerza de la multitud puede desecharlos y querer objetivos que se le descubran como propios y encontrar en su fuerza reunida, pero organizada, el descubrimiento de cómo alcanzarlos en la realidad. El problema de la diferencia entre un modelo revolucionario y un modelo burgués está en lo que se solicita de los hombres, en la imagen que se les devuelve de sí mismos a través de los modelos de hombres que los conducen. Esa fuerza que Fidel Castro suscitó, por ejemplo, le permitió a él llegar a unificar en su momento lo disperso y lo posible de la clase trabajadora, que se reconoció en su modelo de modificación, de coraje, de riesgo, de osadía, de pensamiento: de hombría hecho prototipo de la forma humana necesaria para alcanzar la transformación efectiva de una realidad

nacional. El hizo con su vida, como ejemplo saliente de lo que muchos otros hicieron en común, la demostración de que lo pensado era humanamente posible. Un loco antes que se convierte, por el trabajo, en el supremamente cuerdo, en el índice de lo que todos debemos comprender como real. Y pasemos ahora a lo nuestro: ¿Qué hizo Perón con su vida, qué imagen les devolvió a nuestros trabajadores a través de sí mismo, qué nuevos valores humanos hizo acceder a nuestra realidad, qué nueva síntesis nos expresó con su existencia política y su destierro, qué hizo de la fuerza humana sobre la que se apoyó?

VI

¿Y nosotros?

En función de este acceso vivido a la realidad, de esta síntesis de lo que fue disperso por la incongruencia de la actividad burguesa, el modelo revolucionario procura hacer acceder a la realidad una unidad posible que él ya esbozó a partir de sí mismo. Atrevámonos a decirlo: la izquierda, entre nosotros, no supo suscitar ningún modelo de hombres revolucionarios que contuviera, que constituyera en síntesis personal, ese ideal por ahora abstracto de la izquierda. Ni formó

ni ayudó a formar; nuestra izquierda, desconfiada de sí misma, ni siquiera ha sabido enaltecer a sus héroes, hacerlos vivir más allá de sus muertes y de sus sacrificios, aunque los valores que crearan fueran, como necesariamente lo son, parciales. Esta mezquindad de nuestra izquierda, celosa del grupo propio, desconfiada y hostil del ajeno, ¿cómo podría comprender la realidad si no comprende lo que está más próximo a ella, si su primer acto consiste en endurecerse frente a otro hombre de izquierda, como si ese acentuamiento de lo propio significara necesariamente la negación completa de lo ajeno? Es extraño, y significativo, que sigamos reservando el proceso de la síntesis para los juicios, remitiéndolos al plano de lo conceptual, pero no nos preocupemos por hacerla visible a nivel del hombre mismo. Pero esta síntesis no sólo se realizó en un hombre (señal de que sus dirigentes, o cualquiera de nosotros, carecimos hasta ahora de la fuerza de encarnación, de concreción, como para materializar en una forma humana la creencia en los ideales que sostenemos). Tampoco hemos sido capaces de extraer de nuestra dispersión la exacerbación de esa fuerza que la izquierda podría haber alcanzado —si realmente creyera en lo que hace—. No hablemos ya de la desconfianza en nosotros mis-

mos. Si realmente creyéramos en el proletariado, si realmente contáramos con su fuerza y no fuese la suya sólo una imagen psicológicamente enardecida para complementar nuestra incongruencia vivida a nivel de lo real, esa energía que teóricamente le asignamos al proletariado realmente hubiera pasado a nosotros: se hubiera hecho acto político, se hubiera hecho teoría nacional, se hubiera hecho literatura revolucionaria. En cambio hemos hecho de la actividad política nuestra «obra de arte», quiero decir nuestro complemento imaginario que compensara así una deficiencia real que no asumimos fuera de este plano simbólico a pesar de que lo vivimos como si fuese real. Nuestra izquierda, en su mayoría, es expresionista, lo cual es una manera de decir que actuamos, que representamos nuestro propio drama del imposible tránsito de la burguesía a la revolución, tal vez para no reconocerlo, para no enfrentar las condiciones de la realidad misma como doloroso y cruel punto de partida.

Dijimos que la falta de percepción de nuestra propia realidad individual necesariamente deforma, al adaptarla a sus propósitos, la realidad social sobre la que debemos actuar. ¿Vemos, acaso, realmente al proletariado como es? ¿Hasta qué punto no hemos deformado su

realidad? Porque sucede que la fuerza del proletariado, en la cual apoyarnos, aunque no estuviese con nosotros pero estuviese en lo suyo, podríamos haberla sentido como propia: hubiéramos vivido así, desde nuestro marginalismo burgués, la decisión proletaria. Pero es preciso entenderse: si la clase obrera está alienada, y nosotros no hemos podido hacer lo nuestro porque no contamos con su fuerza más allá de la verdad de esta afirmación: queda algo irreductible: tampoco sin embargo hemos sabido extraer esa fuerza al menos del ámbito en el cual vivimos nuestros propios conflictos de clase: de nosotros mismos. ¿Somos una fuerza o no? ¿Qué quiere decir entonces este conglomerado de izquierda que siempre mira de costado, más allá de sí mismo, hacia la clase trabajadora pidiéndole que ella sí haga la unidad, que ella sí supere su alienación, que ella sí realice los actos de pasar a la realidad, pero que no mira hacia sí mismo para ver nuestra propia dispersión, nuestra propia incapacidad de reunir esta energía desperdiciada e impulsar hasta constituir la en una efectiva fuerza que se juega en actos propios dentro de la realidad? ¿No jugará en unos y otros la misma represión? ¿No será la misma presencia del poder represivo que detiene la eficiencia

de nuestros actos, la profundidad de nuestro pensamiento, el reconocimiento de una realidad que no puede ser asumida revolucionariamente sin poner de relieve lo que el poder oculta: el riesgo de la vida? Pero este riesgo de la vida, ya lo vimos, no es sólo —y especialmente para la izquierda— la presencia del fusil y la picana: son los límites que la burguesía estableció en nosotros, son sus categorías mentales y morales que señalan en cada acto nuestro el desvío sentido como peligroso, la presencia de lo desconocido que debemos afrontar: los límites de realidad que ella nos fijó como propios.

Y si fuéramos incapaces de asumir el riesgo, siquiera éste que tiende a desentrañar el sentido de lo real, entonces ¿para qué simularlo? Y cuando lo asumimos, la gratuidad misma del resultado inscripto en una realidad deformada por el temor, esa gratuidad ¿no nos muestra este drama del hombre de izquierda separado que todos alguna vez hemos sentido: el sacrificio estéril cuyo recuerdo se borrará para siempre de la memoria de los hombres? ¿Y si para no enfrentar aquello de lo que sí realmente somos capaces estuviésemos acentuando una diferencia sólo para sentirla, agrandando su imagen —la imagen de la revolución— pero para no

construirla, paso a paso, en la realidad?

Por eso decimos que no se trata de crear voluntariamente al héroe: éste surge, y nunca solo, con su propio sacrificio comprometiendo el nuestro cuando las fuerzas de producción lo crean indirectamente, porque en esas circunstancias alguien gira su propia vida contra el futuro que esa fuerza contiene. Estas fuerzas han creado el lugar humano en el cual logran sintetizarse y aparecer como hombre posible. Por lo tanto, como aquél hombre que va señalando con su actividad propia el modelo de un camino transitable, puesto que se evidencia como humano para todos. Ni la clase trabajadora ni la izquierda supo darse ni reconocerse en un «modelo» nacional revolucionario, y si el éxito aquí se confunde con las más profundas ambiciones burguesas de hacerle trampas a la realidad, de hacer las cosas como si se las hiciera verdaderamente, porque otros adquirieron así el poder, esto señala la **persistencia entre nosotros de un modelo de tránsito**, confesémoslo o no, **burgués pero no revolucionario**. Así con el modelo de Perón por ejemplo. La permanencia de la figura de Perón como modelo de tránsito hacia la clase trabajadora —eslabón hacia la revolución— que muchos utilizan todavía, es una resultante nuestra que, querrámoslo

o no, hemos necesariamente interiorizado. Esa imagen quedó entre nosotros como una imagen de éxito y de eficacia allí donde toda otra eficacia de tránsito hacia los trabajadores, inscripta a nivel de una revolución verdadera, aparece con el rostro de una muerte posible que es necesario eludir. Por un motivo u otro el modelo de Perón fue nuestro. ¡Generación de Pepsi! ¡Somos la «generación de Perón»! De allí que su imagen sea la seducción inconfesa que todos, en la izquierda, hemos por un momento sentido: constituye, la suya, una categoría «nacional» que nos tenemos merecida. Si esta realidad lo hizo su héroe, si de su substancia está amasado, como imagen de triunfo y de eficacia, todo tránsito a la realidad. Perón tiene entonces la sacralidad que une lo finito y lo infinito: tiene para la izquierda la clave de un misterio —el tránsito al proletariado— que no pudimos de otro modo hasta ahora resolver. Porque debe-

mos reconocerlo: algo tiene Perón que no tiene la izquierda. Sí, efectivamente, algo tiene, que es necesario que nos lo saquemos definitivamente de la cabeza para pensar la realidad: la fuerza de la derecha, la no creación de un pasaje revolucionario a la realidad, la permanencia en lo homogéneo de la propia clase. Tiene aquello con lo que nosotros no podemos contar, a no ser que abandonemos el sentido de nuestros objetivos que contienen la destrucción de este modelo humano burgués como su necesidad.

Este esfuerzo de creación no puede sernos ahorrado. Y en última instancia, aunque nada es seguro, sabemos ya anticipadamente que este camino al menos lleva al fracaso y a la frustración. Consecuentemente, que sólo nos queda una salida. Y esa salida está por ser creada entre nosotros. ¿Seremos capaces de aceptar nuestro destino, de animar la densidad de la historia con la fugacidad de una vida?



CRITICA DE LIBROS

La dura cáscara de la soledad*

EDUARDO E. LOPEZ MORALES

«El mundo habrá acabado de joderse... el día en que los hombres viajen en primera clase y la literatura en el vagón de carga». (p. 337)

Hace ya algún tiempo un cierto carpintero de Judca, durante uno de sus acostumbrados recorridos y en medio de resurrecciones, milagros y otras cosas al uso, fue interrogado por las autoridades, que temían una peligrosa patraña subversiva, con el objeto de conocer sus propósitos: al parecer, sólo se limitó a declarar que su reino (el que prometía, desde luego) no era de este mundo.

Unos siglos después, Alejo Carpentier decidió que ya era hora de hablar del «reino de este mundo», y se dispuso a describirlo y nombrarlo en su vector más alucinante: el mundo americano que, después del primer deslumbramiento de los conquistadores-cronistas, permanecía casi virgen, a

* Gabriel García Márquez: *Cien años de soledad*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1967.

no ser las capas superpuestas de cultura «europea» que le aplicaban inconsecuentes parámetros (el nenúfar, y no la yuca, por ejemplo), y algún que otro intento fallido de cantar helénicamente las selvas de las zonas tórridas.

De ahí los viajes proféticos de Víctor Hughes en sus balandros por el mar Caribe, o los hallazgos de las dinastías haitianas, o los micromundos apremiantes de las selvas venezolanas, o todo este trasminar una realidad que urge interpretar y, aún más, re-crear, por cuanto la «misión» estética no es de ningún modo trasuntar lo percibido, lo sentido, lo asimilado, como si se tratara de una mera geografía más o menos «folklórica». Y en este sentido es que el propio Carpentier ha proferido una sentencia que puede parecer demasiado taxativa, si sólo se remite a lo puramente estilístico: «El legítimo estilo del novelista latinoamericano actual es el barroco».¹ Porque el problema, obviamente, no es recetar un estilo, una manera, que venga a ser el paradigma inapelable de la *hispanoamericanía* (como prefiere Raimundo Lazo), sino comprender y aprehender que:

El mundo era (y es) tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo (p. 9).

Y no por casualidad García Márquez casi encabeza con estas palabras su novela; porque «ese mismo tema obsesionante» (como apunta la contrapapa de la edición) que *reina* en sus otras novelas² es la señal más inequívoca de que el camino de Macondo, su nostalgia y su soledad (la de él y la de sus stirpes condenadas), se traza paralelo al Zapotlán de Arreola en *La feria* y a la propia ciudad de La Habana en *El siglo de las luces* (y bien vale la pena preguntarse si esta «Habana» no es tan taumatúrgica como el propio Macondo: al menos, su historicidad es bastante controvertible). Estos pueblecitos ejemplificadores, no porque «den enseñanza», sino porque *compilan* a su modo, son una *versión*, una «varia invención», pero también un agudo desgarrar de la pungente realidad americana: aleccionadores en tanto que su «ficción» va mucho más allá de la descripción botánica, zoológica e, incluso, antropológica (tareas de ciencia, pero no

¹ Alejo Carpentier: «Problemática de la actual novela latinoamericana», en *Tientos y diferencias*, Ediciones Unión, La Habana, 1966.

² *La hojarasca* (1955), *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), *Los funerales de la Mamá Grande* (1962), *Libro de cuentos* y *La mala hora* (1963).

de *arte*), o del glosario añadido como apéndice, o de la obra circunstancial de manifiesto y denuncia. Su fuego prometeico (y ésta no es una imagen) proviene de la misma levadura que ha dado vida a uno de los poemarios más bellos y brutales de nuestra poesía, *Fuego de pobres*, de Rubén Bonifaz Nuño, demostrando una vez más que la preceptiva aristotélica ya debe caducar, por cuanto la poesía es parte inalienable del verdadero *crear*. Y en este sentido *Cien años de soledad* trasvasa el obsoleto término de «novela», y lo hace porque aprehende la *poesía viva* (que sí es «sin riberas») de los innumerables e imprevisibles Macondos que pueblan este continente, donde hay que señalar las cosas con el dedo porque ni siquiera se dispone de nombres para todas ellas.

I. ESTRUCTURA

Aparentemente la estructura es «lineal», sin complicaciones de planos o secuencias: «cronológica», vale decir. Sin embargo, esto constituye una *ilusión óptica*, porque si su diacronía se ajusta a un devenir histórico (que a grandes trazos va desde su fundación de Macondo hasta su desaparición bíblica), su sustrato se asienta en una compleja urdimbre que denota uno de los manejos más acertados y pertinentes de nuestra novelística. Este «tramar» estructural adquiere un parentesco cercano con el llamado «contar oral», por cuanto el fluir de la narración *advierde* y entremezcla elementos de la más diversa índole: por ejemplo, comenzar con «A», detenerse para aclarar o anunciar el elemento «B», que más tarde se elucida mediante un desarrollo similar («fue en ese época», «muchos años después...»). Es decir, García Márquez no tiene el menor empacho en iniciar su capítulo 6 (págs. 94-108)³ con un perfecto resumen de las andanzas del coronel Aureliano Buendía, que después ampliará a través de los capítulos siguientes, sin perder de vista que *además* suceden otros episodios. En buena leyenda oral, concierne a la «técnica» de los poetas trashumantes que van de pueblo en pueblo dando por noticias magníficas, traducciones personales de cuanto sea narrable; de ahí que sea plenamente justificada la presencia de un personaje llamado Francisco el Hombre, que nada menos se hace acompañar por un acordeón que le regaló Sir Walter Raleigh

³ La numeración del capítulo corresponde a un propósito simplemente referencial que utilicé para mayor facilidad «demostrativa».

en la Guayana. El novelista es, pues, en cierto modo un «cuentero»⁴ profético que trasciende las limitaciones temporales, para poder testimoniar Grandes Acontecimientos que no escapan a su *versión* irónica, fantástica y aun fiel.

Así, la complejidad organizativa responde a una necesidad ínsita que, por serlo, no requiere una manifestación «apremiante» (*per se*): lo que en términos económicos pudiera calificarse como un verdadero *producto terminado*. Por consiguiente: la novela, como cuerpo estético, deviene edificio autosuficiente, cuyo «cemento» aglutina diversos materiales, para dar un *todo* lo más estructuralmente homogéneo posible. Esta facilidad, que hace a la novela «leíble» sin necesidad de asumir ese oficio de descifrador de escritura acróstica requerido, al parecer, por la llamada «nueva novela», no es más que la cristalización de un dominio exhaustivo de las técnicas más modernas del «montaje».

Por otra parte, la estructura (lo organizativo) logra una precisión e insoslayable unidad con los otros dos factores (o integrantes) de la obra de arte: lo esencial-teórico (el complejo ideológico-temático) y el «carneamiento» estético (eso que pudiera llamarse lo formal-estilístico, y que es más difícil de definir que un colmillo de gnomo).

En suma: lo «cronológico» sólo es expresión de una tendencia estructural que bien puede representarse con las curvas descritas por un movimiento ondulatorio, cuyas partículas describieran, a su vez, ciertas «espirales» narrativas autónomas. No obstante, no pierdo de vista que ésta es una aproximación rudimentaria, burda, al problema estructural que presenta la novela.

II. TEMÁTICA

...hay necesidad que a nuevos acontecimientos haya nuevos pareceres y consejos.

(Hernán Cortés: *Quinta Relación*)

Como ya he apuntado, la praxis estética de García Márquez signaliza una cosmología (y aún mejor, *cosmoconcepción*) americana que bien puede ser entendida como el acontecimiento de una anagnórisis inaplazable de

⁴ Nunca será suficiente denotar la importancia de Onelio Jorge Cardoso, cuyos cuentos se hallan, sin duda, en lo mejor de la narrativa americana; máxime, cuando su fina aprehensión estética del campesino cubano lo sitúa en esta corriente del «descubrimiento».

nuestras raíces. De ahí que en el proceso genético-mítico-real de Macondo repercutan y se asienten las grandes corrientes éticas, políticas, sociales, económicas, que han convulsionado nuestro continente. Pero sería desacertado resaltar unilateralmente este hecho, en tanto que la anagnórisis pretende ser *total*; es decir, no hay por qué exigir un trazo esquemático que resalte ciertos aspectos en busca de una claridad expositiva. Aquí no hay que perseguir esa «célula» clave alrededor de la cual sólo se desenvuelva un determinado hilo temático (la mercancía en *El capital*, por ejemplo), porque si puede haber un tema predominante, nunca es sobre la base de su hegemonía, sino sobre su interrelación con los demás temas que, en definitiva, le confieren su *razón de ser*. Y acaso éste es el mayor mérito de García Márquez, que no ha olvidado ni por un instante que el hombre viene a ser una especie de caja de Pandora, de cuyo seno emergen los más disímiles cuestionamientos e interrogantes una vez que Alguien se decide a correr el peligro. Y en este caso, un peligro mayor porque es estético: recuérdense las admirables salmodias que siempre están previniendo contra la «dispersión», en aras de la sacrosanta consigna de limitarse a un tema, de sicologizar y demás tonterías al uso.

Luego, corresponde ahora ir al despiece o «desmantelamiento» (como prefiere Gerard Genette)⁵ de las temáticas: más con un espíritu de enunciado, que de estudio exhaustivo.

Lo socioeconómico. Cuando don Apolinar Moscote llegó a Macondo para ocupar el cargo de corregidor, estaba iniciando, sin saberlo, el fin de esa «edad de oro» (añorada por don Quijote en su discurso a los cabreros), de la justa comunidad donde no había muertos, ni «nada que corregir».

El orden precario que venía a imponer bajo el color azul de la celebración republicana daría lugar al desorden, al levantamiento liberal, porque entre liberales y conservadores no podía haber paz. Fue así como Aureliano Buendía sería coronel y comenzaría una «guerra por cosas que no podían tocarse con las manos». Una gran guerra que desviaría el camino del que parecía un «artesano sin recuerdos» hacia los cataclismos políticos que han conmovido nuestro continente. Este hombre, cuya promoción insurreccional fue cuantiosa, sufre en sí mismo el terrible proceso de la ascensión de los ideales burgueses más paradigmáticos (y progresistas en su momento), la

⁵ Gerard Genette: «Estructuralismo y crítica literaria», en revista *Casa*, No. 44, sep.-oct., La Habana, 1967.

corrupción del exceso de poder que tiene que concentrar en sus manos y la declinación torrencial de sus mejores aspiraciones, en tanto que su asco, su nostalgia y su náusea lo llevan a emprender una lucha por la derrota (la paz de Neerlandia) como vía para lograr lo único que ya le queda: su propia liberación, que sí es más tangible que aquellos ya olvidados principios abstractos. Ha visto que a su revolución se le incorporaron «idealistas, ambiciosos, aventureros, resentidos sociales y hasta delincuentes comunes», y sobre todo que el «gran partido liberal» ha traicionado todas las tentativas armadas en busca de ministerios, escaños parlamentarios y turbios entendimientos con los terratenientes liberales en el preciso momento en que se vislumbra la posibilidad de revisar los títulos de propiedad.⁶ La decepción del coronel Aureliano Brendía (y también del coronel Gerineldo Márquez) no es una experiencia personal, ni siquiera excluyente, porque *revela* una etapa histórica que marca la emasculación del ala radical de la burguesía nacional en virtud del «acomodamiento» neocolonial impuesto por las exigencias de la penetración extranjera. Por tanto, esta etapa no es exclusivamente «colombiana», a pesar de que se refiera a una circunstancia muy concreta (por algo la novela no puede leerse en Colombia):

en definitiva, ya es notorio que la única diferencia actual entre liberales y conservadores, es que los liberales van a misa de cinco y los conservadores a misa de ocho (p. 209).

Y cuando el rescoldo de estas guerras apenas si había acabado de sentirse, Mr. Herbert procedía a diseccionar un banano como si estuviera acometiendo un trascendental descubrimiento científico. Fue así: llegaron «ingenieros, agrónomos, hidrólogos, topógrafos y agrimensores», y después Mr. Bron con aquellos «abogados vestidos de negro» que en un tiempo constituyeron la intelectualidad de la insurgencia liberal. Macondo no escapa al destino suprainpuesto por las necesidades de explotación económica y de consumo de la metrópoli. El banano será sembrado.

... en la región encantada que José Arcadio Buendía y sus hombres habían atravesado buscando la ruta de los grandes inventos (p. 199).

⁶ Y no sería del todo ocioso meditar un instante sobre esta enseñanza de partidos que elucubran brillantes «teorías», tácticas y estrategias insospechables con el único objeto de entrar al reparto de los dones gubernamentales. Y, desde luego, no todos son «liberales».

Pero la primera «prosperidad» (las construcciones y el arribo del ejército obrero) se distancia en las cercas electrificadas, en las costumbres de los gringos y en la explotación del trabajo asalariado. Y ahora le toca el turno a otro de los Buendía (José Arcadio Segundo): deberá dirigir las luchas sindicales y conocer la masacre que dejará un saldo de más de tres mil muertos, cuyos cadáveres serán «arrojados al mar como banano de rechazo», y cuya historia será cuidadosamente ignorada por los textos escolares, los periódicos y el aparato «explicativo» del régimen. No es casual que José Arcadio se salve, porque su voz dará *testimonio*, a pesar de que será corroído por la misma decepción que vulneró al coronel Aureliano Buendía. No es casual tampoco que de inmediato sobrevenga un diluvio de 4 años, 11 meses y 2 días que dará paso a la terrible sequía de diez años que destruirá finalmente al pueblo mítico con un ensordecedor «huracán bíblico». No es casual, en suma, que estos acontecimientos sucedan, en tanto que su «ejemplificación» denota una sólida aprehensión del proceso perturbador que ha vivido y vive Latinoamérica: esta microhistoria no olvida (pero no esquematiza) que esta tierra tiene mucho más para «contar» que el mero regocijarse ante lo insólito de su sustancia biológica o botánica.

El prodigio de la ciencia. El despliegue de lupas, imanes, dentaduras postizas, esteras voladoras y demás artificios de la tribu de Melquiades (especie de simbiosis multitudinaria entre Merlín, Sócrates, Galileo, Nostradamus y Einstein), que fue castigada «por sobrepasar los límites del conocimiento humano», viene a ser a los ojos de los primitivos habitantes de Macondo como la primera visión teológica del cometa Halley para los ingleses o los caballos andaluces para los aztecas. ¿Por qué José Arcadio Buendía sentencia con cuatro siglos de retraso que «la tierra es redonda como una naranja» o que el inofensivo hielo «es el gran invento de nuestro tiempo», al mismo tiempo que durante la peste del insomnio fabrica una «máquina de la memoria», que no es más que una precibernética RAMAG. ¿No será que, en cierto modo, hemos llegado «tarde al momento de los Grandes Inventos, y que tenemos que «aceptarlos» con la misma austeridad de un esquimal ante un disco de los Beatles? Y también no tendremos el derecho de *emanarles* la propia maravilla de nuestros animales sabios, la desazonada seriedad infantil de sentirse dueños naturales del Fuego (aunque no nos haya quemado las manos). No es acaso el derecho que proviene de las razas que hablaban amistosamente con el sol desde las pirámides, donde los corazones iban a palpitar para Siempre.

El cine, el gramófono, el teléfono, el ferrocarril, el automóvil y el avión, que nunca llegará porque fue enviado por equivocación a Tanganyica, «a la dispersa comunidad de los Macondos»,⁷ deslumbran y conmueven; por eso, la «reciprocidad» inventiva de los Buendía devuelve, a través de Aureliano Centeno, lo único posible para nuestros medios

...la elaboración de hielo con base de jugos de frutas en lugar de agua, y sin saberlo ni proponérselo concibió los fundamentos esenciales de la invención de los helados... (p. 192).

Sin embargo, no debe concluirse que toda la máquina de la ciencia «pervierta» la candidez natural de los habitantes de Macondo. Por el contrario, su *razón de ser* se adscribe a la conquista de los valores más trascendentales del pensamiento humano: su Prometeo (José Arcadio Buendía) nunca se planteará el rechazo del progreso, en tanto que su fiebre (su denuedo) alimenta unas ansias justas: no importa que divague en la alquimia, o que llegue a desesperar cuando no encuentre la salida al mar. Su estirpe, aun en los peores momentos, devorará enciclopedias y se aplicará al estudio de las lenguas contumaces, a pesar de que las verdades encontradas revelen el Fin. Melquíades parece decir que entre la ciencia práctica y la humanística no hay prelación, sino un vínculo orgánico, cuyo rompimiento acarrea el castigo, si lo único que se pretende es adivinar el futuro intangible (tarea sólo reservada a los muertos).

Así, por primera vez se presenta a la ciencia ausente de ese vaho que, por ser tan «racional», la ha colocado en el mismo nivel de aquel dentrífico de proporciones colosales.

La taumaturgia americana. Para algunos, la imaginación desbordada (la fantástica) es irracional, objeto de ceños fruncidos ante los manejos irreverentes de conejos profesoriales, de vampiros taciturnos o lánguidos hechiceros que sufren ansiedad por la mosca meteórica que, a destiempo, se engulló su mejor araña. Acaso, la reaccionaria superstición que obstruye los claros caminos de la ciencia, olvidando que en el Medioevo la química nació como hija bastarda de la piedra filosofal, o que la geometría se proponía, en realidad, encontrar el camino más corto para habitar en el Empíreo. Ante todo, es bueno tener en cuenta que la explicación prodi-

⁷ García Márquez destila su fina ironía con la furia del hombre que se sabe ignorado por la culta Europa, incapaz de distinguir a cuál lejana colonia debe dársele el don de su sabiduría.

giosa es un recurso «natural» del hombre para aprehender la realidad; y que, además, pasado este estadio primario, significa una necesidad alienadora (autoalienadora, vale decir) para escapar a toda prisa del consabido «valle de lágrimas». Aún más: embellecer la vida absurdizada en el piélago de las tranquilas concepciones que el racionalismo burgués impuso en el pensamiento humano, después de la *justa y necesaria* batalla contra la ideología del metamundo; y si este «embellecer» pudiera remitirse a las nostalgias «reaccionarias» de cierto sector romántico que añoraba las brumosidades del bosque en oposición a las crudas presencias de los hacinaamientos y hambres urbanas, no es menos válido que también tiene su versión «maldita» en los infiernos y cóleras de Rimbaud, Baudelaire, Lautremont y otros. Sin embargo, el «edulcoramiento» puede ser (y es) peligroso, por cuanto facilita el escape y oblitera la adecuada inmersión en la circunstancia histórica.

Pero aquí la taumaturgia no es un recurso (casi estupefaciente) metarreal, sino una integrante consustancial de esa realidad novelada (la praxis estética) que se crea volitivamente, que se *ejerce*, en tanto que no es una «treta», sino, por el contrario, una urgencia mítica que impone (o reclama) la propia realidad objetiva. En otros términos: el complejo de muertos y vivos, profecías, levitaciones, resurrecciones, monstruos, aparecidos, luchas titánicas, burdeles imaginarios, coitos y falos descomunales, mariposas y flores misteriosas, forma parte en cierto sentido de la superstición, pero *también* (y es lo más importante) de lo maravilloso americano: en ése, su abigarrado proceso sincrético, cuya cosmología no sólo se asienta en el Popul-Vuh, por ejemplo, sino que además tiene fuertes asideros en la propia ideología subyacente del catolicismo⁸ como tal, en sus «intrusiones» en las religiones autóctonas y en las importadas de Africa y, desde luego, en las concepciones particulares que éstas han aportado. Por consiguiente: lo fantástico es, más que una impostación, un desgarré «deficiente» de la realidad, por cuanto no es «científico», pero con un nivel autónomo (en cuanto cosmoconcepción) en la supraestructura. Así,

⁸ La levitación de Remedios, la bella, que «no era un ser de este mundo», viene a ser algo así como una ascensión a lo Murillo, pero desprovista (significativamente) de todo contenido religioso. García Márquez ofrece una descripción cargada de honda ironía y belleza que no puedo dejar de mencionar: «...el deslumbrante aleteo de las sábanas que subían con ella, que abandonaba con ella el aire de los escarabajos y las dalias, y pasaban con ella a través del aire donde terminaban las cuatro de la tarde, y se perdieron con ella para siempre en los altos aires donde no podían alcanzarla ni los más altos pájaros de la memoria». (p. 205).

este sortilegio deviene *estético* cuando reelabora una determinada aprehensión del hombre y, sobre todo, cuando no pretende (ni asume, ni presupone) darlo por bueno (*creíble*), sino que la ofrece como deslumbramiento, como susceptible de mirificar y suspender al hombre en un proceso poético que escapa superficialmente a la razón: es una especie de código (por tanto, convencional y arbitrario) donde nos entedemos sobre la base de que la imaginación está *permitida*, porque sus «desviaciones» de la praxis teórica son conocidas, notorias: no es un juego de hadas, aunque pudiera equipararsele.

Hay que alegrarse, pues, que García Márquez *recobre* el lugar de la imaginación estética, situándola en su justa dimensión porque es *humana*:

Poco después, cuando el carpintero le tomaba (a José Arcadio Buendía) las medidas para el ataúd, vieron a través de las ventanas que estaba cayendo una llovizna de minúsculas flores amarillas. Cayeron toda la noche sobre el pueblo en una tormenta silenciosa, y cubrieron los techos y atascaron las puertas, y sofocaron a los animales que durmieron a la intemperie. Tantas flores cayeron del cielo, que las calles amanecieron tapizadas de una colcha compacta, y tuvieron que despejarlas con palas y rastrillos para que pudieran pasar el entierro (p. 125).

Pesaba (el Judío Errante) como un buey, a pesar de que su estatura no era mayor que la de un adolescente, y de sus heridas manaba una sangre verde y untuosa. Tenía el cuerpo cubierto de una pelambre áspera, plagada de garrapatas menudas, y el pellejo petrificado por una costra de rémora, pero al contrario de la descripción del párroco, sus partes humanas eran más de ángel valetudinario que de hombre, porque las manos eran tersas y hábiles, los ojos grandes y crepusculares, y tenía en los omoplatos los muñones cicatrizados y callosos de unas alas potentes, que debieron ser desbastadas con hachas de labrador (p. 292).

La soledad y la muerte. En una oportunidad, Octavio Paz habló de la «arisca soledad» (*El laberinto de la soledad*) en el sentido de un estado de preservación de la individualidad, entre tímido y cauteloso (desconfiado). García Márquez disiente de este concepto, porque sus personajes transitan por un páramo existencial que los estigmatiza con una peste irremediable, atávica («...la viruela de la soledad», p. 333), tan pernicioso que soledad y muerte equivalen, polarizando las fuerzas espirituales que destruyen al hombre. Ni el mismo Melquíades está tranquilo en el

metamundo, porque no puede «soportar la soledad». En él, Conocedor, que señala a Macondo «en los abigarrados mapas de la muerte», confiéndole el don de envejecer, sufrir y angustiarse como los muertos. Verdad que llega a saber Arcadio Buendía cuando ve el espectro de Prudencio Aguilar desgastado por la larga estancia.

La vinculación de la soledad y la muerte como temas en el contexto de la novela denota, ante todo, una fina sensibilidad para no rehuir las problemáticas del ser humano, dondequiera que procrea su estirpe, eludiendo, en suma, las tentaciones «sociológicas» que desembocan en una total ignorancia del hombre en cuanto *ser* preocupante y preocupado a la vez. De ningún modo plantea o esboza soluciones más o menos «satisfactorias»: su propósito es *incluir* (sin ningún sentido peyorativo) un cuestionamiento vital, cuyas traducciones populares suelen discrepar bastante de las tétricas visiones de la Edad Media: por ejemplo, las «regocijadas» muertitas de José Guadalupe Posada, o esa irreverente «muerte en bicicleta» que consagró la guaracha cubana.

Si sitúa su novela bajo la advocación de la soledad, no es menos cierto que el ciclo de Macondo recorre una consunción imperativa provocada por diversos factores, pero entre los que nunca se encontrará el castigo por un pecado terrible, a no ser la condenación que persigue a la pobre humanidad alienada, *obliterada*. De ahí que

...no había nada pavoroso en la muerte, porque era una mujer vestida de azul con el cabello largo, de aspecto un poco anticuado, y con un cierto parecido a Pilar Ternera en la época en que las ayudaba en los oficios de la cocina. Varias veces Fernanda estuvo presente y no la vio, a pesar de que era tan real, tan humana, que en alguna ocasión le pidió a Amaranta el favor de que le ensartara una aguja (p. 238).

Tal vez pudiera resumirse con aquel estribillo de Bécquer:

¡Dios mío, que solos
Se quedan los muertos!

El amor y el placer. Del primer matrimonio maldito surgió una ambigua criatura con cola de cerdo, como advertencia de que los primos no debían acostarse y dar hijos. Pero la fuerza del amor y el deseo oscureció el designio que se cumpliría en el último Buendía, hijo de Amaranta Ursula y Aureliano. Durante este intervalo, la fecundidad y la potencia sexual se

darían la mano con el amor finisecular y elegante del italiano Pietro Crespi; la asexualidad de Remedios, la bella, que vería pretendientes muertos de amor (como si ella «...fuera un cólico miserere»); la beatería aristocrática de Fernanda del Carpio, que esperó el desvirgamiento con «un camisón blanco, largo hasta los tobillos y con mangas hasta los puños, y con un ojal grande y redondo primorosamente ribeteado a la altura del vientre»; el apasionado y efímero amor de Meme y Mauricio Babilonia (el humilde menestral de la compañía bananera), cuya belleza pertenece, sin duda, a las grandes tragedias de los imposibles clásicos. Y es el mismo amor del «falo sin precedentes», de los ejercicios descenfrenados en camas, hamacas o camastros, del culto a la belleza de los cuerpos, aún en sus regiones más «conflictivas», porque estos seres humanos no se han dado a las distinciones púdicas, ni a las fronteras eclesiásticas, ni a las convenciones, capaces, en fin, de la hazaña de Gastón que

... no sólo era un amante feroz, de una sabiduría y una imaginación inagotables, sino que era tal vez el primer hombre en la historia de la especie que hizo un aterrizaje de emergencia y estuvo a punto de matarse con su novia sólo por hacer el amor en un campo de violetas. (p. 321)

Pero también capaces de comprender que el amor torturado y recóndito es «...una tripa interminable y macerada, el terrible animal parasitario que había incubado en el martirio».

La individualidad y su autonomía vivencial. Pudiera suponerse que la fuerza de las otras temáticas absorbería la frescura de la individualidad de los personajes a favor de una unicidad «programada». Sin embargo, esto no sucede porque Macondo (vale decir, la *americanía*) sólo se realiza en sus hombres, cuyas grandes problemáticas son susceptibles de «desglosarse», pero nunca de abstraerse de su génesis.

Sería tal vez ingenuo apelar a Ursula Iguarán (la Mamá Grande), o a su contrapartida (no antagónica, por cierto) Pilar Ternera, por cuando cada personaje tiene su propia especificidad: ya sea Cataure, el indio enigmático que rehuye su trono tribal para escapar de la peste del insomnio; o Aureliano Amador (el mayor de los diecisiete hijos del coronel Buendía), que morirá, víctima del *ananké* exterminador, a las mismas puertas de la casa familiar, donde ya no pudo ocultar la cruz de ceniza que marcaba el lugar idóneo para la brutal bala de Máuser; o Rebeca, aquella oscura prima

segunda de Ursula que un día llegó con el talego de los huesos de sus padres, que fue recogida como hija, que amó refinadamente al italiano componedor de pianolas hasta que fue atraída por la fuerza expansiva de un falo revelador que sazónaría su vientre para hacerla feliz en una casa hecha a su medida y que, sin embargo, llenaría de sangre y olvido al asesinar al mismo hombre revelador de los misterios del sexo y de los largos viajes por los mares del mundo; o Fernanda del Carpio, triste poseedora de una bacinilla de heráldicas trasnochadas, que quería ser reina, pero tuvo que conformarse con un primario oficio de bordadora de coronas fúnebres, para después matrimoniarse con Aureliano Segundo, instituyendo en la casa matriz el perdido vestigio de los cubiertos ceremoniales, las añoranzas de clavicordios virreinales y la insólita certidumbre de que su hijo mayor estaba predestinado para Papa y no para cuñado de un mecánico augurador de mariposas amarillas.

Y también la familia, desenvolviéndose en su microsector de trascendencia totémica, pero unida al destino colectivo y a ese tiempo «sin desbravar» que siempre «daba vueltas en redondo» para cumplir con el Ciclo trágico:

... la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje. (p. 334)

Baste saber que los casi setenta personajes, ni magníficos, ni dioses (a pesar de sus ciertos «poderes») dan cabida, en mayor o menor medida, a individualidades auténticas e intensas.

III. EL «CARNEAMIENTO» ESTETICO

La semiología⁹ y demás categorías de lo formal-estilístico podrían regocijarse durante horas ante el inexplorado campo de *Cien años de soledad*. En más de un sentido, su riqueza metafórica excede la de muchos poemarios, no sólo en la concepción y trazo de la metáfora o de la imagen en sí, sino además en la proyección poética del conjunto de sus descripciones, de sus ironías, de sus hipérbolos prodigiosas (surrealistas, si alguien se em-

⁹ «La vida de los signos (lingüísticos) en el seno de la vida literaria», Ferdinand de Saussure.

peña en «ubicarlas») y de las propias temáticas. Como obra *orgánica* tiene siempre presente que la poesía no es una estructura determinada, ni siquiera una organización de coherencias tangenciales, sino una actitud estética ante la vida que es inefable, si por tal se entiende la «suscripción» de un cánón formal más o menos estereotipado. Y esta actitud no es tampoco la vocación de un entomólogo literario que busca palabras como si se tratara de insectos alcanforados.¹⁰ Valga de ejemplo, la traducción del coloquio torrencial de Fernanda en las págs. 274, 275 y 276.

Si cabe alguna duda, el propio García Márquez se encargaría de responderla con la utilización de, nada menos, una jitanjáfora:

pendejo mejunje de jarapellinosos genios jerosimilitanos

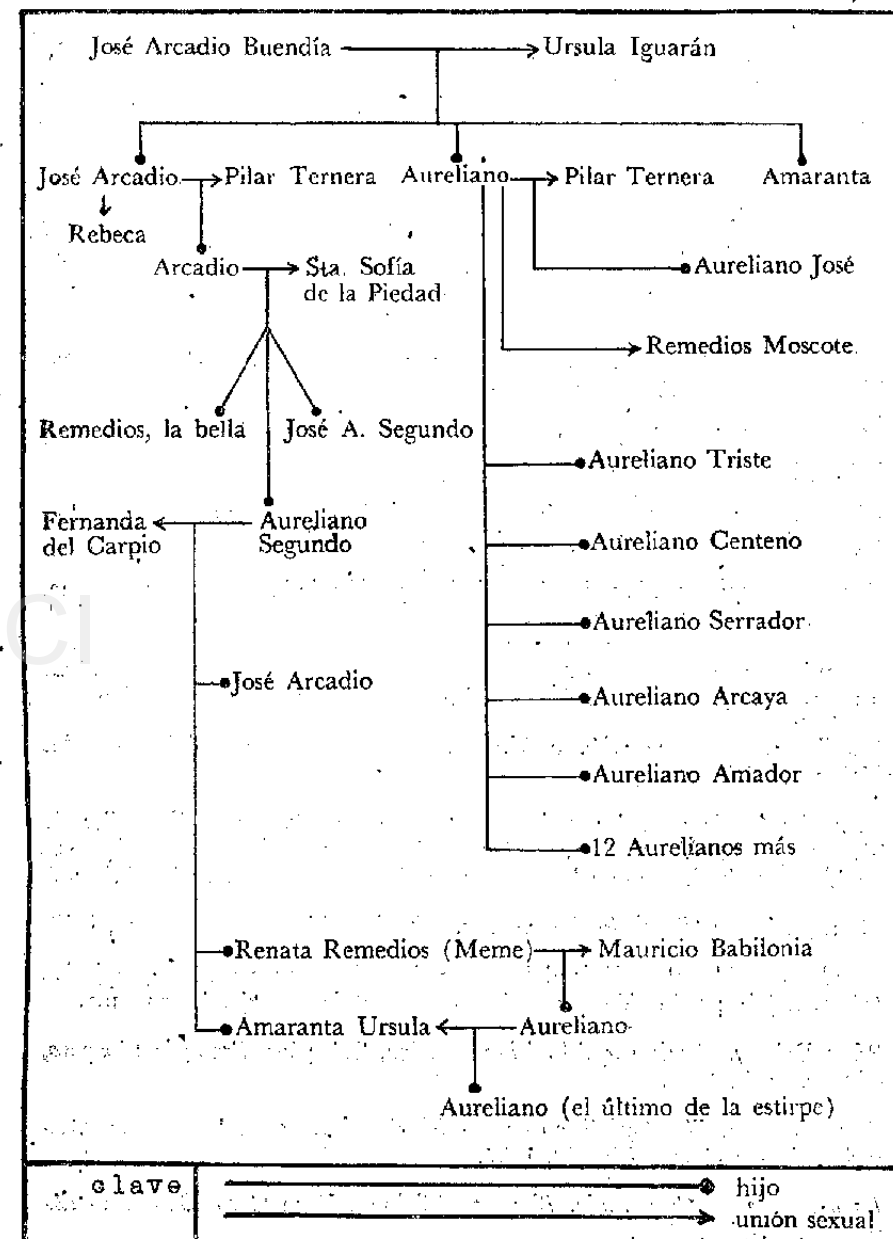
Por último, no vendría mal meditar detenidamente en la trascendencia del «camaleón monolítico», del «manglar del delirio», de la «rabia intestinal», del «delirio hermenéutico», del «resuello de dragón multicéfalo», de la «cara de tortuga beatífica», de los «lanceolados ojos de animal carnívoro», del «hígado colonial» o de los «impropios cartagineses». Quien escribe sin el menor empacho que la bisabuela de Fernanda «se murió de un mal aire que le dio al cortar una vara de nardos», está planteando un problema demoledor y contumaz a los secuaces enmascarados de Aristóteles, aparte de haber cristalizado eso que se ha dado en llamar una *gran novela*.

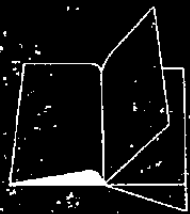
21, diciembre, 1967.

Apéndice

En vista de que podría haber alguna dificultad en entender el exuberante árbol genealógico de la familia Buendía-Iguarán, creo oportuno hacer su diseño.

¹⁰ Obviamente, esto no significa que el deslumbrarse ante un significante y las posibilidades sorprendentes (por precisas) de su significado sea punible. Pensar así es muestra de ese acendrado y primitivo espíritu romántico de la espontaneidad y la «inspiración», porque la obra de arte es el fruto de un terrible proceso de gestación, donde hay tanto rigor como en la formulación de una ecuación.





LIBROS RECIBIDOS

Eduardo Galeano, *Guatemala, país ocupado*. 129 págs. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1967.

Una visión de la realidad guatemalteca actual y de la lucha de ese hermano pueblo por su liberación.

Alonso Aguilar M. y Fernando Carmona. *México, Riqueza y miseria*. 140 págs. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1967.

Dos ensayos que abordan el análisis de la situación de la economía mexicana. El primero, permite entender los alcances reales de las inversiones de capital, así como la concentración de la riqueza nacional en unos cuantos centenares de capitalistas mexicanos y extranjeros. El segundo, es un intento de situar las fuerzas sociales en que descansa la política económica de México.

Camilo Torres, *Liberación o Muerte*. 206 págs. Instituto del Libro. La Habana, 1967.

Recopilación de artículos y documentos del sacerdote guerrillero Camilo Torres, que murió en las montañas de Santander, Colombia, a principios de 1966, combatiendo con las fuerzas del Ejército de Liberación Nacional.

Pierre Jalée. *Le pillage du tiers monde*. 127 págs. Edit. Maspero. París, 1967.

Estudio dirigido al análisis del Tercer Mundo y su relación económica (intercambio, producción, movimiento de capital) con el Imperialismo.

Régis Debray. *Essais sur l'Amérique Latine*, 211 págs. François Maspero, éditeur. París, 1967.

Roberto Mesa. *El colonialismo en la crisis del XIX español*, 291 págs. Editorial Ciencia Nueva. Madrid, 1967.

La violencia en Guatemala. 76 págs. Ediciones Hora Cero. Cuaderno número 1. México, 1967.



LOS AUTORES

PETER WEISS. Dramaturgo. El Instituto del Libro acaba de editar su obra Marat-Sade en la selección «*El Teatro de la crueldad*».

LUCIANO GARCÍA GARRIDO. Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de la Habana.

HAMZA ALAVI. Economista paquistaní, ex-editor de *Pakistán Today*; ver *Pensamiento Crítico No. 4, Los campesinos y la revolución*.

LEÓN ROZITCHNER. Doctor en filosofía, ha sido profesor en las universidades de la Habana y Buenos Aires.

Autor de *Persona y comunidad, Moral burguesa y revolución y Ser Judío*.

EDUARDO E. LÓPEZ MORALES. Responsable de la página cultural del periódico *Juventud Rebelde*.

PROBLEMI DEL SOCIALISMO

Direttore
Lelio Basso
Vice Direttore
Antonio Lettieri

Rivista mensile marxista che tratta:

- analisi economica del capitalismo in Europa occidentale.
- problemi della lotta antimperialista nei paesi capitalisti avanzati e nel Terzo mondo.
- questioni di teoria marxista.

abbonamento annuo per l'estero 8.00

Redazione Via della Dogana Vecchia 5 - 00186 Roma

new left review

Published from London every two months since 1960. Our main aim is to increase awareness of the necessity and reality of the struggle against capitalism and imperialism wherever they exist.

Subscriptions 5.50 per year or "2 from
New Left Review, 7 Carlisle Street, London W.1.

quaderni piacentini

Redazione:

PIACENZA, VIA POGGIALI 41,
ITALIA

margen

REVISTA DE LITERATURA
EN LENGUA CASTELLANA

Comité de dirección

Háctor Cattólica
Alberto Díazlastra
Jean Michel Fossey

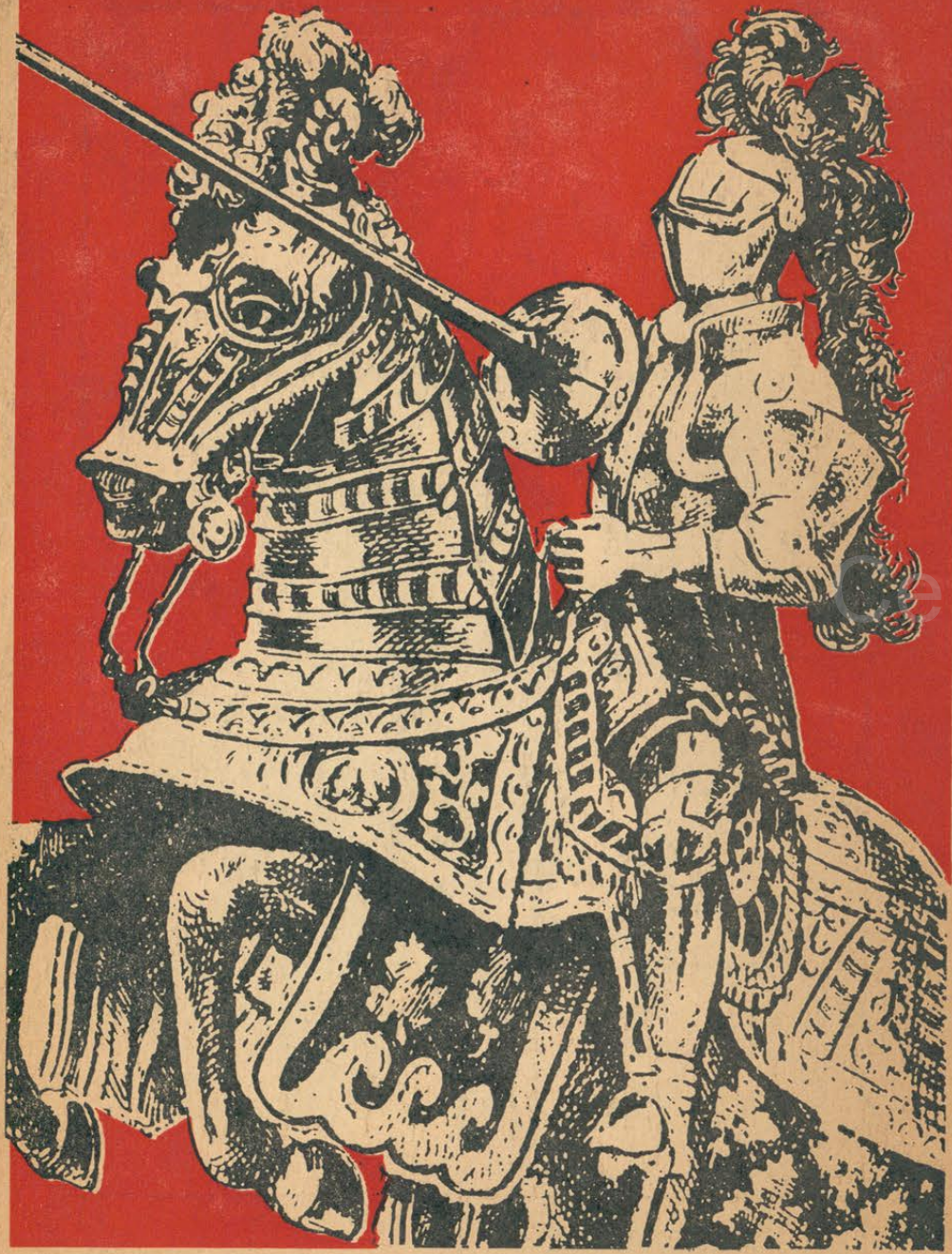
Dirección y
Administración

21, Bld. Pereire,
París 17.



tricontinental

Organo teórico
del Secretariado Ejecutivo
de la Organización de
Solidaridad de los Pueblos
de Asia, Africa
y América Latina



ed InCl